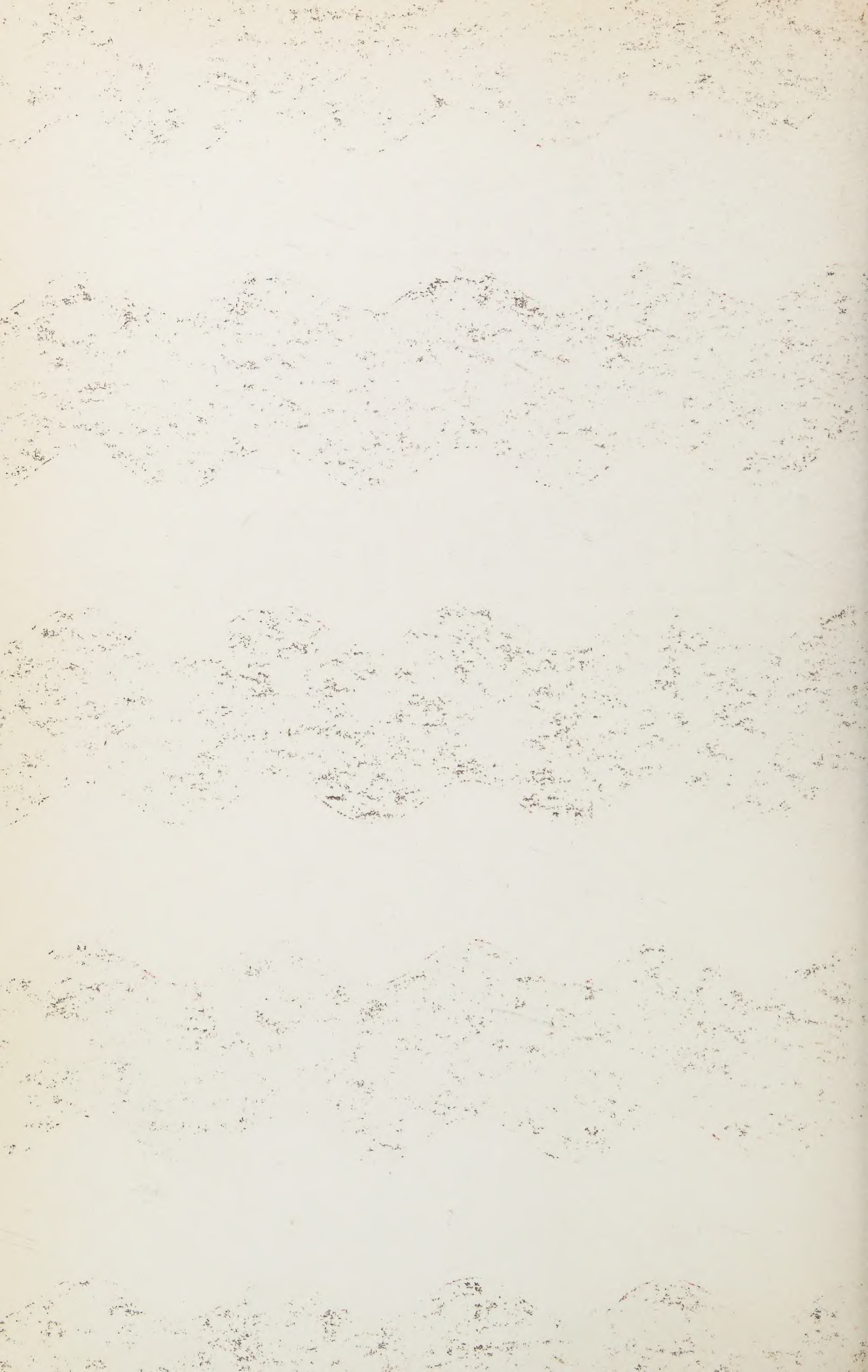
61

CUADERNOS AMERICANOS

MEXICO

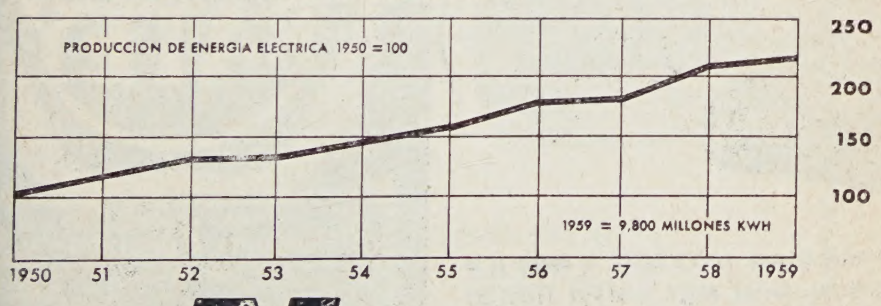
6

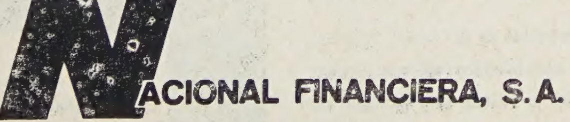


PLANTA DE ENERGIA ELECTRICA EN IXTAPANTONGO

¡Presencia de México!

Nuestro país marcha al paso del progreso y **NACIONAL FINANCIERA,** colabora intensamente al firme adelanto de todas las industrias básicas para que en México se viva mejor. Poderosas instalaciones se están logrando, con la participación de los ahorros del público a través de las emisiones de valores de **NACIONAL FINANCIERA.**





VENUSTIANO CARRANZA No. 25 MEXICO 1, D. F. CABLE - NAFIN

AUTORIZADO POR LA COMISION NACIONAL BANCARIA No. 601 - II - 7399

HUMANISMO

Revista de Orientación Democrática

Inscrita como correspondencia de segunda clase en la Administración de Correos de La Habana

Director: JUAN JUARBE Y JUARBE.

Administrador: TIRSO CLEMENTE DIAZ.

COLABORADORES

REDACCION: AVE. 23 No. 3007, ALTOS, MARIANAO, LA HABANA, CUBA.

Toda correspondencia a:

APARTADO 6664

LA HABANA, CUBA

Suscripción anual en Cuba $5.00

Precio del ejemplar en Cuba 1.00

CUADERNOS AMERICANOS

AÑO XX VOL. CXIX

6

NOVIEMBRE - DICIEMBRE
1 9 6 1

México, D. F., 1º de noviembre de 1961

Registrado como artículo de segunda clase en la Administración de Correos de México, D. F., con fecha 23 de marzo de 1942.

Director-Gerente
JESÚS SILVA HERZOG

Edición al cuidado de
R. LOERA Y CHÁVEZ

IMPRESO EN LOS TALLERES DE LA EDITORIAL CVLTVRA
REP. DE GUATEMALA 96. MÉXICO 1, D. F.

CUADERNOS AMERICANOS

No. 6 Noviembre - Diciembre de 1961 Vol. CXIX

PANORAMA DE LA AMÉRICA LATINA 1961

I

ÍNDICE

PANORAMA DE LA AMERICA LATINA 1961

TOMO I

VEINTE AÑOS AL SERVICIO DEL MUNDO NUEVO

Por *Jesús SILVA HERZOG*

Hace veinte años preparábamos con entusiasmo el primer número de la revista. Alfonso Reyes fue quien sugirió el nombre de *Cuadernos Americanos,* el cual fue aceptado por todos los que asistimos a una de las primeras juntas. La división en secciones y el título de cada una de ellas resultó después de largas conversaciones entre Juan Larrea, León Felipe, Eugenio Imaz, Bernardo Ortiz de Montellano y yo. El formato y todos los detalles de la presentación deben acreditarse a Larrea, poeta de altísimos méritos. El 29 de diciembre de 1941 se distribuyó el primer número correspondiente a los meses de enero y febrero de 1942, en una cena a la cual asistieron varios de los más distinguidos intelectuales de México y de España, de la España peregrina. Hablamos Alfonso Reyes, León Felipe y yo. Ninguno de los que concurrimos a la cena pensamos entonces en la larga vida de que gozaría la nueva publicación, pues sabíamos bien cuán difícil es sostener una empresa de difusión cultural sin propósitos de lucro, desinteresada y de escasos recursos.

Sólo conservamos el discurso de Alfonso Reyes, del ilustre hombre de letras que hace muy cerca de dos años tomó la nave para el viaje postrero. Y en recordación de aquel ágape ya distante, reproducimos aquí la disertación de nuestro Alfonso:

> Haré algunas consideraciones para mejor destacar el hecho de que la empresa que hoy se inaugura no es una empresa literaria más, sino que ha sido determinada por un sentimiento de deber continental y humano. La mayoría de los que a este fin nos hemos reunido ha pasado ya la feliz edad en que el solo acto de escribir y publicar son por sí mismos un placer suficiente. Ahora obedecemos ya a otras voces más imperiosas. Entendemos nuestra tarea como un imperativo moral, como uno

de tantos esfuerzos por la salvación de la cultura, es decir, la salvación del hombre.

La cultura no es, en efecto, un mero adorno o cosa adjetiva, un ingrediente, sino un elemento consustancial del hombre, y acaso su misma sustancia. Es el acarreo de conquistas a través de las cuales el hombre puede ser lo que es, y mejor aún lo que ha de llegar a ser, luchando milenariamente contra el primitivo esquema zoológico en que vino al mundo como enjaulado. La cultura es el repertorio del hombre. Conservarla y continuarla es conservar y continuar al hombre.

Ahora bien, los pueblos magistrales abandonan ahora este empeño fundamental; los unos porque, fascinados satánicamente por la sangre, vuelven con frenesí a los estímulos de la bestia; los otros porque, heridos en su ser mismo, no pueden filosofar. Y he aquí que ha caído en nuestras manos la grave incumbencia de preservar y adelantar la religión, la filosofía, la ciencia, la ética, la política, la urbanidad, la cortesía, la poesía, la música, las artes, las industrias y los oficios: cuanto es lenguaje que guarda y trasmite las conquistas de la especie, cuanto es cultura en suma.

América es llamada algo prematuramente a tal incumbencia. Pero ni es tiempo ya de preguntarnos si estamos prontos para el llamado del destino, ni si la historia nos ofrece un solo ejemplo de pueblos que no hayan sido forzados y llamados antes de tiempo para hacerse cargo de una herencia. El bien ha sido impresivor: sólo para el mal, sólo para deshacer los patrimonios han tomado algunas imperiosas precauciones previas. En nuestro caso, tenemos que hacer de tripas corazón, tenemos que mostrarnos capaces del destino. Después de todo, sin un sentimiento de responsabilidad, sin un propósito definido de maduración, ni los pueblos ni los hombres maduran: el solo persistir y aun el solo crecer no son madurar.

Pero América tiene que desenvolver esta obra de cultura en forma y manera de diálogo. América no está organizada, según una sola concepción del mundo. Tiene que haber un cambio y una nivelación axiológica. ¿Cuál es la parte del diálogo que toca a nuestras repúblicas? Sin duda la elaboración de un sentido internacional, de un sentido ibérico y de un sentido autóctono.

Para la herencia internacional estamos dichosamente preparados. El hecho mismo de haber sido convidados algo tarde al simposio de la cultura, de haber sido un orbe colonial y de

haber nacido a la autonomía al tiempo mismo en que ya se ponía el sol en los dominios de la lengua ibérica, nos ha adiestrado en la operación de asomarnos a otras lenguas, a otras tradiciones, a otras ventanas. Para llegar a Roma tuvimos que ir por muchos caminos. No así el que vive en Roma. Buscamos nuestras direcciones fundamentales a través de toda la herencia de la cultura, y no nos resulta violento el seguirlo haciendo. No así los pueblos magistrales que, por bastarse a sí propios, han vivido amurallados como la antigua China, y mil veces nos han dado ejemplo de la dificultad con que salen de sus murallas. Es entre nosotros un secreto profesional que el europeo medio se equivoca frecuentemente en las referencias a nuestra geografía, a nuestra historia o a nuestra lengua. Además, en un orden más técnico, América ha vivido por un siglo en régimen de confrontaciones y cambios, mucho antes de que Europa soñara en crear organismos jurídicos para un objeto semejante, y esto con mayor continuidad y perseverancia que la misma Europa. Finalmente, la formación misma de nuestras poblaciones ha eliminado entre nosotros los prejuicios de abolengo y de raza al punto que nuestra intuición no percibe otro abolengo que el abolengo humano, ni otra raza que la raza humana, cuyas monedas todas, altas y bajas, van troqueladas con el mismo sello de su dignidad trascendente. Estamos aptos para la vida internacional.

En cuanto a la herencia ibérica que nos fue otorgada como un don de la historia, mucho habría que decir. Podría en rigor prescindirse de algunos orbes culturales de Europa que no han hecho más que prolongar las grandes líneas de la sensibilidad o del pensamiento. De lo ibérico no podría prescindirse sin una espantosa mutilación. De suerte que lo ibérico tiene en sí un valor universal. No se lo confunda con tal o cual Estado institucional, con tal o cual régimen o gobierno que, como todos, ha gozado apogeos y ha padecido decadencias políticas. Lo ibérico es una representación del mundo y del hombre, una estimación de la vida y de la muerte fatigosamente elaborada por el pueblo más fecundo de que queda noticia. Tal es nuestra magna herencia ibérica.

Por lo que hace a las tradiciones autóctonas, nos corresponde el incorporar a inmensas masas humanas en el repertorio del hombre, y distinguir finalmente lo que en tales tradiciones hay de vivo y de perecedero, de útil y hermoso y de feo e inútil. Pues no todo lo que ha existido funda verdadera tra-

> dición, y los errores, tanteos, y azares de la naturaleza y de la historia no merecen necesariamente el acatamiento del espíritu. Tal es la fase más delicada de nuestra misión terrestre.
>
> Esto es lo que representamos, esto es lo que aportamos al diálogo de América. Penétrese el interlocutor de que no somos, pues, una mera curiosidad turística. El conocimiento de nuestro sistema del mundo ni siquiera es una mera conveniencia política del momento, para llegar a la loable e imprescindible amistad de las Américas y al frente único de la cultura. Somos una parte integrante y necesaria en la representación del hombre por el hombre. Quien nos desconoce es un hombre a medias.
>
> Así, penetrados en este sentimiento de solidaridad, penetrados del pleno sentido humano que representamos, estamos prontos a entablar el diálogo entre iguales. Y para este fin, y en la medida de nuestras fuerzas, salen hoy, en México, los *Cuadernos Americanos,* mediante la cooperación de un puñado de hombres de buena voluntad. No pretendemos llevar la voz: igual honor correspondería a cualquiera de nuestras repúblicas. Sólo deseamos fijar un sitio en que se congreguen las voces dispersas. Tal empeño nos ha parecido un deber. Nos negamos a admitir que el mundo de mañana, el que nazca del conflicto, pueda ser únicamente el fruto de la exasperación, de la violencia, del escepticismo. No: tenemos que legar a nuestros hijos una tierra más maternal, más justa y más dulce para la planta humana.

Salió el segundo número y todos los demás del año; salieron los números del segundo año y de los años subsiguientes sin ninguna interrupción, hasta llegar a este número 120. Al tenerlo en mis manos sentiré honda emoción, porque si bien es cierto que he contado con la ayuda generosa de amigos excelentes, cierto es también que ha significado esfuerzo personal día tras día, año tras año; esfuerzo personal inspirado en pasión fervorosa, en interés desinteresado por todos los pueblos de nuestro linaje. Alguna vez dije en la Universidad de Buenos Aires y hoy aquí lo repito: Amo a mi familia más que a mí mismo, a mi patria más que a mi familia y a los países latinoamericanos tanto como a mi patria. Y es que me siento ciudadano de toda nuestra América, de la América de Bolívar, de Martí, de Rubén, de esta nuestra América parcelada por la ambición de pequeños caudillos.

Por supuesto que en la obra han participado los miembros de la Junta de Gobierno y todos los colaboradores. La cooperación de Juan Larrea, durante los primeros ocho años, merece mención especialísima, pues sin ella tal vez la revista hubiera fracasado. Y a todos deseo hacerles presente, en esta ocasión, mi profunda gratitud.

¿Cuál ha sido el ideario de la revista? ¿Cuáles han sido sus propósitos? La respuesta se encuentra en el discurso que pronuncié en la cena anual al salir a la luz pública la primera entrega del decimosexto año de *Cuadernos Americanos,* así como también en lo escrito en la primera página del número 100.

Dije al comenzar el año de 1957:

Hace quince años nos reunimos un grupo de amigos para celebrar la aparición del primer número de *Cuadernos Americanos.* Por fortuna muchos de los que aquella noche nos sentamos alrededor de las mesas de un céntrico restaurante, podemos hoy pasar lista de presente; otros emigraron a ciudades lejanas de Europa o de América; y, desgraciada e inevitablemente, no falta quienes faltan porque ha tiempo tomaron la silla de posta para el viaje sin posible regreso. Recordemos con emoción contenida a Enrique Díez Canedo, Bernardo Ortiz de Montellano, Eugenio Imaz, Miguel Othón de Mendizábal y Enrique González Martínez.

Quince años de labor sin tregua y sin fatiga, dominados por un terco anhelo de superación; quince años de servir con pasión fervorosa y amor apasionado a nuestro México y a nuestra América; quince años de luchar por la paz entre los pueblos y por el goce de la libertad para todos los hombres; y después de los tres lustros transcurridos, podemos decir que jamás la codicia normó nuestros actos ni la dádiva del poderoso torció nuestro rumbo. Hoy, como ayer y como siempre, tenemos las manos limpias y estamos de pie, y en pie de lucha en nuestra pequeña trinchera.

El primer artículo de la primera entrega de la Revista lleva mi firma y se titula "Lo Humano, Problema Esencial", dije entonces que lo fundamental en la vida de las sociedades es el hombre, su bienestar físico como medio para lograr su superación moral e intelectual. Agregué que la ciencia y el arte deben estar al servicio del hombre y que el supremo ideal de la civilización estriba en la armonía del hombre con la naturaleza y de todos los hombres entre sí. Y hoy pienso lo

mismo que en 1942. Mas no voy a repetir lo que en aquella ocasión escribí; lo que voy a hacer, lo que voy a decir, es algo así como mi profesión de fe en mi calidad de Director de *Cuadernos Americanos.*

A mi parecer los problemas vitales en la mayor parte de las naciones de la América Latina son el hambre, las enfermedades y la ignorancia. Mientras las grandes masas de la población no se nutran eficientemente, de conformidad con una dieta balanceada, no gocen de salud y no adquieran por lo menos los conocimientos que se imparten en la escuela primaria, no es posible esperar que esas grandes masas desempeñen un papel significante en la historia futura de los pueblos; no es posible esperar un sano y robusto desarrollo económico, porque no puede haber agricultura técnica, ni industrias en gran escala, sin mercados; ni mercados sin compradores con amplia o por lo menos mediana capacidad de pago.

Es menester que el progreso económico de nuestros países, cuya finalidad no es ni puede ser otra que el bienestar de los muchos y no el enriquecimiento de los pocos, se realice hasta donde sea posible con nuestros propios recursos financieros; mas si a causa de nuestra pobreza necesitamos del capital extranjero para acelerar nuestra marcha hacia adelante, en ese caso debemos dirigirlo, debemos canalizarlo por donde nos haga bien y no daño, por medio de leyes y reglamentos apropiados. La inversión extranjera que llega libremente a una nación de escaso desarrollo, sin restricción alguna, procedente de un gran imperio, compromete la soberanía y la independencia de la pequeña nación, que es el mayor mal y la mayor desgracia que puede acontecerle. Y los países de la América Latina deben defender su independencia y su soberanía cueste lo que cueste. Por todo esto los mexicanos y los latinoamericanos en general, debemos defender por todos los medios a nuestro alcance el principio de no intervención, debemos estar en contra de la intervención de los Gobiernos de Francia y de Inglaterra en Egipto, de la intervención del Gobierno de la Unión Soviética en Hungría y de la intervención del Gobierno de los Estados Unidos en Guatemala, donde no ha mucho se consumó la "gloriosa victoria" del Sr. Foster Dulles.

Por otra parte queremos que nuestros pueblos no sólo se desarrollen en el terreno material, sino paralelamente en lo

que atañe a los altos valores del espíritu. De aquí la importancia que hay que conceder a la difusión de la alta cultura, por supuesto sin menoscabo de la educación popular. No hay que olvidar que la cultura superior no es ni debe ser patrimonio de pueblos ricos, sino de todos aquellos que no están dispuestos a quedarse a la zaga de la civilización. En la cátedra, el la biblioteca, en los laboratorios y en los institutos de investigación, se fragua en los tiempos modernos el destino de las naciones.

Nuestras universidades, nuestras publicaciones y sociedades al servicio de la cultura, deben defender nuestra lengua, nuestras tradiciones, nuestras costumbres, nuestros valores auténticos y el derecho indiscutible y sagrado a ser nosotros mismos, a vaciarnos en moldes propios de conformidad con nuestra historia y nuestra geografía. Necesitamos no caer en un hibridismo que empobrece, descasta y degrada.

Es obvio que para que florezca la cultura en su más elevado nivel, es necesario que el sabio y el artista se muevan en una atmósfera social de libertad. Claro está que no pensamos ni por un momento que la libertad deba ser en beneficio privativo del artista y del sabio, sino un bien general en provecho de todos los individuos de nuestra especie. "La libertad —escribió Cervantes— es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos; con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra ni el mar encubre; por la libertad, así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida. . ." Y nosotros agregamos que la libertad es el honor del ciudadano y que si se mengua su libertad se lesiona su honra. Con apoyo en estas ideas *Cuadernos Americanos* ha luchado siempre en contra de las dictaduras castrenses, vergüenza y oprobio de la América Latina. Estos regímenes no podrían subsistir unos cuantos meses si les faltara el apoyo diplomático y la ayuda económica y militar de la gran democracia norteamericana.

Otra de las metas perseguidas desde un principio por la revista, es la aproximación cultural de nuestros pueblos, dando a conocer su historia, sus problemas y a sus hombres de mayor estatura moral e intelectual. Es pertinente aclarar que en este caso, cuando digo nuestros pueblos, incluyo al pueblo español; y cuando en ocasiones digo nuestros países, tengo presente a la España de Vives, de Cervantes, de Jovellanos, de Costa y de Giner de los Ríos; tengo presente a la España

que un día no lejano romperá los hierros que la sujetan para cumplir su noble destino.

Pasando a otro punto debo agregar que somos pacifistas ciento por ciento, congruentes con nuestra posición humanista. En consecuencia, tenemos la convicción más honda de que ningún problema humano se resuelve por medio de las guerras internacionales; y estamos en completo desacuerdo con los hipócritas que hablan de paz mientras se ufanan en construir cada vez más poderosas bombas asesinas; de igual manera que con los falsos sacerdotes de Cristo, sea cual fuere su rango, que predican el odio entre los pueblos y la guerra entre las naciones.

Sabemos bien que vivimos en un momento de transición y que nos hallamos sumergidos en la crisis humana más grave de la historia; sabemos bien que los gobernantes de las grandes potencias no tienen la estatura mental que exigen las circunstancias para resolver con tino los problemas que agitan y angustian al hombre contemporáneo, pero también sabemos que no hay precedente histórico de una sociedad que se haya suicidado. Por esta reflexión y por muchas otras que no es del caso apuntar en esta disertación de sobremesa, creemos que no obstante tanta estupidez y bajeza tanta, se encontrarán fórmulas nuevas de convivencia entre los pueblos y dentro de cada país, de conformidad con los nuevos avances de la ciencia aplicada y las justas aspiraciones de las muchedumbres desheredadas que, para vergüenza de eso que hemos convenido en llamar civilización, representan todavía dos terceras partes de la población mundial.

Creemos que el hombre, que ha sido siempre algo así como un Prometeo encadenado, bien puede ser mañana un Prometeo victorioso, cuando se conozca mejor a sí mismo y mejor conozca los más recónditos secretos de la naturaleza. Entonces, nacerá el superhombre.

Y en el Núm. 100 escribí lo siguiente:

> Después de no pocos esfuerzos y largos afanes llegamos al número 100 de la revista. Nos parece algo así como si hubiéramos alcanzado una meta difícil de conquistar.
>
> No lo hubiéramos imaginado el 29 de diciembre de 1941, cuando celebramos la aparición del primer número de *Cuadernos Americanos.* Por supuesto que no nos envanecemos de lo

que hemos realizado hasta la fecha, sencillamente porque sabemos bien que tenemos mucho más por hacer en los próximos años.

No vamos a repetir hoy lo que muchas veces hemos dicho en las páginas de la revista. Los lectores ya conocen bien nuestras ideas y opiniones; nuestros propósitos y más caros anhelos. Sin embargo, queremos repetir que soñamos en la unión y en la grandeza de los pueblos latinoamericanos y que luchamos sin tregua por su plena realización; queremos repetir una vez más, aun cuando resulte fastidioso, que para nosotros lo humano es el problema esencial y que nuestro ideal estriba en la implantación de la justicia económica, el goce de la libertad y la paz para todos los hombres sin distinción de razas ni de creencias, sin distinción del color de la piel.

Estamos de acuerdo con la Carta de las Naciones Unidas y la Carta de la Organización de los Estados Americanos firmada en Bogotá. En consecuencia tenemos la más honda convicción de que todos los países tienen derecho, un derecho inalienable a realizar su propio destino de conformidad con sus experiencias y sus sueños de superación. Afirmamos con el mayor énfasis, despacio y en voz alta, que ninguna nación por fuerte que sea tiene derecho a intervenir en otra nación por débil que ésta sea.

Por otra parte, deseamos insistir en que *Cuadernos Americanos* no ha sido revista de cenáculo, ni ha estado al servicio de un pequeño grupo de amigos. Sus cuatro secciones han estado a la disposición de todos aquellos que han tenido algo que decir y han sabido decirlo. Prueba de ello es que durante sus ya casi 17 años de vida han escrito humanistas y hombres de ciencia de todos los países de América, de varios de Europa y aun de Asia. Nos sentimos orgullosos de poder ofrecer las siguientes cifras: 2,018 ensayos y artículos publicados, escritos por 735 diferentes autores.

Hoy nos detenemos por un instante en un imaginario paradero. Mañana mismo continuaremos la marcha con el mismo interés y la misma pasión por servir a las más nobles causas. Nuestra ambición es que la revista llegue a ser por su conducta insobornable, por su amor por la paz, por la libertad, por la justicia, una pequeña lámpara encendida en medio de la noche cargada de angustias, mientras se aproxima la luz de nuevo amanecer.

Pero después de alrededor de tres años hay algo que es bueno reiterar y algo nuevo que decir en este número en que rompemos la tradición de la revista en cuanto a su división en secciones, para dedicarlo en forma expresa a toda la América Latina y a España; acto de homenaje en este momento dramático, en esta hora crucial de la historia del hombre.

Con tres meses de anticipación solicitamos de amigos dilectos de cada uno de nuestros países, incluyendo a España, un artículo sobre el tema que quisieran en relación con su tierra, con su provincia Latinoamericana. Todos respondieron a nuestro llamado.

Ahora bien, la lectura de los artículos, todos ellos valiosos, sugieren las reflexiones que siguen:

Primera: El hambre, la ignorancia y las enfermedades son los problemas fundamentales de alrededor del 60% de los habitantes de la América Latina.

Segunda: Las inversiones extranjeras de empresas o individuos, especialmente de los Estados Unidos, lejos de haber contribuido al desarrollo de nuestros países han sido casi siempre factores de descapitalización, de empobrecimiento.

Tercera: En los últimos meses, de seguro a causa de la Revolución Cubana, los Estados Unidos por medio de sus embajadas han exportado la guerra fría a todos los territorios latinoamericanos, con la complicidad del clero y de los sectores más reaccionarios de cada país.

Cuarta: Como resultado de la guerra fría se han organizado campañas en contra de instituciones y personas progresistas, a veces tan solo inspiradas en un liberalismo social, acusándolas de comunistas al servicio de la Unión Soviética.

Quinta: Los que simpatizan con Fidel Castro y su revolución también son tildados de comunistas. Por medio de una propaganda artera y a través de todos los medios de difusión, se intenta satanizar a todo partidario de la Revolución Cubana presentándolo por sólo ese hecho como delincuente.

Sexta: La guerra fría ha creado una psicosis de miedo entre gobernantes e intelectuales de nuestra América. Y ya sabemos que el miedo es siempre mal consejero.

Séptima: Los recientes acuerdos de Punta del Este no han entusiasmado a quienes conocen bien la realidad latinoamericana.

Octava: No puede haber desarrollo económico sin reformas agrarias, sobre todo en aquellos países en que existen

inmensas propiedades territoriales. La simulación, inevitablemente, será la norma general que adopten los oligarcas.

Novena: Desarrollo significa fundamentalmente, elevación del nivel de vida económico y cultural de las grandes masas de la población de un país.

Décima: En un aspecto el desarrollo quiere decir industrialización, para lo cual es menester no sólo el mercado y el mercader, sino también el mercador; y jamás habrá suficientes mercadores, sin reformas agrarias.

Decimaprimera: Hay una antinomia irreductible entre el interés del inversionista extranjero y el de los pueblos. Aquéllos quieren lucrar, quieren ganar dinero pronto y lo más posible; a éstos no les conviene la codicia del extranjero, la exportación de utilidades que empobrecen, porque lo único que les importa es vivir como seres humanos, cada vez mejor.

Decimasegunda: Estamos de acuerdo con la promesa del préstamo de veinte mil millones de dólares, siempre que sea con interés no mayor del 2% anual y a un plazo no menor de diez años; y por supuesto siempre que la garantía exigida no lesione la dignidad, ni la soberanía, ni la autodeterminación de cada país.

Decimatercera: Con el préstamo de los veinte mil millones, aun utilizados de la mejor manera posible, se ayudará un poco, un poco nada más, a los pueblos latinoamericanos.

Decimacuarta: Más importante que el aparentemente fabuloso préstamo, acerca del cual no hemos podido vencer el esceptisismo, es que la compra de lo que vendemos y la venta de lo que compramos sea a precios razonables y estabilizados en períodos relativamente largos.

Decimaquinta: No se puede negar que en la América Latina hay un hondo malestar, que las masas hambrientas ya no quieren tener hambre, que los parias ya no quieren ser parias y aspiran a vivir con decencia y con decoro, cueste lo que cueste, por la buena o por la mala.

Decimasexta: En la mayor parte de los países latinoamericanos existen gobiernos oligárquicos que, inevitablemente opondrán a la alianza para el progreso la alianza para el retroceso.

Decimaséptima: Se advierte una fuerte concentración de capitales y tendencias claramente monopolísticas en las naciones más adelantadas de la América Latina.

Decimaoctava: El Gobierno de los Estados Unidos debe

recordar que su política con varios países de la América Latina ha sido muchas veces injusta, ventajosa, despótica, desleal, agresiva e intervencionista; debe recordar que en más de una ocasión ha sostenido con su ayuda financiera y diplomática a dictaduras castrenses en contra de la voluntad y del interés de los pueblos; y por último debe recordar también, que las palabras y declaraciones de sus altos funcionarios no han coincidido muchas veces ni coinciden con la realidad amarga de los hechos.

Decimanovena: Como lógica consecuencia de lo dicho en la conclusión anterior, amplísimos sectores de los países latinoamericanos desconfían de lo que dicen, de lo que prometen el Presidente de los Estados Unidos, el Departamento de Estado y sus voceros.

Vigésima: Y para destruir o por lo menos atenuar esa desconfianza, los gobernantes norteamericanos necesitan cambiar de una vez por todas, sincera y radicalmente su política con la América Latina; necesitan demostrar que sobre los intereses privados de sus inversionistas están los intereses generales de nuestros pueblos; necesitan probarnos con actos claros y decisivos que desde hoy son amigos leales y no solapados verdugos. Sólo así contarán con la simpatía, la cooperación y la amistad de los habitantes de todos los territorios que se extienden al sur del Río Bravo. ¿Será esto posible? Dejemos abierta la interrogación.

Mientras tanto sostengamos el principio de la no intervención y el de la autodeterminación, dejando a los lacayos la negación de tales principios. Por autodeterminación debe entenderse la opinión mayoritaria de un pueblo libremente expresada, a favor de una organización económica, social y política con claridad y precisión.

Nunca como ahora en que impera la mentira, la simulación, la tergiversación de valores; nunca como ahora en que vivimos en un mundo empantanado, precisa decir la verdad, ser vasallos de la verdad, porque sólo así cumpliremos nuestro deber de hombres, como intelectuales, como ciudadanos de todos los pueblos de nuestro linaje.

ARGENTINA 1961

Por *Sergio BAGÚ*

La imagen que un pueblo tiene de sí mismo es también un producto histórico. En pocos países de América Latina el crecimiento nacional ha creado un clima de euforia semejante al que Argentina vivió en otra época. En pocos también los signos de la desorientación y el escepticismo se encuentran hoy más generalizados y endémicos.

No hay, claro está, correlación inmediata y mecánica entre el optimismo popular y las causas que lo engendran. Cada época, cada clase social tiene su imagen de la vida, su forma de interpretar el progreso, su sentido de la realidad nacional e internacional, su sensación casi física del desarrollo. Cada generación de intelectuales elabora su teoría, o sus teorías, sobre el porvenir inmediato de la nación. La etapa histórica arrastra consigo una lógica y una actitud ante la problemática.

¿Cuándo fue Argentina más optimista? Nació con fuerza aunque con dudas, a la independencia, y no por azar, porque las luchas contra el imperio español y las guerras civiles la desangraron durante decenios. Progreso material, rápido y auténtico, aunque anárquico y desigual, fue el que sobrevino coco consecuencia inmediata de la expansión de las estructuras nacionales y del ingreso del país a la economía internacional, desde aquel año clave de 1880. Todo creció entonces con vértigo durante un decenio. Después, una larga crisis que se inicia en 1890. Y en el siglo XX, desde sus primeros años hasta 1930, progreso material casi permanente: multiplicación afiebrada de la población, de la producción exportable, de la industria liviana nacional, de la capacidad adquisitiva del salario y de los beneficios del capital. Hasta de la cantidad de automotores por habitante, que llega a su máximo en el momento mismo en que la oligarquía pecuaria derroca al presidente Yrigoyen.

A partir de 1930, la sensación de progreso va mezclada con otros factores complejos. Nadie duda aún de que el país

continúa su marcha ascendente, pero hay otras crisis que comienzan a enraizarse en la vida nacional: una política, otra económica, otra de valores. Con todo, sería difícil encontrar testimonios escépticos. A excepción de pocos intelectuales, los hombres argentinos prefirieron creer, hasta muy avanzado el quinto decenio del siglo; que el país seguía creciendo, pese a los malos gobiernos. El peronismo, al calor de las circunstancias excepcionales que la guerra creó en el mercado mundial para los vendedores de materias primas, inyectó aquella antigua sensación de euforia nacional en sectores olvidados: las masas rurales migrantes, la mano de obra urbana, algunos grupos de clase media no admitidos después de 1930 en la coparticipación del poder político. Pero los últimos años de ese régimen fueron anunciando lo que vendría inmediatamente después: la sensación de parálisis, la imagen de un organismo joven que ha comenzado a envejecer antes de alcanzar su plenitud.

Un argentino de 1880, de 1904, de 1928, de 1948 no podría reconocer parentesco espiritual con el de nuestros días. Tan profundo ha sido el cambio que el folklore del optimismo popular de aquellas épocas parecería corresponder a otro país.

Indices del retroceso

HASTA aquí, hemos hablado de algo que entra enteramente en el terreno de la psicología de la masa, de los mitos e imágenes que la nación se forja de sí misma. Pero esos mitos y esas imágenes suelen tener traducción cuantitativa con alto grado de fidelidad, sobre todo si se intenta analizar un arco de tiempo relativamente extenso, no un fugaz pasaje en la historia del país.

Hace dos años, en una conferencia internacional, la delegación oficial argentina dio a conocer un cuadro comparativo del promedio del ingreso por habitante en un período considerablemente prolongado, al cual pertenecen las cifras que siguen:

CUADRO Núm. 1

Promedio del ingreso por habitante

	1925/34	1940	1949	1953	1958
Estados Unidos ..	100	100	100	100	100
Argentina	73	57	38	23	15

Fuente: Datos oficiales argentinos, reproducidos en *The Review of River Plate,* Bs. As., 13 de septiembre de 1960.

Estamos frente a una formulación comparativa. La imagen del retroceso económico de Argentina se recarga de tintes más sombríos si se la presenta en función del progreso de otro país. Desde el comienzo de la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos inauguró un prolongado período de prosperidad económica. Después del conflicto armado, esa prosperidad se acentuó notablemente. En los años últimos, si bien el índice de crecimiento económico general de Estados Unidos es inferior al de Europa occidental y al de los países socialistas, no ha dejado de ser positivo. Argentina, en cambio, aunque ha atravesado algunos años de crecimiento, ha soportado muchos más de parálisis y retroceso. El contraste, por lógica, debe ser agudo y eso es lo que traduce el cuadro transcrito.

Aun así, el cuadro es válido; mucho más dramáticamente elocuente. Allá cuando termina el breve capítulo de la república representativa en Argentina, llega también a su fin el período de crecimiento económico veloz. Precisamente cuando el presidente Yrigoyen es derrocado, el promedio del ingreso por habitante está más cerca del de Estados Unidos. A partir de entonces, se inicia el descenso acelerado. Debemos hacer lugar, con escrupulosidad histórica, a las excepciones que marca la incorporación a la economía urbana de voluminosas masas de asalariados rurales y al ascenso de sectores de clase media estimulados por el desarrollo de la industria de bienes de consumo durante la Segunda Guerra Mundial y poco después de ésta.

El cuadro que sigue ya no tiene carácter comparativo. Son cifras que sólo se refieren a procesos nacionales:

CUADRO Núm. 2

Argentina: Producto e inversión de capital por habitante

Promedio de la tasa anual de evolución del producto por habitante	Promedio de la tasa anual de evolución de la inversión de capital por habitante
(1950-1958) (a)	(1945-1957) (b)
—0.4	—3

Fuentes: (a) Cálculo de la Cepal, partiendo de datos oficiales argentinos (Jorge Ahumada, *El desarrollo económico y los problemas del cambio social en América Latina,* México, 1960). Según la revista *Panorama de la economía argentina,* Bs. As., en 1959 y 1960 el producto bruto nacional por habitante sufrió una disminución de 2,5% respecto a 1958, último año anterior al plan de desarrollo económico que se encuentra en aplicación. (b) Cálculo de The Chase Manhattan Bank, *Latin American Business Highligts,* third quarter, 1959, p. 7.

Cada uno de estos dos índices tienen origen distinto: el primero ha sido elaborado por la Comisión Económica para América Latina de las Naciones Unidas; el otro, por The Chase Manhattan Bank. Los datos de esta índole, por supuesto, están sometidos a cierta variación, según la fuente y el procedimiento utilizado. Así, por ejemplo, el Chase Manhattan Bank, en un estudio muy reciente *(Latin American Business Highlights,* second quarter, 1961, p. 9) calcula que el producto nacional bruto por habitante entre 1948 y 1959 presenta en Argentina un promedio anual negativo de 2%. Si este último cálculo fuera el más acertado, deberíamos llegar a la conclusión de que Argentina es, en toda América Latina, el país que económicamente retrocede con mayor rapidez. Pero, como quiera que fuere, el hecho de que todos los análisis de distintas fuentes atribuyan coeficientes negativos al desarrollo económico del país en los últimos diez o quince años, así como la circunstancia de que esos índices coincidan con la sensación de estancamiento —más aún, de retroceso— extendida y ya permanente en el país, no pueden menos que constituir testimonios de la mayor elocuencia para medir una época histórica.

Como todos los países exportadores de materias primas, éste que lo ha sido en tan grande escala de productos agropecuarios, se encuentra envuelto en una agotadora espiral de descenso de los precios en el mercado internacional de la cual no hay en este momento un solo hombre responsable de la política económica tradicional del país que sepa cómo salir. Los datos que damos en seguida pueden agregarse a esta galería de testimonios históricos:

CUADRO Núm. 3

Argentina: Relación de precios del intercambio
(1953=100)

1947	143.8
1949	117.8
1951	109.5
1953	100.0
1955	88.0
1957	72.5

Fuente: Cepal, *El desarrollo económico de la Argentina,* México, 1959, I, p. 20.

En 1958, 1959 y 1960, la tendencia descendente general ha experimentado ciertas vacilaciones, pero en forma alguna ha revertido. En este momento, la perspectiva más cierta es la de que esa tendencia continúe operando implacablemente. El otro sistema económico internacional dentro del cual se halla la Argentina sumergida —el mercado de capitales gobernado por Estados Unidos y los países europeos de occidente— se manifiesta por índices de igual inclemencia: el beneficio del capital extranjero invertido en Argentina en los últimos años es, cuando menos, dos y tres veces superior al beneficio del capital extranjero invertido en el país en los años inmediatamente anteriores a la Segunda Guerra Mundial. Por lo demás, las condiciones colaterales de la inversión de ese capital son tan onerosas que recuerdan necesariamente el clásico tipo de inversiones de la novena década del siglo XIX.

Las raíces históricas

Estamos frente a un proceso estructural de antigua procedencia. ¿Hasta dónde debemos remontarnos históricamente

para descubrir su origen? Aunque la crisis endémica en que se encuentra envuelta Argentina se haya iniciado en seguida después de la caída del presidente Yrigoyen en 1930, sus raíces pueden rastrearse desde muchos lustros antes. Probablemente, cuando el país, alrededor de 1880, reorganiza todas sus estructuras nacionales a fin de transformarse en formidable exportador de cereales y carne para el mercado europeo occidental. Esta reorganización de las estructuras nacionales implicó la transformación sustancial de todo lo existente y determinó las pautas fundamentales para lo futuro.

Aparece, como consecuencia inmediata, el mercado nacional, formado por el desplazamiento físico y económico de vastos sectores de la antigua población local y por la incorporación de la masa migrante internacional. Ese mercado nacional es un subproducto del sistema económico internacional al cual ingresa caudalosamente el país hacia fines del siglo XIX. Como tal, sus características van a estar condicionadas por las oscilaciones de la economía internacional: la relación de precios del intercambio y la capacidad adquisitiva de las exportaciones, la importación de productos terminados, la aparición de una masa de consumidores nacionales, el surgimiento de una industria nacional de bienes de consumo.

La producción agropecuaria de las zonas pampeana y mesopotámica se organiza tempranamente sobre la base de la gran propiedad territorial y, por tanto, de un número muy limitado de grandes propietarios de la tierra. La mano de obra, nacional e internacional entra en la escena moderna de la Argentina económica y social, en el más alto porcentaje, como asalariada y arrendataria.

Donde más temprano se manifiesta una esclerosis estructural es en la propiedad rural y será ella el eje a cuyo alrededor girarán todas las estructuras nacionales hasta el momento en que escribimos. La sede principal de la gran propiedad rural es la provincia de Buenos Aires, cuna por ello de la clase social más antigua, coherente y poderosa en lo económico y lo político. El cuadro que sigue nos dará idea de cómo opera una antigua estructura económica y social que se proyecta sobre la historia de la Argentina contemporánea:

CUADRO Núm. 4

Provincia de Buenos Aires: Distribución de la propiedad rural

A. *Latifundios*

(1958)

Porcentaje del número de parcelas sobre el total de parcelas computadas	Porcentaje de la superficie ocupada sobre el total de la superficie computada
96.4	58.93
3.6	41.07

Fuente: Junta de Planificación Económica de la Gobernación de Buenos Aires, *Distribución de la propiedad agraria en la provincia de Buenos Aires,* La Plata, 1958, Cuadro No. 2, adaptado.

B. *Minifundios*

(1952)

Total de explotaciones agropecuarias en toda la provincia	104,596	100%
Casos extremos de minifundios antieconómicos dedicados a producción agropecuaria que han sido localizados . .	35,416	34%

Fuente: Ibídem, Cuadro núm. 8, adaptado.

Obsérvese que en la sección A del cuadro nº 4 se habla de parcelas. La cantidad de propietarios no coincide necesariamente con la de parcelas. Cuanto mayor es la superficie de las parcelas censadas, menor es el número de propietarios. Lo habitual es que un gran propietario lo sea, a la vez, de tres, cuatro, cinco, seis y más establecimientos agropecuarios, que ocupan la mejor tierra de la provincia, el mayor número de ganados de raza pura y mestiza, y vastas superficies dedicadas al cultivo de cereales mediante arrendatarios y medieros. Así, pues, ese 3.6% del total de parcelas computadas en la provincia de Buenos Aires debe ser de propiedad de menos del 2% del total de propietarios rurales de toda la provincia. Por lo tanto, podemos afirmar, sin temor a error, que el 41.07% del

total de la superficie computada en la estadística agropecuaria de la provincia de Buenos Aires, en la que se incluye prácticamente todo el suelo de mejor calidad, pertenece a menos del 2% del total de propietarios rurales.

El reverso del latifundio es el minifundio. Se ignora generalmente que la provincia de Buenos Aires, que aloja a centenares de latifundios considerados entre los más grandes del mundo, es también sede de multitud de minifundios antieconómicos, es decir, parcelas que se encuentran por debajo de la superficie de lo que se considera la unidad económica de la zona respectiva.

La sección B del cuadro 4 se refiere, es menester advertirlo, solamente a ciertos casos extremos de minifundios antieconómicos dedicados a producción agropecuaria que han podido ser localizados. Esos casos extremos abarcan el 34% del total de explotaciones agropecuarias registradas en toda la provincia.

El otro dato que necesitamos para medir la magnitud de la gran propiedad territorial es la distribución de la propiedad semoviente, a la cual se refiere el siguiente cuadro:

CUADRO Núm. 5

Provincia de Buenos Aires: Distribución de la propiedad semoviente (1937-1956)

Ganado vacuno (por ciento)

1937		1956	
Explotaciones agropecuarias	Cabezas	Explotaciones agropecuarias	Cabezas
92.27	35.89	88.99	35.67
7.73	64.11	10.01	64.33

Fuentes: Censo Nacional Agropecuario (1937); encuesta de la Dirección de Estadística e Investigaciones (1956); Junta de Planificación Económica de la Gobernación de Buenos Aires, *Distribución de la propiedad agraria en la provincia de Buenos Aires,* La Plata, 1958, Cuadro núm. 9.

Hemos tomado dos años sobre los cuales hay datos estadísticos precisos para insistir que estamos en presencia de fenómenos estructurales, al margen de todos los cambios po-

líticos habidos hasta el presente. Se observará que la segunda columna correspondiente a cada uno de los dos años registrados no presenta, en la práctica, variación alguna a lo largo de dos decenios: poco más del 64% del ganado vacuno, en efecto, pertenece a un número mínimo de establecimientos: el 7.73% en 1937; el 10.01% en 1956. Dos advertencias son indispensables: este ganado es el de mayor calidad, casi todo de raza pura o mestiza y muchos de ellos animales premiados o descendientes de premiados en las exposiciones rurales; además, el 7 73% y el 10.01% de las explotaciones agropecuarias registradas corresponden a un número considerablemente menor de propietarios, probablemente apenas el 3 ó 4% del total de propietarios de ganado vacuno de la provincia. Así, pues, podemos suponer que no más del 4% del total de propietarios pecuarios de la provincia de Buenos Aires, posee más del 64% del total de cabezas de ganado vacuno, incluidas casi todas las de mayor precio en el mercado.

Nos faltan datos muy recientes respecto de la distribución de la propiedad rural en la zona del cereal, pero el censo agropecuario de 1937 nos dio, por ejemplo, en la provincia de Santa Fe, el 62.8% de arrendatarios contra un 32.4% de propietarios. Es muy probable que, si alguna alteración se ha producido en estos porcentajes, lo haya sido en perjuicio del arrendatario y el pequeño propietario y en beneficio del gran propietario territorial.

Urbanización y villas miseria

No podemos insistir, por la índole de este trabajo, sobre este tema particular. El campo argentino, así tan tempranamente estructurado, fue incapaz de absorber el crecimiento vegetativo regional y expulsó gran parte de los migrantes extranjeros que llegaban a él. El proceso de urbanización se puede localizar en Argentina como fenómeno masivo continuo por lo menos a partir del año 1880, aunque se intensifica considerablemente en los últimos lustros. Para aquellos que suponían que el proceso se había detenido o atenuado en el último lustro, las cifras provisionales del censo nacional de la población levantado en 1960 que comienzan a conocerse, presentan un panorama totalmente distinto. Estos índices que hemos seleccionado pueden considerarse muy expresivos:

CUADRO Núm. 6

Argentina: Indices de urbanización

	Porcentaje de aumento de la población en el período 1947-60
Zona conurbana de la *Capital Federal*	118
Córdoba	
Toda la provincia	17.3
Departamento Capital	52,0
Enre Ríos	
Toda la provincia	1,6
Departamento Paraná[1]	16,9
Santiago del Estero	
Toda la provincia	—0,5
Departamento Capital	26,7
La Pampa	
Toda la provincia	—6,7
Departamento Capital	45.2

[1] Comprende la ciudad de Paraná, capital de la provincia.

Fuentes: IV Censo Nacional de Población (1947) y cálculos preliminares del V Censo Nacional de Población (1960).

Estas cifras atribuyen a la Capital Federal 2.966,816 habitantes, pero la Dirección Nacional de Estadística y Censo, en sus cálculos anuales, le asignaba en el mismo año, 3.875,700. Como el levantamiento del censo en la Capital Federal padeció de graves errores de organización, no podemos saber en este momento si esa diferencia tan grande se debe por entero a esas deficiencias, o bien señala el principio de un fenómeno conocido ya en otras grandes ciudades en este siglo: la emigración de parte de la población metropolitana desde las zonas céntri-

cas hacia los alrededores. Pero el dato que se refiere a la zona conurbana de la Capital Federal, con su 118% de aumento entre los dos últimos censos, es suficientemente elocuente para medir la magnitud y continuidad del proceso. La urbanización, sin embargo, no es sólo un fenómeno metropolitano: se produce a lo largo de todo el país, como puede observarse en las cuatro provincias que hemos seleccionado. Aun en aquellas en que la población total se encuentra estacionaria, como Entre Ríos y Santiago del Estero, la urbanización continúa a ritmo acelerado.

Esta no es una urbanización industrial, sino protoindustrial. Crecen los núcleos urbanos más industrializados, pero también aquellos donde casi no existen industrias. Además, la mano de obra que se incorpora a los centros industriales no es absorbida preferentemente por la actividad industrial o paraindustrial, sino que, en alto porcentaje, se desplaza hacia el comercio, los servicios, el Estado y las actividades económicas marginales. La industria argentina no tiene suficiente capacidad de absorción para justificar el coeficiente de intensidad de la urbanización, ni el sector de servicios tiene en Argentina una estructura similar a la de los países altamente industrializados para dar empleo útil a un elevado porcentaje de la mano de obra urbana. Por el contrario, buena parte de ésta se desplaza hacia el empleo del Estado, cuya orientación y funciones, en esta sociedad agraria con urbanización protoindustrial dependiente del mercado internacional, impiden que el agente público cumpla una función social constructiva, como podría ocurrir.

La urbanización protoindustrial, característica de Argentina en esta etapa de su desarrollo, pero que se inicia en 1880, va acompañada en los últimos años de un rápido descenso en el nivel de vida de la masa de la población. Este cuadro nos ofrece algunos índices sobre el particular:

CUADRO Núm. 7

Argentina: Indices de nivel de vida

Remuneración del trabajo (% sobre el total del ingreso neto interno) (a)		Valor de la moneda (números índice) (b)	
1950	60.9	1950	100
1955	57.9	1955	44
1959	48,7	1960	9

Fuentes: (a) Datos oficiales y cálculos de la Oficina de Estudios para la Colaboración Económica Internacional de Fiat *(Argentina.* Síntesis económica y financiera núm. 1, Bs. As., 1960, p. 9). (b) Boletín mensual de *The First National City Bank of New York,* mayo de 1961, pp. 13 y 14.

El descenso en el nivel de vida de la masa es consecuencia del esclerosamiento de las estructuras nacionales, que impide el crecimiento dinámico de la economía y, a la vez, de una estructura social que reserva para ciertos estratos numéricamente muy limitados el mayor provecho directo del esfuerzo nacional y el provecho indirecto producido por la espiral inflacionaria. Una consecuencia que diríamos inevitable de todo este mecanismo estructural es el rápido crecimiento de la población que vive en *villas miseria,* particularmente en los grandes centros urbanos y sus alrededores. Así, en 9 de los 17 partidos que forman la zona conurbana de la Capital Federal, la población de este tipo de barrio de emergencia, que era de 76,430 en 1956, pasó a ser de 189,470 en 1959.[1] Algunos estudiosos calculan que en la actualidad vive en esas condiciones no menos de un millón de personas, es decir, el 5% del total de la población del país.

El punto de partida

Estos que ofrecemos no son más que algunos de los índices fundamentales necesarios para captar el trasfondo económico

[1] Cf. Italo V. Elena y Epifanio Palermo, *Las "villas miseria" y el desarrollo industrial de la República Argentina,* notable monografía presentada a la Tercera Conferencia de la Asociación Médica Internacional para el Estudio de las Condiciones de Vida y Salud, San Vicente, Italia, 1961.

y social de la letárgica etapa que Argentina atraviesa. Quizá debamos repetir lo que todos saben y no es posible olvidar: tierra de increíble potencial creador, la nuestra parecería destinada a la proeza. Pero entre ambos extremos del problema —riqueza subyacente y miseria cotidiana— se yerguen las estructuras nacionales, tan fuerte y antiguamente esclerosadas y, bajo su sombra protectora, la colosal incapacidad organizativa de las viejas clases dirigentes, a las que se suma un elenco más nuevo de empresarios urbanos con planteamientos económicos insolventes, monótonos repetidores de fórmulas vacías importadas de lejanas metrópolis.

Esa inepcia orgánica, endémica, enciclopédica no ha tenido un solo paréntesis de excepción, cuando menos, desde 1930 hasta nuestros días y sólo atinó a recubrirse de un torpe barniz de progreso material y organizativo en los días en que el mercado internacional, famélico de trigo y carne, compró a cualquier precio lo que siempre el país había producido. Ni merecen los gestores del fracaso sistematizado que mencionemos sus nombres: todos los gobiernos, desde aquel año hasta hoy, sin una sola excepción, pasarán a la crónica como heroicos defensores de lo caduco, como retóricos *entrepreneurs* del retroceso institucionalizado.

Hay, en esta hora argentina en que los contrastes se agudizan hasta lo increíble, algunos símbolos fuertemente dramáticos. Así, el gigantesco sistema fluvial mesopotámico, uno de los más caudalosos del mundo, que se vuelca en el océano casi totalmente inaprovechado, después de lamer las costas de enormes concentraciones urbanas que, desde hace lustros, viven en la permanente humillación de la semioscuridad. Así, la esforzada palingenesia de sistemas ideológicos arcaicos ya hace dos siglos, rebautizados solemnemente a la luz pública en la hora misma en que la humanidad se encuentra envuelta en la más profunda y veloz revolución científica y técnica de todos los tiempos.

Pero no duerme, no, la Argentina sus siete noches de existencia vegetativa. Como en tantos otros casos históricos, vela, estudia, trabaja y observa. Su mano de obra es ágil, inventiva y altamente capaz de esfuerzo creador organizado. Su juventud ha alcanzado alto nivel de ductilidad mental y capacidad organizativa. Como impensado subproducto de una organización obsoleta, hay en el país una masa de estudiantes y egresados universitarios, de técnicos y teóricos, de escritores,

plásticos y músicos, de obreros calificados y semicalificados, cuya magnitud y calidad superan muy ampliamente las posibilidades harto menguadas que les ofrece la realidad contemporánea. Es un admirable sustrato humano, una reserva de potencial creador que, cuando se quiebre definitivamente la antigua muralla, se lanzará a dar nueva vida a la tierra todopoderosa y a los recursos inmensurados de su entraña y de sus aguas.

Ese es el punto de partida.

MARE NOSTRUM, MARE SACRUM

Por *Fernando DIEZ DE MEDINA*

MEDITACIONES SOBRE EL MAR: LA GRAN HERIDA DE BOLIVIA

I

No es una palabra: es un sentimiento. No es sólo un elemento de la naturaleza: es la esencia misma de nuestra vida espiritual. No es un sueño: es la verdad. No es únicamente la verdad: abarca el sueño. Más que el pasado que acosa o el futuro anhelado, es puro presente, la espada fría del minuto, el venablo ardiente del segundo. No es la meta lejana: es el deber irrenunciable de cada día. No es el patrimonio que no supimos conservar: es la heredad que sigue siendo nuestra por la sangre de los abuelos, por el padecimiento de los padres, por el viril resurgimiento de los hijos. No es ilusión, no es bandera electoral, no es delirio quijotesco: es una realidad inexorable. No es el destierro que anonada: es el reino prometido. No es el pequeño dolor de cada uno: es la suma angustia de todos. No es la quietud cobarde que duerme: es la espera fecunda, vigilante, titánica y dinámica que muerde.

¡El Mar!

La gran herida de Bolivia y a un tiempo mismo la suprema alegría del tiempo mejor que nos espera.

¡El Mar!

Es el amigo invisible con quien dialogamos sin descanso. El único que ignora de ingratitudes y traiciones.

¡El Mar!

Estrella de la infancia. Música de la adolescencia. Hoguera para la juventud. Sierpe en la madurez.

¡El Mar!

Exalta, acicatea. Hostiga y quema. Da vida y mata. Resucita. Sabe el secreto de las transfiguraciones. Modela dio-

ses, pueblos, hazañas y naciones. Es el gran taumaturgo inmemorial. Padre de las ondas, abuelo de las horas. Sus manos líquidas empujan a la energía y al progreso. Su extensión misteriosa trasciende a poesía y maravilla.

En el principio era el Mar...

El hombre de los palafitos lo adoraba. El cazador y el nómada lo temieron. Para el oscuro egipcio era el camino acuoso que conduce a la perennidad. ¡No puedo describirte, juventud inmortal creadora de sí misma! —canta el poeta antiguo. El fenicio lo convierte en vehículo de riqueza. Para sumerios, persas, y helenos es fuente de vida, camino de expansión y poderío. Cuando el griego genial quiere expresar sus ansias de perfección y de belleza, se sumerge en el mar azul de las islas y regresa con la imagen de Afrodita Anadiomena, dea del amor y la hermosura. Y el hombre del Renacimiento, precursor y fundador de la civilización moderna, descubre el mundo, lo redondea, lo señorea y organiza por los anchos caminos de la mar: navegar fue su divisa.

Para nosotros, los americanos del sur, el mar es atributo vector de soberanía. Sin litoral marítimo no hay nación perdurable. Desde la lejanía cosmogónica dicta el océano sus pautas legendarias. Dicen que los "antis" —raza sutil— lo dominaron hasta posarse en los corales de la distante Polinesia. Dicen que el "kolla" lo habitó. Dicen que el "inca" lo temía. La "colonia" lo utiliza diestramente. Las fogatas de la independencia arden en sus playas. Dicen que el último deseo de Bolívar era hundirse con su delirio inmenso de libertad y de gloria, en sus orillas mágicas. Y es que el mar es dado, el mar pertenece a nuestas jóvenes repúblicas por la geografía, por la historia, por el nuevo Derecho Americano que imponen los pueblos y el legislador consagra.

Nuestra política internacional debe girar en torno a un eje inconmovible: la reintegración marítima a corto o largo plazo. ¿Doctrina jurídica? Es poco decir. ¿Atributo territorial? No colma el caso. ¿Exigencia de vida y paz social? Algo más, todavía: consigna permanente de nacionalidad, porque no hay patria digna con las órbitas huecas y los brazos amputados. Y ciego y manco es el organismo nacional que carece de salida al océano.

Postulemos, pues, desde ahora —¡y para siempre!— que todos los países americanos tienen derecho a libre acceso al comercio terrestre, aéreo, marítimo y fluvial. Que no habrá

pueblos mediterráneos en América. Que Bolivia proclama la urgencia biológica de su reintegración marítima, como un problema continental que rebasa los límites del caso nacional.

"Mare Nostrum, Mare Sacrum": la gran herida de Bolivia sigue abierta.

II

Si bien se mira, si se piensa hondo, el mar está presente en la vida, en la historia, en la leyenda, en la continuidad insoslayable del suelo y de la raza.

Si la montaña es como el esqueleto primordial, hueso, nervio, sangre y músculo del boliviano, el mar aparece y reaparece en nosotros a la manera de un espíritu familiar que vela por los suyos.

"Anima animans".

Buscad, rastread la huella del tiempo mítico, o seguid la línea airada de la ingeniería telúrica: el Mar acude, omnipresente y, cubre todas las solicitaciones de la memoria y la imaginación.

El Mar está en la cosmogonía primitiva cuando las aguas y las tieras empastaban de limo el continente. Señorea el área diluvial que aniquila dos veces Tiahuanaku. Se dispersa en las copas azules de los lagos que esmaltan la capa de armiño de la gran Cordillera. Permanece en el milagro líquido del Titikaka, el que quiso subsistir entre montañas para eternizar la gesta remotísima.

¿Y qué fueron Tupac-Amaru, los Katari, Murillo, el cholo intrépido, Huallparrimachi, sino manifestaciones submarinas del alma nacional cuando la Patria no existía?

En la guerra sublime de las republiquetas, mientras pueblos y hombres con fragilidad de espuma luchan por la libertad, ¿qué representan los guerrilleros, qué significa la coronela Juana Azurduy de Padilla varona insigne, sino golpes de mar contra el colonialismo decadente?

Si seguimos la línea hirsuta de la República, se oye también un galope de olas que envuelve a los héroes, a los conductores, a los adalides, a todo aquel que surge o cae con Bolivia. Tienen la virtud vivífica del agua, vastedad marina, plenitud lacustre. Fuerza de marejada o maremoto. Se dilatan en el tiempo como el horizonte marítimo. Relucen al sol

de la gloria como la piel de pantera de los mares que tatúan los vientos y los soles. Vendabal en el océano, náuticas proezas, cuando pensamos en sus hechos y en sus vidas, nos bañan, nos lavan, nos redimen de la basura y del engaño.

Y son Bolívar, el héroe impetuoso que lleva tras su capa voladora la emoción del continente. Sucre, el fundador sin mácula. Santa Cruz, estadista visionario. José Ballivián, militar y político. Linares, el reformador. Campero, el hombre del deber. Frías, íntegro, solitario, magnánimo. Baptista, el orador. Pando, explorador y geógrafo. Montes, el constructor. Saavedra, el kolla dinámico. Busch, el patriota malogrado. Y Villarroel, el generoso, que da su juventud, su talento y al fin su sangre misma por Bolivia.

¿No enseñaron violentar el destino Abaroa en el Topater, el corneta Mamani en San Francisco, Paredes en el Acre, Jordán en Kilómetro Siete? Ellos y otros como ellos renacen a la manera de héroes mitológicos saturados de yodo, de sal, de aguas y de espuma, para recordarnos que más vale vida corta que duranza indigna.

En la prosa estupenda y tierna de Nataniel Aguirre, mansedumbre del mar.

En los versos tempestuosos y armoniosos de Franz Tamayo, furias del mar.

En los lienzos coléricos de Cecilio Guzmán de Rojas, raptos, tintas y colores del mar.

En la música ternurosa de Roncal, de Vargas o de Caba, aires y nostalgias del mar.

En la escultura vigorosa y atrevida de Marina Núñez del Prado, curvas, ritmos, goces, plástica hermosura del mar.

En los estudios científicos de Aspiazu, de Villamil de Rada, de Posnansky o de Martín Cárdenas, vastedad y persistencia del mar.

En la ruta penosa y abnegada de Campos, de Vaca Diez, de Armentia, de Suárez, celos y desvelos por el mar.

En la historia atormentada de Moreno y de Arguedas, venablos y venenos del mar.

En el violín mágico de Jaime Laredo, júbilo y delirios del mar.

Y en el llanto del mitayo, en la hosquedad del minero, en la melancolía del campesino, o en la rebeldía del estudiante, en los cuerpos que esperan y en las almas que desesperan, un

dolor y un sabor de mar que nos transvierten y nos espolean: ¡nunca cesarán!

Cuando Tamayo dijo: "¡Osad, perserverad!", quiso agregar: tened la osadía del mar y la resistencia de la montaña. Porque osadía y resistencia son las dos grandes líneas fundamentales que arquitecturan las naciones. ¡Osad, perseverad! Como el monte, que nunca se desmedra. Como la líquida llanura, que jamás detiene su mover acompasado y majestuoso.

III

QUE no se espanten derrotistas ni timoratos: la guerra no es la solución para volver al océano. En la era atómica, cuando la fuerza destructiva está controlada por dos potencias, un conflicto armado entre dos países pequeños, inorgánicos, desprovistos de grandes recursos técnicos y económicos, sería absurdo.

El puerto volverá a Bolivia por gravitación, por ley natural, por obra del tiempo y por esfuerzo propio.

La prédica incesante, la divulgación de nuestro derecho, el fortalecimiento paralelo de la fe nacional y del engrandecimiento colectivo. Por la unidad geográfica y humana. Por la paz política y social. Por el sano desarrollo económico. Por la moralidad pública y privada. He aquí los caminos para llegar al mar.

Cuando superemos el desorden y la debilidad actuales por un sereno esfuerzo de conjunto. Cuando seamos oídos y atendidos en el concierto de naciones por nuestro propio mérito. Cuando nos fortalezcamos en la disciplina que duplica y en el orden interno que acrecienta, podremos instaurar la demanda restitutoria.

No por la violencia, mas por el amor que trabaja y edifica, el mar volverá a nosotros. Y no las bayonetas, sino la palabra que anuncia, el brazo que se esfuerza, la inteligencia tenaz, el corazón inquebrantable nos llevarán al litoral perdido.

Y si en un mañana próximo, unificados y organizados por dentro, pedimos nuestra reintegración marítima y no somos escuchados ni atendidos por el mundo y por América, anatema para el mundo y para América.

Ni guerristas ni revanchistas. El odio no cabe en la no-

bleza boliviana. Pero a los chilenos diremos —¡siempre!— y a la América y al mundo, que Bolivia jamás renunciará al litoral que le fue arrebatado en una guerra injusta y segregado después bajo la ficción jurídica de un tratado impuesto por la doble amenaza de las armas y del dogal aduanero.

Cualquiera que sea la solución futura, debemos pedir la restitución de lo usurpado. Nada de callejones, puertecillos ni caletas que equivalen a limosna de mendigo. Un vasto litoral con puertos amplios y seguros: lo que tuvimos en 1825.

Y no importan plazo, fatigas, sufrimiento. Pero el mar ha de volver a la montaña. Porque está escrito: Bolivia, la prisionera, no es para siempre. Y el mar, el desterrado, está volviendo ya.

IV

THALES, sabio entre sabios, atribuía la vida al agua sacrosanta, desde el origen hasta la subsistencia del universo y sus fenómenos.

La poesía primitiva, los mitos y las fábulas, la leyenda dorada de los dioses y los héroes surgen de la marea azul y de la espuma nacarina, de las caracolas legendarias, de las islas bienaventuradas, del arcano acuático sondable pero incontenible.

Y en las playas que se pierden en remotas lejanías, ¿no nacieron, no fueron a morir las mayores hazañas de la historia?

¡Mare Nostrum, Mare Sacrum!

Qué sería de los hombres sin el genio protector de tus mareas. ¡Y guay del pueblo que se atreva a vivir de espaldas al océano! Irá contra la especie y contra el hado.

En Bolivia, aunque ausente, invisible, el mar subsiste y persiste inmutable. Perennidad indeclinable: raíz y ala. Deidad omnipresente lo colma todo.

En el indio que soporta el impacto violento de la reforma agraria, que exige mejoría: un ondular de mar.

En el obrero y en las clases medias que ascienden con ritmo arrollador: tumbales resonancias de la mar.

En el inteletcual, en el técnico, en el conductor que luchan y padecen por la patria que se remodela, un amor res-

ponsable que manda levantarse con ella o con ella aniquilarse. Como la ola en el mar.

Toda la cavidad andina, el ámbito valluno, y el área de los llanos están como sedientos de músicas marinas.

Y nuestro suelo es duro porque no tiene la trémula humedad de las finísimas arenas.

Y nuestras gentes como herméticas, hurañas, porque habitan lejos del verde tierno y del azul cerúleo de las aguas sin frontera.

Y dicen que la belleza alucinante del "Illimani", la augusta majestad de las cimas del "Illampu", y el cono vertiginoso del "Wayna-Potosí" esconden la historia increíble de una hidrografía mítica. Tierras que fueron mares. Mares, montañas.

Y el altiplano andino es un mar petrificado que tiende a juntarse con el otro mar en movimiento que baña la tierra prometida.

V

El gran tema para la bolivianidad. La consigna unificante. Lo que nos salvará como nación y como pueblo: el regreso al mar. Lo engloba todo: imperativo biológico, reparación histórica, necesidad geográfica, atributo económico, objetivo espiritual.

Sólo un alto ideal patriótico puede unirnos y llevarnos a un camino de superación que nos aleje de la violencia y el desorden en que nos vamos consumiendo. La salida oceánica.

Una conciencia nacional indeclinable de reintegración marítima. Un esfuerzo homogéneo y solidario de todos para todos. Una norma permanente de responsabilidad frente al enclaustre, deberán conducirnos a la meta libremente elegida: la restitución de nuestro litoral en el Pacífico.

Necesitamos un otro estilo nacional —de verdad, de constancia, de altivez— y una diplomacia nueva por encima de discursos y banquetes, para que la voz de Bolivia suene fuerte y clara en las reuniones internacionales. No imploramos: exigimos.

Como lo hizo cien veces en sus libros, en la cátedra, en polémicas de prensa, en notas diplomáticas y en conferencias internacionales don Eduardo Díez de Medina, denodado y

gallardo defensor de los derechos de Bolivia en el Pacífico y en sus cinco fronteras terrestres.

¿Qué son, para nosotros, bolivianos, la solidaridad continental, el panamericanismo, la fraternidad del sistema americano, la democracia para la libertad y la justicia? Palabras vanas. Mientras subsista cautiva, olvidada en su montañas, una de las veintiuna repúblicas de América, las otras veinte deberían prender un crespón funéreo en sus banderas.

Vergüenza para el Continente de la Esperanza que la desdicha de una hermana deje indiferentes a las demás. Y oprobio para los países del llamado Mundo Libre: Bolivia mutilada es un baldón para el derecho internacional, ley de naciones.

Estamos como anclados en la tierra. Somos un pueblo inmóvil, rodeado de montañas, de llanuras. Nuestros grandes ríos, inertes, apenas si son navegables. El hombre de los bosques ignora el valle; el valluno poco sabe del montañés; el montañés no abandona su refugio encumbrado. La geografía boliviana, que es una desarticulación natural, se agrava por la desinteligencia humana. Nadie quiere moverse, raro es quien se arriesga. Dormimos.

Cuando Bolivia requiere, precisamente, destino de caminante y navegante.

El mar y la marcha hacia el mar, vienen a ser como el método fisiológico para un despertar nacional.

VI

El viajero que rueda por el mundo difícilmente escogería entre tantísimos el mar ideal.

Se piensa en el Mediterráneo luminoso, en el calmo Adriático, en el Jónico fosforescente y terso. En los mares lejanos de la China y del Japón. En la costa azul y en la costa brava. En las riberas miríficas de Hawaii y las Bermudas. En las dos cintas angulares que la tierra itálica extiende sobre el mar de Liguria. En las playas distantes que baña el Indico enigmático. En la costa amalfitana, o en el golfo de Nápoles, serenos y lumíneos. En el Caribe misterioso. En los mares boreales de lunática hermosura. En el Caspio, en el Negro, en el de Baffin, desconocido casi.

Son tantos y tan bellos... Playas de maravilla, cielo zafíreo, un sol de oro deslumbrante. Las arenas finísimas y

trémulas. A veces, el agua verdemar deja entrever como a través de mágicos cristales, un fondo de rocas, de algas y de peces. Las piedras se redondean en curvas voluptuosas. Una vela se pierde en el horizonte. El oleaje acaricia el ojo y el oído. Una vez en la bahía de Santos me pareció escuchar la palabra de Dios que discurría por la playa sin término y sin pausa.

Pero para nosotros, bolivianos, el más excelso de los mares —porque era el nuestro— es el que corre al filo del extenso litoral que nos arrebató el Tratado de 1904: Cobija, Mejillones, Antofagasta. En cualquier punto de los 400 kilómetros de costa marítima que tuvimos sobre el Pacífico anchuroso —anchas bahías, caletas quietas, ensenadas dilatadas— podemos situar la reconstituida heredad marina.

Dicen que el océano, allí, mira a la costa abrupta, al seco desierto, porque es rudo, afila los acantilados, se agarra a dentelladas con el suelo. No importa: así semisalvaje lo queremos, áspero en el abrazo, duro al contacto. Que nos llame a la fatiga y al esfuerzo. Y ese es el mar ideal para nosotros, educador de la voluntad, maestro de carácter, antes que paisaje idílico o portento de belleza.

No un mar de sueño para románticos y fantasistas, mas un mar viril, febril, pleno de vida tumultuosa, capaz de contener, como un polígono increíble, todos los disparos ambiciosos del alma colectiva.

Un mar tan vasto y anchuroso que expanda el área boliviana. Donde el minero encuentre refugio cuando las vetas se agoten. Donde el campesino halle horizonte más activo. Donde el obrero se ejercite como más dinámico en el acercamiento a la civilización y a sus técnicas portuarias. Donde el estudiante sienta mejor el pulso del mundo y el escritor y los expertos como más viva la respiración de la sociedad humana.

Un mar tan rico de oportunidad y de sentido, que hará imposible el desangre y el odio entre bolivianos. Porque habrá tanto que hacer y construir en sus riberas, que esa sangre que se ha visto correr fratricida en Catavi y en Huanuni, en La Paz y en Santa Cruz, entre ucureños y cliceños, ya no volverá a vertirse estérilmente, porque andará ocupada en ansias marineras.

Y es que el mar ha de ser símbolo de unión y de concor-

dia, para un pueblo devastado por el divisionismo y la fractura.

No pensemos ya en destruirnos, sino en acercarnos y comprendernos, en una superior inteligencia de Bolivia y sus problemas, porque la problemática nacional comienza en el hombre boliviano: no habrá futuro mejor sin superación individual. Y hemos de corregir los errores actuales para merecer el sosiego que vendrá.

VII

INDIECITO que avanzas por el páramo: ¿conoces el aire salino de las playas?

Obrero que te agotas en las minas y en las fábricas, ¿respiraron tus pulmones la pura brisa marina?

Estudiante que fatigas tu inteligencia en la aridez de los libros, ¿sabes que al otro lado del muro de los Andes te aguarda el océano, puerta soberbia abierta a todos los horizontes del mundo?

Político, intelectual, técnico, empleado o empleador, sacerdote, militar, profesional, artista, ¿no sientes tu vida incompleta porque la voz del mar no acaricia tus oídos?

Campesino que te curvas sobre el surco, ¿no se mecen las espigas como un rodar de olas que estremece tus íntimos afanes?

Hombre duro del Ande, hombre tierno del valle, hombre pánico del bosque y de los llanos, ¿no os brota de lo hondo la canción de la espuma y del oleaje que las bisabuelas pusieron en vuestra sangre?

Mujeres bolivianas, las más bellas, las más finas, las mejores y más santas, por sufridas, abnegadas, silenciosas, ¿no estalla un deseo de haber mar en vuestras venas?

Patricios de sienes nevadas, jóvenes de corazón intrépido, ¿no sentís la palabra del destino que manda inexorable?

¡No olvidéis el Mar!

VIII

NECESITAMOS puertas y ventanas que se abran sobre el planeta, pero llaves y pestillos en nuestras manos. Porque el aire

que lo aproxima todo, es todavía, por el alto costo de transporte, menos que el océano que todo lo comunica y acrecienta.

Para aumentar la velocidad nacional —única forma posible de progreso— requerimos una cura de acicates marinos: tráfico oceánico, dinámica de puertos y de muelles, vastedad del mar ante los ojos, la circulación humana en las playas que acelera el proceso demográfico. Esto nos haría como más ágiles, nos volvería como más responsables. Tendríamos una mejor percepción del mundo y sus problemas, una mayor capacidad para la acción y sus conflictos.

Porque el boliviano de hoy no vive en 1961: cincuenta años de lastre en las ideas y en los hábitos le impiden alzar vuelo. Y el enclaustramiento marítimo es causa principal de ese retardo que nos circunda.

El espíritu de pendencia, de molicie, proclive a la anarquía, proviene de que hacemos el diálogo y la fricción de intereses sólo entre bolivianos, como si no existieran las demás gentes del planeta. Diálogo y fricción de prisioneros, encerrados, fastidiados con su destino, que carecen de medidas de relación con pueblos cercanos o distantes.

¿Por qué el comercio se asfixia, la industria languidece, la tarea agraria acusa un retraso de mil años? Porque estamos lejos, todavía, del natural dominio de nuestra economía nacional. Porque la producción y el tráfico de las materias básicas, o todo aquello que traemos de fuera, sale o llega al impulso de ajenas voluntades. Supeditados a la eficacia extraña, tenemos que pedir permiso para subsistir. Y esto es contra naturaleza, contra derecho, contra equidad.

Necesitamos del mar para probanza de varonilidad. Para poder hombrearnos con todos los pueblos del globo. Para demostrar que somos señores de nuestra propia heredad. Para terminar con la servidumbre geográfica que vulnera nuestra existencia nacional.

En el siglo del átomo y de la astronáutica, es irrisorio que sigamos confinados entre el paredón andino y las grandes llanuras que corren al Amazonas y hacia el Plata.

Hay que mover la barca boliviana sobre invisibles ruedas, arrojarla por valles y mesetas, cubrir el llano, hendir la cordillera, y conocido ya el interior perímetro, echarla al fin sobre el Pacífico tranquilo, a la búsqueda de la Patria Perdida. La

que fuimos, la que volveremos a ser. Señora y dueña de su casa, de su puerta, de su destino.

He aquí: consigna de descubridores y navegantes requerimos. Descubrir la realidad interior, conocernos y pesarnos a nosotros mismos, para navegar después hacia la plenitud histórica. No mirar tanto el pasado cuanto enfrentar lo que viene y seguirá. La siesta y el carnaval deben terminar. Nos aguardan duros trabajos, contrariedades, riesgo y sacrificio.

Tenemos algo de insular. Vivimos como encapsulados dentro de nuestra propia sequedad terrestre: ostras humanas. Asimilamos de la rudeza mesetil y del páramo altiplánico. Pedimos poco y producimos menos. Desvinculados del vértigo dinámico de nuestra época, transcurrimos en "tiempo" lento, moroso. Vivimos demorados. Una tristura ancestral nos devuelve hacia adentro. Subjetivizamos en exceso. La voluntad se sustrae al impacto de la incitación moderna.

En cierto modo corremos peligro de perder la circunstancia presente y comprometer el porvenir. Podríamos quedar anclados en un tiempo de inacción y desórdenes, que gran parte del planeta ha superado ya.

Estos males y estas fallas pueden y deben superarse. Nada hay que no pueda alcanzar una voluntad nacional enérgica y constante.

Criaturas del mar somos y de la tierra. La mitad de esencia náutica, la mitad cosa telúrica. ¿Cómo podríamos renunciar a cualquiera de ambos si nos son connaturales, irrenunciables por ley natural y por derecho humano?

Una hermosa cara, ¿no tiene la movilidad del mar? Un cuerpo que se mueve armonioso, ¿no evoca la plasticidad del oleaje? Un alma grande, ¿No es como el abismo oceánico sin fondo y misterioso siempre?

Es que todo el enigma humano y su sentido trascienden en cierta forma al líquido elemento.

Y para ser bolivianos de verdad, hombres enteros, tenemos que tender al Mar lejano, inmenso, fuente de sabiduría, copa incolmable de riqueza.

Que el idealismo marítimo sea como un baño de honestidad y de frescura que vigorice los cuerpos y lave las almas.

Porque está escrito: la victoria acude al empeñoso, no al dormido. Y toda hazaña humana peralta su transcurso cuando el hombre se agiganta en su tarea, violenta al desti-

no, y deja una huella tumultuosa en la memoria de las generaciones.

¡Oh pueblo boliviano! No te desangres ni extenúes en lamentables contiendas fratricidas. ¡Elévate a un alto ideal nacional que te una y engrandezca como agiganta al mar el galope y el estruendo de sus olas!

IX

Una perspectiva de actualidad. ¿Qué debemos hacer si se presentan manos que vienen en ayuda de Bolivia para volvernos al océano? Si la ayuda para resolver la cuestión portuaria viene de los EE. UU. aceptada. Si llega de Rusia aceptada también. Si proviene del Brasil o de Argentina, mejor todavía. Los pueblos deben ser realistas y egoístas cuando se trata de sus grandes fines nacionales.

Y si la ayuda no viene de parte alguna, como es probable, porque el horizonte externo se cierra y se oscurece para el débil, entonces a fiar de nosotros mismos, extrayendo fuerza, impulso, prestigio del propio recinto boliviano.

Regresaremos al mar por el consenso americano o sin él.

Tocante al Lago Titikaka, que Tamayo con frase feliz designó como el corazón de Bolivia. Hombres de Estado, jurisconsultos, publicistas han explicado con amplitud el criterio nacional en torno a la soberanía, dominio, condominio y aprovechamiento de sus aguas. Aquí sólo cabe subrayar que si ellas van a servir para realizar grandes proyectos hidroeléctricos de trascendencia continental, el Lago Sagrado es el as de triunfo de los bolivianos.

Desde ahora y para siempre postulamos que toda tratativa para utilizar la energía industrial del Titikaka, debe consultar simultáneamente una salida al mar para Bolivia.

Y esta es la línea inconmovible hacia la que deben convergir la fuerza y el potencial de fuerza del país. El estaño declinante, el hierro del Mutún surgente, el petróleo y los oleoductos, las posibilidades futuras de la agricultura y la ganadería en el este y el noroeste, el dragado de los grandes ríos benianos, la naciente industria cruceña, el resurgimiento de la producción de minerales, la política vial y de transportes, la enseñanza pública y la tecnificación de las fuerzas armadas, la incorporación del campesinado a la ciudadanía res-

ponsable; todo cuanto signifique incremento de la producción, tráfico organizado de riqueza, progreso social, finalidad espiritual, debe concentrarse y potenciarse en un solo anhelo poderoso, irresistible de reintegración marítima.

No bastan la revolución social ni la planificación económica para conmover a un pueblo y lanzarlo a más alto destino. Es un ideal colectivo que contenga a todos y a todos cohesiones por encima de ideologías y rencillas. Es el espíritu, dador de vida. Es la fe, paridora de milagros. Es el sentimiento de nación que manda empujar la línea móvil del horizonte, cuando el horizonte se estrecha y lanza a hermanos contra hermanos.

No hay fatalismo histórico. No hay pueblos desdichados o perennemente a la zaga. Hay solamente sociedades nacionales en ascenso y sociedades nacionales que decaen. Demostremos que pertenecemos a las primeras, superando la discordia y el desorden, imponiendo la norma jurídica sobre el caciquismo y los disturbios, organizando la economía, frenando los abusos de poder, restituyendo a todos los bolivianos el pleno goce de sus libertades esenciales, para que cada cual se desenvuelva tranquilamente al amparo de la Patria y de sus leyes.

Entonces estaremos capacitados para responder al reto de la naturaleza y del destino, unidos y fortalecidos por la idea grandiosa que acerca y enaltece a los bolivianos sin exclusión alguna:

¡Enclaustrados, no. Libres y navegantes, sí!

X

Se de dos libros que el Estado debería reimprimir y distribuir gratuitamente, para que los bolivianos conozcan su historia y su derecho al mar. Son, en verdad, la biblia en la cuestión portuaria: lo analizan y plantean todo. Uno se nombra *Bolivia, su estructura y sus derechos en el Pacífico,* por Daniel Sánchez Bustamante. Otro *El problema continental,* publicado bajo el pseudónimo de "Prescott", por Eduardo Díez de Medina. Son de 1920 y 1923, respectivamente y no han perdido actualidad.

Cuarenta años atrás, Sánchez Bustamante planteaba como factor positivo para volver al mar, esta doble fórmula sagaz:

interesar al yanqui, atraer al europeo. El yanqui está interesado en Bolivia, el europeo habita entre nosotros, pero ninguno de ambos podría resolver por sí la cuestión marítima.

El mundo ha cambiado en forma prodigiosa, la vida internacional es más compleja y delicada. El derecho inalienable de los pueblos se mide, hoy, por el mirar de largo alcance de sus estadistas, por la dinámica positiva de su política, de su diplomacia, de su expansión económica y comercial. Por la firmeza con que se sustentan los objetivos nacionales y por la habilidad en difundirlos.

Desde Grocio los "horizontes jurídicos del mar libre", abierto para todos, son una conquista de la humanidad. Ha llegado el momento de hacer saber al mundo que Bolivia mantiene su derecho inmanente a ese patrimonio sagrado.

Sin gimoteos. Sin mendigar. Porque ya no existen cenicientas en la América del Sur. Con voz clara y fuerte, con serena decisión. Interesemos no sólo al yanqui y al europeo, sino también al ruso, al japonés, al hindú. Toquemos las puertas del Asia: tal vez la China nos entienda mejor. Busquemos en el corazón del Africa, el Continente que despierta, los principios de justicia que parece haber olvidado el Occidente supercivilizado. Busquemos la amistad de todos, pactemos con cualquiera si ese entendimiento con las naciones ha de acortar nuestro retorno al océano.

Nuestra política internacional no debe ser pasiva y quieta, sino activa ultradinámica. Inquietemos al mundo, provoquemos el juego de las Cancillerías, despertemos la conciencia moral de pueblos y naciones para que termine el injusto cautiverio.

¡Bolivia no puede subsistir aislada del Mar!

La economía, la ciencia y la técnica, han cambiado los términos de relación en la vida internacional. La fuerza y el tamaño no lo pueden todo. En el mundo de hoy, que se transforma y se remodela, sujeto a tensiones múltiples y encontradas, donde el hombre ha sido interiormente conmovido y alterado, vemos cosas que parecían imposibles. La Cuba de Fidel Castro tiene en un brete a los Estados Unidos. Argelia trae tambaleante a la grande Francia. Y el pequeño Ecuador desconoce un tratado que considera injusto frente a un Perú cuatro veces mayor.

No es que se trate de incendiar el mundo ni de promover discordia en el ámbito sudamericano. Nada de ello. Pero

Bolivia tiene derecho —derecho irrenunciable— a proclamar la verdad de su causa y la justicia de su acción. La Revisión del Tratado de 1904 y la salida al mar son como el eje de nuestra política internacional. Que ella sea activa, vigilante, que con serena firmeza ponga freno a las ambiciones del Brasil, y recuerde a Chile la necesidad de restituir lo que usurpó.

En suma: que en materia internacional Bolivia no aparezca como una barca de remolque de la navegación continental, sino como el joven navío valeroso que abra ruta nueva a la América del Sur.

XI

Ni árbol. Ni piedra. Ni monte. Ni sosiego. ¡Navegante! Realicemos un doble crucero hacia la propia realidad y hacia el exterior descubrimiento. La tierra sola, por ancha y noble que sea, no devuelve completa nuestra fisonomía nacional; ¡tenemos que asomarnos nuevamente a la orilla oceánica y ella reflejará la entera imagen redondeada de un pueblo infortunado, pero no vencido!

Ya el Génesis, con palabra profética y simbólica, enseña al hombre: "...henchid la tierra y sojuzgadla, y señoread en los peces de la mar..."

Es el destino de los pueblos: caminar, navegar, moverse libremente por las grandes rutas terrestres y marítimas. Porque la vida es el movimiento y pueblo, ni el hombre será digno de sí mismo si se traba su desarrollo y se entorpece el ritmo de su andar.

¿Cómo y cuándo se abrirá la ruta que nos lleve del Titikaka alucinante al Pacífico sonoro?

Tal vez el adalid futuro es un niño que el aula mece con manos maternales. Acaso no ha nacido todavía. Pero llegará. Tendrá el mirar condoril, garra de puma. Será estadista, conductor civil, político y visionario. Como Thunupa, el de la leyenda kolla, cosiendo montes, devorando planos, uniendo el Titikaka y el Poopó acaso para señalarnos el misterio cósmico de los Lípez, de los salares de Uyuni y de Coipasa donde una inmensa riqueza y una felicidad futura aguardan a las generaciones que sepan labrar en la pelea de los días su propia grandeza creadora.

Ya el arúspice andino lo ha entrevisto en su verso metálico y lumínico:

"Como vuelven las hojas
en el deshoje,
y un sol que sobrecoge
tras las congojas,
vuelve un amauta
en mí que ya fué antes
un argonauta!"

Este es el destino de Bolivia: irremediable, inexorable, nítido: ¡el Mar ha de volver a la Montaña, o la Montaña se moverá hacia el Mar!

Una como mística portuaria debe encender las voluntades y conmover los corazones.

Y esto no es farolería romántica ni chauvinismo banderizo. Es un deber inevitable. Es conciencia de responsabilidad frente al destino adverso. Es consigna de nación, fuego de patria.

XII

LA gran herida de Bolivia debe cerrarse un día. Acerquémonos a sus bordes sangrantes que manan fuerza, coraje, constancia, los tres rubíes encendidos para toda masculina dignidad.

Consagremos a la Patria, más amada cuanto más desventurada.

Que la melancolía cese, la inercia termine, y la quejumbre se desvanezca. Necesitamos una pedagogía viril y matinal que nos devuelva a la interior confianza y al respeto ajeno.

Bolivia sabe lo que busca y cuanto puede. Una serena espera creadora, fundada en el trabajo. En el orden, en la superior conciencia de nuestros deberes nacionales, hará el milagro de acortar el camino de regreso al mar.

Pero del mar debemos hablar y al mar hay que tender con todas las potencias de la energía boliviana. ¡Ahora y siempre!

"Mare Nostrum, Mare Sacrum". Que esta sea la primera plegaria y la postrera para el labio andino.

Mar nuestro, mar sagrado. Hay un rodar de olas y de espuma en la muchedumbre boliviana. Condúcela.

Porque está escrito: nadie puede ser el carcelero de su hermano.

Y si existe, verdaderamente, una familia americana de naciones, sea roto el cautiverio de Bolivia para honra de una América sustentada en el Derecho y afirmada en la Justicia.

EL DILEMA BRASILEÑO: PAN O ACERO

Por *Josué* *DE CASTRO*

No deja de impresionar el hecho de que continúe pasándose hambre en el Brasil. Y, sin embargo, todas las investigaciones y estudios realizados por especialistas en los últimos años lo demuestran. Continuamos representando una de las grandes áreas de la geografía mundial del hambre, a pesar de los espectaculares progresos alcanzados en varios sectores de nuestras actividades. A pesar de nuestro sensible desarrollo económico, continuamos siendo un país de hambre, un país donde dos tercios de su población sufre como consecuencia de insuficiente alimentación.

El hambre brasileña es consecuencia, en primer término, de nuestro pasado histórico, con nuestros grupos humanos casi siempre luchando y casi nunca armonizados con los recursos naturales. Lucha algunas veces provacada y por culpa, por tanto, de la agresividad del medio, que inició abiertamente las hostilidades; pero, casi siempre por falta de habilidad del elemento colonizador, indiferente a todo cuanto no significase ventaja directa o inmediata para sus planes de aventura mercantil. Aventura dividida en ciclos sucesivos de economía destructiva o, al menos, desequilibrante de la salud económica de la nación: el del palo-brasil, el de la caña de azúcar, el de la caza al indio, el de los minerales, el del "cultivo nómada" del café, el de la extracción del hule y, finalmente, el de cierto tipo de industrialización artificial, cuya base fue la ficción creada por las barreras aduaneras y por el régimen de inflación. Es siempre el mismo espíritu aventurero que insinúa un impulso, pero inmediatamente corrompe los procesos de creación de riqueza en el país. Es el "hágase rico", tan agudamente estigmatizado por Sergio Buarque de Holanda en su libro *Raizes do Brasil.* Es la impaciencia nacional de lucro perturbando la conciencia de las gentes emprendedoras y llevándolas a matar siempre todas sus "gallinas de los huevos de

oro" y todas las posibilidades de riqueza que la tierra traía en su seno.

En último análisis, esta situación de desajuste económico y social fue consecuencia de la ineptitud del Estado político para equilibrar con su poder los intereses privados y el interés colectivo. O, lo que todavía es peor, su incapacidad para subordinar a los intereses nacionales los de monopolios extranjeros empeñados en nuestra explotación del tipo colonial. Fueron los intereses extranjeros los que predominaron, orientando nuestra economía hacia la explotación primaria de la tierra y hacia la exportación de las materias primas así obtenidas. De este modo desarrolló el Brasil su vocación oceánica, exportando toda su riqueza potencial —la riqueza de su suelo y de su mano de obra— a precios irrisorios. Y faltaron recursos para atender las necesidades internas del país: bienes de consumo para su pueblo y equipo para su progreso.

Orientada en principio por los colonizadores europeos y después por el capital extranjero se expandió en el país una agricultura extensiva de productos exportables, en lugar de una agricultura intensiva de subsistencia adecuada para matar el hambre de nuestro pueblo.

Los gobiernos se mostraron casi siempre incapaces para impedir esta voraz interferencia de los monopolios extranjeros en la marcha de nuestra economía. Con una total incapacidad de su poder político para dirigir de una manera sensata la aventura de la colonización y de la organización social de la nacionalidad, al principio por su insignificancia y debilidad potencial ante la fortaleza e independencia de los señores de tierras, caciques en sus dominios a puerta cerrada, indiferentes a los reglamentos y a las órdenes del Gobierno que viniesen a contrariar sus intereses; y últimamente, en exagerado contraste extremando la excesiva centralización del poder, extrayendo de las entidades regionales casi todos los ingresos y todos los derechos, para depositarlos en los brazos, un tanto cortos, del poder central para su beneficio. Siempre, pues, actuando el Gobierno con una noción del empleo de la fuerza política inadecuada para llevar a feliz término la empresa de administrar tan extenso territorio.

Ante la debilidad del poder político central, los intereses colonialistas maniobraron para que el progreso económico se limitase a ampliar los beneficios de un pequeño número de propietarios agrícolas asociados a su aventura colonial, sin que

este progreso alcanzara el conjunto de la población. Como subrayó muy bien el economista Gunnar Myrdal, las grandes potencias utilizaron siempre en los países subdesarrollados, para sus fines de explotación colonial, a "los propios grupos oligárquicos también interesados en mantener el *statu quo* político y social" y, por tanto, enemigos del verdadero desarrollo emancipador. Por otra parte, a consecuencia de la centralización y de la política fachendosa de la República y del impulso de la urbanización que se desarrolló entre nosotros, desde fines del siglo pasado, el campo quedó casi abandonado. Urbanización que, no encontrando en el país ninguna civilización rural bien arraigada, con una explotación racional del suelo, vino a acentuar de manera alarmante nuestra deficiencia alimenticia. No es que la urbanización sea un mal en sí misma. Representa una fase de transición obligatoria entre la economía agraria pura y la agro-industrial. En los Estados Unidos, el fenómeno ocurrió y con mayor y más rápido desequilibrio social que entre nosotros, sin desequilibrar, no obstante, la alimentación de aquel país. Al contrario, fue un factor de estímulo de la agricultura y de la ganadería. Fue el impulso de industrialización y concentración urbana del Este norteamericano el que promovió la agricultura intensiva de cereales y la ganadería del *Middle-West*, e hizo de California el primer Estado agrícola de la Unión, con su cultivo de frutas y de verduras. Entre nosotros el desequilibrio se produjo acentuando males crónicos desde el día en que los primeros aventureros europeos, financiados en gran parte por el capital judaico, resolvieron crear en estas tierras de América la industria del "hágase rico de prisa" para unos pocos y que fue, al mismo tiempo, la "industria del hambre" para la mayoría.

Esta es la característica esencial del desarrollo económico de tipo colonialista, bien diferente del desarrollo económico auténtico de tipo nacionalista. El colonialismo promovió en el mundo exterior una cierta forma de progreso, pero siempre al servicio de sus beneficios exclusivos, o cuando mucho asociado a un pequeño número de nacionales privilegiados, que se desinteresaban por el futuro de la nación, por las aspiraciones políticas, sociales y culturales de la mayoría. De ahí el desarrollo anómalo, parcial, limitado a ciertos sectores más productivos, de mayor atractivo para el capital especulativo, dejando en el abandono otros sectores básicos, indispensables para el verdadero progreso social. Como consecuencia de esta visión

egoísta del progreso económico se constituyó en varios países de economía dependiente lo que algunos sociólogos llamaron "estructura social dualista, mediante la superposición de un cuadro social bien desarrollado, sobre otro cuadro de total estancamiento económico". Aún hoy perdura en ciertos medios una actitud mental, fiel a las tradiciones colonialistas, inclinada a concebir el progreso económico en función de beneficios a corto plazo o de simple inyección de dólares para la explotación inmediata de ciertos recursos de los más abundantes. La dualidad estructural de la civilización brasileña —los dos Brasiles de Jacques Lambert— constituye nuestra herencia viva, la supervivencia de este comportamiento político que nos impusieron los colonos europeos desde el siglo XVI. Y del cual solamente ahora nos estamos librando.

Bajo el influjo de esta política antinacional se cultivaron, con métodos vampirescos de destrucción de los suelos, los productos de exportación, monopolizados por media docena de acaparadores de la riqueza del país; se construyeron vías férreas exclusivamente para unir los centros de producción con los puertos de embarque de estos productos y se instituyó una política de cambios al servicio de estas manipulaciones económicas. Tras esta estructura con apariencia de progreso —progreso externo— subsistieron el latifundio improductivo, el sistema de la gran plantación esclavista, el atraso, la ignorancia, el pauperismo, el hambre.

Otro aspecto de nuestro desarrollo, muy poco favorable para el mejoramiento de las condiciones alimenticias del pueblo, ha sido el relativo abandono a que fueron relegadas las regiones más pobres del país, en las que el hambre continúa aumentando en la más alta proporción. Es natural que siendo escasos los recursos de un país que procura desarrollarse, principalmente con sus propios ahorros, no puedan emplearse estos limitados recursos sin un riguroso criterio de prioridades. Este criterio se impone para no diluir las posibilidades de las inversiones a un nivel en el que resulten inoperantes e improductivos.

Pero, el criterio aceptable no puede ser el de concentrar todos los recursos en las áreas más adelantadas, donde ya existen centros creadores en expansión, dejando al margen extensas áreas potencialmente capaces de participar en el desarrollo económico. Y esto fue lo que sucedió. La filosofía del desarrollo brasileño en los últimos años fue concebida en función

de esta idea de *desarrollar más lo ya desarrollado* y no de integrar en el sistema económico nacional las actuales áreas marginales, tales como el Nordeste y el Amazonas. El caso del Nordeste es el más alarmante, porque allí está concentrado un tercio de la población brasileña, que vive en condiciones económicas muy precarias, como ya tuve ocasión de demostrar. Y no obstante, toda la política económica brasileña conspira contra la verdadera integración económica de esta área del país. En este aspecto, la política federal se ha limitado a cierta protección a la economía azucarera, que nunca podrá por sí misma emancipar el Nordeste, y a la política paternalista del "ayuda a tu hermano" en las épocas calamitosas de la sequía. Ayuda esta que se ha manifestado ineficaz, inclusive como simple procedimiento asistencial, beneficiando más a ciertos grupos de paniaguados que a las verdaderas víctimas del flagelo. Lo que el Nordeste necesita es muy diferente. Es un trato que no sea el que da una metrópoli a una colonia. André Phillipe, hablando de la situación de los países subdesarrollados ante las grandes potencias, dice que tales países no necesitan de ayuda o asistencia financiera para desarrollarse; que lo que ellos están exigiendo es el respeto a sus economías. Más respeto que ayuda. En el Brasil sucede lo mismo. Se hace necesario que las áreas más ricas, de mayor poder, tanto económico como político, sean más respetuosas con las regiones más pobres y procuren cooperar para emanciparlas, en beneficio de la nación. No son estas palabras manifestaciones inconscientes de la llamada acción quejumbrosa o plañidera. No. No deseamos rodear el Brasil con muros de lamentaciones. Deseamos unificarlo cada vez más, cimentando en un solo sistema su economía fragmentada. Mas para esto tenemos que derribar las murallas de los viejos prejuicios, como este de que las áreas más pobres del país son áreas irrecuperables, cuando lo único que ha faltado para su progreso son condiciones históricas favorables, circunstancias económicas que salgan al encuentro de sus potencialidades. El Nordeste no está condenado irremediablemente a la pobreza ni su pueblo al hambre por cualquier forma de determinismo inexorable, sino porque en el juego de las variantes económicas, la política colonial, que se suavizó más en el sur, se mantiene aún muy firme en la región del Nordeste, que sólo produce materias primas y productos básicos. Llego a veces a pensar que recientemente lo que más faltó al Nordeste es un poco más de fuerza política

—de dirección— para reivindicar en términos dialécticos, y no de súplica, sus derechos humanos. Si el Nordeste, o más bien, todo el Norte reunido, abogase por una política que modificara los impuestos y el crédito en términos que no fueran tan nocivos o injustos como actualmente, que sólo benefician la economía de otras áreas del país, su economía se expandiría mucho más de prisa que a través de limitados créditos presupuestarios, que son simples granos de arena cayendo en un mar de miseria y, por tanto, incapaces de cimentar algo realmente sólido. Citaré apenas dos ejemplos que me parecen muy demostrativos del trato discriminatorio que recibe la economía del Nordeste. El primero se relaciona con el problema de las exportaciones de sus productos básicos, tales como el cacao, el azúcar, la carnaúba, el algodón, las oleaginosas y algunos minerales, produciendo un buen volumen de divisas extranjeras para nuestra economía. Ahora bien, esta partida de divisas así obtenida, apenas ha beneficiado al Nordeste, porque en su mayor parte es absorbida por el Estado para equipar la industria del sur y a veces —lo que es aún peor— para cubrir la importación de productos de lujo, suntuarios —*cadillacs* y perfumes— con que los países subdesarrollados piensan cubrir su miseria, pero que sólo evidencian en forma más estrepitosa su subdesarrollo. Porque subdesarrollo es exactamente esto: desnivel económico, disparidad entre los índices de producción, de ingreso y de consumo entre diferentes capas sociales y diferentes regiones que componen el espacio sociogeográfico de una nación.

Promover el desarrollo económico-social auténtico, será ante todo procurar atenuar esos desniveles, a través de una mejor distribución de la riqueza y de un criterio más justo de inversiones en las diferentes regiones y en los diferentes sectores de las actividades económicas del país.

Los planes de desarrollo económico puestos en ejecución por el gobierno del señor Juscelino Kubitschek, aunque con el patriótico objetivo de promover en ritmo acelerado el desarrollo económico del país, no proporcionaron, sin embargo, los instrumentos adecuados para ese ajuste nivelador del conjunto económico nacional, y por esto no contribuyeron con la necesaria eficacia a eliminar el hambre de ciertas áreas del país.

Otro ejemplo elocuente a presentar es el cotejo de las cuotas de financiamiento llevados a efecto por el órgano creado con la finalidad de promover el desarrollo económico del país: el Banco Nacional de Desenvolvimiento. En los últimos

cinco años este Banco, que prestó atenciones de crédito en una proporción del 49% para la Región del Este y 41% para la Región del Sur, concedió apenas al Nordeste cerca del 4% del total de sus financiamientos.

Es esta economía de dependencia, de dependencia total del Nordeste y de la zona del Amazonas al sistema económico de otras áreas del país, lo que mantiene inalterable las manchas negras del hambre en esas áreas.

Después de cuatro siglos de ocupación humana nos encontramos con un país que se decía agrícola y que apenas dispone de cerca del 2% de sus tierras trabajadas en el cultivo de productos útiles y de esa área insignificante sólo la tercera parte destinada a la producción de productos alimenticios. De esa producción insuficiente resultan naturalmente coeficientes de consumo *per cápita* que sólo pueden figurar, cuando figuran, al final de las listas de consumo de las estadísticas internacionales, principalmente por lo que se refiere a los alimentos básicos —a la carne, a la leche, al queso, a la mantequilla, a las frutas y a las verduras. Nuestro consumo de carne es de 53 kilos *per cápita* y por año, mientras que ese consumo alcanza a 136 kilos en la Argentina, 107 en Nueva Zelandia, 62 en los Estados Unidos de América, 64 en Inglaterra y 67 en Dinamarca. El consumo de leche es ridículamente insignificante: 37 litros por año, o sea menos de 100 gramos por día. El consumo para el mismo producto alcanza las cifras de 164 litros en Dinamarca, 108 en los Estados Unidos, 101 en Australia y 95 en Francia. Igual insignificancia encontramos en el consumo de las demás fuentes de proteínas: queso y huevos; 600 gramos de queso, cuando en Dinamarca se consumen 5.5 kilogramos. La mantequilla se consume entre nosotros en igual cantidad que el queso —600 gramos— mientras que los Estados Unidos de América, Inglaterra y Dinamarca consumen, respectivamente, 18, 10 y 8 kilos. El consumo de los restantes alimentos fundamentales ocupa idéntica posición en los cuadros estadísticos mundiales: están entre los más bajos del mundo.

Si se interpretan estos datos a la luz de los conocimientos anteriormente expuestos, se deduce la situación global de la alimentación de nuestro pueblo.

El cuadro que aquí presentamos no es un cuadro histórico de nuestro pasado, sino un retrato de la realidad social vigente. De esta compleja y confusa realidad actual, que justifica el tí-

tulo dado por Roger Bastide a un libro suyo: *Brasil, País de Contrastes.*

De contrastes asombrosos, como el evidenciado entre el esplendor de la vida urbana de algunas de nuestras metrópolis y el atraso social, el marasmo de la vida agraria en torno a estas metrópolis. Contrastes como este de poseer una industria al más alto nivel moderno y una agricultura de índole feudal, apegada a la rutina más conservadora. Así es el Brasil. Así se explica por qué, a pesar de todos nuestros sorprendentes éxitos en el campo del progreso económico, de nuestra industria pesada, de nuestra industria automovilística, de Brasilia y de otras metas alcanzadas en forma sorprendente, somos aún un país de hambre, somos aún una de las grandes áreas de la geografía universal del hambre.

Es verdad que esta ancha mancha del hambre se atenuó un poco en ciertos puntos, se redujeron sus límites en otros, pero el cuadro general perdura en forma más o menos idéntica. En los últimos años se ganó una mejor conciencia de la realidad del problema. Gobierno y pueblo debaten sobre el asunto. Se conocen mejor los principios esenciales de la higiene alimenticia. Pero, poco se logró en cuanto a resultados concretos para mejorar de hecho nuestra situación alimenticia. Y en ciertos períodos y bajo determinados aspectos, esta situación parece hasta agravarse a consecuencia del impulso de desarrollo industrial que incide en el país. Es como si los responsables de los destinos del Brasil no hubieran aún tomado a pecho la solución del problema, atacándolo en sus raíces con valor y decisión. Inclusive ni los gobiernos más empeñados en nuestra emancipación económica tuvieron éxito en este sector vital para el bienestar social de nuestro pueblo. Veamos lo que ha sucedido en nuestros días en términos de desarrollo económico nacional.

El desarrollo económico constituye hoy una idea-fuerza que es un acicate para la voluntad de nuestro pueblo, deseoso de participar activamente en ese proceso de transformación de nuestra economía y atento en vigilar de cerca los resultados de ese esfuerzo colectivo.

Esa transformación de nuestra economía que, a partir de 1930, comenzó a integrarse en un sistema propio con capacidad de desarrollo autónomo, viene acelerando su ritmo de expansión después de la última guerra mundial. Cotejando ciertos datos de semiótica económica es posible valorar el impulso de nuestro desarrollo, el cual se muestra en ciertos sectores bas-

tante prometedor. Basta comprobar que el índice de producción real del país se duplicó en los últimos 15 años, logrando la producción industrial un aumento de cerca de 190%, mientras que la agricultura apenas aumentó el 40%. El país se industrializa y aumenta, de esta forma, su capacidad productiva. Resta saber con qué eficiencia es utilizada esta capacidad productiva. Es la medida de esa eficiencia la que mejor revela lo adecuado o inadecuado de un plan de desarrollo económico, porque de la validez de los criterios que orientan las inversiones, depende en gran medida el ritmo de expansión de un sistema económico.

Qué está sucediendo en el Brasil: ¿Cuál es la intensidad de nuestro crecimiento económico y cuáles los factores que frenan su impulso productivo?

El desarrollo económico del Brasil, cuando se mide a través de los índices del promedio de ingreso *per cápita,* no puede ser discutido.

Mas, si lo examinamos comparando la distribución real de los ingresos entre los diferentes grupos sociales, se revela entonces mucho menos efectivo. Y la verdad es que el progreso social casi no se expresa por el volumen de la renta global o por el promedio de ingreso *per cápita,* que es una abstracción estadística, y sí por su distribución real.

Y esta distribución, en lugar de mejorar, de mostrar una tendencia a una benéfica dispersión, se concentra cada vez más en ciertas áreas y en las manos de ciertos grupos. Le faltó al gobierno el valor de ahondar en las estructuras básicas, causantes de este desequilibrio y de promover, con el proceso de desarrollo, este ajuste nivelador del conjunto económico del país.

Inclusive industrializándose, nuestra economía siguió las normas de una economía de tipo colonial, políticamente desinteresada por la suerte de la mayoría, apenas ocupada en desarrollar más lo ya desarrollado y en enriquecer más a los ya enriquecidos por el sistema vigente. Y es en este desajuste en el que nuestro desarrollo económico no corresponde a un auténtico desarrollo social, que representa la auténtica aspiración de las masas brasileñas.

Lejos de eso, en ciertos aspectos, la política de industrialización intensiva concentrada en la región sur del país, donde ya existía un sistema económico integrado por una economía de exportación a base del café y una incipiente economía industrial, acentuó y agravó aún más los desniveles ya existen-

tes. El desnivel regional entre el área del Sur y los del Norte y Nordeste y el desnivel por sectores entre la industria y la agricultura. En verdad, el desnivel entre las regiones no es sino la proyección en áreas geográficas del desnivel entre los diversos sectores de la economía agrícola y la economía industrial. Es este desnivel el que merece, en este nuestro ensayo, el mayor interés, porque constituye a nuestro juicio la más grave distorsión en la dinámica de nuestro desarrollo económico y el principal factor de estrangulamiento de la industrialización del país, la cual constituye una meta fundamental del desarrollo económico. Todo proceso de desarrollo dirigido, en un país subdesarrollado, crea automáticamente una serie de desequilibrios que exige constantemente la acción de medidas correctivas. El sociólogo Costa Pinto acentúa muy bien el hecho de que "en las estructuras sociales de los países menos desarrollados el rasgo esencial no es la falta o ausencia de cambios, sino el hecho de que las diversas partes de esas estructuras se modifican con ritmos diferentes, generando asimetrías y distorsiones, contradicciones y resistencias".

De ahí la imposibilidad de importar modelos prefabricados de desarrollo para ser aplicados *in loco*, como transposición válida de la experiencia de otros pueblos. Cada sistema económico en expansión se orienta de manera original y hasta cierto punto imprevisible, según las posibilidades y las realidades de las diferentes áreas geoeconómicas.

En el caso brasileño, la distorsión más acentuada ha sido el atraso de la agricultura en relación con el progreso del sector industrial. Es verdad que algunos discuten este fenómeno, refiriéndose al hecho de que la agricultura ha aumentado en el Brasil en un ritmo más acentuado que la población, en una proporción de 3 por 2. Ahora bien, este argumento es extremadamente débil. Es preciso no olvidar que los niveles alimenticios del Brasil siempre fueron de los más bajos del mundo, con el consiguiente subconsumo global de calorías y el subconsumo específico de varios productos alimenticios, principalmente de los alimentos básicos. La producción de alimentos en el Brasil siempre estuvo lejos de dar atención a las necesidades elementales, limitadas en extremo por la baja capacidad adquisitiva de nuestro pueblo. Es claro que, mejorando esta capacidad adquisitiva con la industrialización en marcha, aumenta extraordinariamente la demanda de alimentos, exigiendo un aumento de la producción agrícola que se

refleja en índices mucho más altos a los obtenidos hasta el presente. Es bueno también recordar que el sector agropecuario suministra hasta hoy 60% de las materias primas para nuestra industria, la cual necesita para su expansión de un desarrollo paralelo del volumen de esas materias primas.

Pero el atraso de la agricultura se revela mucho más nítidamente, no a través del volumen de la producción, sino a través de sus índices de productividad que son de los más bajos del mundo. De productividad del trabajador agrícola y de productividad de la tierra cultivada. Es el bajo rendimiento del hombre rural brasileño lo que hace que sean necesarios millones de trabajadores para cultivar apenas veinte millones de hectáreas de tierra, mientras que en los Estados Unidos de Norteamérica ocho millones de hombres cultivan 190 millones de hectáreas, o sea, un área diez veces más extensa. La productividad de la tierra en sus productos tradicionales también se revela comparativamente en situación muy desfavorable; así la productividad media por hectárea de la caña de azúcar es de 38 toneladas en el Nordeste, contra 70 en Puerto Rico; la de algodón en rama es de 0.070 toneladas en el Nordeste, 0.124 en São Paulo y 0.304 en los Estados Unidos; la de maíz es de 0.676 toneladas en el Nordeste, 1,402 en Minas Gerais y 2,271 en los Estados Unidos, y así sucesivamente. La debilidad y el atraso de la economía agrícola en el Brasil se convierten de esta forma en factores de amordazamiento de toda la economía nacional, frenando el propio ritmo de industrialización, a través de varios mecanismos.

A causa de la escasez de materias primas y del alto costo de producción, la agricultura resulta indiscutiblemente un factor que estrangula un amplio sector de las industrias de transformación. Idéntico efecto se produce por la escasez y los altos precios de los productos de subsistencia, imponiendo el establecimiento de salarios para los trabajadores de la industria que sobrecargan extraordinariamente el costo de la producción industrial, sin que ni siquiera permitan al trabajador la obtención de un tipo de dieta racional capaz de mejorar sus índices de productividad. Y dificulta todavía en mayor escala la formación de grandes parques industriales, cuyo abastecimiento pasa a constituir el mayor dolor de cabeza de los planificadores y de los hombres de empresa, en ciertas áreas del país. La estrechez económica a que quedó relegado el hombre del campo, con su capacidad adquisitiva casi nula, no permite la formación de un

mercado interno capaz de absorber la creciente producción industrial. Las migraciones internas, los altos grados de movilidad social del campo a la ciudad, superestructurando los núcleos urbanos con grandes masas humanas improductivas, células económicamente muertas infiltradas dentro de la textura social, inciden onerosamente sobre el erario público con los indispensables servicios sociales, cuyo alto costo absorbe necesariamente una gran parte de los recursos que deberían ser aplicados a inversiones productivas.

Es todo un conjunto de fuerzas de contención derivadas del atraso de la economía rural brasileña, que se convierte en factores que limitan nuestro desarrollo económico.

No tengo la menor duda de que el relativo receso que ya se advierte en el ritmc de expansión de la industria en los últimos tres años, exactamente cuando mayor ha sido el contingente de esfuerzos y de recursos concentrados en la promoción de nuestro desarrollo industrial, obedece al lamentable desequilibrio entre la economía agrícola y la industrial. No es ya un secreto, ni es producto de pura especulación de los economistas, el hecho de que varios sectores industriales alcanzaron los límites de saturación del mercado interno, viéndose obligados a limitar su producción, con lo que aumentó el desempleo en ciertos núcleos urbanos.

Urge corregir este desequilibrio que amenaza anular todo el esfuerzo de integración de nuestro sistema económico, haciéndole perder una buena parte de la sustancia de su capacidad productiva. Y esto sólo podrá obtenerse a través de una mejor atención pública a las necesidades más apremiantes de la economía agrícola. Constituye un grave riesgo contar con las fuerzas del automatismo para corregir esta distorsión, basándose en la premisa de que el progreso industrial, al alcanzar cierto nivel, provocará automáticamente el progreso rural. Falsa premisa en el campo de la realidad social que, apenas perdura como una supervivencia de los principios de la economía liberal, en la cual los "imponderables" invocados por Adam Smith, asegurarían siempre, a través de la libre competencia, el restablecimiento del "orden natural".

Ahora bien, pensar así es negar la eficiencia de la planificación económica, es abdicar de las posibilidades de que hoy disponemos para dirigir el desarrollo económico hacia metas definidas y no dejarnos arrastrar al acaso de las aventuras mercantiles. Con razón afirma el economista chino Pei-Kang-

Chang que el desarrollo industrial por sí solo no es suficiente para conducir a una reforma de la economía agraria. Es un ingrediente necesario pero no suficiente para provocar la transformación de la vida económica rural. Aun admitiendo el hecho discutible de que el impacto económico viniese a impulsar el sector de la agricultura, al llegar a cierto nivel de desarrollo industrial queda por aclarar un punto importante: ¿cuál sería este nivel y qué garantías tendríamos de poder alcanzarlo, cuando nuestro desarrollo está amordazado y estrangulado por la subproductividad y por el subempleo de dos tercios de nuestra población activa, que vegetan en el campo de la agricultura?

Este relativo abandono de la agricultura se revela en el lento crecimiento de los índices de la producción agropecuaria, de ritmo muy inferior al deseable para armonizarse con la expansión económica del país. Veamos si no: de 1948 a 1958, mientras el producto nacional bruto *per cápita* aumentó un 29%, la producción agropecuaria apenas se elevó un 15%, o sea casi 1.5% al año, que apenas alcanza a cubrir el aumento natural de nuestra población.

Y debemos aún referir el hecho de que en algunos de esos años, como en 1958, este aumento refleja más el incremento de la producción susceptible de ser exportada, principalmente el café, que el de los productos de subsistencia para el consumo nacional.

Es claro que esta distorsión económica viene pesando terriblemente en la situación alimenticia de nuestro pueblo, acentuando el fenómeno de la inflación, que se exterioriza principalmente en la elevación de los precios de los alimentos.

Bastarían algunas cifras para mostrar la marcha avasalladora de ese proceso inflacionario. En los años de 1956 a 1959 el costo de la vida aumentó, respectivamente, en los siguientes índices por ciento: 20.8, 16.0, 14.9 y 39.1. Ahora bien, un aumento del costo de la vida de cerca de 40% como el de este año de 1959 absorbe enteramente las disponibilidades de las clases asalariadas, forzadas a un régimen de terribles restricciones por la pérdida del valor adquisitivo de sus salarios. Y ahí se encuentra la explicación de que sea en el proletariado urbano donde se evidencia esta verdadera epidemia de carencias proteicas infantiles —*kwaskiorkor*— porque los alimentos protectores contra esta enfermedad, principalmente la leche, se fue tornando inaccesible para este grupo social. Y esto a pesar de los reajustes de salarios, que llegan siempre

atrasados y en niveles inferiores a los alcanzados por la espiral inflacionaria.

¿Cómo interpretar esta situación que perturba seriamente la marcha de nuestro desarrollo? Como una crisis normal de crecimiento de la nacionalidad, aunque peligrosa por los riesgos de un desequilibrio extraordinariamente profundo.

El desarrollo económico constituye la única solución real al problema del subdesarrollo, con sus características fundamentales del subempleo, de la subproductividad y del pauperismo generalizado. La captación de la realidad social brasileña por nuestro pueblo inculcó en el espíritu de las masas esta idea-fuerza de que sólo a través de nuestro desarrollo económico real nos liberaremos de la opresión y de la esclavitud económicas que aplastan la mayoría de nuestras poblaciones. Nadie puede tener hoy otra actitud que la de aspirar a cooperar para que se realice, en ritmo acelerado y sin distorsiones, el desarrollo económico de nuestro país. Pensar de modo diferente es servir los intereses antinacionales, es hacer el juego a los *trusts* internacionales, interesados en ahogar el impulso de progreso de las regiones de economía primaria suministradoras de las materias primas para los grandes emporios industriales que dominan la economía mundial.

La política de desarrollo representa lo que se llama una *necesidad histórica,* un imperativo que no podemos eludir.

Debemos, pues, aceptar sin reserva alguna la necesidad y la oportunidad de una política progresista para el Brasil. Nuestras dudas y posibles divergencias se encuentran en el campo de ejecución de esta política, en los elementos puestos en juego para dinamizar y orientar nuestra emancipación económica. El gobierno del Presidente Kubitschek, deseoso de promover en ritmo acelerado nuestra expansión económica e impregnado de la idea de que sólo a través de la industrialización intensiva podremos emanciparnos económicamente, realizó su programa de metas de tal modo que creó en nuestro espíritu una cierta aprensión. Aprensión o temor de que el criterio de prioridades establecido para aplicar nuestras escasas disponibilidades, tal vez no haya sido económicamente el criterio ideal. Creemos que es necesario promover el desarrollo industrial, sin sacrificar, no obstante, exageradamente las inversiones en el sector de la economía agraria. Concentrar todo el esfuerzo casi exclusivamente en un sector es estimular un desarrollo desequilibrado, que comenzará dentro de algún tiempo a sufrir el impacto

del desequilibrio y a retardar su ritmo de expansión. La economía planificada debe actuar sobre todo un sistema económico integrado, a fin de evitar los desequilibrios que con el tiempo constituyen factores de estrangulamiento. En el actual momento de la coyuntura económica brasileña comenzamos a presenciar el hecho innegable de que el atraso de la agricultura nacional se constituye como factor de estrangulamiento de la propia economía industrial. Sólo podremos mantener el ritmo de expansión de la industria brasileña y darle garantía de supervivencia si cuidamos mejor la expansión y consolidación de nuestra economía agrícola. Tenemos que insistir mucho en este aspecto, porque lo consideramos esencial en nuestros planes de desarrollo. Nos arriesgamos inclusive en nuestra insistencia a desafiar la paciencia de nuestros lectores, repitiendo argumentos que demuestran cuánto puede costar al bienestar de los brasileños este grave marginalismo de nuestra economía agraria. Manteniendo la estructura actual de nuestra economía agrícola, cuyos índices de productividad son de los más bajos del mundo, se hace muy difícil obtener las materias primas necesarias para una industria capaz de competir en los mercados mundiales y obtener los medios de subsistencia para alimentar a las masas trabajadoras de los grandes parques industriales. Además de eso, la falta de un mercado interno para absorber nuestra creciente producción industrial exige medidas que vengan a integrar en el sistema económico brasileño la gran masa campesina, cerca del 70% de la población brasileña, que vive hoy prácticamente sin consumir ni siquiera el mínimo necesario a su subsistencia. Este relativo divorcio del sector agrícola, justificable en parte por la escasez de recursos en un país subcapitalizado y por la necesidad de concentrarlos al máximo en las empresas más productivas, en los bienes de producción que vengan a emancipar el país, comienza no obstante a constituirse como una grave amenaza a nuestro deseo de emancipación y al gigantesco esfuerzo de industrialización nacional. Basta comprobar que en los últimos años el ritmo de expansión industrial sufrió un cierto receso y que en los grandes centros industriales, como São Paulo, aumenta el desempleo a consecuencia de una relativa superproducción por falta de mercado interior y de los aumentos de salarios impuestos por la subida desordenada de los precios de los alimentos y productos de consumo necesario. Por falta de apoyo a la economía agrícola, una enorme masa humana se desplaza anualmente del campo a las ciudades, viniendo a sobrecargar

la vida urbana, creando graves dificultades para resolver los problemas de abastecimiento y gravando terriblemente el erario público con servicios asistenciales cuyo costo absorbe necesariamente una gran parte de recursos que serían mejor aplicados si se emplearan en una política de producción agrícola.

Lo que algunos sociólogos llaman "ciudades congestianadas", como la de Recife, con un excedente de doscientos mil habitantes improductivos, procedentes del interior, son una demostración evidente de que lejos de atenuarse, se va agravando en el Brasil en los últimos tiempos el desequilibrio entre la ciudad y el campo. Como se agrava también el desnivel entre la región industrializada del Sur y las regiones predominantemente agrícolas del Norte y del Nordeste del país, llegando a ser esta situación del Nordeste el más grave problema nacional, que no sólo amenaza nuestra economía, sino también la seguridad nacional.

Al promover el desarrollo económico del país quedó el Gobierno un tanto perplejo ante el dilema de *pan* o *acero,* o sea ante la necesidad de elegir entre la inversión de sus escasas disponibilidades para obtener bienes de consumo o concentrarlas en la industrialización intensiva, sacrificando durante un cierto tiempo las aspiraciones de mejoramiento social de la colectividad. La tendencia predominante entre los economistas es que se debe concentrar inicialmente todo el esfuerzo en el acero, o sea en la industrialización, obligándose la colectividad a participar con su sacrificio en la obra de recuperación nacional. Este sacrificio viene a ser lo que se paga por el costo del progreso indispensable para la emancipación económica.

Debemos, sin embargo, no exagerar este costo, no tender demasiado al exclusivismo porque la realidad social no se circunscribe apenas al economismo puro, sino a la expresión económico-social de un pueblo. La solución al dilema no está en atender exclusivamente al pan o al acero, sino simultáneamente al pan y al acero, en proporciones impuestas por las circunstancias sociales y las disponibilidades económicas existentes. Todas las tentativas para exigir de cualquier colectividad un costo de progreso más allá de lo tolerable, acarrea resentimientos y tensiones sociales amenazadoras. Tengo la impresión de que el pueblo brasileño, imbuido hoy por la idea del desarrollo y del progreso social, está dispuesto a dar su parte de sacrificio para que el país se desarrolle y se emancipe económicamente. Pero, es preciso que este pueblo esté convencido de que el sa-

crificio está equitativamente distribuido entre todos los grupos y clases sociales que forman la nación. Y no estoy seguro de que sea así. Para realizar su programa de desarrollo económico el Gobierno deberá, no sólo estar atento a las necesidades de los grupos humanos integrados en el sector de la agricultura, sino también debe promover una mejor distribución regional en materia de crédito e inversiones, a fin de que el gigante brasileño no crezca esmirriado o torcido. Si tenemos sólo en cuenta el desarrollo de una parte de la Nación, inmolando a este nuevo Moloch, los perjuicios y el desajuste de otras áreas del país, aún más subdesarrolladas, falsearemos el sentido del verdadero desarrollo económico, que constituye la máxima aspiración de todo el pueblo brasileño.

Urge también que se ataje la extralimitación del poder económico, de modo que se distribuyan mejor los sacrificios que hoy pesan casi exclusivamente sobre las clases menos favorecidas, agobiadas y agotadas por el abrumador aumento del costo de la vida. El gobierno puede aparentemente no darse cuenta de esto, pero el pueblo siente en su carne los efectos funestos de la inflación que hizo que el valor adquisitivo de nuestra moneda se redujera en 1959 a una treintaicincoava parte de su valor en 1914, al comenzar la Primera Guerra Mundial.

Después de esta rápida exposición se puede concluir que, siendo imperioso el desarrollo económico nacional, deben unirse el gobierno y el pueblo a través de un proceso de mutua confianza y de mutuo interés, a fin de evitar que malogren la ejecución de este desarrollo, algunos errores, seguramente inevitables, pero que deben ser corregidos oportunamente para que no provoquen el desastre económico del país. Es indudable que el Brasil da en el momento actual un gran salto en su historia social. Lo que necesitamos evitar es que sea un salto en el abismo, orientándolo de modo que nuestras fuerzas nos permitan alcanzar el otro lado del foso.

Y no es posible saltar ese foso con un pueblo hambriento, que carece del mínimo esencial para sus necesidades básicas de vida: de lo indispensable para su alimentación.

Y es ahí donde está atascado el progreso nacional. Este mínimo sólo será obtenido a través de profundas alteraciones de nuestras estructuras básicas, que en su arcaísmo se tornan incapaces de propiciar las condiciones indispensables al pleno ejercicio de nuestras fuerzas productivas. El arcaísmo de esta

estructura, la más retrógrada y la más resistente al verdadero progreso social radica, sin duda alguna, en nuestra estructura agraria; de ahí la necesidad de acometer esta reforma con decisión para adaptarla a las necesidades sociales del Brasil actual.

Lo inadecuado de nuestras estructuras agrarias es el factor esencial de la mala utilización de nuestros recursos naturales, de la baja productividad agrícola y de la subocupación del hombre del campo. En una palabra: el atraso general de nuestra agricultura. El arcaísmo de esta estructura agraria se evidencia no sólo por la inadecuada distribución de las propiedades, sino en las relaciones de producción de tipo feudal, en las cuales todavía perduran el régimen de medieros, la aparcería y otras supervivencias del feudalismo agrario.

Moacir Paixão concreta muy acertadamente el llamado "problema agrario brasileño" en tres características de la sociedad rural:

"a) El dominio monopolizador sobre grandes extensiones de tierra, a veces las de mejor calidad, ejercido por una clase social de hacendados capitalistas y latifundistas, que impiden la más amplia utilización de los suelos en el proceso productivo;

b) La existencia de una enorme masa de campesinos no propietarios, de condición social heterogénea, por regla general pobres, que para tener acceso a la tierra necesitan someterse a los regímenes de aparcería, arrendamiento, colonato y asalariado en las haciendas de café o de ganadería, en las plantaciones de algodón, arroz, azúcar, trigo, tabaco, cacao, maíz;

c) Las fricciones sociales en torno a la tierra, que se manifiestan sobre todo desde que surge la oposición entre los grandes terratenientes y la masa rural sin tierra y alcanzan a otras capas sociales del campo. Se enfrentan realmente contra la gran propiedad centenas de millares de propietarios pobres, que poseen pequeñas extensiones de tierra".

La irritante impropiedad de ese régimen agrario feudal a mediados del siglo XX se manifiesta a través de algunos datos estadísticos, que son de una elocuencia impresionante: el Brasil, con su enorme extensión territorial, posee el mismo número de propiedades agrícolas que Francia, cuya extensión territorial representa apenas 6% de nuestro territorio.

Como si perdurase aún en el Brasil el régimen de las capitanías hereditarias, establecido en 1534 por D. Juan III de

Portugal, en el Brasil casi el 60% de las propiedades agrícolas están constituidas por glebas de extensión superior a 500 hectáreas, de las cuales el 20% tienen más de 10,000 hectáreas. En el censo de 1950 quedó evidenciada la existencia en el Brasil de algunas decenas de propiedades que son verdaderas capitanías feudales: propiedades con más de 100,000 hectáreas de extensión. Al lado de esta nociva tendencia al latifundio, hermano siamés del arcaísmo técnico y de la improductividad, encontramos la pulverización antieconómica de la propiedad —el minifundio— expresión de la realidad social; 500,000 propiedades, que representan una cuarta parte de los establecimientos agrícolas existentes en el Brasil —que son en total dos millones— disponen apenas del 0.5% de la extensión total de las propiedades agrícolas.

Del latifundio se derivan el ínfimo porcentaje de área cultivada en el país —apenas 2% del territorio nacional—; los sistemas de cultivo primitivos, de bajo rendimiento y de alto grado de destrucción de la fertilidad de los suelos; la falta de técnica agronómica y la carencia de todo esfuerzo de capitalización, indispensable para el progreso rural. Del latifundio deriva también la existencia de las grandes masas de gentes *sin tierra,* que trabajan la tierra ajena, como asalariados o como siervos, explotados por este engranaje económico de tipo feudal. Por su parte el minifundio significa la explotación antieconómica de la tierra, la miseria crónica de los cultivos de subsistencia que no dan para matar el hambre de la familia.

Cualquier esfuerzo de modernización y dinamización de nuestra agricultura tropieza con el anticuado armazón de nuestra infraestructura agraria, verdadera armadura contra el progreso económico y social del país.

Mediante la exposición sucinta de la coyuntura económico-social brasileña se llega a la evidencia de que es indispensable alterar sustancialmente los sistemas de producción agrícola, y esta modificación sólo es posible reformando las actuales estructuras rurales. Se presenta de este modo la Reforma Agraria como una *necesidad histórica* en esta hora de transformación social que vivimos: como un imperativo nacional.

El tipo de reforma que juzgamos un imperativo de la hora presente no es un simple expediente para la expropiación y redistribución de la tierra con el fin de atender a las aspiraciones de los sin-tierra. Procedimiento simplista que no resolvería efectivamente los problemas de la economía agraria. Con-

cebimos la reforma agraria como un proceso de revisión de las relaciones jurídicas y económicas entre los que detentan la propiedad agrícola y los que trabajan en las actividades rurales. Representa así la reforma agraria un programa para establecer, por medio de un estatuto jurídico, las necesarias limitaciones a la explotación de la propiedad agraria, de modo tal que se obtenga un rendimiento más elevado y principalmente una mejor distribución en beneficio de toda la colectividad rural.

El conjunto de leyes englobadas en ese código debe regular innumerables problemas, tales como la expropiación de las tierras, los arrendamientos rurales, el de los contratos de trabajo y varios otros aspectos complementarios de la tenencia de la tierra.

Para llevar a efecto esta reforma seguramente será preciso enfrentarse a obstáculos derivados de la ley natural de la inercia, fortalecida por la reacción que los derechos y privilegios adquiridos oponen siempre al progreso. Pero la verdad es que estos obstáculos disminuyen cada día más. En otros tiempos se agrandaban por la incomprensión de las élites brasileñas, que no veían esta imprescindible necesidad de promover una modificación en las estructuras agrarias, paralelamente a las modificaciones que surgieron en el campo de la economía industrial. El rápido impulso industrial de los últimos quince años, que fue posible gracias a la conjugación de toda una serie de factores favorables, surgidos en su mayoría en función de la guerra, contribuyó a crear en torno a esta verdad una especie de oscurantismo. Sin embargo hoy, cuando la industria comienza a encontrar dificultades para colocar toda su producción, se acrece la importancia del problema agrario y acucia la conciencia nacional para que se resuelva racionalmente.

En el Parlamento Nacional hay en trámite 178 proyectos de ley referentes a los problemas de la tierra. Casi todos se encuentran paralizados por la acción de las fuerzas más reaccionarias que dominaron hasta hace poco la orientación y el criterio del Parlamento Nacional. Pero se percibe hoy un cambio notorio de este criterio. El hecho de que no sólo las clases productoras, principalmente los industriales, sino los exponentes del pensamiento de las élites brasileñas, se manifiestan ya claramente a favor de una reforma agraria, tiende a la creación de un clima que permita la aprobación de algunos de esos

proyectos o de otros que puedan progresivamente modificar la estructura y las relaciones de trabajo en el campo de la agricultura.

El principal obstáculo que ha de superarse es, sin duda alguna, la rigidez del precepto constitucional (art. 141, párrafo 6º), que garantiza el derecho de propiedad, admitiendo solamente su expropiación mediante el pago del precio en dinero por su justo valor. Si ese "justo valor" fuese entendido como precio de mercado, según la tradición que priva en nuestros tribunales, se hace prácticamente irrealizable cualquier reforma de acuerdo con lo dispuesto en la Constitución, a causa de la suma fabulosa de recursos que serían necesarios para expropiar grandes extensiones de tierra. Sin embargo, si por "justo valor", teniendo en vista el nuevo sentido social que el artículo 147 de la Constitución Federal confiere al uso de la propiedad, se entiende, en los casos de expropiación por causa de interés social, por ejemplo, el "costo histórico", tal como proponen Seabra Fagundes, Carlos Medeiros da Silva y Hermes Lima, o el "valor fiscal", de acuerdo con la sugestión de Pompeu Acióli Borges, entonces sí podrán ser superadas las limitaciones contenidas en el aludido artículo 141, párrafo 6º de la Constitución.

Como imperativo nacional exige esta medida la participación de todos los brasileños verdaderamente patriotas, para que pueda ser realizada en términos de interés colectivo. Exige, pues, una preparación psicológica a través de una campaña que informe a la opinión pública. Que aclaré que no se trata de una medida que tienda a benificiar a un solo grupo, el de los parias rurales —los sin-tierra— sino que beneficiará a todas las clases y grupos sociales interesados en el desarrollo económico y equilibrado del país.

Es preciso hacer frente al tabú de la reforma agraria —tema prohibido, escabroso, peligroso— con el mismo valor con que afrontamos el tabú del hambre. Hablar abiertamente del asunto, vaciándolo así de su contenido tabú, aclarando por medio de una gran campaña informativa que la reforma agraria no es ningún espanta-pájaros o dragón maléfico que va engullendo toda la riqueza de los propietarios de tierra como piensan los mal aconsejados, sino que, por el contrario, será muy beneficiosa para todos los que participan socialmente en la explotación agrícola, porque sólo a través de esta reforma será posible inocular en la economía rural los gérmenes de pro-

greso y desarrollo representados por los instrumentos técnicos de producción, por los recursos financieros y por la garantía de un justo rendimiento de las actividades agrícolas, liberando así nuestra agricultura de la rémora del colonialismo agonizante, e indirectamente eliminando de nuestro desarrollo económico el principal factor de estrangulación de su crecimiento, que es el marasmo de la agricultura brasileña. Y en consecuencia, liberando al pueblo de los estigmas infamantes del hambre.

En cuanto a la estructura agraria existen otros obstáculos estructurales que hay que demoler. No es solamente la infraestructura agraria la que está superada, sino también los sistemas distributivos de la producción agrícola, con su interminable red de intermediarios y acaparadores, monopolizadores y explotadores del hambre. Todo esto tiene que ser revisado. Mas, en este simple ensayo, que no es un programa de gobierno, nos limitaremos a señalar dónde están los puntos débiles de nuestra estructura, por dónde debe ser atacado el problema.

A través de un profundo sondeo de las condiciones de alimentación y nutrición en las diferentes zonas del país; mediante la visión esquemática de la situación brasileña como un todo y el análisis de los factores que interfieren más directamente en su estructuración, y teniendo presentes las consecuencias que de ahí se derivan, podemos formular las siguientes conclusiones generales:

I. El Brasil, como país subdesarrollado, frente a la necesidad de lograr su desarrollo autónomo y el acelerado proceso de industrialización, no consiguió aún liberarse del hambre, de la subnutrición que durante siglos caracterizó duramente su evolución social, dificultando su progreso y el bienestar social de su pueblo.

II. La dualidad de la civilización brasileña, con su estructura económica bien integrada y próspera en el sector industrial y su arcaica estructura agraria, de tipo semicolonial, con manifiesta tendencia al monocultivo latifundista, es la principal responsable de la supervivencia del hambre en el cuadro social brasileño.

III. Ningún factor es más negativo en la situación de abastecimiento alimenticio del país que su estructura agraria feudal, con un régimen inadecuado de propiedad, con relaciones de trabajo socialmente superadas y con su incapacidad para utilizar cabalmente la riqueza potencial de los suelos.

IV. Los bajos índices de productividad agrícola, producto de la explotación empírica y desordenada de la tierra; la producción insuficiente por lo exiguo de las tierras cultivadas, a pesar del enorme potencial de tierras vírgenes del país; y los insuficientes medios de transporte y de almacenaje de los productos, constituyen factores esenciales que ocasionan el abastecimiento alimenticio insuficiente e inadecuado para las necesidades de nuestro pueblo.

V. La inflación, provocando un alza continua de los precios de los productos alimenticios y la escasa capacidad de compra de extensos sectores de nuestra población, principalmente en la zona rural, ha acentuado las dificultades para lograr una alimentación adecuada de una gran parte del pueblo brasileño.

VI. A pesar de los esfuerzos realizados, de los programas de instrucción dietética y de extensión agrícola que procuran difundir por todo el país los conocimientos fundamentales y prácticos de la ciencia de la alimentación, todavía la ignorancia de estos fundamentos constituye aún un factor que agrava la dieta, por un deficiente empleo entre el pueblo de sus escasas disponibilidades financieras.

VII. También ha agravado las deficiencias en la alimentación el impulso industrial del país, sin el incremento paralelo de la producción agrícola, de modo que pudiera atender la creciente demanda de alimentos de una población que procura elevar su nivel de vida, principalmente en las ciudades.

VIII. La alimentación del brasileño se evidencia así inadecuada en toda la extensión del territorio nacional, insuficiente en general, incompleta y desequilibrada, arrastrando al país a un régimen habitual de hambre —ya sea de hambre endémico, cuantitativo y cualitativo, como en el área amazónica, la del Nordeste azucarero y la del monocultivo del cacao; de hambre epidémico, como en el área del *sertão*, expuesta a las sequías periódicas; o de subnutrición crónica por deficiencias más atenuadas como ocurre en las áreas del Centro y del Sur.

IX. El hambre, tanto global como específico, a consecuencia de las innumerables deficiencias que el estado de nutrición de nuestro pueblo evidencia, constituye, sin duda alguna, el factor principal de la lenta integración económica del país. A causa de esta condición biológica tremendamente degradante —la desnutrición crónica— se producen otras graves deficiencias de nuestro contingente demográfico. Deficiencias

que son consecuencia directa de los alarmantes índices de mortalidad infantil, de mortalidad global, de mortalidad por enfermedades generalizadas, como la tuberculosis, de los altos coeficientes de morbilidad y de incapacidad para el trabajo y de los bajos índices de longevidad, expresiones bioestadísticas todas ellas fundamentalmente condicionadas por el estado de desnutrición de la colectividad. El hambre lleva más lejos sus efectos destructivos, corroyendo el alma de la raza, la fibra de los pioneros luchadores que consiguieron inicialmente vencer la hostilidad del medio geográfico desconocido, y les ha privado de toda iniciativa, llevándolos a la apatía y al conformismo o a la explosión desordenada de rebeldías infructuosas, verdaderas crisis de nervios de poblaciones neurasténicas y avitaminadas.

X. Ningún plan de desarrollo es válido si no conduce, en un plazo razonable, a mejorar las condiciones de alimentación del pueblo, para que, libre del peso abrumador del hambre, pueda este pueblo producir en niveles que conduzcan al verdadero desarrollo económico equilibrado; de ahí la importancia de la meta "Alimentos para el pueblo", que significa la "liberación del hambre".

Esta dramática insuficiencia de la capacidad de alimentación, reflejo del subdesarrollo nacional y de las contradicciones económicas que esta situación produce en el país, se caracteriza esquemáticamente por estos diez puntos o rasgos más sobresalientes del perfil del hambre en el Brasil, e impone la necesidad inaplazable de una política de alimentación más efectiva, que no sea sólo de paliativos y de corrección de las deficiencias más ostensibles, mediante programas simplemente asistenciales.

Se impone una política que, acelerando el progreso de desarrollo, venciendo las más reaccionarias fuerzas de contención que impiden el acceso a la economía del país de grupos y sectores enormes de la nacionalidad, venga a crear los medios indispensables para la elevación de nuestros niveles de alimentación. Porque la verdad es que no existe ninguna medicina para el hambre, ninguna panacea que pueda curar este mal como si fuese una enfermedad de causa definida. El hambre no es más que una expresión —la más negra y la más trágica expresión— del subdesarrollo económico. Expresión que sólo desaparecerá cuando sea barrido del país el subdesarrollo económico, con el consiguiente pauperismo generalizado. Lo que es necesario por parte de los poderes públicos es condicionar el

desarrollo y orientarlo hacia fines bien definidos, de los cuales ninguno se sobrepone al de la emancipación alimenticia del pueblo. Debemos dirigir nuestra economía teniendo como meta el bienestar social de la colectividad. Sólo así tendremos un verdadero desarrollo económico que nos emancipe de todas las formas de servidumbre. De la dependencia de esas fuerzas económicas externas que durante años trataron de entorpecer nuestro progreso social; y de la sumisión interna al hambre y a la miseria que dificultaron siempre el acrecentamiento de nuestra riqueza.

El Brasil, que acaba de construir la capital del futuro, necesita arrancar al resto del país de las brumas del pasado, de la supervivencia de su infraestructura económica de tipo precapitalista, en la cual todavía vegeta más de la mitad de su población.

La victoria contra el hambre constituye un reto a la generación actual —como símbolo y como anuncio de la victoria integral contra el subdesarrollo.

COLOMBIA

ESQUEMA DE UNA REPUBLICA SEÑORIAL

Por *Antonio GARCIA*

I

La noción teórica del problema nacional

COLOMBIA ha sido, históricamente, *una nación de tierra adentro,* localizada como una casa de esquina sobre dos océanos —el Atlántico y el Pacífico— y sobre dos territorios de amplia vecindad latinoamericana: la Orinoquia y la Cuenca Amazónica. Y no obstante, este acondicionamiento natural para la comunicación externa, ha vivido enclaustrada en un discontinuo *archipiélago* de altiplanos y valles bajos, contrariando celosamente la fuerza de gravedad de *una geografía de comunicación.* Contra ese *estado nacional de hermetismo,* se desataron, en el siglo XIX, tres grandes alzamientos revolucionarios: la Insurrección de los Comuneros en 1781, las Guerras de Independencia y la Revolución de las Sociedades Democráticas que cubre cuatro años de luchas por una reforma del Estado Señorial, a partir de 1850. La Insurrección de los Comuneros fue el antecedente popular de las Guerras de Independencia y la primera negación absoluta y violenta, hecha con armas y con Comunes de labriegos y aldeanos, de la soberanía del Rey. Las Guerras de Independencia —que en Colombia se iniciaron como *pronunciamientos de aristocracias letradas*— se desdoblaron en revolución social, cuando la necesidad de la lucha militar hizo indispensable arrastrar a los indios, a los peones y a los esclavos, con tesis arraigadas en sus propios anhelos sociales. La revolución de las Sociedades Democráticas, ha sido el intento más audaz de cambiar la sustancia feudal de la República y las bases mismas del Estado, desarrollando políticamente los principios de las Guerras Libertado-

ras: culminó en 1854 con la toma del poder por las Guardias Nacionales de artesanos y campesinos y fue aplastada por la alianza militar del patriciado liberal y conservador, con la bandera de la *legalidad republicana.* Estas tres coyunturas de levantamiento aluvional del pueblo, contra el Estado de casta y el hermetismo de la estructura social, revelan una peculiaridad de la historia colombiana: el contrapunto entre las *tendencias populares* de rompimiento del *status* colonial de las clases, la economía y la cultura y las *tendencias señoriales* de conservación de ese *status* pero mientras las *tendencias populares* han tenido que expresarse por medio de revoluciones espontáneas y con cierta fisonomía de alzamiento de montoneras —con la excepción de las Guerras de Independencia— las *tendencias señoriales* heredaron de la Colonia Española sus instituciones de represión y de gobierno, su cultura monástica, su Iglesia jerarquizada y una esclerosada estratificación social. El aporte nuevo fue el de un sistema bipartidista con una constitución piramidal: en la cima, los caudillos y los sectores del patriciado y abajo, la polvareda plebeya de campesinos, artesanos y peones. La clase media letrada ha constituido *la inteligencia* del sistema bipartidista, definida en su posición de *estación de tránsito* de unos grupos familiares que suben y otros que descienden. Este sistema —fundamentado en el prestigio y el poder de las grandes familias, las de los Capuletos y las de los Montescos— funcionó en el siglo XIX para la guerra y para los cortos interludios de paz: la guerra civil tuvo, por eso, la naturaleza de un enfrentamiento de grandes familias liberales y conservadoras, con sus latifundistas-generales y sus peones-soldados. Esta es, a grandes rasgos, la fisonomía de la formación partidarista en todos los países de origen hispano-colonial: federalistas y centralistas argentinos, pelucones y pipiolos de Chile, blancos y colorados de Uruguay, liberales y conservadores de Bolivia, no hacían sino *expresar* y *re-presentar* los esquemas simples de las luchas sociales durante la Colonia Española. Pero esos esquemas señoriales de partidos fueron superados en casi todos los países latinoamericanos: en Argentina, la industrialización de la ganadería y la agricultura cerealera, modificaron el escenario en el que habían sido protagonistas Sarmiento y Rosas; en Chile, el cobre y los nitratos provocaron la fractura del bipartidismo señorial y el aparecimiento de nuevas fuerzas políticas: en la enclaustra-

da Bolivia, el cambio de centro de gravitación económica, de la plata al estaño, no sólo condujo al corrimiento de los centros políticos (de Chuquisaca a La Paz), sino al dislocamiento del sistema feudal de bandos armados con el general Belzu o con el general Melgarejo. Sólo Colombia se mantuvo encerrada en ese esquema de partidos de casta, como parte de una estrategia de conservación —para la Iglesia y para las grandes familias— *del hermetismo nacional.* O sea que ese hermetismo que se ha señalado como una de las características históricas de la nación colombiana —no obstante la naturaleza centrípeta de su localización marítima y fluvial— no es sólo una expresión de atraso, sino una estrategia religiosa y social. Y es este, precisamente, el punto neurálgico de la historia y del drama: el hermetismo ha sido roto, por el hecho simple de que la nación *no es una isla* y de que está metida, con su voluntad o contra ella, en las corrientes del mundo. Las aldeas se han transformado en ciudades y los talleres en fábricas. Aun cuando el proceso de industrialización ha ido tomando la forma de *un capitalismo de invernadero,* ha provocado cambios sustanciales, ha generado una dinámica de crecimiento y ha volcado sobre la sociedad colombiana una nueva clase: el proletariado industrial. El Estado mismo ha tenido que sufrir enmiendas y reajustes, no sólo en su escayola republicana, sino también en la estructura y los métodos de su administración.

El problema consiste en que *el país ha cambiado,* pero *su sistema de conducción no:* el sistema bipartidista se mantiene en pie, con sus instrumentos de poder, su sistema de patriciado, sus tendencias hegemónicas, sus mecanismos de sectarización para la guerra y para la paz. Y como el aparecimiento de nuevas fuerzas sociales y económicas no ha podido romper este esquena señorial de dos partidos, estas fuerzas han ido acomodándose dentro de esas viejas *categorías políticas.* Uno de los acontecimientos fundamentales de los últimos años, ha consistido en la frustración del proceso de industrialización, como efecto de que la burguesía de empresarios modificó su *comportamiento* y se transformó en una *burguesía señorial,* sin interés en los problemas del desarrollo nacional, de la revolución técnica y de la modernización del aparato institucional del Estado. Ese proceso y la orientación de la economía colombiana como *una economía nacional de subsistencia,* la consolidación de la antigua estructura

agraria, la ordenación oligárquica del capitalismo y *la institucionalización del Estado de casta*, constituyen el campo de análisis de este ensayo, cuya finalidad es dar a la América Latina una clave objetiva de interpretación sobre lo que ha ocurrido y lo que ocurre en la nación colombiana. Es necesario que se llegue a la diferenciación de *la cara y de la máscara* de esta República Señorial, venerable en su apariencia y con la preocupación de las maneras romanas y católicas, pero cruel, despiadada y sin escrúpulos morales por dentro de los pórticos.

II

SIN embargo, debo decir que ese *esquema de archipiélago* empezó a ser roto por *la revolución cafetalera,* a partir de la octava década del siglo XIX y de *dos grandes áreas* que lograron preservarse de las tendencias expansionistas del latifundio y de sus *tipos señoriales* de ideología política y de cultura: Santander y Antioquía. Santander había sido el escenario de la insurrección de los comuneros, gracias a la acción enérgica de sus aldeanos, sus artesanos y pequeños industriales y sus campesinos libres. Antioquía fue el refugio de la pequeña minería y de un campesinado que no conoció las buenas tierras de labor, pero tampoco la servidumbre. Es importante insistir en la advertencia de que la revolución cafetalera no se realiza como *un movimiento promovido o dirigido desde arriba,* desde el Estado señorial o *sus* partidos, sino como un corrimiento espontáneo de grandes masas, comprimidas en las cordilleras erosionadas de Santander y Antioquía. La forma que adopta el movimiento campesino es la de una *colonización interior,* tomando primero las tierras de la vasta Cuenca del Cauca y luego, progresivamente, el ancho cinturón de laderas cubiertas de bosque que aislaban las dos porciones ocupadas del país: los valles altos, los valles bajos y los litorales. Cuando se habla del café en Colombia, no suele revelarse este papel de elemento dinámico que rellenó los grandes *espacios vacíos* —las laderas de las cordilleras andinas— y que generó una economía de mercado, capaz de romper no sólo el hermetismo geográfico y el esquema clásico de comercio exterior, sino de *Integrar* y *soldar,* con lazos vivos y activos, las diversas *islas* y regiones en que se *descomponía* la nación colombiana. Por

eso lo exacto es hablar de la *cultura dinámica del café.* En síntesis, los siguientes fueron los elementos de esa revolución agraria, la única que se ha efectuado en el país y que, por sus especiales condiciones sociales, al ampliar las bases nacionales de sustentación económica, amplió también la capacidad de resistencia de la vieja estructura señorial de la tierra: sacó del bosque un nuevo *territorio agrícola,* soldando la economía de los valles fríos y cálidos; sustentó su derecho de propiedad sobre el trabajo y no sobre el título inscrito, rompiendo la tradición formalista y española de la apropiación de la tierra; amplió las bases del comercio de exportación y modificó su precaria estructura; creó una economía agrícola de mercado, ya que la agricultura del tabaco sólo tuvo una existencia precaria y sin fuerza nacional y se realizó como un movimiento ascencional de campesinos sin tierra y que colonizaron los grandes *espacios vacíos* del interior. De esta revolución surge una densa y activa clase media rural y el sistema de colonización se caracteriza por la formación de fincas familiares y de poblados y el desarrollo de una estable y democrática estructura municipal. Frente al raquítico municipio de las regiones latifundistas, sin rentas propias (ya que el impuesto predial nunca pudo gravar las tierras segregadas de latifundio) y con una formación oligárquica o señorial de los Cabildos, el municipio originado en *la colonización antioqueña y santandereana* estuvo dinamizado por tres elementos nuevos: la substancia popular y democrática, el vigoroso sistema fiscal y la nueva estructura de servicios. Pero esa clase media rural —fundamentada en el tipo patriarcal y católico de la familia antioqueña— carecía de las condiciones para *modificar* el esquema de Estado y de partidos: su sentido progresista no estaba armado de una nueva ideología o de un nuevo impulso de reforza social. De otra parte, la influencia conservadora de la Iglesia fue limando y limitando su capacidad, terminando por agotarse su enorme energía creadora en esta primera generación de colonizadores y por engrosar y vitalizar el sistema feudal y dinástico de los dos partidos. Semejante hecho social, no sólo representa la pérdida de una coyuntura de reforma democrática del Estado, sino determina la causa de la precoz decadencia y el acelerado empobrecimiento de esa clase media rural.

El café fue transformándose, por simple fuerza de gravedad, de un elemento de *estabilización del comercio exporta-*

dor (compuesto antes por productos de las minas y de los bosques) en *un elemento exclusivo de sustentación del comercio exterior*, ya que ni el petróleo, ni el platino, ni los bananos, se han considerado ni contabilizado como *exportaciones nacionales* (en cuanto no contribuyen con medios internacionales de pago al financiamiento de las importaciones y al desarrollo de la *economía interna*). Después de la Primera Guerra Mundial, ya era algo así como el 70% de las exportaciones y la Segunda Guerra Mundial fijó su papel de elemento casi exclusivo en el financiamiento de las importaciones y de los servicios extranjeros (llegando a suministrar más del 90% de las divisas o medios internacionales de pago). Aún en la primera década de los gobiernos liberales —1930-1940—; las "exportaciones desnacionalizadas" constituyen un cuadro impresionante: el petróleo entre el 25 y el 32%, los bananos entre el 4 y el 6.15%, el platino entre el 1 y el 2%. El régimen de esas exportaciones se ha caracterizado por el hecho de que las remesas de productos sin industrializar *no implica* ningún reintegro de divisas: es más una *sustracción neta* que una exportación. Sólo así puede explicarse el que las empresas petroleras, en veinte años, sólo han hecho importaciones *netas* de capital por US$ 130 millones y actualmente poseen una masa de *reinversiones* originadas en la producción interna por valor de US$ 2,000 millones.

Tanto la gravitación del café en el comercio exterior colombiano como la incapacidad de la clase media rural de transformar la estructura de los partidos y del Estado señorial, ha originado el desplome de esa clase, presionada por un triple impacto: *el del control extranjero de las exportaciones* de café, el del *endeudamiento crónico de los pequeños productores* como efecto de *la inestabilidad constitucional* del mercado externo y la *inestabilidad estructural* del sistema nacional de exportación y el de la presión sucesorial sobre la tenencia de la tierra, que en el término de dos generaciones ha conducido de la *pequeña finca familiar al minifundio.* El control extranjero de las exportaciones se produjo en la última década, como efecto de la liberación del comercio exterior y de *la multiplicación de la capacidad financiera* de los inversionistas importadores de dólares, originada en las periódicas devaluaciones del patrón monetario (el peso colombiano). Además, debe agregarse que —dada la existencia de una estructura bancaria de tipo ortodoxamente comercial, moldeada de acuerdo

a las normas del profesor de Princenton, Edwin Kemmerer— las sociedades extranjeras de capital han tenido la especial garantía de financiarse con los bancos locales. Por último, debe indicar que esta *estrategia de control* de mercado interno (que ha servido para *complementar* el monopolio que existe en los mercados de distribución) se montó sobre un doble mecanismo: el de la interferencia de los mecanismos superiores de comercialización del café como el de la penetración en las áreas de plantación, utilizando el propio mecanismo de los intermediarios rurales (fonderos).[1]

El endeudamiento crónico de los productores no sólo ha sido el efecto de la inestabilidad orgánica del mercado internacional del café —accionado de una parte por los monopolios de compradores y de otra por la presión anárquica de las grandes masas de productores en las regiones atrasadas de América Latina y África—, sino de *la relación desfavorable de intercambio internacional entre grandes naciones industrializadas y países débiles y atrasados.* Los términos de ese intercambio internacional para los países caficultores de la América Latina descendió en un 30%, entre 1953 y 1960, pese a la existencia de ciertas estructuras de ordenamiento internacional. Para Colombia —el país latinoamericano con una dependencia más absoluta del mercado cafetalero y que más peligrosamente juega su vida a una sola carta— la declinación de las exportaciones y los precios, en la década de 1949 a 59, supuso un brusco descenso de los ingresos en dólares, entre US$ 476 millones y US$ 298 millones: y por una de esas frecuentes paradojas de la historia latinoamericana, los *altos precios* del café han servido para financiar las dictaduras contrarrevolucionarias.

A los factores internacionales, se agrega uno de orden interno: la *ausencia de un sistema de crédito y de comercialización,* inspirado en una política nacionalista de desarrollo y montado sobre un cimiento democrático. Debía así purgar la clase media cafetalera, la involuntaria culpa de no haber participado en la gran tarea nacional de reforma del Estado y del sistema institucional que gobierna el crecimiento económico. La ausencia de ese sistema, hizo inevitable una de las

[1] Este problema del control interno del mercado del café, utilizando el sistema tradicional de las fondas rurales, lo estudié, desde 1936, en la "Geografía Económica de Caldas", Bogotá, 1937, Edic. Contraloría General de la República.

más grandes e invisibles catástrofes nacionales: el derrumbe de la clase media rural y la sustitución de la arquitectura democrática de la economía cafetalera por una estructura oligárquica de exportadores y hacendados.

El desmoronamiento del sistema óptimo de tenencia de la tierra originado en la colonización antioqueña y santandereana, fue la consecuencia de un crecimiento demográfico explosivo, de una elevada presión sucesorial (accionada por una familia numerosa y sin sentido de *comunidad*) y del rápido erosionamiento de los suelos de vertiente, como contrapartida de la explotación intensiva característica de las pequeñas fincas familiares y no obstante el papel defensivo de una plantación arborescente como la del café.

III

AUN cuando frustrada históricamente la revolución del café, actuó como elemento de enlace entre la economía del país y la dinámica del capitalismo mundial e introdujo en un sector del campo colombiano el flujo, el impulso, las normas de una economía de mercado. Fue así cuarteándose el *estado nacional de hermetismo* y entre la posguerra de 1918 y la crisis profunda de 1930 se efectuó un proceso acelerado de crecimiento económico y reajuste institucional. El Estado Señorial —que definió su fisonomía jurídica a partir de la Constitución autoritaria de 1886 y del Concordato de 1887— no pudo evitar ni amortiguar la incidencia de estos tres factores de cambio: la modificación en el sistema imperialista de reparto del mundo, la ola de conflictos y revoluciones desatada por la Primera Guerra Mundial y la sorpresiva incorporación del país, a desgano, en la órbita convulsionada del mercado internacional. La mutación del *centro de gravedad* imperialista de Inglaterra a los Estados Unidos, trajo como secuela una intensificación de las corrientes de inversión de acuerdo al modelo clásico —un campo de extracción colonial de aceite o una plantación colonial de banano— y una nueva modalidad en el campo del endeudamiento público y de *la asistencia técnica al Estado.* La Misión Kemmerer se encargó de reajustar las estructuras fundamentales para el nuevo sistema de relaciones (la banca central, la banca privada, los controles administrativos y presupuestales del Estado, el régimen aduanero

y cambiario), acomodando no sólo esas estructuras públicas de acuerdo a los patrones norteamericanos, sino intentando, por primera vez, un emparejamiento ideológico de la burguesía colombiana. En el siglo XIX, el *movimiento de liberalización* que hizo posible la hegemonía del imperialismo inglés sobre las minas de oro, el comercio exterior, los ferrocarriles y el sistema de endeudamiento público, no fue importado directamente por los ingleses, sino por los ideólogos colombianos de formación inglesa, ligados luego a la banca y al comercio de exportación.

La Misión Kemmerer introducía otra forma de *colonialismo ideológico,* radical y directa, que no se limitaba a enseñar fórmulas teóricas y a imponer unos *patrones e ideales de vida,* sino que proyectaba los reajustes institucionales sobre la propia trama del Estado o sobre los sectores vitales de la economía. En el sistema troncal de ideas mercantilistas de la burguesía, se insertó de nuevo la olvidada teoría de la división internacional del trabajo, por medio de la cual un país atrasado debe especializarse en el abastecimiento de materias primas y alimentos a las naciones industriales. Regresó, de golpe, todo el elenco teórico que habían predicado Florentino González, Ezequiel Rojas o Miguel Samper, en el florecimiento librecambista que siguió al aplastamiento de las sociedades democráticas: la tolerancia de la intervención estatal exclusivamente en los tiempos de crisis y en los sectores inaccesibles a la iniciativa privada; la fijación del papel de la inversión pública en las obras de infraestructura y con inmediata incidencia en la valorización de tierras; la creencia supersticiosa en la corrección automática de los desequilibrios en el mercado; la libre acumulación y la absoluta movilidad —interna e internacional— de los capitales y las cosas. Desde luego, el problema de la libre *movilidad de las personas* quedaba fuera de este enfoque teórico, lo mismo que el *problema esencial* de la injusta y desfavorable relación de intercambio entre las poderosas *economías industriales* y las economías atrasadas de las naciones periféricas.

Pero la posguerra proyectó también el golpe reflejo de la onda revolucionaria que sacudía la entraña social y el pensamiento de los pueblos europeos. La Revolución Rusa de 1917 fue para los estudiantes y para el naciente proletariado como el estallido inicial de un sistema de reacción en cadena. Lo mismo que en 1850 (cuando se recibió en la Nueva Gra-

nada el efecto retardado de la Revolución Francesa de 1848) el levantamiento emocional de las masas y el caldeamiento de las nuevas generaciones universitarias, le demostró al patriciado de los dos partidos que *el hermetismo* estaba roto y que la *lucha social*, con la nueva potencia de carga ideológica, podía no sólo descoyuntar el sistema tradicional de los dos partidos, sino quebrantar y rebasar la propia estructura del Estado Señorial. El pequeño recinto de la Universidad Señorial, orientada aún por el confesionalismo religioso y por los tipos coloniales de "humanismo",[2] se conmovió hasta los cimientos, no obstante que la impetuosa juventud universitaria no podía aprender, en unos pocos años, el difícil arte del pensamiento revolucionario y que debía limitarse a declamar un marxismo escolástico y libresco. Así y todo, el país estaba sacudido. En los ferrocarriles, en las fábricas, en los puertos fluviales, en las plantaciones bananeras, el proletariado inexperto ensayó las primeras huelgas. Y frente a la ortodoxia del Estado Señorial, fue propagándose el evangelio socialista más como una consigna de esperanza que como una ideología. Entonces pudo verse en qué consistía la tremenda vulnerabilidad de este tipo de Estado de tan sólidas y venerables apariencias. Su debilidad ante la crisis —crisis de desajuste entre los nuevos hechos sociales y el instrumental de gobierno— se expresó en dos tendencias políticas que, con algunas variantes, se han mantenido y acentuado en la historia colombiana de los últimos años: *el reforzamiento creciente del aparato de fuerza*, y la *ilegalización de las luchas sociales*. Son estas, en verdad, las formas fundamentales de comporta-

[2] Este tipo de *humanismo eclesiástico* (basado en el estudio del latín, la gramática, la teología y los cánones), fue certeramente criticado por uno de los más ilustres gobernantes de la Colonia Española: el Arzobispo-Virrey Caballero y Góngora. "Todo el objeto del plan —escribe en su Relación de Mando— se dirige a sustituir las útiles ciencias exactas en lugar de las meramente especulativas, en que hasta ahora lastimosamente se ha perdido el tiempo; porque un Reino lleno de preciosísimas producciones que utilizar, de montes que allanar, de caminos que abrir, de Pantanos y Minas que desecar, de aguas que dirigir, de metales que depurar, ciertamente necesita más de sujetos que sepan conocer y observar la naturaleza y manejar el cálculo, el compás y la regla que de quienes entienden y crean el ente de razón, la primera materia y la forma sustancial", *Crisis de la Universidad. Bases de la Reforma*, ANTONIO GARCÍA, Bogotá, Edit. Universal, 1952, p. 8.

miento del Estado frente a la crisis de desajuste y al propósito radical de conservar, a toda costa, la intangibilidad del viejo *status* de la República Señorial. La tendencia hacia el reforzamiento creciente del aparato de fuerza —como elemento básico de sustentación del Estado de casta— ha sido de tal naturaleza, que de la época de las antiguas hegemonías de partido a la actual época de *hegemonía compartida del patriciado de los dos partidos, el gasto represivo* (policía, ejército, seguridad política) ha saltado de menos de un 20% del presupuesto ordinario de gastos al 33% en 1961. Es ilustrativo agregar que, al acentuarse la crisis del *status* tradicional de vida, se produjo el más acelerado ensanche de los aparatos represivos del Estado, correlativamente al uso *del estado de sitio* o régimen de *legalidad marcial* como forma habitual de Gobierno, a partir de 1945.

La *ilegalización de las luchas sociales* ha sido el otro elemento constitutivo de la estrategia de conservación del Estado Señorial: fue el procedimiento utilizado frente a una de las primeras huelgas (estallada en las plantaciones bananeras de la United Fruit Co., por 1928) y que se reprimió como un acto de subversión, con todo el peso de las fuerzas armadas y un costo aproximado de 1,200 muertos obreros. Y es este, en esencia, el mismo procedimiento que hoy se continúa empleando, frente a la propagación del movimiento huelguístico del proletariado a las clases medias y a las diversas expresiones de descomposición social. La experiencia ha demostrado que esta estrategia frontal y primitiva de enfrentarse a una crisis de las relaciones sociales —originada en la inadecuación de la estructura misma y en el *comportamiento* señorial de las clases altas— en vez de fortalecer las tendencias y posibilidades del Estado de Derecho (sometiendo a reglas juríricas la lucha de clases, o sea, transformándola de una *guerra* directa en un *juego legal)* ha ido ampliando, progresivamente, el *campo social de la subversión.*

Este proceso no ha sido modificado en la historia de los últimos 15 años, en la que se frustraron dos grandes posibilidades de reforma: la de la burguesía industrial, transformada en su ideología[3] por la estructura corporativa del capitalismo por la economía de monopolios y las nuevas formas del

[3] Se toma *ideología* no sólo en su acepción de sistema de ideas puras, expresadas en términos de abstracción racionalista, sino en sus formas prácticas de modos de comportamiento social.

colonialismo ideológico; y la del partido liberal, cuyo patriciado había logrado canalizar en su provecho el *estado nacional de insurgencia* contra el esclerosado gobierno conservador. Para salvar a los gobiernos liberales de esta frustración, nada pudieron hacer, ni el ingenuo y despolitizado movimiento sindical, ni las nuevas generaciones revolucionarias de 1924, incorporadas al campo de gravitación del bipartidismo con sus armas y bagajes. En última instancia, su contribución fue más negativa que positiva, ya que si bien es cierto que ayudaron a reparar la seca estructura de la Constitución conservadora de 1886, abandonaron al pueblo a su propia esperanza y reforzaron la dinámica feudal de los dos partidos conservadores.

En este proceso final del Estado de casta, han ocurrido algunos acontecimientos fundamentales: la plena articulación de una estructura oligárquica del capitalismo, la sistematización del *estado de sitio* como recurso ordinario para enfrentarse a las expresiones de la crisis, el desencadenamiento de la *violencia política* como un método de sectarización de las masas para neutralizar los fermentos de *la subversión social* y los *intentos de institucionalización del Estado Señorial,* en 1953 y 1957.

La *estructura corporativa* reordenó totalmente la economía colombiana, de arriba a abajo, y creó las condiciones y soportes para *una nueva forma de alianza* entre el patriciado liberal y conservador: una forma orgánica de *hegemonía compartida,* que se *institucionalizó* en la Reforma, o Contra-Reforma Constitucional, de finales de 1957. La *sistematización del estado de sitio* ha ido reforzando las tendencias hacia el *cesarismo presidencial* y hacia un uso cada vez más limitado y convencional de las reglas del "estado de derecho", ya que se fundamenta en la suspensión de las garantías constitucionales y la vigencia exclusiva del Derecho de Gentes (que se supone rige la guerra entre naciones). En el período de los últimos quince años, con gobiernos civiles o militares, por lo menos trece años se ha mantenido al país dentro del régimen de *legalidad marcial* y la creciente gravitación del *estado de fuerza:* de ahí que bastaría un simple recuento de *la actividad legislativa del Gobierno,*[4] para penetrar en la verdadera intimidad jurídica del Estado Señorial.

---

[4] El régimen de *estado de sitio,* tal como lo instituyó la Constitución autoritaria de 1886, convierte al Gobierno en legislador, en contralor y juez de sus actos, ya que puede, por medio de Decretos,

La violencia política ha sido un método tradicional de alimentar el proceso de sectarización bipartidista de las masas liberales y conservadoras, impidiendo su unidad y fracturando el desarrollo de las luchas sociales. Esta ha sido una despiadada, pero hábil estrategia de conservación del patriciado de los dos partidos: sin comprenderla, nadie podría explicar las trágicas peculiaridades de la historia colombiana ni desentrañar su oculto sentido. El *enfrentamiento* vertical, hereditario, instintivo, sin reglas, de los campesinos y de los obreros, de los estudiantes y de las clases medias —*en la condición sectaria de liberales y de conservadores*— ha servido para desviar la lucha social y para cambiar de rumbo la energía, el descontento, la cólera sorda, el resentimiento social, toda esa fuerza temible que se almacena y comprime en el alma de los pueblos oprimidos y analfabetas. La *política de terrorismo,* armada y refinada con la contribución de las nuevas ideologías totalitarias, ha tenido las más diversas expresiones, desde el *asesinato preventivo* —para cegar la influencia de caudillos revolucionarios como Rafael Uribe y Jorge Eliecer Gaitán, hasta el genocidio y la acción punitiva sobre regiones campesinas y aldeas. La violencia ha sido —y continúa siendo— la respuesta del Estado Señorial frente al peligro de la revolución popular. Su ejercicio no sólo le ha impuesto al país la contribución en sangre de una guerra civil encubierta, sino el envilecimiento de su moral y el derrumbe del sentido y valor de la vida humana. Es posible que el propio patriciado de los dos partidos no haya ganado ni conciencia ni perspectiva de su responsabilidad en este drama: de ahí que nadie se sorprenda cuando las dignidades de la Iglesia o de los partidos protestan por los fusilamientos en Cuba y guardan silencio por los 830 asesinatos políticos ocurridos entre enero y abril de 1961. Para una moral pública relajada, lo esencial no es la presencia del crimen, sino la inexistencia legal de la pena de muerte. Durante los últimos gobiernos —liberales y conservadores, civiles y militares— la

suspender la aplicación de las leyes y las garantías constitucionales. Por esta vía de los Decretos gubernamentales, se ha modificado la constitución y régimen de la Corte Suprema de Justicia —el órgano encargado de velar por la vigencia de la Constitución y el orden legal— el Presidente ha designado a su propio Contralor Nacional, ha señalado el orden de la sucesión presidencial y ha *nombrado* a los miembros de las Asambleas y Consejos Constituyentes.

política de violencia le ha costado al pueblo colombiano más de 300,000 muertos, una masa desarraigada de más de medio millón de personas y un pueblo de campesinos en exilio que sólo en Venezuela llega a los 150,000 peones. Lo sorprendente de estos hechos, es que ni han tenido proyección en la conciencia latinoamericana, ni tampoco en la conciencia de las grandes familias liberales y conservadoras responsables de la conducción de la lucha política y que ahora se reparten, pacíficamente, el dominio del Estado.

Es claro que el aparato de fuerza no existe ni funciona a secas, como una descarnada maquinaria de poder, sino que trata de encubrirse en una densa niebla de legalidad. De ahí que en 1953 se hubiese intentado la institucionalización del estado de fuerza, por medio de una Contra-reforma constitucional de estilo autoritario, corporativo y confesional. El intento se frustró entonces, por la interferencia de un golpe de Estado militar, pero se realizó luego en la Contra-reforma de 1957, que establece *el sistema constitucional de la hegemonía compartida:* la totalidad del Estado (Gobierno, Congreso, Judicatura, Asambleas Regionales y Consejos Municipales) se reparte, *por partes iguales*, entre los dos partidos; se turnan cada cuatro años en la Presidencia de la República, miembros del patriciado liberal y conservador; se establece una vigencia de 16 años para este sistema señorial de co-gobierno; se niegan los derechos políticos y electorales (derechos a elegir y ser elegido y a participar en la administración pública) a quienes no militan en los dos partidos oficiales; se anulan las posibilidades de reforma en las corporaciones públicas, por medio de la exigencia constitucional de una mayoría de dos terceras partes; se instituye la Iglesia oficial.[5]

---

[5] Por su carácter peculiarísimo dentro del sistema institucional del Estado de Casta, es de importancia ejemplar el Decreto Reglamentario de la Reforma Constitucional de 1957: "El Consejo de Ministros: Considerando: 1º que el artículo 2º de la Reforma Constitucional aprobada por el plebiscito del 1º de diciembre de 1957, ordena que para los próximos 12 años y como medio eficaz para el restablecimiento de la normalidad institucional y afianzamiento de la paz pública, los puestos correspondientes a cada circunscripción electoral se adjudicarán por mitad a los partidos tradicionales, el conservador y el liberal; 2º Que la inscripción y elección de candidatos a las corporaciones públicas que no pertenezcan a los partidos tradicionales y que sin embargo usen sus nombres para exclusivos fines electorales, violan el artículo 2º de la Reforma Constitucional. Decreta: artículo 1º *Será*

Pero tanto la violencia como el funcionamiento de un país por fuera de las reglas de derecho —pese a todos los despliegues de vida constitucional y republicana— están sometidos a sus propias leyes de hierro. La burguesía señorial, las clases terratenientes, el patriciado de los dos partidos oficiales y la clase media que le sirve de soporte intelectual, están operando con una perspectiva plana de la historia y no ven más allá de las fronteras del poder que detentan. Es evidente que no han ganado en experiencia, ni en capacidad de conducción, ni en sensibilidad política, ni menos en fuerza moral: ante el drama cuotidiano de las gentes humildes —de los campesinos asesinados por veredas o haciendas, de las mujeres violadas antes de la muerte afrentosa, de los niños sacrificados sin piedad, de los desarraigados que engrosan el negro cinturón de tugurios que rodean las ciudades— cierran los ojos y se refugian en esas posturas romanas que tanto prestigio han ganado en una república señorial y latinista. Pero lo cierto es que en la medida en que han ido apoyando al Estado sobre un aparato de fuerza, éste ha ido generando sus propias leyes y su propia dinámica. Por debajo o por encima del *estado de derecho,* funciona y se mueve, con su propia articulación y soberanía, *el estado de fuerza.* De una parte, el país, el pueblo, la economía, la cultura, la moral, se han salido de la capacidad contralora y reguladora del Estado Señorial: de otra, el aparato de fuerza ha tomado su propio camino. Ya el problema no consiste en que funcionen, por arriba, gobiernos civiles o militares, liberales o conservadores: nada de eso tiene *carácter fundamental.* El centro de gravitación de esta his-

---

nula la elección para miembros de las Cámaras Legislativas, de las Asambleas Departamentales o de los Consejos Municipales, *de ciudadanos que no pertenezcan a ninguno de los dos partidos tradicionales, el conservador o el liberal".* De acuerdo a las normas de este *estado señorial de derecho,* la siguiente es la estructura política del Congreso, en términos de 1961: I.—Cámara de Diputados: 76 liberales: 55 lleristas-santistas, 21 lopistas. 76 conservadores: 37 ospinistas, 37 laureanistas, 2 leivistas. II.—Senado: 40 Conservadores: 30 ospinistas, 10 laureanistas. 40 liberales: 40 lleristas-santistas. Las denominaciones están originadas en los nombres familiares del patriciado liberal y conservador; Alberto Lleras y Carlos Lleras, Eduardo Santos, Alfonso López, Laureano Gómez, Mariano Ospina Pérez, Jorge Leiva. La correlación de fuerzas electorales fue la siguiente, en las elecciones parlamentarias de 1958: total de votos: 3.650,433 (la capacidad electoral es de 6 millones). Liberales 2.105,171, conservadores 1.545,435.

toria de violencia, de represión, de injusticia y de desamparo, ha pasado de los parlamentos, de los partidos y de las estructuras económicas, a los aparatos simples de fuerza. Es en ellos que el aparato señorial ve, en última instancia, el secreto de su conservación frente a las mareas revolucionarias que se filtran, sin saber cómo, en el humilde corazón de los pobres.

Modelo de una economía nacional de subsistencia

DESDE el punto de vista de sus grandes tendencias históricas, de la conformación de la estructura y de la ideología de las clases que han dominado hegemónicamente *todo el sistema de poder* el *factor maestro* de la economía colombiana es la tierra, pese a la contribución dinámica del capitalismo. La *economía de la tierra,* pero también su sistema de rango social, su jerarquía en la escala de los valores transmitida, casi intacta, desde la Colonia Española. No se trata de promover un debate bizantino sobre el peso cuantitativo de la industria en el ingreso nacional y en los factores de crecimiento capitalista. Ese no es el problema, sino el de fijar los centros de gravedad de una economía subdesarrollada y cuyo proceso capitalista ha sufrido una doble y encontrada presión deformante: la de la economía señorial de la tierra y la de las formas coloniales de la inversión extranjera, en procura de dominar los puntos claves del desarrollo económico y de ejercer influencias decisivas sobre el aparato de gobierno. Esta doble presión ha producido el fenómeno de una economía nacional que ha ido perdiendo sus elementos e impulsos vitales, sus posibilidades de industrialización orgánica y de elevación de los niveles de cultura, su capacidad de responder a las demandas de una nación pobre, analfabeta en su mayoría, con una población de 15 millones, una tasa de crecimiento del 2.8% y una corriente nueva de 300,000 personas que anualmente engrosan este debilitado escenario. En el siglo XIX, el capitalismo ancló en la explotación de las minas, en el montaje de un modesto aparato bancario y en una débil expansión comercial: en consecuencia, careció de fuerzas e iniciativa para romper la estructura agraria latifundista y modificar el esquema político de una república gobernada por las grandes familias del patriciado liberal y conservador. En suma, este tipo precario de capitalismo colonial (articulado a los eslabones del sistema imperialista in-

glés, de sus relaciones de intercambio, de sus explotaciones mineras, de sus ferrocarriles y de su estrategia de financiamiento de una hacienda pública consuntiva y crónicamente deficitaria), carecía de elementos o impulsos motores para el desarrollo. Es con posterioridad a la revolución del café y a la dictadura patriarcal de un general pacifista salido de las guerras civiles, cuando se inicia el proceso moderno de la *integración nacional* (¡todavía en 1910 el país era un archipiélago de provincias desconocidas entre sí!) y de la formación, lenta, del piso o infraestructura de la nueva economía capitalista y las primeras formas de industrialización. En estas dos primeras décadas del impulso inicial, se definen dos centros geográficos del crecimiento manufacturero: Bogotá, capital del centralismo burocrático y del *país de tierra adentro* y Medellín, capital de la región antioqueña, la que en el siglo XIX hizo el formidable esfuerzo de la colonización de la Hoya Hidrográfica del río Cauca y a principios del XX reorientó su vocación minera canalizándola, enérgicamente, hacia el proceso industrial. Esta ha sido la Edad de Oro del capitalismo colombiano, por cuanto no sólo se advierte el audaz advenimiento de una nueva burguesía, sino una poderosa corriente de renovación ideológica. Es el momento en que se sitúan, como cuestiones centrales del desarrollo capitalista, la teoría de la organización científica de la empresa y los conceptos racionales del trabajo, la inversión y la productividad. El mensaje que trae esta generación antioqueña —cuya misión es dar expresión teórica a un nuevo y creador sentido de empresa y de autonomía nacionalista— es el de la Revolución Industrial. De entonces datan los planteamientos más serios y objetivos sobre la necesidad de transformar la economía de la tierra, aboliendo su sentido señorial, estimulando la formación y expansión de una clase media rural de empresarios agrícolas y realizando la Reforma Agraria que consiste en modificar sustancialmente el papel de la tierra, transformándola de un *elemento de prestigio y de acumulación de poder* en un *bien de producción.* Esta era la gran aspiración burguesa: dinamizar la función de la tierra, ganándola para la explotación agrícola. En última instancia, en este punto clave se fincaba uno de los problemas neurálgicos del desarrollo nacional: incorporar la tierra a la economía, a la cultura, a la técnica, a la dinámica capitalista, aboliendo no sólo la estructura feudal de tenencia, sino la naturaleza misma de esa ordenación señorial. De

ahí que la modificación de ese *status* agrario, la liberación de las tierras de latifundio para los labriegos pobres y la total ocupación de los grandes espacios boscosos que rodeaban la vértebra andina ya colonizada, ocuparon no sólo la atención de esta joven burguesía industrial, sino la esperanza, tantas veces frustrada, del pueblo campesino. Pero este proceso ascensional fue torciéndose y deformándose, porque en vez de que el capitalismo empresario y racionalista hubiese transformado las bases, el poder y el espíritu de *esa antropología señorial de la tierra* (por ser un complejo de elementos económicos, políticos y culturales) fue atrapado, envuelto y penetrado por ella. Y el factor básico de esta estrategia de asimilación, ha sido, la incorporación de esta burguesía enérgica y empresaria a la economía de la tierra. Esa estrategia de reclutamineto de nuevas clases para incorporarlas a la estructura latifundista, ha sido la contrapartida de las grandes coyunturas revolucionarias de la Historia de Colombia, como las Guerras de Independencia, la Revolución de las Sociedades Democráticas, la Desamortización de Bienes de Manos Muertas (1862) o los movimientos reformistas posteriores a 1936. Por medio de este mecanismo ha ido aplicándose una ley básica de la economía señorial: la concentración de la propiedad y tenencia de la tierra. El impulso que llegó a desatar un alentador proceso de cambios técnicos y desarrollo industrial y que a la vieja ideología mercantilista expresada en el dogma de los *altos precios y los bajos salarios* opuso una ideología empresarial basada en el principio racional de los *precios bajos y los salarios altos*, fue derrumbándose, inexorablemente, sin haber logrado la conquista de sus objetivos revolucionarios. La invasión productiva fue mutándose, lentamente, en inversión financiera y a pesar de la enorme escasez de capital de trabajo, de la ausencia de una estructura de financiamiento y del carácter cerrado y comercial de la banca, se fueron propagando y estabilizando las nuevas tendencias hacia *el desfinanciamiento nacional* que caracterizara un *capitalismo colonial o de invernadero* (en cuanto no sólo se ejerce un control extranjero sobre los *centros vitales* del desarrollo, sino que se efectúa un ajuste o acomodo del sistema de comercio exterior y de financiamiento interno al molde o patrón de la economía imperialista) y a una *economía señorial,* encerrada en los privilegios de familia y de clase. Esas tendencias hacia el desfinanciamiento nacional constituyen, no unos factores transi-

torios y fortuitos en los tipos de capitalismo de invernadero, sino una expresión de corrientes fundamentales y de imposible corrección, ya que están ligadas al *comportamiento social,* a la ideología, al sistema de vida de las burguesías señoriales. A grandes rasgos, esas tendencias adoptan estas formas, que es posible reconocer y cuantificar en el proceso del capitalismo colombiano: a) la preferencia por la inversión en finca raíz y el acaparamiento de las tierras vitales (las que están situadas en las áreas de crecimiento de las ciudades y que, por lo tanto, están sometidas a *su proceso* de valorización comercial), trasladando al suelo una parte de los ahorros hechos en los sectores industriales, comerciales y bancarios, y provocando *un nuevo y acelerado proceso de concentración de la tenencia en las áreas de tierras mejor situadas y más caras:* como efecto del acaparamiento de tierras de labor por diversos tipos de inversionistas, aquellas dejan de considerarse, válidamente, como un activo de explotación agrícola; b) la colocación de ahorros internos (convertidos en moneda extranjera) en bancos del exterior, en busca de un recinto de seguridad política: por este procedimiento, se transforma un país pobre en recursos de capital y con bajas tasas de ahorro, en un exportador neto de capital y acreedor de los gobiernos y empresas de las naciones industriales. Estas tendencias agravan la vulnerabilidad originada en la *relación estructural desfavorable* en los términos del intercambio internacional, basada en dos factores: el cambio de café a bajos precios por bienes industriales a precios altos, en un mercado inestable y sometido a la presión competitiva de los países tropicales de América Latina y de Africa; y la exportación neta de capital que resulta del hecho de que, con la mayor frecuencia, los pagos por servicios financieros y por reembolsos de capital son más elevados que la cuenta de ingresos. A estos factores de desfinanciamiento nacional, podría agregarse otro nuevo: la política de evasión fiscal de las clases ricas, que impide el financiamiento adecuado del presupuesto público, retrae las inversiones en obras de infrestructura y cierra el paso a que el Estado, educándose en la escuela irreemplazable de la Revolución Industrial, se transforme en una *amplia estructura de industrias básicas y gran escala,* sin las cuales el capitalismo de los países subdesarrollados no podrá superar la categoría colonial de capitalismo de invernadero. Pero precisamente uno de los elementos ideológicos de esta burguesía señorial, que ha ido

reemplazando a los grandes empresarios industriales, es la profunda repugnancia por todas las formas de capitalismo de Estado, por las estructuras de gestión económica y por el desarrollo de las grandes industrias básicas con financiamiento estatal: la Siderúrgica de Paz del Río, por ejemplo, ha sido mantenida, de acuerdo a las normas económicas de uno de los ideólogos del capitalismo colonial, el profesor L. Currie, a un nivel de producción de 120,000 toneladas anuales de acero, cuando los niveles óptimos estarían al nivel de las 500,000 toneladas. Profundizando un tanto en este proceso eslabonado, es posible descubrir tendencias más puras y descarnadas de colonialismo económico: por ejemplo, la transferencia a control extranjero, de industrias financiadas con recursos no sólo internos, sino públicos, una vez logrados el pleno desarrollo y la consolidación financiera y comercial de esas industrias.[6]

De otra parte, la *teoría burguesa del desarrollo económico* parte de la premisa de que éste debe financiarse con recursos originados en el comercio exterior. Lo singular de esta teoría es que no se basa en el examen crítico de la estructura de las exportaciones y las importaciones, ya que ni la exportación del petróleo ni la del platino contribuyen al financiamiento interno (son *exportaciones netas* de cerca de US$ 100 millones) y la exportación de café (que abastece en más de un 90% al mercado interno de moneda extranjera) está cayendo, progresivamente, bajo el poder de gravitación de las inversiones norteamericanas. En cuanto a las importaciones, están constituidas por bienes de capital y materias primas semielaboradas —en su más elevada proporción— con los cuales opera, a los más altos costos, la debilitada maquinaria industrial.

Es dentro de estos marcos que deben juzgarse las posibi-

---

[6] El caso más reciente y de mayor trascendencia ha sido el de la Industria Colombiana de Llantas, financiada por el Instituto de Fomento Industrial con recursos públicos y en la que la B. F. Goodrich tenía el 25% de acciones y la asistencia técnica: 18 años después de fundada, con una producción anual de 584,000 llantas, se presionó al Estado —*por medio de la política de liberalización del mercado y las empresas*— a vender sus acciones a precios de fomento y el consorcio norteamericano se apoderó del 80%: en marzo de 1961, con el apoyo de miembros del patriciado liberal, dejó de ser empresa nacional y se transformó en una subsidiaria de la Goodrich. Declaraciones de Antonio Puerto, ex Presidente de ICONLLANTAS, marzo 29, 1961.

lidades de crecimiento. De una parte, el capitalismo colombiano tiende a ordenarse más rígidamente y a adoptar *los modelos estamentales del corporativismo* (estructuras oligárquicas en la economía de la tierra, de la industria, de la banca, de las sociedades de capital, de las formas superiores de organización de la burguesía y las clases terratenientes) y de otra, la economía nacional tiende a descapitalizarse, a contraer la capacidad productiva, provocándose un creciente desajuste entre *la capacidad total de ocupación* y *la masa creciente de población activa* que necesita empleo e ingresos elementales de subsistencia. Son 200,000 las personas que hacen su aparición anual en busca de trabajo. La industria manufacturera, la que es de suponer con mayor capacidad de ocupación de mano de obra y que ha asumido la responsabilidad de un crecimiento a base de sustitución de importaciones y arrasamiento de talleres artesanos, sólo ocupa un total de 725,000 personas y sólo puede aumentar su capacidad anual en 10,000 personas de la nueva fuerza de trabajo. El Estado Señorial (incluyendo los gobiernos locales) da ocupación a unas 245,000, de las cuales el 35% pertenecen a las fuerzas armadas: o sea que la relación entre la burocracia civil y los hombres en armas es de 160,000 y 85,000 personas. La política de *desmantelamiento del Estado,* ha ido reduciendo su capacidad de movilización de mano de obra por intermedio de la inversión pública.

En el esquema simple de la economía señorial del siglo XIX —ajustada literalmente al crecimiento vegetativo de la población y en lo que hace a la demanda de productos extranjeros, al pequeño circuito de familias importadoras de artículos suntuarios o de consumo selectivo— se cambiaban metales preciosos, productos del bosque tropical (gomas, palos tintóreos, curtientes, quinas) cueros de res, algodón y tabaco, café y cacao, por artículos industriales de Inglaterra y Francia (a mediados del siglo XIX, de un valor de las importaciones de $2.33 millones, el 69% se originaban en puertos): los saldos se cubrían exportando el numerario metálico o renovando el endeudamiento con los bancos ingleses. Pero este mecanismo y estos ingresos, se adecuaban al crecimiento de los recintos privilegiados de la ciudad y de las clases altas, los únicos dotados de capacidad de importar bienes, servicios e ideales extranjeros. El problema ha variado fundamentalmente hoy, cuando la población crece a una tasa más elevada y cuando la industria instalada depende de las importaciones de bienes

de capital y de materias primas. Pese a la dilatación cuantitativa del aparato industrial, ahora es más débil y vulnerable que antes, ya que debe enfrentarse a un crecimiento demográfico explosivo, a las tendencias de encarecimiento de los bienes industriales importados y al creciente desajuste con una agricultura sujeta a un ritmo de incremento más bajo que el de la población (como efecto de que, en el régimen de economía agraria señorial, la agricultura es sólo un subproducto de la tierra). Lo que equivale a decir que la industrialización ha carecido de sentido orgánico y de elementos nacionales de sustentación: una característica, de los tipos de *capitalismo en cámara de oxígeno,* para emplear una valiosa expresión del profesor Joseph Schumpeter. ¿Cómo enfrentarse a los nuevos problemas del crecimiento industrial, si después de 1956 se han encarecido los bienes de capital (importados en un 65%, como efecto del debilísimo desarrollo de las industrias básicas) y mientras la capacidad para importar ha caído de US$ 650 millones en 1955 a US$ 400 millones en 1959, sin contabilizar la cuantía de las *exportaciones desnacionalizadas y no recuperables* (aproximadamente US$ 100 millones) y los ahorros internos depositados en bancos del exterior (entre US$ 200 y 250 millones).[7]

La población crece a un ritmo acelerado y decrece el ritmo de la industrialización: de 1956 a 1959 las inversiones en capital fijo en la industria manufacturera descendieron de $750 millones a $450 millones: y nada de esto tiene los síntomas de una recesión temporal en el ciclo de desarrollo, sino que va tomando la configuración de un fenómeno propio de este estilo de capitalismo sin autonomía de crecimiento, ni reservas estructurales, ni fuerzas propias de impulsión. Ese fenómeno consiste en la interferencia brusca e ineludible del *tope de crecimiento,* en un proceso de industrialización de invernadero: esa curva de agotamiento no podrá ser rota sino por medio de un enorme y sostenido esfuerzo financiero para *recuperar el ritmo de industrialización* —no ya para ganar otro nuevo— lo que está fuera de las posibilidades ideológicas, técnicas y de financiamiento de la burguesía señorial, aun cuando no esté fuera de las posibilidades del Estado, si éste pudiese cambiar a corto plazo, su estructura y sus ideales.

---

7 "Capitalización y empleo", E. CABALLERO ESCOVAR, Asociación Nacional de Industriales, Bogotá, sin fecha. G. Arango Londoño, *El Siglo,* febrero 1, 1961.

Pero nadie, dentro del cuadro omnímodo de las corporaciones acepta una ideología heterodoxa sobre el papel del Estado y de la propiedad social —estatal— en la generación de una nueva y sostenida dinámica en el proceso de industrialización, a base de una enérgica acción en las industrias básicas y en los puntos vitales del desarrollo nacional. La filosofía económica de las dos grandes reformas propiciadas por ideólogos norteamericanos —la de Kemmerer en 1924 y la de Currie en 1948— no sólo ha propalado unas normas ortodoxamente librecambistas en el comercio internacional, en el manejo del mercado, en el uso de los recursos internos, sino que ha propiciado un desmantelamiento periódico de la administración pública y la formación de un estado de repugnancia por el Estado-empresario y por la penetración estatal de la gran industria siderúrgica, metalúrgica, eléctrica y petroquímica. La Misión Currie enseñó el principio de que un país pobre sólo puede ser transformador de chatarra, no obstante que en la región boyacense de Paz del Río (donde más tarde se montó una industria siderúrgica, financiada con ahorros internos y préstamos franceses) la naturaleza ha reunido, tácitamente, los yacimientos de hierro, carbón y caliza. Sin embargo, como el desarrollo de este nuevo tipo de industria sólo podría acometerse por la vía de la inversión pública y sustituyendo la importación de productos metalúrgicos por valor de US$ 230 millones, de productos químicos por valor de US$ 80 millones y de papel por US$ 25 millones (importaciones que proceden de los Estados Unidos, en su más elevada proporción), la respuesta al problema ha sido la reducción estructural del Estado, el aminoramiento drástico y creciente de la inversión pública y el *anquilosamiento programado* de la Siderúrgica Nacional de Paz del Río. Los niveles de producción actuales, son lo suficientemente ineconómicos para demostrar que las industrias estatales sólo pueden operar a pérdida y con continuas inyecciones del presupuesto público. El efecto práctico de este sistema de ideas ha sido, a más de la degradación voluntaria de la industria del hierro y el acero, la utilización de *sólo una tercera parte* de la capacidad instalada de la industria metalúrgica.

El *problema del crecimiento* en el sector de la economía señorial de la tierra, es mucho más complicado y profundo: entre 1953 y 59, el producto agrícola creció en 14%, cuando debió aumentar un 20% para nivelarse con la tasa de incre-

mento de la población. O sea que, aun cuando más de la mitad de la fuerza total de trabajo está localizada en el campo, no tiene capacidad para alimentar una población en estado de crecimiento.

Frente a este problema de inadecuación absoluta de la estructura social y económica, del sistema de Estado y de partidos, del instrumental ideológico, la respuesta ha sido la teoría del malthusianismo cristiano. Esta teoría se ha enunciado diciendo que el problema no está en la estructura, pese a todos sus vicios, sino en la población que crece tan desconsiderada e irracionalmente. . . , por lo menos en relación con la disponibilidad de recursos. La consecuencia política de esta teoría malthusiana es la de que, habiéndose agotado los recursos dentro del circuito exhausto de una economía en estado de estagnación, sólo puede pensarse válidamente que *la salvación viene de fuera.* Ideológicamente, el patriciado liberal y el conservador han ajustado sus grandes enfoques: los más liberales, preconizan la tesis de que la salvación viene de fuera; los más reaccionarios y conservadores, han redondeado la doctrina de que "la solución es volver atrás".[8] La teoría de que el problema no es de estructura, sino de recursos, la ha expuesto el presidente Lleras, en documento reciente:[9] "La estructura de nuestra organización social, dijo en marzo de 1961, no necesita alterarse porque haya una opresión criminal de una oligarquía sobre la gran masa de los ciudadanos, ni porque hayamos llegado a un grado de riqueza monopolizada, cuya distribución sea indispensable y justa. Sino, porque hay problemas muy agudos creados por el aumento vertiginoso de la población y la limitación de recursos para llenar, de un día para otro, todas las diferencias que crean injusticia y desigualdad de oportunidades".

---

[8] Laureano Gómez, el ideólogo y caudillo de la contrarrevolución, sentó una *doctrina presidencial* que consiste en atribuir la crisis institucional del país, sus guerras civiles, su violencia, su desmoronamiento moral. . . a las Constituciones Republicanas, empezando por la primera Constitución de Cúcuta, calificada como "La madre de todas las calamidades". Basándose en este piso doctrinario, Gómez elaboró la tesis de que *la solución está en el regreso,* tomando como guía y espejo a la Colonia Española. Se advierte una semejante filosofía colonialista en los voceros más sectarios de la contrarrevolución latinoamericana, como el Ecuatoriano García Moreno, el argentino Rosas, el chileno Portales.

[9] Discurso del Presidente Alberto Lleras, marzo 9, 1961.

Este es el esquema de un *capitalismo enfeudado,* sin autonomía de conducción, incapaz de retener su ahorro o de canalizar productivamente su corriente de inversiones, limitado en su perspectiva por la influencia de la *mentalidad señorial* y del *colonialismo ideológico* y que, en este punto crítico de la estagnación, carece de condiciones para resolver los problemas del crecimiento capitalista y menos aún los de ocupación adecuada de la fuerza de trabajo, de justa distribución del ingreso nacional y de satisfacción de las frustradas aspiraciones de una vida mejor para el pueblo. Dentro del marco rígido de esta economía nacional de subsistencia, la elevación del producto bruto y la participación creciente de las clases propietarias del capital y de la tierra, en el ingreso nacional, irá tomando una forma más injusta, reaccionaria y peligrosa: la de disminuir la participación de las clases trabajadoras en ese ingreso y la de mantener a raya el *ingreso real* de esas clases, anulando el periódico reajuste de los salarios y remuneraciones en dinero. En el decenio crítico de 1945 a 1954, la participación del trabajo en el ingreso nacional tuvo una *tendencia decreciente* (del 53.8% al 47.8%) y la utilidad conjunta del capital siguió la dirección contraria, creciendo del 36.7% al 44.2%. En un período de largo plazo (entre 1938 y 1953, en el comienzo de la carrera y en la línea final del ascenso) los *salarios reales* por persona sólo variaron de $5.04 en 1938 a $5.59 en 1953 (a precios de 1953). O sea que, después 15 años de luchas sindicales, de fractura del sindicalismo democrático y de gobiernos autoritarios con estado de sitio y legalidad marcial, un trabajador colombiano pudo aumentar sus ingresos y satisfacer sus aspiraciones de justicia en $0.55 (algo así como la quinta parte de un dólar).

A grandes rasgos, sin penetrar en los factores que componen este cuadro de un crecimiento vegetativo de la economía más pobre que el crecimiento vegetativo de la población (aun cuando a veces los coeficientes de producción por habitante rebasen el crecimiento demográfico), sin desentrañar la enseñanza de este proceso y sin enjuiciar a las clases e ideologías responsables de esta frustración nacional, he trazado los lineamientos de lo que tiende a ser la economía colombiana: *una economía nacional de subsistencia.*

La economía señorial de la tierra

Hace más de un siglo, escribía uno de los teóricos liberales de mayor lucidez conceptual y menor capacidad de gobierno:[10]

> La propiedad está mal constituida entre nosotros. Fue constituida por un gobierno despótico, dominado por la aristocracia clerical y de la sangre. Se constituyó, en consecuencia, de manera que adherido al dominio de las clases privilegiadas a la tierra que necesitan las clases trabajadoras, éstas estuviesen dependientes de aquéllas. Pongamos, pues, la propiedad en consonancia con la democracia; *y demos la tierra a los que la trabajan. . .* no continuemos el absurdo de querer pasar por republicanos con las instituciones de la despótica y monástica monarquía española.

Medio siglo antes, un Virrey de la Nueva Granada dejó escrito en su Relación de Mando algo que tiene sabor de imprecación y de profecía, ante el problema de la tenencia latifundista de la tierra y de la existencia de una masa suelta y arenosa de peones, aparceros y labriegos sin tierra:

> Y me parece que llegará un día en que los peones impongan la ley a los señores y éstos se vean obligados a hacer partícipes de sus ganancias a los brazos que ayudan a adquirirlas.

Seis años después de que el ideólogo de la burguesía liberal escribiera su sentencia de la más pura fibra democrática, se produjo la revolución de las Sociedades Democráticas, en 1854, acaudillada por el artesanado radical y seguida con la más entrañable esperanza por los campesinos sin tierra:[11] en última instancia lo que buscaba ese levantamiento de artesanos y de peones rurales, era lo mismo que habían enseñado (en ese cuarto de hora revolucionario que han vivido todas las

[10] Informe del Secretario de Hacienda, 1848, Florentino González.

[11] La importancia que tiene, a mediados del siglo, el problema de la abolición de los latifundios y la redistribución de la tierra, se expresa en uno de los ingenuos proyectos de las Sociedades Democráticas: la quema de las Notarías, como método de hacer desaparecer las fuentes de un derecho de propiedad radicado en los títulos notariales.

juventudes colombianas) los grandes teóricos del liberalismo posterior a las guerras de independencia: Florentino González, José M. Samper, S. Camacho Roldán, José Eusebio Caro y Aníbal Galindo. Pero cuando la idea abstracta de la redistribución de la tierra tomó forma práctica en un levantamiento popular —precisamente con las banderas de dar la tierra a quien la trabaja— los ideólogos se aliaron al patriciado militar de los dos partidos y aplastaron a la fuerza, con el poder de la legitimidad señorial y del hierro, ese heroico intento de "poner la propiedad en consonancia con la democracia". Así va perfilándose la política agraria de la República Señorial, con sitios muy definidos para los esclavos y los siervos, para los negros libertos y los indios, los aparceros y los peones. Ya unos años antes, en la propia aurora de la República, cuando los esclavos negros del Cauca y del Chocó se negaron a servir a sus amos (¡habían tomado en serio la tesis de la liberación de los esclavos!) el Poder Central previno a los Gobernadores[12] que "obligasen a los disidentes a volver al servicio de sus amos, aun valiéndose para ello de la fuerza, y facultó al Gobernador del Cauca para que impusiese hasta la pena de muerte a los esclavos que resistiesen estas providencias".

Y nada más que ocho años después del aplastamiento militar de la revolución de las Sociedades Democráticas, las grandes familias señoriales promueven su propia "Reforma Agraria", por medio de la política de Desamortización de Bienes de Manos Muertas (1862): en aplicación de ella, se expropian los latifundios de la Iglesia y las tierras de los municipios y de las comunidades indígenas y se los transfiere, en grandes unidades y a cambio de títulos desvalorizados de deuda pública, a la burguesía naciente y a la "inteligencia" política del radicalismo: nace así una nueva clase latifundista, formada precisamente con los sectores más revolucionarios y progresistas de la burguesía de exportadores y banqueros y de la clase media letrada, ampliándose y cimentándose, horizontal y verticalmente, el *monopolio feudal sobre la tierra.* Sobre estos soportes sociales, se proyecta y ejecuta el golpe contrarrevolucionario de 1886 (inspirado en la filosofía señorial de que "la solución está en el regreso") y se conviene un Concordato que pone en manos de la Iglesia —más católica que apostólica y

---

[12] Informe del Secretario de Guerra y Hacienda, Alexandro Osorio, 1821, Bogotá.

más española que romana— la dirección de la educación, la administración de la caridad y la vigilancia del régimen familiar. La Constitución —proyectada ideológica y gramaticalmente por el gran inquisidor y teólogo, Miguel Antonio Caro— institucionaliza el Estado Señorial, la economía hermética, la cultura con profesión de fe, la universidad "humanista" al modo teocéntrico, y como cimiento y piedra angular, la vieja estructura agraria y el alto rango social y político de las clases terratenientes. Nada puede impedir esta vasta operación de regreso. Nada: porque previamente habían sido barridos del escenario, los grupos sociales y políticos con una perspectiva universal y futura de las cosas y con capacidad de haber sentado las bases de un acelerado desarrollo capitalista. La economía señorial de la tierra había engullido a generales libertarios como José Hilario López (a quien le fue adjudicada una hacienda que comprendía varios municipios y multitud de comunidades de indios) o a los intelectuales radicales que por 1850 habían predicado la Reforma Agraria y la democracia social.

Se rehace así, 60 años después de ganadas las Guerras Libertadoras, la trama de la Colonia Española, el hermetismo, el horror por los inmigrantes heterodoxos, el estado de radicación forzosa bajo la hegemonía del patriciado conservador y la participación de los obispos como un cuerpo de Grandes Electores. Contra esta República Señorial, conformada como una fortaleza, se alzaron las guerrillas revolucionarias, para ganar a tiros *el derecho de ser minoría.* A fines del siglo XIX, en el Parlamento que reflejaba este método de *representar* a las clases plebeyas por medio de las clases consideradas *letradas* (latifundistas, abogados, gramáticos, latinistas, teólogos y generales iletrados) sólo hubo un representante no conservador.

Después de 45 años de "hegemonía de las grandes familias conservadoras", regresa el patriciado liberal al Gobierno: su política no es de conservación del estado de hermetismo nacional —el que, por otra parte, ya estaba roto—, sino de *liberalización institucional y del comercio exterior.* En 15 ó 20 años, los *grandes espacios* del Valle del Magdalena y de los Llanos Orientales habían sido distribuidos entre las compañías petroleras y una nueva clase terrateniente: la formada por los nuevos caudillos y letrados, por las familias de reciente prestigio político, por los abogados y los militares de rango,

¡sólo los campesinos no recibieron tierra, dentro de esta *segunda esclusa* formada por las *áreas de expansión,* sobre los llanos húmedos y sobre el Valle del Magdalena! A partir de entonces, puede afirmarse que se ha llegado al *punto de saturación* en el proceso de ocupar las *áreas vitales:* primero, los valles altos y los cálidos o las vegas de los ríos; más tarde, las laderas de las montañas; y por último, los llanos del oriente y el ancho Valle del Magdalena. En este último proceso, se reafirmaba la aplicación de la ley de hierro de la concentración creciente de la tierra en extensos marcos latifundistas y de la incorporación, al sistema troncal de las clases terratenientes, de sectores nuevos del patriciado liberal y conservador, de la clase media, de la "inteligencia" y de la burguesía con influencia política. Haciendo una estimación de las tierras adjudicables en esas grandes áreas, podría calcularse una masa territorial de unos 10 millones de hectáreas, constituidas en patrimonio señorial de *la nueva clase.* Hasta la séptima década del siglo XIX,[13] se habían emitido títulos de concesión territorial por 3.3 millones de hectáreas y se habían aprobado adjudicaciones materiales sobre el terreno de 1.16 millones de hectáreas de esta extensión total, sólo el 8% se concedió a *ocupantes reales* y *cultivadores del suelo.*

Entre 1884 y 1895, se adjudicaron 4.6 millones de hectáreas de tierras fiscales, estimándose aún el patrimonio de tierras baldías en 97.56 millones de hectáreas.[14] A principios del siglo, la adjudicación de estas tierras públicas, por *méritos de guerra* o por compra de títulos de deuda pública, debió estar cerca del nivel de los 10 millones de hectáreas. En la actualidad, se contabilizan 29 millones de *hectáreas ocupadas* (de un total de 113.3 millones) con sólo 2.9 millones de hectáreas

[13] "Limitaciones de dominio y adjudicación de tierras baldías", ANÍBAL GALINDO, 1880, *Estudios Económicos y Fiscales,* Bogotá Imp. H. Andrade, pp. 259. "¿Qué representan, en rigor de verdad —escribía este teórico del derecho agrario en el siglo XIX *(ob. cit.,* p. 250)— estas adjudicaciones de dominio sobre las tierras baldías? Representan pura y simplemente la constitución de una extensa clase de propietarios feudales, de propietarios parásitos del suelo, formada con el exclusivo objeto de acaparar el plus valor que recibe la tierra por el progreso social, interponiéndose para pedir un precio de monopolio entre el agente natural y la generación que realmente necesita ocupar la tierra para el trabajo".

[14] Informe del Ministro de Hacienda, "Baldíos", Bogotá, 1896, Imp. Zalamea, p. 22.

cultivadas y 26.9 millones de hectáreas destinadas, en su mayor parte, a la ganadería extensiva. Lo fundamental de estos coeficientes de uso de la tierra, no es sólo que sea tan baja la proporción de activo *territorial ocupado* y que la agricultura sólo disponga del 9% de las tierras y la ganadería extensiva del 91%, sino que la *estructura de uso* revela las características de una *economía señorial de la tierra:* la ganadería se localiza en las mejores zonas de valle y altiplano, en las áreas vitales de crecimiento de las ciudades, en los suelos que podrían ser explotados por medio de técnicas eficientes, y la agricultura se dispersa en las áreas erosionadas de las vertientes. La segunda característica esencial es la estructura de la tenencia, basada en una coexistencia funcional del latifundio y el minifundio: menos del 0.5% de las fincas registradas (posiblemente un menor porcentaje de propietarios) dispone del 31% de las tierras cultivables y el 56% (fincas menores de 5 hectáreas y con promedios de 2 hectáreas) sólo posee el 4%. O sea, que mientras el 3% de las fincas controla el 55% de las tierras, más de la mitad de los propietarios campesinos disponen de parcelas que están por debajo de los niveles de subsistencia. De una población campesina de 8 millones y una población activa de 3.5 millones, es posible diseñar el siguiente balance: 800,000 minifundistas explotan parcelas de menos de dos hectáreas y cerca de 2 millones de personas deben trabajar como peones con bajos salarios y sin asistencia social[15] o como aparceros y arrendatarios. En una región del sur, la coexistencia de latifundio y minifundio (originados ambos en el descuartizamiento de las comunidades indígenas) ha llegado a sus más radicales extremos: el 0.25% de las fincas posee 250,000 hectáreas, en tanto que el 80% sólo dispone de 200,000 hectáreas de tierras marginales. En la región central del Tolima —escenario tradicional de las guerras civiles y de la violencia política— sobre 57,000 fincas, el 75% poseen en total una extensión de 220,000 hectáreas y 403 latifundios detentan 600,000 hectáreas; o sea, que el 1% de los propietarios poseen más tierra que el 75%.[16]

La agricultura cafetalera, desarrollada por una clase media rural, ha sufrido también el doble proceso de concentración en haciendas y de dispersión en minúsculas parcelas de

---

15 En promedio, los salarios agrícolas son el 62% de los salarios industriales.

16 Muestra Agropecuaria Nacional, 1954.

subsistencia. El Censo Cafetalero de 1932, sirvió para revelar el desmoronamiento del sistema original de tenencia, medio siglo después de haberse efectuado la colonización: de 164,000 fincas censadas el 87% tenía menos de 5 hectáreas y sólo reunía el 49% de los cafetos y el 13% de los propietarios controlaba el 51% de la producción cafetalera. La Muestra Cafetalera de 1956 demostró que el proceso del latifundio cafetalero se había acentuado (el 38% de la producción total en el 5.6% de las fincas), así como el proceso de fragmentación de las pequeñas unidades: el 71% de las fincas, con menos de 10 hectáreas, sólo poseen el 6.88% de la superficie plantada y el 0.88% poseen el 40.24% de esa superficie. El más agudo problema se localiza en las explotaciones marginales de menos de una hectárea, que ocupa el 5.8% del área sembrada, produce el 5.3% y constituye casi las cuatro décimas partes de las explotaciones cafetaleras. En este grupo minifundista al nivel de la miseria, el área media de explotación es de media hectárea por finca, en las tierras más erosionables de las cordilleras y en donde la falta de un mercado de ocupación para el excedente de la mano de obra rural (en las industrias, las obras públicas, los servicios urbanos o las instalaciones campesinas), impone un enorme desperdicio del 85% de la capacidad anual de trabajo.[17]

La Misión Stewart[18] ha clasificado la tierra colombiana en tres grandes categorías: las de primera, que en un 85% están dedicadas a la ganadería extensiva; las de segunda (tierras fértiles pero poco aptas para la mecanización), que de un total de 7 millones de hectáreas ha destinado 5 millones a la ganadería; y las de tercera —el grupo de los suelos poco fértiles, erosionables y mal localizados— que están destinados a la agricultura. O sea, que esta economía de la tierra se caracteriza por el dominio hegemónico que sobre las nueve décimas partes de la superficie vital del país mantiene una aristocracia latifundista, por medio de las praderas naturales, ¡por algo existe en Colombia una tradición eglógica y virgiliana! Y este es, precisamente, el activo de tierras *cuya función* esencial no es la de producir, sino la de capitalizar el trabajo colectivo que se expresa en el fenómeno de la valorización comercial. De ahí que

---

[17] Se estima que el agricultor emplea, en promedio, 73 días de trabajo por hectárea y por año, *El Campesino Colombiano,* G. PÉREZ RAMÍREZ, Edit. Iqueima, 1959, Bogotá, p. 55.

[18] *El desarrollo agrícola de Colombia,* BMR, 1956.

esta clase de tierra tenga dos elementos que la caracterizan sociológicamente: *el constituir la forma preferente de inversión de la burguesía señorial* (la que ha asimilado la mentalidad o el espíritu de la antigua aristocracia latifundista) y el ser la forma preferente de expresarse el poder, el prestigio y el sistema de riqueza de las grandes familias. La ganadería extensiva y el predominio de las praderas naturales, no sólo revelan el enorme coeficiente de desperdicio de las tierras mejores, sino el grado de derrumbe de la mentalidad capitalista en la burguesía industrial y financiera y su reemplazo por una *mentalidad señorial.* En última instancia, los pastos naturales no son sino una cobertura de simulación para disfrazar este tipo de latifundio y rodearlo con una niebla de amparo a los ojos de los millones de campesinos con hambre de tierra y para dar una base objetiva y técnica a la antigua estrategia señorial de evasión de cargas fiscales.

Una de las expresiones del comportamiento señorial de la burguesía colombiana, es la *canalización regresiva del ahorro,* transformando la tierra de un bien productivo en un bien de inversión, disminuyendo los recursos de financiamiento interno y recortando la oferta potencial de alimentos y materias primas: a esta corriente se agrega la de alimentación de esa sorda y peligrosa tendencia de *des-ahorro nacional,* por medio de la exportación, legal o clandestina, de los ahorros originados en el marco de la economía interna. Frente a estas poderosas corrientes de desfinanciamiento y evasión, los ahorros populares —constituidos como una enorme masa aluvional de pequeñas cuentas bancarias— están operando como fuentes de financiamiento de la banca privada y estatal: en 1956, esos depósitos populares de ahorro constituían el 42% del capital pagado y la reserva legal de los bancos comerciales privados y el 78% del capital pagado y la reserva legal de la banca estatal agrícola (Caja Agraria y Banco Ganadero); en 1960, esos porcentajes se habían elevado al 50 y 109%, respectivamente.

Por 1951, cuando aún no se había agotado la curva ascendente del crecimiento capitalista, las inversiones en propiedad raíz del grupo central de sociedades financieras,[19] constituían el 43.5% de su cartera total. En los 10 más grandes municipios colombianos,[20] la inversión en propiedad raíz, en 1960, llegó al nivel de los $1,364 millones, mientras el presu-

[19] Cartera de las sociedades de seguro, diciembre 31, 1951.
[20] *Revista del Banco de la República,* Bogotá, mayo 1961, p. 682.

puesto total de las edificaciones en esas grandes ciudades[21] sólo fue el 34% de esa masa de recursos y el capital de las nuevas sociedades constituidas no pasó del 86%.

Estas son las modalidades de la estructura señorial de la tenencia de la tierra: la tierra rural no sirve para producir alimentos y la tierra de las ciudades no sirve, fundamentalmente, para construir habitaciones. "Los colombianos, dice un ideólogo de la burguesía industrial antioqueña,[22] no consideramos la tierra como un bien de producción. . . , sino más bien como sistema de acumulación de riqueza. . . Esta gran demanda de la mejor tierra del país por parte de la clase dirigente para invertir en ella, hace que su precio sea desproporcionado al posible rendimiento agrícola. . . La política económica y fiscal seguida por el país, ha permitido y aun fomentado el que el grueso de la clase dirigente tenga una actitud reservada, por no decir otra cosa, frente a las inversiones distintas a la propiedad raíz. Se requiere que *el país se desfeudalice,* es decir, que su clase dirigente deje de mirar la tierra como principal activo de inversión y pierda el temor a las inversiones en bienes comerciales e industriales. Sólo así es posible superar el subdesarrollo económico dentro de un régimen democrático de propiedad privada. Para que el proceso sea sólido y no cause los conocidos fenómenos de inflación y escasez de alimentos, *ha de venir por fuerza como un movimiento espontáneo de la clase dirigente.* Se requiere un movimiento renacentista de la clase dirigente, que manifieste un renovado interés por la lucha económica, caracterizada por la formación de muchas empresas dirigidas y altamente competitivas". El meollo teórico de esta doctrina de la burguesía industrial, excesivamente pragmática o excesivamente racionalista, es la necesidad de que *la clase dirigente,* sin presiones de Estado, pierda todo interés en la tierra como activa de inversión, para que esta transferencia tenga como efecto la desvalorización o abaratamiento de la propiedad raíz: "*entonces sí* es posible tomar las medidas conducentes a

---

[21] Bogotá, Cali, Medellín, Barranquilla, Bucaramanga, Pasto Cartagena, Manizales, Pereira y Armenia: tres de estas grandes ciudades han llegado a absorber más del 41% del ingreso nacional. "La agricultura y el desarrollo económico de Colombia", ANTONIO GARCÍA, *Trimestre Económico,* julio-septiembre, 1954, México, p. 281.

[22] "Justificaciones históricas, técnicas y sociales del impuesto a la tierra ociosa", HERNÁN ECHAVARRÍA OLÓZAGA, *El Siglo,* Bogotá, 1957 (sin fecha en el suplemento).

la formación de una numerosa clase de pequeños propietarios, que en todas las épocas ha sido reconocida como la fuente de las mejores costumbres y de la estabilidad social". Esta es la misma ideología propagada por L. Currie, basada en la doctrina de que la concentración de la tierra debe corregirse por métodos *funcionales* y *tributarios* —no por métodos frontales del Estado— de modo que le resulte a las clases dirigentes mejor negocio trabajar la tiera que dejarla improductiva. La eficacia de esta política funcional, de cepa keinesiana, puede y debe medirse por los resultados objetivos de la política fiscal: el impuesto predial sólo participa, en los presupuestos de ingreso de los municipios, en proporciones que varían entre el 0.29 y el 10.80%,[23] no sólo por la capacidad de presión de las clases terratenientes, como por la imposibilidad de que funcione un método racional de tributación "mientras existan latifundios de superficie superior a 100,000 hectáreas por una parte y un elevadísimo número de minifundios (más de ... 500,000) por otra.[24] El otro factor de la política fiscal, es el decrecimiento absoluto y relativo de la inversión pública en agricultura: en 1948, esa inversión era de $38.6 millones y representaba el 15.5% de la inversión pública total; diez años después, había descendido a $22.2 millones y al 5.6% de la inversión pública.

El *comportamiento señorial* frente a los problemas de esta estructura agraria —que desvertebra el desarrollo económico y social— está inspirado en una ideología conservadora y quietista y en un horror por las transformaciones del *status* actual. Su ideal no es la reforma, sino *la estabilización de los factores de inercia,* la consolidación política de las instituciones y mecanismos resistentes al cambio. De allí que, sin sospecharlo, la burguesía señorial ha sido transformada por esos factores de inercia. ¿Cómo se conservará, desde ese enfoque ideológico, el *status* de la tierra? La respuesta, teórica y práctica, ha sido esta: debe idearse una Reforma o *Contra-reforma agraria que desvíe la presión por la tierra hacia el cinturón periférico de la nación o de las regiones centrales,* aumentando en 10 millones de hectáreas el área de cultivo por medio del desmonte de los bosques tropicales, el control de inundaciones y las grandes obras

23 *Planificación Municipal y presupuesto de inversiones,* Antonio García, 1949, p. 171.

24 *Estudio del sector público en Colombia,* Cepal, Grupo Asesor, julio 1960, p. 25.

de irrigación y de drenaje. Esta es la fórmula de los expertos norteamericanos Byron C. Denny, Gerard F. Horne, Wayne H. Miles,[25] cuya asesoría en reforma agraria solicitó el Gobierno: inversión pública como sustituto de la Reforma Agraria, colonización de tierras periféricas como sustituto de una transformación de la estructura agraria de acuerdo a las demandas del desarrollo económico y la justicia social. Pero como ocurre con frecuencia con los programas de economistas norteamericanos, para países subdesarrollados, la falla de este programa de instalación de 50,000 familias en 5 años, en áreas habilitadas de la periferia, es que supone un país rico en recursos de financiamiento, con un denso mercado de capital y una amplia posibilidad de inversión a través del presupuesto público.

Es seguro que los campesinos tienen la *misma respuesta* al problema de conservación del *status* feudal de la tierra. Hasta hace quince años, esa inmensa polvareda de peones rurales, aparceros y minifundistas, conservaban intacta esa esperanza en la tierra, transmitida de generación en generación, desde la insurrección de los Comuneros hasta las guerrillas del último decenio: pero esa esperanza siempre se mantuvo encerrada dentro de dos muros de contención: los partidos a través de los cuales el patriciado de grandes familias ha retenido, simultáneamente, la hegemonía sobre el Estado y el dominio político y espiritual sobre esas montoneras plebeyas. La sectarización bipartidista, ha sido la vértebra misma de la estrategia latifundista de desviar la *presión sobre la tierra,* canalizándola hacia la lucha política y religiosa. Pero aun cuando se considere que el Estado de casta puede conservar *los factores de inercia* o de *instigación sectaria,* es muy profundo lo que ha ocurrido en la historia de los últimos 15 años para atribuir validez a esta antigua teoría política del patriciado. Esta teoría parte de dos errores de juicio: el de considerar que el mecanismo de las retaliaciones y del envilecimiento moral puede manejarse a voluntad de las grandes familias —las que convienen la guerra o declaran la paz— y el de que el mundo de hoy es el mismo

[25] *Un programa sobre colonización y uso de la tierra en Colombia,* Edic. STACA, Bogotá, 1960. El programa tiende a instalar... 50,000 familias en 5 años, con un costo de $1,000 millones: pero ni el programa estaría en capacidad de absorber el 5% de *la nueva fuerza de trabajo* aparecida en el quinquenio proyectado, ni podría financiarse con un presupuesto público cuyos ingresos ordinarios sólo eran de $1,600 millones en 1958.

mundo de ayer. Fue la masa campesina la que tuvo que soportar, sola en esta guerra sin cuartel, la carga de la violencia ejercida desde el Estado por la contrarrevolución victoriosa. Un balance elemental de ese drama (¡las cifras que cuantifican los resultados de la violencia siempre dicen tan poco!), lleva a la conclusión de que cerca de *un 10% de la población colombiana* (como la tercera parte de la población campesina) ha sufrido en carne propia el impacto de esta lucha a tiros por el poder.[26] El problema, en última instancia, no parece ser el de *si ha de conservarse o no este status agrario,* sino el de *cuánto tiempo* y *a qué costo* habrá de conservarse.

Modelo de un capitalismo con estructura oligárquica

La estructura oligárquica del capitalismo está desarrollada en tres pisos o estratos y se caracteriza, a grandes rasgos, *por la elevada concentración de la propiedad del capital,* por *la ordenación vertical de los sectores corporativos,* por *el funcionamiento de un sistema de hegemonías familiares* y por *el poder creciente de la inversión extranjera.* Ni en su composición, ni en su estructura, ni en su manejo, cabe la posibilidad de un

---

[26] Las fuentes oficiales permiten hacer la siguiente estimación cuantitativa de algunos resultados de la violencia, a partir de 1946:

Asesinatos políticos (entre 1946 y 1953)	240,000	(I)
Asesinatos políticos (entre 1953 y 1957)	4,800	(II)
Asesinatos políticos (entre 1958 y 1961), tres meses	7,800	(III)
Migraciones internas originadas en actos de violencia política	800,000	
Exilio campesino a Venezuela (y que aún trabajan como braceros)	150,000	
Total de la población, que ha sufrido, directamente, el impacto de la violencia política, entre 1946 y el primer semestre de 1961...	1.202,000 personas	

La estimación I fue hecha por las directivas del partido liberal y en especial por el ex Presidente Alfonso López. La II, entre 1954 y 1957, se basa en datos del Ministerio de Justicia, que arrojan un *promedio mensual* de 100 asesinatos. La III, se basa en declaraciones de G. Zea Hernández, Ministro de Justicia, publicadas en *El Tiempo,* diciembre 23, 1959 y en publicaciones recientes: "Nuevo Trato en el Tolima", *La Nueva Prensa,* 5-11 julio, 1961, Bogotá —Publicaciones de la Secretaría de Agricultura del Tolima—. Declaraciones del Jefe de la Sección de Instrucción Criminal del Tolima, 1961.

juego democrático o la fluida participación de los "sectores populares" del capitalismo.

En el primer piso, opera la sociedad de capitales o casi exclusivamente la sociedad anónima, por su versatilidad, su carácter impersonal y su especialísima aptitud para ocultar las concentraciones de poder detrás de una arenosa cortina de "tenedores populares" de acciones. El segundo piso de la estructura lo ocupan las concentraciones de sociedades, con programas especializados de monopolio sobre un sector del mercado o sobre la totalidad de un mercado regional: es el piso de los carteles, de los consorcios y de las *holding company.* La comercialización interna del azúcar, está cartelizada. La industria del tabaco se ha *integrado* —por absorción de los pequeños talleres y fábricas— en una sola empresa. El mercado de la cerveza, robustecido poderosamente con la prohibición legal de la chicha, está manejado por un consorcio.

Este sistema eslabonado de estructuras, está coronado, en la cima, por una maquinaria de corporaciones verticales, que ocupa el último piso y fija las normas de la conducción económica y social. En las esferas de mando de las corporaciones superiores se determina la política comercial de las sociedades localizadas en los pisos inferiores, así como también las líneas de orientación económica y fiscal del Estado y el *comportamiento social* de las empresas. Esta modalidad de la estructura corporativa, como una máquina de poder, ha arrastrado a la burguesía a la ocupación de órganos de conducción política —dentro del Estado y los partidos— así como también ha generado la corriente alterna de insertar elementos de conducción política en los órganos superiores e inferiores de la estructura corporativa. Por este procedimiento se ha efectuado un profundo reajuste social: miembros del patriciado liberal y conservador han pasado a los cargos directivos de los bancos, las industrias, las sociedades financieras y los gerentes y directores de corporaciones y consorcios han pasado, en permuta, a los cargos de conducción de los partidos y el Estado. En los últimos 15 años, posiblemente no ha existido ni un solo Ministro de Hacienda, de Fomento o de Economía, que no haya sido reclutado en el estrato gerencial de esta gran estructura.

Corporaciones de la cima:[27]

I ANDI (Asociación Nacional de Industriales), la más poderosa organización corporativa y patronal: reúne los grandes bloques industriales (textiles, cemento, cervezas, tabaco, sales, molinos, calzado, vidrio, aceites y grasas vegetales, chocolate, etc.);

II FENALCO (Federación Nacional de Comerciantes);

III Sociedad de Agricultores de Colombia (desde principios del siglo funciona como órgano de los grandes terratenientes y con facultades de co-gobierno en el Banco Central, la Caja Agraria, las Juntas de Control de Cambios y de Precios o los organismos oficiales de regulación del mercado de productos agrícolas);

IV Sociedad Colombiana de Ganaderos, desprendida de la anterior;

V ACECOLDA (Asociación Colombiana de Compañías Aseguradoras);

VI Asociación de Banqueros.

Esta estructura oligárquica, tan completa y ajustada en sus piezas, no ha desatado los conflictos internos entre sectores de la burguesía y de las clases terratenientes, ni ha podido conducir a una superación de la antigua mentalidad artesana y mercantilista. Todo lo contrario: la fuerza de gravedad de esta poderosa estructura ha conducido a una nivelación ideológica por lo bajo, aceptándose el liberalismo como *teoría del comportamiento con el mundo exterior* y los capitales, las cosas y personas extranjeras y el mercantilismo como praxis capitalista en el mercado interno. Esta no es, desde luego, una posición congruente, pero ha permitido a los terratenientes y a la burguesía abandonar a la inversión extranjera los sectores claves del desarrollo nacional (con la teoría de la insuficiencia de recursos internos) y apuntalar su poder por medio de esta estructura hegemónica montada sobre el mercado interno. Comportamiento artesanal, por la noción estática de los oficios, por

---

[27] *Bases de la Economía Contemporánea-Elementos para una Economía de la Defensa,* ANTONIO GARCÍA, Bogotá, 1948, "La nueva era de organización corporativa y de oligarquización política", p. 383. En la actualidad, casi todos los gerentes de corporaciones y consorcios han sido Ministros de Estado y los jefes políticos de los dos partidos son miembros directivos de industrias de cervezas, llantas, rayón y nylon, azúcar, tabaco, de compañías de seguros y urbanización, de trilladoras de café, etc.

la falta de penetración en los problemas de la productividad y de la organización científica del trabajo y por la tendencia conservadora hacia las clientelas fijas. *Ideología mercantilista,* por el enfoque de los problemas del comercio exterior, la superstición por el oro, la inclinación hacia los privilegios estatales y los monopolios y la doctrina de que no es posible resolver los problemas de la capitalización interna y de la concurrencia internacional, sino por medio de una política de salarios bajos.

No ha sido ésta una estructura estimulante para provocar el refinamiento ideológico o el ajuste de las posturas frente a los *retos de crecimiento* de una nación pobre, atrasada y hermética. De otra parte, la experiencia colombiana enseña que estas maquinarias de poder están consolidadas por fuera, pero cuarteadas por dentro, ya que uno de los elementos constitutivos de una sociedad señorial es la *ordenación en estamentos:* los banqueros forman sociedades de financiamiento y almacenes de depósito, para controlar la promoción industrial y el abastecimiento del mercado interno; los industriales forman grupos de penetración en las directivas de los bancos y montan agencias directas para la venta de manufacturas en el mercado; los comerciantes organizan sistemas de aislamiento de las agencias industriales y de canalización del grueso de las corrientes de crédito bancario. No existiendo un ingrediente ideológico que unifique y ligue el comportamiento social, por arriba, se impone la *ley del estamento social,* por la cual cada grupo tiende más a encerrarse en su cápsula que a identificarse en una gran empresa de desarrollo nacional.

Pero hay algo que sí ha provocado y guiado esta estructura corporativa: es *la alianza del patriciado de los dos partidos.* Precisamente lo que ocurrió en 1910 o en 1930 —períodos en los que se ensayó un tipo de gobierno de coalición bipartidista con la cobertura de *un republicanismo pragmático* y de *cierto estilo rodoniano*— es que esa clase de alianzas entre las grandes familias liberales y conservadoras para *resolver el conflicto por el poder* utilizando la fórmula simple de *compartir el poder,* carecía de una estructura social y económica que le sirviese de soporte y elemento de cohesión.

Un sistema corporativo, tal como se ha descrito, no es un ordenamiento formal de gremios, sino un método vertical de reclasificar la vida y las actividades de una nación: en consecuencia, pese a sus debilidades y desgarramientos internos,

su *poder* real es incontrastable, mayor que el de los partidos de estilo señorial. El proceso de *unificación por arriba* de los dos partidos, en el alto plano del patriciado, se inició con la formación de la estructura corporativa y hegemónica del capitalismo y es en ella que se apoya y sustenta, como coalición de clases o de familias dirigentes: *coalición por arriba*, pero *enfrentamiento sectario por abajo*, ya que la escisión vertical del pueblo entre un campo liberal y un campo conservador es la sustancia misma de la estrategia de conservación del poder por esas clases y familias.

A grandes rasgos, corresponde ahora examinar la estructura oligárquica de la sociedad anónima. Del total de sociedades (1959), el 60% apenas posee el 5% del capital: y el 6% de las sociedades anónimas, controla el 65% de la masa de capital. Descomponiendo estas cifras, se encuentra un dato que revela, con exactos perfiles, el grado de concentración del capital en un reducido grupo de grandes sociedades: el 4% *de la cima* controla casi la mitad del capital global[28] mientras el 41% de esas sociedades comerciales apenas dispone del 0.9%. Pasando de la sociedad a los tipos de accionistas, pueden fijarse estos elementos numéricos de juicio: de 253,523 accionistas de sociedades anónimas, nacionales y extranjeras, el 64% tiene la propiedad de sólo el 1.21% del total de acciones, con el 2% sobre el valor total: y el 0.16% de los accionistas, la élite financiera, posee el 56% de las acciones con el 53.15% sobre el valor total. O sea que, en el esquena de esta sociedad anónima, los *tenedores populares* de menos de 250 acciones son el 77% de la masa total de accionistas y sólo posee el 2.53% de las acciones —¡casi una propiedad simbólica!— con el 3.83% del valor total: y en los pisos altos de la estructura oligárquica, los tenedores de más de 70,000 acciones son el 0.23% de los accionistas y controlan el 59.32% de las acciones con el 57% del valor total. Como cortina envolvente y ornamental de esta estructura, 194,032 pequeños accionistas poseen 9.8 millones de acciones por valor de $91.4 millones, frente a 572 accionistas que controlan un valor de $1,361 millones por medio de 230.56 millones de acciones (valor total de $2,391 millones). Por vía simplemente ejemplar, vale la pena efectuar un reconocimien-

28 *Revista de la Superintendencia de Sociedades Anónimas*, No. 32, octubre 1960, pp. 155-199.

to de la estructura social de uno de los grandes consorcios que, por la extensa masa de sus accionistas (10,240) aparece como una de las expresiones de "capitalismo democrático": la Compañía Colombiana de Tabaco. El 62% de esa masa de accionistas sólo tiene, en promedio, menos de 268 acciones, en tanto que el 2% posee más de 10,000, en promedio; el 62.49% recibe rentas mensuales promedio, por persona, de $21.18 (cerca de US$2.50), frente al 2.25% que dispone de rentas por persona, en promedio, de $3.669.15: o sea que la renta personal en promedio, de un pequeño accionista (del grupo mayoritario del 62.49%) es apenas el 0.6% de la renta personal de los grandes accionistas.[29]

Se explica, así, el que la tasa de rendimiento del capital en la sociedad anónima haya aumentado entre 1958 y 1959 en 0.34% en las nacionales y en 6% en las extranjeras, absorbiendo el 24% de las sociedades el 66% de la utilidad total. En el caso de las sociedades anónimas extranjeras, el grado o coeficiente de concentración ha sido mayor y efectuándose una reducción relativa del capital pagado, sus activos netos se incrementaron en 24%. El 7% de las sociedades, controla el 72% del capital. Pero uno de los fenómenos más interesantes de esta estructura, es la *relación entre el incremento o decremento del capital pagado,* en sociedades anónimas nacionales y extranjeras, y los incrementos anuales de utilidad:

Millones de Pesos Colombianos

	Sociedades Nacionales			Sociedades Extranjeras		
	Aumento neto de capital pagado	Aumento o disminución respecto al año anterior	Aumento anual de utilidades %	Aumento neto de capital pagado	Aumento o disminución respecto al año anterior	Aumento anual de utilidades %
1950....	168.5		26.61	—61.49		87.73
1955....	23.56		18.23	39.81		51.70
1956....	113.87	90.31	41.42	200.43	160.62	30.82
1957....	231.28	117.41	19.39	353.45	153.02	26.04
1958....	426.19	194.91	12.16	289.75	—63.71	29.13
1959....	307.72	—118.46	20.66	100.01	—189.73	161.89

[29] Diciembre 31, 1960.—Declaraciones del Superintendente de Sociedades Anónimas en la Revista *Semana,* septiembre 1, 1960, Bogotá.

Este cuadro de relaciones, permite deducir las siguientes diferencias esenciales entre las sociedades anónimas nacionales y las extranjeras:

a) La tasa de rendimiento del capital aumentó el 0.34% para las nacionales y el 6% para las extranjeras;

b) las utilidades líquidas aumentaron el 20.60% para las nacionales y en 161.89% para las extranjeras;

c) de 755 sociedades nacionales, corresponde a 20 empresas (incluyendo a la Siderúrgica de Paz del Río) la mitad del capital; de 181 sociedades extranjeras, con capitales que ascienden a $1.450 millones, 13 disponen de $1,054 millones.[30]

ESTA estructura corporativa se ha definido como una maquinaria de poder: su extrema vulnerabilidad consiste en que ha acumulado un excesivo poder sin haber ganado una madurez ideológica y moral para administrarlo, desde el punto de vista de las necesidades del desarrollo económico, de los requerimientos de la industrialización y de las demandas de justicia social. El *exceso de poder* transformó esa estructura en uno de los mayores obstáculos del desarrollo capitalista, de la industrialización y de las más justas relaciones de clase. El proceso de crecimiento de la industria tradicional pudo mantenerse a una tasa anual del 5%, en los últimos diez años, mientras era posible sustituir importaciones y absorber la actividad de los talleres de artesanía. Pero ese proceso ha llegado a su tope, ya que el 80% de las importaciones no está compuesto por los productos, cuya importación ha sustituido la industria tradicional, sino por productos de industrias básicas nuevas como la siderurgia, la metalurgia, la petroquímica, etc. La industria tradicional se encuentra en proceso de anquilosamiento, ya que ni puede apoyarse totalmente en el mercado interno (por la baja capacidad adquisitiva de los campesinos y de los obreros), ni tiene posibilidades de expansión por la vía de las exportaciones a Ecuador y Venezuela (las exportaciones de textiles alcanzaron a US$ 40 millones en 1959) —ya que estos países incrementan ese mismo tipo de industrias— ni puede definir como meta la más enérgica

[30] En enero de 1961 se constituyeron 64 nuevas sociedades, de las cuales 5 extranjeras disponían del 50% del capital ampliado y casi todas obtenían financiamientos de los bancos locales.

absorción de actividades artesanas (con lo que ha ido agravando el problema de la desocupación creciente). Después de 1956, empezó a frenarse este mecanismo manufacturero, aprisionado en el estrecho marco en que lo ha situado la burguesía industrial y la estructura corporativa: en última instancia, *lo que ha hecho crisis, es ese tipo de industrialización de invernadero y sin relaciones orgánicas con el desarrollo nacional.* ¿Cómo aminorar esa extrema vulnerabilidad que consiste en una total dependencia de las importaciones de bienes de capital y productos intermedios, cuando el país está sometido a un proceso de descapitalización y una relación desfavorable en el intercambio internacional? Mientras se ha disminuido el ingreso colombiano en $1,500 millones, entre 1956 y 1959, como efecto de las pérdidas en la relación de precios del intercambio con el exterior y mientras se ha rebajado en un 40% la capacidad para importar (en el mismo período) se han cuadruplicado los precios de los bienes de capital (como efecto de la *devaluación táctica* de 1957), ha aumentado el costo de las materias primas y productos intermedios (cuya importación vale $170 millones de dólares) y se han restringido las fuentes del crédito interno (el que ha llegado a constituir hasta el 40% de los recursos de financiamiento industrial).[31] La devaluación de 1957 fue producto del exceso de poder de las grandes corporaciones, arrastradas por los inversionistas extranjeros en sectores de exportación, ya que por medio de esta maniobra táctica triplicaron de golpe *su capacidad de reinversión en moneda colombiana,* al cambiar sus dólares a la tasa del $7.50-$8.00 y no a la anterior de $2.50. Sería del mayor interés para la América Latina, el análisis a fondo del papel desempeñado por las presiones extranjeras en las devaluaciones catastróficas del peso colombiano, el peso chileno, el cruzeiro del Brasil y otras monedas ligadas a sistemas de exportación en manos de inversionistas norteamericanos, sea por sectores o por aspectos básicos de la comercialización.

La *magnitud de la ineficiencia* de esta industria tradicional la da el hecho de que, habiéndose elevado los precios de venta de los productos manufacturados en el mercado interno de 100 a 200 (en el decenio 1950-59) y habiendo aumentado

---

[31] La rigidez e inadecuación de la banca privada, la da el hecho de que una cartera total de $2,450 millones, en diciembre de 1960, el 81% es de corto plazo y condiciones comerciales.

el costo del trabajo (por unidad de producción) en sólo 74%, los *costos totales* se elevaron en 115%, los de las materias primas en 128% y los costos de capital en 165%. Esta estructura de los costos industriales, demuestra que los factores de mayor incidencia son tres: la extrema dependencia del exterior, la falta de una estructura flexible y adecuada de financiamiento y las limitaciones del mercado interno. Los tres no son factores ocasionales, sino efectos del tipo de conducción económica. Las corporaciones y la burguesía industrial han quedado encerradas en su propio esquema de crecimiento, por la vía ortodoxa del capitalismo privado, la "libre empresa", la división internacional del trabajo y el repudio a la gestión del Estado. Lo cierto es que *el campo nuevo de la industrialización* corresponde exclusivamente a las *industrias básicas*, con una posibilidad de sustituir importaciones por más de US$ 300 millones; pero ese campo nuevo exige un enfoque orgánico del problema de la industrialización, del desarrollo económico y de la participación de las inversiones estatales. No es posible dar ese salto adelante, mientras se piense que un país subdesarrollado puede resolver los problemas de su desarrollo económico y social por el método del capitalismo privado y la liberalización del comercio exterior y mientras funcione la estrategia imperialista del control de los sectores básicos de la economía. Ese camino ideológico es el que ha hecho crisis y de mantenerse, no sólo irá eliminando las posibilidades de crecimiento de la industria, sino que terminará por derrumbar los últimos elementos defensivos del capitalismo de invernadero. Dos veces se ha intentado la liberalización del comercio exterior en la historia colombiana: por 1850, cuando sirvió al imperialismo inglés para apoderarse de los puntos vitales del sistema de comunicación exterior y a partir de 1957, arrastrando al país hacia una *economía nacional de subsistencia*, drenada por el déficit crónico en las cuentas corrientes o en las cuentas de capital. ¿Podrán resistir indefinidamente los mecanismos amortiguadores de una nación subdesarrollada, los efectos de un proceso frustrado de industrialización y de una creciente vulnerabilidad externa ya que el déficit de US$ 64 millones en las cuentas corrientes y de US$ 42 millones en la cuenta de capital (en 1960), tiende a transformarse en un déficit de US$ 139 millones en 1961 y posiblemente de US$ 126 millones en 1964? Frente a este enérgico *mecanismo de desfinanciamiento*, ¿podrá pensarse en la eficacia de la

fórmula de la ayuda extranjera y de los préstamos de la banca internacional, *no ya para desarrollarse, sino para subsistir?* ¿Y podrá aceptarse el que estas formas de *capitalismo de invernadero* sean las únicas metas de vida de los países atrasados —los de América Latina, de Asia o de Africa—, pero particularmente los que están obligados a soportar la propagación colonial de las *ideologías de liberalización económica?*

PERO existe una cuestión de fondo, que exhibe la estructura profundamente ilógica y despegada de toda realidad de la ideología confusa de la burguesía señorial y de las clases latifundistas aburguesadas, en lo que hace a sus esquemas de la industrialización y del desarrollo económico. Este estado de confusión ideológica —en cuanto se entremezclan, sin fundirse en una nueva teoría, tesis de liberalización económica, doctrinas mercantilistas de la época europea de David Hume y prejuicios e ideas enraizadas en las tradiciones y psicología de la aristocracia territorial— no es, desde luego, el resultado de la perplejidad, sino el producto de una sociedad en la que se ha desarrollado el capitalismo, pero sin quebrar la estructura agraria señorial, sin superar el estilo de cultura formalista y la técnica (por mantenerse aún los patrones culturales de la cepa colonial española) y sin comprender el sentido, la función, los alcances, del Estado Nacional. El problema final consiste en que el *tipo de burguesía* formado *dentro* de la sociedad colombiana —y *formado* con sus *ingredientes reales*— ni puede parecerse al europeo de la época de la revolución industrial, ni puede sustraerse a las formas tradicionales de pensamiento, ni ha ganado condiciones para *comprender* la sociedad en que vive y para conducir la industrialización y el desarrollo capitalista *como una revolución nacional* y no como un proceso fragmentario, parcial, montado sobre un piso arenoso y vulnerable. Este es, precisamente, uno de los aspectos más desconocidos y de mayor gravitación en el mantenimiento de los *estados de atraso* en los países subdesarrollados: el retraso ideológico y político de sus clases dirigentes, pero en especial de sus *burguesías sin impulso nacional ni sentido empresario.* En Colombia, como en la mayoría de los países latinoamericanos (posiblemente con la excepción de México), se ha intentado la inútil proesa de poner el carro antes que el caballo de tiro. Se ha pretendido trasplantar los procesos

de industrialización de Europa y los Estados Unidos, pero sin *antes* haber modificado la estructura agraria neofeudal, sin haber liberado la enorme fuerza de trabajo campesino —aumentando simultáneamente su productividad y su poder de compra— y sin haber modificado el enfoque mercantilista de los salarios y los precios. Ese profundo desajuste entre las *viejas estructuras yacentes* y las *modernas formas de industrialización y de crecimiento urbano,* es la raíz de una crisis que está afectando y perturbando la reciente historia latinoamericana. Dentro de esa historia contemporánea, es posible seleccionar *dos modelos de desarrollo nacional:* uno, el de México, en el que la Revolución Nacional ha roto las viejas estructuras, para que la industrialización y el desarrollo social no encuentren obstáculos o desajustes estructurales: otro, el de Colombia, en el que se intenta la industrialización y el desarrollo capitalista, pero manteniendo las viejas estructuras, la cultura de espíritu eclesiástico y el Estado Señorial, asentado sobre corrientes aluvionales de votos, pero gobernado por las grandes familias.

Como se advierte, la *crisis de desajuste* en Colombia es muchas cosas: es profundo y creciente desajuste entre las necesidades del *desarrollo nacional* (económico, técnico, cultural, social y político), pero también inadecuación y retraso ideológico de las clases gobernantes, congelamiento institucional y expansión del Estado en sus estructuras de gravitación más negativa (como son las estructuras de poder y acción represiva). De ahí que considere vital la insistencia en el tema del Estado, ya que la experiencia colombiana demuestra que si es inevitable el crecimiento del Estado con el desarrollo de la nación misma, la peor estrategia política es la de no desarrollar las estructuras de servicio, de empresa y de conducción económica —por el error de las clases altas a las limitaciones del privilegio— y en cambio, reforzar los aparatos de fuerza y las estructuras de poder. Con esta operación política, la burguesía señorial y las clases latifundistas están asegurando *la conservación del status social,* pero a un costo demasiado elevado y sin ninguna seguridad futura: porque estas pesadas estructuras de hierro están montadas sobre pisos de arena y no tienen capacidad orgánica de resistencia. La naturaleza de estas estructuras está llevando a la doctrina de que —ni en Colombia ni en otros países latinoamericanos de semejante constitución social y semejantes formas políticas de vida— la

industrialización orgánica, el desarrollo económico y social, la formación de un nuevo tipo de Estado (que combine la máxima cantidad de servicio con la mínima cantidad de poder) podrán conquistarse sin una *previa revolución nacional.*

Lo más ilógico y contradictorio del proceso industrial colombiano, consiste en que se ha orientado *el capitalismo hacia adentro,* hacia el mercado interno, sin haber creado las condiciones para *que funcione ese esquema de desarrollo:* ni se ha modificado la estructura agraria señorial —antes bien, se han acentuado la concentración latifundista y la dispersión minifundista y se ha reforzado el poder y la influencia ideológica de las clases terratenientes— ni ha cambiado fundamentalmente el *status* de las clases campesinas, ni se ha efectuado aún la *revolución del salario:* esa que consiste en su *ensamble con la productividad* y en su *definición como un mecanismo de distribución justa del ingreso nacional.* Y en lo que hace al cuadro operativo del Estado, no es que se haya seguido la filosofía smidiana de lograr una sociedad con la menor cantidad posible de Estado, sino que —de acuerdo a las normas autoritarias de la República Señorial— se han desarrollado las facultades más negativas y se han paralizado o amputado los órganos más positivos de servicio.

El hecho de que el país exporte menos de US$ 17 millones en productos manufacturados (dentro de un total de US$ 400 millones) y que de ellos correspondan US$ 10 millones a "Fuel Oil", *demuestra,* que el proceso de industrialización sólo *se ha conducido hacia adentro.* Pero el *desarrollo hacia afuera,* hacia la exportación, no sólo exigiría una mentalidad capitalista empresaria de que carece la burguesía señorial, sino un cambio de las bases y *supuestos* de la industrialización colombiana. Este *nuevo rumbo,* choca abiertamente con los patrones de funcionamiento de un capitalismo de invernadero: con su noción del Estado de casta, con su acoplamiento a un estructura agraria latifundista, con *su espíritu de evasión* (evasión fiscal, exportación de los ahorros en procura del amparo de las grandes naciones industriales, esguince a los problemas de la vida nacional) y su desprecio o su temor por las industrias básicas desarrolladas sobre un piso de inversiones estatales y propiedad social.

Crisis de desajuste entre las viejas estructuras yacentes, de *una gravitación estática,* y los procesos de industrialización que originan una acelerada dinámica, como elemento sustancial en el trasfondo de la historia contemporánea de la nación colombiana: pero también replegamiento y *encerramiento* de la burguesía señorial y de las clases latifundistas —carne y espíritu del patriciado liberal y conservador— en sus propias ideologías subdesarrolladas y desuetas.

Por su especial trascendencia, vale la pena hacer algunas reflexiones finales sobre *el problema de las ideologías de liberalización económica en los países subdesarrollados,* en cuanto operan como formas políticas que provocan el desmantelamiento o impiden la formación de estructuras defensivas en el aparato del Estado (con sentido *de empresa,* de *conducción económica,* de *programación del uso de los recursos escasos,* de *servicio,* de *financiamiento,* de *regulación del poder de las clases como elemento conformante de la justicia social)* o en cuanto crean las condiciones para que en las sociedades atrasadas predominen las fuerzas más poderosas y regresivas (habiéndose logrado previamente la inhibición de la autoridad pública) y para que se transformen, el empuje de las presiones desatadas por todo proceso de ocupación imperialista, en sociedades que *no se conducen,* sino que *se subordinan.* Lo que se plantea, como cuestión de fondo, no es la simple subordinación colonial de las economías, sino la pérdida de las facultades vitales de autodeterminación. El hecho de que esas sociedades se subordinen a la economía y patrones de vida de una gran potencia, a nombre de *la libre iniciativa privada* o de la filosofía de libre empresa, no cambia la naturaleza de las cosas, no modifica los términos del problema (acerca de la capacidad de las naciones pobres de adoptar sus propios ideales de vida y de *conducirse* de acuerdo con ellos). De otra parte, el que esas corrientes de colonización pura y simple de los países débiles por los fuertes, se apoye en el poder de unas oligarquías locales, no legitima los actos de coloniaje: no demuestra sino que esos grupos, incapaces de afrontar un juego democrático y de resistir las presiones revolucionarias de los pueblos, necesitan apoyarse en la maquinaria económica, política y militar de las grandes potencias para conservar la intangibilidad de un *status* social. Es este uno de los

puntos que, en la historia contemporánea, están sometiendo a prueba *la ideología democrática* de las grandes potencias. La contribución norteamericana en la consolidación de estructuras oligárquicas en la América Latina, ha servido para demostrar la estrecha vinculación entre dos fenómenos o tendencias: una, la de propagación colonial de las ideologías de liberación económica, fundamentadas en una profunda hostilidad hacia las estructuras defensivas y contraloras del Estado; otra, la de obstrucción o *abolición práctica* de las diversas y sensibles formas de *liberalización política.* Precisamente la *experiencia colombiana* demuestra que en la medida en que ha ido modelándose la estructura oligárquica de la economía, de los partidos y del Estado, se ha impuesto la *liberalización económica* como una ideología oficial y han desaparecido algunas de las formas ya logradas de *liberalización política:* por medio de la reforma constitucional de 1957, se ha establecido el monopolio bipartidista sobre las corrientes de opinión popular, durante 16 años; se ha instaurado la hegemonía bipartidista sobre la administración del Estado, con base en el ejercicio de *la paridad en el reparto* de la burocracia, la influencia de gobierno y los recursos presupuestales; se ha reemplazado el principio de la *alternabilidad republicana* por el *sistema dinástico del relevo de grandes familias liberales y conservadoras* en la ocupación de la Presidencia por períodos cuatrienales; se ha eliminado el principio básico de la representación popular, como es el de la existencia de mayorías y minorías, atribuyéndose *igual representación a los dos partidos,* en la totalidad de cuerpos representativos del país; y para rematar este sistema de institucionalización del Estado de casta, se ha abolido, constitucionalmente, el derecho a cambiar de opinión, ya que se niegan derechos electorales y políticos a quienes estén fuera del sistema de enfeudamiento bipartidista.

El análisis crítico de la experiencia colombiana, puede servir de soporte a varias conclusiones. La primera reflexión es la de que la liberalización económica ha sido una ideología de cooperación pasiva del Estado en el arraigamiento de una economía de monopolios. En apariencia, cruzarse de brazos ante las fuerzas más regresivas que estrangulan el desarrollo nacional (como en el caso de los latifundios que acaparan las nueve décimas partes de las tierras laborales), ante las maquinarias internas de poder o ante las corrientes de inversión extranjera que se orientan hacia el control de los puntos es-

tratégicos de una sociedad atrasada, no es una política, en cuanto exige una inhibición voluntaria del Estado frente a problemas esenciales de la vida nacional. Pero desde luego, *la abstención de hacer* es también un comportamiento, una ideología y una política.

La segunda reflexión se relaciona con la íntima vinculación entre el proceso de liberalización económica —en el sentido de eliminación de los órganos de control, de regulación, de inversión o de conducción económica del Estado— y el proceso de marchitamiento de las formas más vivas de liberalización política (libertades sociales, respeto práctico por los derechos elementales de la persona humana, autenticidad de la representación popular, funcionamiento de los sistemas de control público, etc.).

La tercera conclusión se refiere a la frustración del Estado Nacional, como estructura insustituible en el desarrollo de los países atrasados: estructura empresaria en el campo de las industrias básicas; estructura de servicios para elevar los patrones de vida de las clases trabajadoras y para crear condiciones de justicia social; estructura de gestión y conducción económicas, para guiar el proceso de desarrollo y eliminar los obstáculos estructurales o circunstanciales que lo impiden. En términos esenciales, esa *frustración* del Estado tiene que ver con la propagación de las ideologías de liberalización económica y con el afianzamiento de *estructuras señoriales* y corporativas del capitalismo, que de una parte han llevado a la abolición de las estructuras de inversión productiva y de asistencia social del Estado y de otra, han estimulado la hipertrofia de los aparatos públicos de fuerza y represión. La fórmula ideológica ha sido la de Estado Liberal frente a los fuertes y Estado de fuerza frente a los débiles. De allí que mientras se legalizan las grandes estructuras de presión, los consorcios, las sociedades de cartelización de precios y manejo de la oferta en el mercado interno, es más irreversible la tendencia a la ilegalización de las huelgas o de los sindicatos que no están afiliados a las dos Centrales Sindicales (CTC liberal y UTC conservadora y confesional) acopladas a la mecánica del sistema bipartidista.

La cuarta reflexión se relaciona con la frustración del proceso de industrialización, fundamentado en el esquema ideológico de la burguesía señorial (liberalización económica del comercio exterior, libre iniciativa privada, inversión pública

circunscrita a obras de mejoramiento territorial, ordenamiento corporativo del capitalismo, estructura agraria latifundista, manejo privado de los servicios básicos de desarrollo, economía de monopolios, comportamiento en el mercado interno basado en la fórmula de los altos precios y los bajos salarios).

Y por último, la conclusión que se refiere a la *forma* de propagación colonial de la ideología de liberalización económica, en cuanto su adopción es la *condición misma* de la ayuda financiera y la asistencia técnica que prestan algunas grandes potencias, imponiendo a los países atrasados la obligación de renunciar a sus propios ideales y patrones de vida.

El modelo de Estado Señorial

El problema del Estado es inseparable de la estructura social y política, ya que es *expresión* de esas clases, familias y partidos que le imprimen la dirección y lo conforman *teórica* y *prácticamente* a una ideología, a unos objetivos y hasta, a un estilo de vida. Es una teoría elemental la de que el Estado no es nada distinto de quienes lo *dirigen* y *administran:* sin embargo, ha sido corriente en la historia colombiana el que el *patriciado de los dos partidos* atribuya al Estado sus culpas, sus crímenes o sus yerros, como una manera de deshacerse o liberarse de ellos. La *impersonalidad del Estado* facilita esta estrategia de simulación moral y de evasión de las responsabilidades que cabría deducir a los caudillos o las grandes familias responsables de actos de corrupción o de violencia. De allí que se enseñe en las universidades y que se adopte en los propios cuadros superiores del Gobierno, el dogma ideológico de que *el Estado es el peor de los administradores,* como si ésta no fuese una forma figurada e indirecta de afirmar que *el patriciado de los partidos* y de las "clases dirigentes" ha sido el peor de los administradores.

También se atribuye al Estado la responsabilidad en el delicuescente proceso de corrupción, en el desplome de la moral administrativa, en la expansión cínica de los "mercados de influencia", como si el *aparato estatal* fuese un sistema óseo enteramente separado de los grupos sociales de conducción política. Pero este fenómeno de proyección psicológica alcanza sus caracteres más dramáticos —como en el caso del Retrato de Doryan Grey— en lo que hace al problema de la

programación y ejecución de políticas de violencia. Desde luego, debe diferenciarse la violencia que se desarrolla como una acción de Gobierno, de la que es producto de la sectarización campesina y obrera y que adopta la forma anárquica de vindicta entre familias liberales y conservadoras y que ha conducido a la comisión de delitos atroces: han sido quemadas aldeas enteras en el Tolima, Valle, Antioquía y los Llanos Orientales, se bombardearon poblaciones llaneras inermes con bombas inflamables de fósforo vivo, se fusiló sin proceso a centenares de campesinos, se oficializaron los procedimientos de la decapitación, la castración, la enucleación de los ojos, la violación y muerte infamante de las mujeres, y el asesinato de los niños en los territorios ocupados; se instalaron, en el Departamento G-2 y en La Prefectura Nacional de Seguridad, cámaras de tortura y cuerpos de torturadores profesionales. En el Departamento del Tolima, con una población de 833,100 habitantes, la masa total de personas empujadas y desplazadas por la violencia política llegó a 321,651, o sea que el 42% de esa población de latifundios, comunidades indígenas y pequeñas fincas cafetaleras, padeció en carne propia el desencadenamiento de esa guerra civil encubierta, fría y asoladora: los Registros Oficiales consignan, en un período de cinco a seis años, 16,219 asesinatos[32] 32,700 fincas abandonadas por la fuerza (el 34% del total de fincas, especialmente cafetaleras) y un valor global de las pérdidas materiales —¡cómo estimar cuantitativamente las otras!— de $891.3 millones (un poco más de US$ 350 millones, a las tasas corrientes de cambio).

Esta dinámica incendiaria de la vindicta de partido está sujeta a ciclos o estaciones de sectarización, como es obvio, pero su naturaleza es la de los sistemas de reacción en cadena. En el Tolima, se suspendieron los programas gubernamentales de violencia, pero ésta, por su propia cuenta, siguió su curso, impulsos y leyes: en 1958 hubo 1,431 asesinatos políticos; en 1959, 952; y en 1960, 682. En el Departamento del Valle (de plantaciones azucareras y latifundios ganaderos en el valle y de pequeñas fincas cafetaleras en las vertientes de las cordilleras) en 1958 hubo 1.000 asesinatos políticos, en 1959 bajó la cifra a 900 y en 1960 a 600; pero en el primer tri-

---

32 Las estimaciones posteriores de la Secretaría de Agricultura del Tolima elevan esos cálculos a 70,000 asesinatos, ya que cambió la composición de ciudades y aldeas, como el Líbano, Roncesvalles, etc. y desde luego la fisonomía del catastro rural.

mestre de 1961 —en el nuevo ciclo de sectarización bipartidista, originada en la proximidad electoral— se cometieron 307 asesinatos por causas políticas. Con la mayor frecuencia, estos asesinatos se cometen por bandas armadas, liberales y conservadoras, sobre grupos de campesinos en las haciendas y veredas: así por ejemplo, a fines de enero de 1961, fueron asesinados en el Municipio de la Victoria (Valle del Cauca) 25 campesinos, 16 adultos, 5 mujeres y 4 niños.

Pero esta forma de *genocidio*, de asesinato colectivo o de *crimen contra el hombre,* es el que encuentra menos resonancia en una moral pública desgarrada por la sectarización bipartidista y degradada por esa complicidad social que consiste en que unos son culpables de silencio por razones de solidaridad política y otros lo son por razones de oportunismo y cobardía. Mientras el delito individualizado no puede esconderse bajo una máscara de iglesia o partido —y es identificable y reprimible como tal— el *delito colectivizado,* el que cometen los miembros de partido contra sectores desprevenidos del partido contrario, encuentra y goza de una atmósfera de complicidad social. Los periódicos del patriciado conservador se sienten moralmente obligados a cohonestar los asaltos y programas de violencia de sus grupos de choque más sectarizados y de más baja escala social: y los periódicos del patriciado liberal adoptan una conducta semejante, ya que la moral de partido —dentro de esta estructura señorial de los dos campos— se fundamenta en un principio de encubrimiento. Este es un enfoque objetivo y amargo de la realidad colombiana: pero, ¿cómo explicar el que el crimen político no se castigue, el que los caudillos y familias responsables de la incitación a delitos atroces hayan regresado a a los cargos de conducción del Estado, *por derecho propio?* Y ¿cómo explicar, sobre todo, la fría insensibilidad ante esta cuotidiana renovación de los sacrificios cruentos del pueblo —de los campesinos y de los aldeanos— la moral complaciente, la sorda alimentación de esta *guerra de abajo* que no toca ni compromete *la hegemonía compartida del patriciado* que ha declarado la paz por arriba? En el Departamento de Caldas (de minifundio con plantación de café y latifundio ganadero), en menos de un mes de 1961, hubo 68 asesinatos colectivos: y el Gobierno local desvió su propia capacidad investigativa, con la teoría de que esta forma de violencia *no podía ser política* ya que "había paridad de muertos liberales y conservadores" (34

y 34). Pero esta es, precisamente, una de las formas simples de la vindicta. En el Valle del Cauca, en marzo de 1961, hubo en dos días 28 campesinos asesinados: 14 liberales y 14 conservadores. En el mismo Valle del Cauca, el 28 de enero, se produjo el asesinato colectivo de 25 campesinos en la Victoria (16 hombres, 5 mujeres y 4 niños). El 12 de marzo en el Departamento de Huila, cerca de la ciudad de Neiva, se produjo el asesinato de 16 campesinos: 5 hombres, 6 mujeres y 5 niños. En el mes de abril, en un solo día y en el sitio de Teruel, se asesinaron a 11 peones de una hacienda. El 9 de febrero, en el Departamento de Antioquía, en La Celia, asesinaron y decapitaron a 7 campesinos y el 27 de marzo a 8 peones, en Caracoli. Y sin embargo, ¡no se ha conmovido la República Señorial ante los 830 asesinatos políticos perpetrados en tres meses de 1961! Este es, desde luego, no sólo un insobornable coeficiente del grado de penetración de la ideología cristiana en las élites gobernantes y en el pueblo gobernado, sino una medida de las orientaciones y alcances del Estado Señorial.

Ya se ha dicho que la filosofía práctica de ese tipo de Estado, está más emparentada con Maquiavelo que con Montesquieu: su fórmula maestra es la de *la mayor cantidad de Estado como estructura de poder y represión social* y *la menor cantidad como empresa, como órgano de gestión y como estructura de servicios.* Esta filosofía inspira tanto la *ordenación administrativa* como el *sistema señorial de finanzas públicas.* A grandes rasgos, podría diseñarse el sistema administrativo, fiscal y financiero del Estado, en los siguientes términos:

La *hacienda pública* puede definirse como una maquinaria de consumo, no ajustada a los problemas y necesidades del desarrollo económico y social, que va aumentando su participación en el producto nacional bruto, pero cuyo sistema de ingresos se caracteriza por la evasión fiscal de las clases ricas y la gravitación del sistema tributario sobre las clases pobres y cuyo sistema de gastos está conformado por *una tendencia creciente de los gastos de funcionamiento y en especial del aparato represivo y una tendencia decreciente de la inversión pública y de los gastos de bienestar social* (ocupación, salud pública, cultura, seguridad social). El proceso de expansión del Estado tiene, entonces, no un sentido orgánico, sino una simple dirección burocrática y represiva.

Entre 1948 y 1958,[33] se ha elevado el Gasto Público consolidado (totalidad de los aparatos de Gobierno) en 88.4% (pesos colombianos de 1950) y la participación de éste en el Producto Nacional Bruto ha ascendido del 14.5 al 16.9%. Desde luego, lo esencial no es el monto o nivel simplemente numérico, sino la composición cualitativa del gasto: las tendencias dominantes están resumidas en una doble relación, entre *el gasto corriente y la inversión pública* y entre *el gasto en desarrollo social y cultural* y *el gasto represivo* (presupuestos especiales de Defensa y Policía). Mientras el gasto represivo se incrementó en un 105.7%, el gasto en fomento económico aumentó en 69% y el destinado a *Desarrollo social y cultural* —en un país de elevados coeficientes de analfabetismo, grave deterioro de la salud pública y no más de un 2% de la población con servicios de seguridad social— *apenas se incrementó en un 36.9%*, en un período de diez años. En relación con el Gasto Público Consolidado (Nación, Departamentos, Municipios), es posible fijar así las tendencias del *gasto corriente* y de la *inversión pública:*

	Relación porcentual del Gasto Corriente	Relación porcentual de la Inversión Pública
	En relación con el presupuesto general de gastos	
1948	69.5%	30.5%
1950	76.4	23.6
1954	70.3	29.7
1958	74.5	25.5

Estas tendencias tipifican la estructura del gasto en una hacienda pública consuntiva y señorial: la una, ascendente, en la línea del gasto simple de funcionamiento; la otra, descendente, en la línea de la inversión pública.

La profundización en los patrones y tendencias del sistema de finanzas públicas en el Estado Señorial, sirve para fijar otras características esenciales: la inflexibilidad de la capacidad ocupacional del Estado (en cuanto se dilata en épocas de expansión económica y se contrae en los períodos de crisis o depresión, ampliando los efectos negativos de la onda expansiva o depresiva y las expresiones internas del ciclo eco-

[33] Los elementos numéricos han sido tomados del Informe del Grupo Asesor de Cepal, Bogotá, 1961, pp. 12 y ss. Informe Levret, p. 227.

nómico) y *la creciente gravitación del gasto represivo y del aparato de fuerza.* El Gobierno General (totalidad de niveles) ocupa unas 245,000 personas, de las cuales 85,000 pertenecen a las fuerzas armadas y posiblemente unas 15,000 más estén ligadas a los cuerpos civiles de represión y policía: de donde se deduce que aproximadamente el 40% de la burocracia del Estado Señorial integra la estructura represiva. ¡En 1961, de un presupuesto nacional de $2,660 millones, el gasto de represión pública (Defensa, Policía y Seguridad Política) era de $484.29 millones, más una adición al presupuesto de $85 millones, arroja un total de $569 millones: el 33% del presupuesto. Esta distribución presupuestal no es, como se ha visto, una relación circunstancial en el sistema colombiano de finanzas públicas, sino una tendencia sostenida en la propia estructura política del Estado. De allí que pueda constatarse, en los últimos años, no sólo un aumento absoluto del gasto represivo, sino una tendencia hacia su participación creciente en el presupuesto de gastos:

1956	21.6% del gasto público.
1960	24.
1961	33.

La estructura de los ingresos está caracterizada por la evasión fiscal de las clases gobernantes (burguesía y grandes terratenientes) y la elevada tributación de las clases pobres. De un total de 950,000 declaraciones de renta, en 1959, sólo eran gravadas 240,000:[34] "el 70% del rendimiento del impuesto lo producen unos 36,000 contribuyentes de escaso significado". "El problema tributario, señala el Grupo Asesor de Cepal, reside en el hecho de que las clases capitalistas no tienen ni toleran las costumbres tributarias, evaden los impuestos sobre la herencia y sobre las tierras..., y acostumbran a sacar del país su fortuna". Esta norma fiscal, explica el mayor crecimiento de la presión tributaria indirecta y la disminución de la presión tributaria sobre las sociedades de capital (impuestos liquidados). La carga tributaria por persona ha aumentado (en el período decenal 1948-58) de $30 a 52.2, pero mientras los impuestos directos (los ajustados a los patrimonios, rentas y excesos de utilidad personales) han descendido del 41% al 37.8% en ese período, la tributación in-

[34] Cepal, Grupo Asesor, p. 25.

directa se ha elevado del 59% al 62.2%, demostrando la creciente gravitación de la hacienda pública sobre las clases más pobres. En 1948, las personas físicas contribuían con el 39.6% y las sociedades con el 60.4%: en 1957, varió notoriamente esta proporción, pagando las primeras el 45.4% y las segundas el 54.6%.

El análisis de la estructura de este tipo de hacienda pública, orientada hacia el consumo y financiada con ahorros de las clases pobres, sirve para fijar las bases de *una ley de hierro de este sistema atrasado y señorial de finanzas públicas: la ley del déficit crónico. por debajo de los equilibrios o ajustes puramente contables del presupuesto.* Esa ley se encuentra aplicada, inexorablemente, en la hacienda pública del siglo XIX o en la de hoy, no obstante la enorme diferencia de recursos humanos, técnicos y de financiamiento. En el siglo XIX, el déficit fiscal no sólo se convirtió en *una constante del presupuesto público,* sino que dio origen a un sistema de endeudamiento que tomaba más del 50% del presupuesto en el servicio de la deuda nacional. Este principio deficitario de la hacienda pública republicana, se inició con las Guerras de Indedependencia, financiadas con recursos ingleses (armas, municiones, vestuario, comisiones y descuentos por adelantado), y en condiciones usurarias que rebasan la capacidad de pago y los niveles productivos de un débil e incipiente país, que mantenía el sistema arbitrista y estancos de la Corona Española y había sido forzado a inflar el aparato burocrático del Estado (Parlamento, órganos representativos, fuerzas armadas, gobiernos nacionales, regionales y locales). O sea que el principio del déficit fiscal está enraizado en un hecho que conserva su inmunidad a lo largo de toda la historia colombiana: la *falta absoluta de adecuación entre el sistema colonial de ingresos y el sistema republicano de gastos.*

Tradicionalmente, sólo han existido dos técnicas para enfrentarse a este problema hereditario del déficit crónico de una hacienda pública señorial: el endeudamiento público —con empréstitos externos, ayer ingleses y hoy norteamericanos o con deuda pública interna, basada en la emisión inflacionaria— o el recorte drástico del gasto, generando desocupación y recargando *la solución del problema fiscal* sobre los hombros de las clases más pobres.

He ahí, en síntesis, el esquema de una República Señorial (dislocadamente crecida *hacia adentro,* pero sin ninguna

madurez hacia el mundo exterior) —expuesto desde los ángulos de la economía, la política, las ideologías de gobierno y la estructura enfeudada del Estado— y cuyo futuro está plenamente colmado por un dilema insobornable: *la conservación de esa República Señorial,* mediante el uso del aparato de fuerza, la estrategia de sectarización bipartidista, el soborno de las nuevas generaciones y la corrupción de los endebles órganos de defensa social, *o el rescate popular de la República. Sólo que ese rescate, no podrá hacerlo sino el pueblo mismo.*

APUNTES SOBRE DEMOCRACIA, LIBERALISMO Y LA PRIMERA CONSTITUCIÓN DE COSTA RICA

Por *Vicente SAENZ*

Bosquejo de la Colonia

Con alguna frecuencia me preguntan estudiosos amigos de diversas nacionalidades, deseosos de documentarse, cómo se podría explicar el modo de ser costarricence, si se le compara con el de otros pueblos latinoamericanos. Me parece entonces oportuno hacer una síntesis de lo que al respecto se podría decir, aprovechando este homenaje de *Cuadernos Americanos* a las hermanas repúblicas del Continente. Mas no para entrar en analogías o diferencias, sino simple y llanamente, para que se vea de qué manera empezó a organizarse el pequeño país, a base de libertad y democracia, no obstante las pasiones y los defectos de ayer y de hoy, propios de la persona humana, y los errores que se hayan cometido.

Eso ha sido Costa Rica, efectivamente: un pequeño país de 50,000 kilómetros cuadrados, cuya población española, criolla, escasamente mestiza, se concentró durante varios siglos en los 2,000 kilómetros cuadrados de la meseta central, rodeada de montañas; una débil, olvidada y paupérrima provincia de la Capitanía General de Guatemala, con cuyas autoridades apenas se podía comunicar; una fracción, pues, de Centroamérica, que con muchas angustias y quebrantos pudo subsistir durante la Colonia, y que de pronto, sin darse cuenta de ello, sin haberlo pensado ni deseado, se encontró como empujada en la vida independiente a partir de 1821.

Y entró el país en la nueva etapa, tocante a libertad y democracia, sin doctrinas filosóficas escritas ni predicadas, sino como algo natural, como algo ya experimentado que nos legó a los costarricenses la realidad colonial, desde luego interesante: sin encomenderos, sin militares, sin voraces conquista-

dores ávidos de enriquecerse, sin Santo Oficio, con un clero tan pobre y tan humilde como el resto de la población, con municipios o cabildos en las localidades que se iban poco a poco estableciendo.

Lo cual quiere decir que terminado el período de las exploraciones españolas procedentes de Panamá, bajo el régimen de Pedrarias Dávila, iniciadas en 1519 por Hernán Ponce de León y Juan de Castañeda; sometidas en 1522 las tribus nicoyanas de la vertiente del Pacífico, por Gil González Dávila; resuelta al fin la colonización en 1539 por la Audiencia de Panamá, pero no cumplida por el primer Adelantado don Hernán Sánchez de Badajoz; continuada en 1560, tras mucho esperar, por el Gobernador don Juan de Cavallón, quien ya dependía de la Real Audiencia de Guatemala y pudo conseguir, sin graves tropiezos, el dominio y pacificación del altiplano interior; fundada en 1564 la ciudad de Cartago, que sería capital de la Colonia, por el nuevo y extraordinario Gobernador don Juan Vázquez de Coronado, ya no hubo necesidad de enviar conquistadores de lanza y armadura a lo que hoy es Costa Rica.

A esa región de Centroamérica llegaban colonos, no a pelear, sino a cambiar de vida, generalmente matrimonios —como los ingleses y holandeses que se establecerían después en lo que fue el embrión de los Estados Unidos—, quienes, vale la pena repetirlo, no iban a disponer de encomiendas. Y en esto podrán advertir los lectores una forma distinta de desarrollo entre Costa Rica y otras posesiones españolas, pues allí no disfrutarían los peninsulares, ni sus hijos, ni sus nietos, del trabajo o explotación de los encomendados.

Dicho en otras palabras, los españoles que se avecindaban en aquella meseta central, donde a pesar del nombre del país no hallaban oro, ni piedras preciosas, ni las perlas como garbanzos de la Isla de Margarita, tenían por bien o por la fuerza que dedicarse a la agricultura, a negociar con sus productos, a la ganadería que se fue formando, en gran parte importada de Nicaragua o, en última instancia, a oficios y trabajos menores de artesanía.

Pero lo esencial, lo básico era la agricultura. Y el llamarse labradores fue timbre de orgullo para los hispanocostarricenses de aquella época. Sobre este particular escribe el acucioso y bien enterado investigador de nuestra Historia, Her-

nán G. Peralta, en su estudio biográfico de don José María de Peralta:[1]

> En 1782 año de su llegada a Costa Rica, encontró don José María una colonia descolorida y pobre, pero con elementos de vida que todavía no habían tenido oportunidad de manifestarse... Fue tan completo el acoplamiento entre él y la colonia, que la colonia lo hizo suyo por entero, porque era un elemento propio, venido de donde habían venido los otros individuos que estaban creando a Costa Rica sin percatarse de ello.
>
> Aquel occidental, aquel europeo, aquel español, aquel costarricense, no sufrió ninguna transformación, porque era todo eso, y todo eso eran los demás colonos que trabajaban y vegetaban en la lejanía y en el olvido a que los condenaba la situación geográfica de la meseta central de Costa Rica, y el poco atractivo que en los lugares populosos de la administración española en América, ejercía el nombre de un territorio que no guardaba tesoros en la oquedad de sus montañas.
>
> En la Península habían quedado dos hermanos del señor Peralta, graduados en universidades españolas. El en cambio, en alguna escritura pública que hemos visto, en sus generales de ley se declara labrador. No olvidemos que iba a ocupar los tenidos por más altos cargos en el gobierno del país, pero había llegado a un lugar de labradores, porque en la colonia todos eran labradores; y él, que conservaba en su tierra la misma situación social de sus hermanos, y que en esta otra tierra suya terminaría por ascender a los puestos elevados de gobierno, hacía uso del término de labrador en la colonia, porque había venido a ser un colono como todos los demás.

Y agrega el autor en nota de pie a la página 25:

> Esto demuestra la sencillez de costumbres de los colonos de aquel siglo, sencillez que continuó influyendo en la manera de ser de los costarricenses y que aún se conserva. La labranza de la tierra fue la ocupación fundamental de la colonia y lo ha sido también de Costa Rica después de la independencia. Esos "labradores" fueron los padres, entre otros, de los

---

1 Hernán G. Peralta, *Vidas costarricenses,* "Don José María de Peralta", Trejos Hermanos, San José Costa Rica, 1956, pp. 21, 24 y 25.

agricultores del siglo XIX, ya que la agricultura ha sido la base de nuestra organización económica y social; y así como los organizadores de las instituciones políticas de 1821 se llamaban a sí mismos "labradores", como determinación de lo que había sido su ocupación primordial, así también los hijos de ellos, algunos de los cuales habrían de ser los fundadores de las primeras instituciones bancarias durante la segunda mitad del siglo referido, no cambiaron nunca la designación de agricultores por la de banqueros. Esta tradición rural que como se ve no tiene más origen que una característica de ambiente, ha influido la totalidad de la vida costarricense, desde la privada hasta la social y la política, y perdura con todas sus ventajas y sus inconvenientes.

Del coloniaje a la ciudadanía

Me ha parecido necesario transcribir textualmente los párrafos anteriores, porque dan una idea clara y precisa del modo de ser costarricense en los siglos XVII y XVIII, etapa colonial, así como en la centuria de la independencia y en lo que va del siglo XX. Modo de ser agrario, campesino, con grandes mayorías de labradores, aun cuando muchos de ellos ya no tengan sino mínimas parcelas de tierra laborable, y con minorías privilegiadas de poderosos agricultores, que prefieren título grato al de banqueros.

Ese clima o tradición rural, esa realidad agraria que empezó hacia los días de Cavallón con los productos indispensables para el diario sustento, mediante el arado egipcio; que se fue después fortaleciendo con la yunta de bueyes y otros ejemplares de la ganadería vacuna, caballar y porcina; que tomó auge posterior con el tabaco y el cacao, para cuyo cultivo se importaron esclavos a Matina —"Matina, que a los hombres acoquina y a las mulas desanima", decía en 1737 el Gobernador Carrandi y Menán—; y que a partir del siglo XIX nos convirtió en país cafetalero por excelencia, es natural que tuviera como reflejo una cultura característica, de acuerdo con la región, el clima, la lluvia, la niebla, las montañas. Y es lógico también que esa naturaleza fuera formando un tipo humano más o menos patriarcal, introspectivo, apacible, desconfiado, individualista, antes emotivo que rezonador, de un

extremado localismo, pero con un sentimiento nato de libertad y democracia.

Sin embargo, ya se dijo antes, el pueblo de Costa Rica tuvo libertad y democracia sin doctrinas filosóficas escritas ni predicadas, con excepción de los grupos selectos que pudieron estudiar en las Universidades de Guatemala o de León de Nicaragua. De lo cual se deduce que lo que el pueblo heredó de los españoles, al amor del trabajo, de la familia y de la lumbre, más que de los libros de la Enciclopedia pareciera ser fruto sazonado de la *igualdad en la pobreza*. Y así desde los años del analfabetismo cuando no se necesitaba de la letra impresa para que los hombres se entendieran y se respetaran, hasta la era sin par de las luces o del alfabeto, que tanto ha servido para orientar al ser humano como para llevarlo, con inadmisibles propagandas, a la destrucción y a la muerte.

¿Y cómo, en condiciones al parecer tan precarias, alcanzaron su independencia los costarricenses? Juzgo necesario repetir que no la alcanzaron por su cuenta y riesgo, sino que la provincia, sin pensarlo ni desearlo, se encontró de pronto en la vida independiente, desde que fue proclamada en Guatemala el 15 de septiembre de 1821.

> En el reino de Guatemala, como en toda la América española —escribe nuestro ilustre historiador don Ricardo Fernández Guardia[2]—, las noticias de Bayona provocaron la agitación revolucionaria, que tuvo su origen en la capital, donde existía un selecto grupo de hombres ilustrados.

Se refiere a continuación el señor Fernández Guardia a las insurrecciones que hubo en Ciudad Real de Chiapas, Guatemala, San Salvador, León, Granada, Tegucigalpa y Chiquimula. "Sólo Costa Rica —comenta el historiador— se mantuvo inalterablemente fiel a España en aquella época borrascosa". Y analiza el por qué con las siguientes palabras:

> Costa Rica era la provincia más atrasada del reino de Guatemala y la más pobre. Sus 50.000 habitantes vegetaban miserablemente en gran aislamiento, privados de muchos de los beneficios de la civilización. No había en toda ella una im-

---

[2] Ricardo Fernández Guardia, *La independencia y otros episodios*, Trejos Hermanos, San José, Costa Rica, 1928, pp. 8, 9, 10 y ss.

prenta, ni un médico, ni una botica. Sus industrias eran de las más rudimentarias y vivía, a duras penas, de los productos de su agricultura y del pequeño comercio que hacía casi exclusivamente con Nicaragua y Panamá. Limitada la instrucción pública a unas pocas escuelas de primeras letras y a la Casa de Enseñanza de Santo Tomás, recién establecida con sólo las asignaturas de gramática y filosofía, la clase alta era en general casi tan ignorante como las otras y, por esta razón, las ideas avanzadas de los próceres de Guatemala no podían tener en ella un eco apreciable y en efecto no lo tuvieron. Cuando Costa Rica supo que Nicaragua se había sublevado, se apresuró a reiterar el juramento de fidelidad a Fernando VII, situando en la frontera una fuerza de observación para evitar el contagio, y en abril de 1811 sus tropas marcharon de buen grado contra los patriotas de Granada.

A primera vista parece extraña esta conducta en un pueblo que posteriormente ha dado pruebas fehacientes de amor a la libertad; pero se explica por las siguientes razones: en primer término la actitud de la clase alta, que lejos de iniciar e impulsar la rebeldía, se opuso resueltamente a todo movimiento de independencia en aquella época, sobre todo la aristocracia de Cartago; el caso especialísimo de que por motivo de su gran aislamiento, su insignificancia y el completo abandono en que la tenían las autoridades superiores, Costa Rica gozaba de una autonomía no por tácita menos efectiva, al extremo de que don Miguel González Saravia, jefe político superior de León, escribió el 2 de junio de 1821 al gobernador Cañas, que la provincia de Costa Rica se manejaba casi con absoluta independencia. De ahí que los costarricenses en general y especialmente la clase alta, que resultaba la más favorecida por esta situación, no sintiesen el afán de modificarla. Por otra parte, en Costa Rica no existía contra los españoles europeos ese odio que fue en otros lugares uno de los móviles más fuertes de la rebelión, como sucedió en San Salvador y Nicaragua; al contrario, eran apreciados y queridos.

Hace ver a continuación el señor Fernández Guardia lo que sucedió al recibirse en Cartago,

a mediodía del sábado 13 de octubre de 1821, el correo mensual de Guatemala, trayendo un pliego impreso para el Gobernador Cañas, de fecha 16 de septiembre y firmado por el jefe

> político superior de aquella provincia y capitán general del reino don Gabino Gaínza, que contenía el acta de Independencia suscrita el 15 por él mismo y otras diez y nueve personas conspicuas de la capital, entre las cuales figuraban las autoridades superiores... El coronel Cañas convocó a cabildo abierto y los prohombres de Cartago escucharon en profundo silencio y con el alma en un hilo la lectura del acta de Guatemala, que caía como una bomba en la quietud sepulcral de la vieja metrópoli... Luego se leyó el acuerdo de León (Nicaragua), tomado el 28 de septiembre por la Diputación provincial, asociada del jefe político superior don Miguel González Saravia y del obispo don fray Nicolás García Jerez, con motivo del acta de Guatemala, acuerdo que pugnaba con ésta. La Diputación, hablando en nombre de las provincias de Nicaragua y Costa Rica, empezaba por declararlas total y absolutamente independientes de Guatemala, "que parece se ha erigido en soberana"; en seguida proclamaba también su independencia de España, pero de modo condicional, "hasta que se aclaren los nublados del día", fórmula artificiosa, imaginada por fray Nicolás, acérrimo realista.

El propio día 13 se aprobó en Cartago lo resuelto en León de Nicaragua, o sea la independencia total y absoluta de Guatemala, al mismo tiempo que la independencia de España, pero condicionalmente, "hasta que se aclaren los nublados del día", pues el Gobernador Cañas fue el más decidido partidario de esa fórmula que no lo indisponía con la metrópoli, logrando coger desprevenidos, de primera entrada, a los miembros del Cabildo. Obtenida la votación favorable al punto de vista de la autoridad civil y eclesiástica de León, que episcopalmente lo era también de Costa Rica, así como en los mandos político, económico y de policía, no pudo contener su entusiasmo ante tanta cautela y tan encomiable prudencia el sargento mayor del batallón provincial, don Agustín Barba, quien retorciéndose el bigote sacó a relucir esta máxima del filósofo Confucio, entrecomillada por nuestro ya referido historiador costarricense:

> "¿Quién es el piloto bárbaro que, gobernando la nave, vé la tormenta preparada que se ande a meterse en ella?"

Pero lo bueno ocurrió dos días después, cuando los reflexivos cartagineses anularon de golpe y porrazo lo que habían

votado el 13, mientras el Gobernador Cañas convencía a los Ayuntamientos de San José y Heredia de que adoptaran también la tesis nicaragüense, modelo a su entender y al del sargento Barba, de buen juicio y de muy sano entendimiento. Logró persuadir el señor Gobernador a josefinos y heredianos, y ya tomaba el camino de Alajuela para terminar su recorrido con los votos de aquel Cabildo, cuando tuvo noticia de que a pesar de Confucio todo se le echaba a perder en Cartago, a donde regresó dispuesto a poner las cosas en claro, pues "antes de permitir que se proclamase la independencia se haría matar, dejando la plaza y las calles de Cartago cubiertas de cadáveres".[3]

No llegó la sangre al río, afortunadamente, porque si es verdad que la provincia de Costa Rica dependía de las autoridades de León en los mandos político, económico y de policía, como ya se dijo antes, también es cierto que la autoridad suprema estaba en Guatemala y que dicha capital, de acuerdo con la Constitución de Cádiz, mantenía a su cargo todas las demás funciones del gobierno y, específicamente, los ramos de guerra, justicia y hacienda. ¿Cómo subordinarse, entonces, a dos supremacías, a dos jurisdicciones antagónicas?

Esta pugna de León con Guatemala, que se extendería después a unas provincias contra otras, o a los *cachurecos* contra los *rojos panteristas;* esto de no saber a quién obedecer ni por qué obedecerle, es indudable que le sirvió al pequeño grupo de costarricenses dirigentes, más o menos ilustrados, para ir tomando su propio camino. Y lo tomaron entre muchas reuniones de ayuntamientos y cabildos, pero con rapidez extraordinaria en medio de la confusión de aquel año 21, junto a la que traerían acontecimientos posteriores; entre ellos la adhesión al Imperio Mexicano, la guerra civil que ese hecho produjo en Centroamérica —sin excluir a los pacíficos labriegos de nuestra meseta central—, la Federación de 1824, etc.

Lo concreto, sin entrar en mayores detalles, se podría sintetizar en pocas palabras, a saber: El 16 de octubre el Ayuntamiento de San José desconoció lo que se tuvo por resuelto el 14, o sea la tesis nicaragüense del Gobernador Cañas, no obstante sus amenazas que culminaron con su renuncia y su salida del país. En otras palabras, aceptaron los josefinos la nueva decisión de los cartagineses, porque ante el conflicto

---

[3] Ricardo Fernández Guardia, *op. cit.,* p. 19.

entre León y Nicaragua pensaron unos y otros que la cordura exigía ponerse a buen recaudo. Pero expuso además el Ayuntamiento de San José —y esto es lo importante— que al quedar Costa Rica desligada, tanto de León como de las autoridades superiores de Guatemala, no había más remedio que formar una junta provisional gubernativa, o la provincia o ex provincia se quedaba sin gobierno.

Esta solución, *que ya lo era de autonomía,* triunfó a la postre con lo que bien puede considerarse como la primera Constitución de Costa Rica, su *Pacto Social Fundamental Interino* o *Pacto de Concordia,* cuyos principios jurídicos y administrativos se basan en la Constitución de Cádiz. El 1º de diciembre de 1821 firmaron ese histórico documento los representantes de veintidós poblaciones que divergían, que discrepaban en lo relativo a León, a Guatemala, a México, pero que ya eran independientes de España, sin que se les negaran sus derechos ciudadanos a los españoles residentes. ¡Y que contaban con su propia Carta Magna, substanciación del modo de ser liberal y democrático de los costarricenses, a las seis semanas de haber recibido el acta de independencia que les mandó de Guatemala el Capitán General, don Gabino Gaínza, así como el acuerdo de León que les llegó de Nicaragua por el mismo correo.

Consideraciones sobre el Pacto de Concordia

En los 7 capítulos y 58 artículos de este Pacto interino se establece la elección de un gobierno provisional —*Junta Superior Gubernativa de Costa Rica*—, compuesto de siete vocales propietarios y tres suplentes. La Junta gobernaría hasta que se promulgase la Constitución del Estado a que se anexara la provincia. Cada año se renovaría la mitad de sus miembros, y su Presidente cambiaría cada tres meses, pudiendo ser reelecto. Autoridad superior de la Junta, pudiendo expedir todas las providencias que demandasen la libertad, seguridad y buena administración de la provincia "con arreglo al Pacto, a la Constitución española y leyes vigentes, excepto en lo que éstas fuesen contrarias al primero". A este efecto la Junta tendría facultades de capitanía y superintendencia generales, mando político, diputación provincial, Audiencia en lo protectivo, pero no en lo judicial, y patronato, lo cual indica que nuestros ante-

pasados respetaban hasta el léxico de la Constitución liberal de Cádiz, puesta de nuevo en vigencia de 1820.

Providencias dignas de tomarse en cuenta y de imitarse, sobre todo en esta era supercivilizada en la que tanto cuentan la dictadura y el lucro, son las que se podrían calificar de punitivas. Legislaban al respecto los fundadores costarricenses de la República, expresando que la Junta no debía exceder las facultades que le otorgaba el Pacto; y en caso de hacerlo, "todo ciudadano tenía el derecho de acusarla por este crimen ante el alcalde constitucional de su vecindad". Para que las cosas fueran por el buen camino, se creaba un tribunal de residencia "que era el llamado a juzgar las infracciones del Pacto cometidas por la junta gubernativa". Y para mayor seguridad de acusadores y acusados, "los comandantes militares y los jefes políticos subalternos debían poner la fuerza armada a la disposición del tribunal de residencia, cuando fuere el caso de remover a los miembros de la Junta que hubiesen infringido el Pacto".[4]

Como en esos años toda la América española estaba en conmoción, y se temía que territorios tan pequeños e indefensos como el nuestro fuesen víctimas de la codicia extranjera, es natural comprender que los legisladores de entonces estuvieran pensando en la unión con México que proponía Iturbide, en la unidad con lo que había sido la Capitanía General de Guatemala o en agregarse a la Gran Colombia de Bolívar. No se sentían seguros y eso explica que todo lo hicieran provisionalmente, menos lo relativo a la autonomía en relación con la vieja metrópoli, conquista que sí juzgaban alcanzada; aunque siempre, por si las dudas, era preferible esperar lo que resolvieran los mayores, no cerrarse, mantener abiertas las puertas al mutuo auxilio de las naciones hermanas.

Ya vimos, sobre este particular, que "la Junta gobernaría hasta que se promulgase la Constitución del Estado a que se anexara la provincia". Pero se hacía constar que Costa Rica estaba en absoluta libertad y posesión exclusiva de sus derechos para constituirse en nueva forma de gobierno, y que dependería de la nación a que le conviniese adherirse, "bajo el sistema de absoluta independencia del Gobierno español y de cualquier otro que no fuese americano".

---

[4] Ricardo Fernández Guardia, *op. cit.*, pp. 32, 33, y 34.

Tocante a la libertad de conciencia, la religión católica era y sería siempre la de la provincia, con exclusión de cualquiera otra. Sin embargo, será bueno recordar que tres años después, al promulgarse la Constitución del Estado de Costa Rica el 21 de enero de 1825, dentro de la República Federal de Centroamérica, se aclaró el concepto al establecer que "la religión católica será protegida con leyes sabias y justas", lo que provocó gran escándalo entre gentes clericales, porque eso era como tolerar el ejercicio privado de otros cultos. Pero claramente se podrá advertir que lo esencial, en este caso, era respetar y proteger la fe católica, fe del pueblo a la que no había ningún empeño en combatir, lo cual no implicaba oposición a otras creencias, sino sincero acatamiento a la libertad religiosa y a los más genuinos postulados del liberalismo.

Será necesario no olvidar, por otra parte, que los discretos varones que elaboraron el Pacto de Concordia, las reformas que se le hicieron en marzo y en mayo de 1823, la ya referida Constitución del Estado en 1825, las leyes y decretos que siguieron hasta la ruptura del régimen federal, todo lo que significa, en fin, la orientación y la consolidación de la República, eran esencialmente católicos, por mucho que dijeran los hijos de la catedral. Tan católicos como lo fue el ilustre franciscano costarricense fray José Antonio de Liendo y Goicoechea, forjador insigne, desde su cátedra en la Universidad de San Carlos de Guatemala, del grupo más brillante de intelectuales y libertadores que tuvo Centroamérica a principios del siglo XIX; o como lo fue el gran tribuno de nuestro país en las Cortes de Cádiz, el sacerdote don Florencio del Castillo, quien terminó sus días en México como Obispo de Oaxaca.

Me ha parecido necesario hacer esta reflexión, porque lo que se logró en aquellos años llevaba incluida la reforma misma, que tanta sangre ha costado en otros países de América. Informa al respecto Hernán G. Peralta, en otro de sus estudios siempre muy bien documentados,[5] cosas como las siguientes:

> Se concentró en el Estado la facultad de percibir las limosnas que antiguamente habían efectuado las iglesias; fue prohibida la construcción o reconstrucción de templos parroquiales o de conventos sin licencia oficial; se creó el sistema de "clé-

---

[5] Hernán G. Peralta, *Costa Rica y la fundación de la República,* Imprenta Española, San José, Costa Rica, 1948, pp. 8, 9 y 10.

rigos juramentados"; se decretó la abolición de los diezmos durante diez años en la cría de ganado y en la producción de café, algodón, grana, cacao y añil; se prohibió a los sacerdotes intervenir en los trabajos de explotación de minas, etc.

Y más adelante:

Los cementerios fueron puestos bajo la vigilancia de las municipalidades, y se ordenó que estos organismos remitieran cada seis meses al Gobierno una lista de las personas nacidas, casadas y fallecidas en cada población, y además se les encargó la administración de los "fondos píos" de las cofradías y el nombramiento de los mayordomos, con informe posterior al cura del lugar; se sometió al clero a los tribunales comunes al interpretar el artículo 97 de la Ley Fundamental del Estado, en contra del proceder del Vicario que había solicitado la conservación del fuero eclesiástico; se sustrajo a la Iglesia su derecho de nombrar los curas párrocos y se le trasladó al Estado, obligándose a los párrocos nombrados por el Gobierno a ponerse de acuerdo con las municipalidades para la designación de coadjutores, y se fijaron los estipendios que unos y otros podían cobrar por la celebración de matrimonios y funerales, quedando exentas de esas obligaciones las personas sin recursos, y los párrocos o coadjutores infractores con amenaza de una multa que sería aplicable al fomento de la enseñanza; se dispuso que el dinero que hasta entonces se había remitido a la diócesis de León de Nicaragua, de la que dependía Costa Rica, y al Seminario, se entregase al Estado de Costa Rica que lo destinaría al incremento de la instrucción pública.

Seguirán otras medidas como la intervención de los fondos del Convento de San Francisco de Cartago, para dedicarlos al servicio de las escuelas de primeras letras en los pueblos; la disolución de comunidades religiosas, cuyos miembros quedaban a disposición de la autoridad eclesiástica costarricense y algunas leyes más, de la misma índole, que el pueblo aceptaba por considerarlas justas y porque no ofendían su fe, su piedad ni sus sentimientos profundamente católicos, que nada tenían que ver con intereses temporales.

Los fundadores de la República, al mismo tiempo, establecieron el registro de hipotecas anexo a las notarías; ayudaron a la formación de colonias agrícolas; repartieron tierras en diversas regiones para promover cultivos; se preocu-

paron incesantemente por la apertura de caminos; fundaron la Casa de Moneda, en sustitución de la antigua Casa de Rescates; pero, sobre todo, dieron mayor impulso a la educación en la Casa de Enseñanza de Santo Tomás.

Y pongo fin a esta reseña deseando que nuestra Costa Rica de hoy, ante la crisis que sacude al mundo, ante la lucha de los gigantes, logre conservar su sitio al margen de todo lo que implique destrucción y matanza, puestos sus ojos en un pasado que nos indica el camino a seguir en mitad de la tormenta.

CUBA, NACIÓN "PARA SÍ"

Por *José Antonio* PORTUONDO

PARA alabarlo o para vituperarlo, el nombre de Cuba ocupa, desde hace ya cerca de tres años, la primera plana de todos los diarios del mundo. Podrá estarse o no de acuerdo con sus realizaciones, pero es imposible ignorar hoy a la Revolución Cubana, sobre la cual existe una creciente bibliografía en todas las lenguas, que expresa la ansiosa curiosidad de los pueblos por saber qué es en definitiva, qué se propone y adónde va el movimiento revolucionario del pueblo cubano. Con frecuencia se escapa a sus comentaristas —y siempre a sus detractores— que la Revolución Cubana es eso precisamente, una *Revolución*, y no un golpe de Estado, cuartelazo o revuelta más, del tipo a que hemos estado acostumbrados en nuestras naciones hispanoamericanas y a los cuales nuestra inveterada afición a la hipérbole llamó siempre, con absoluta impropiedad, "revoluciones". Porque una *Revolución* no es un simple cambio del aparato gobernante, la entronización de un general o un sargento, o el tránsito sangriento de uno a otro partido político o caudillo en el poder. La Revolución implica un cambio radical en las relaciones de producción, el desplazamiento de la clase dominante por una nueva que encarna los intereses y los anhelos más profundos de toda la nación, la transformación esencial de la vida económica del pueblo, con su secuela de total renovación de las superestructuras política, social y cultural, culminadas por el nacimiento de una nueva conciencia. Y eso es precisamente lo que está ocurriendo en Cuba, no como producto de la voluntad de un hombre o de un grupo de ellos, sino como culminación dialéctica de un proceso histórico que se inició a fines del siglo XVIII.

Fue entonces cuando surgió, entre los esclavos y entre los campesinos libres, de modo informe, y se robusteció luego entre los terratenientes nativos, la conciencia de la *nación en*

sí, en el seno de la colonia española. Desde muy temprano empezó a germinar el sentimiento de la diferencia de intereses y modos de existencia entre los "insulanos" —así se les llama en el más antiguo documento literario de la Isla, *El espejo de Paciencia* (1608), del canario Silvestre Balboa— y los "peninsulares". Es el nacimiento de la conciencia "criolla", opuesta a la española[1]. El germen crecerá alentado por contradicciones, como el régimen de monopolios impuesto por España que provoca el primer movimiento social de importancia en el siglo XVIII: la rebelión de los vegueros, cultivadores libres de tabaco, que fue brutalmente aplastada en 1723. Ya había ido gestándose, por ese tiempo, una clase de ricos terratenientes nativos, dedicados al cultivo de la caña de azúcar, que anhelaban convertir la factoría española en una productiva colonia de plantaciones, a la manera de las vecinas colonias inglesas. Esta clase tendrá su primer ideólogo importante en don Francisco de Arango y Parreño (1765-1837). Los hombres de la burguesía terrateniente criolla no aspiran a sacudirse el yugo metropolitano, sino a obtener cierto grado de autonomía que les permita manejar los asuntos de la isla, identificados con sus propios intereses de clase. Este sentimiento nuevo, surgido de la contraposición de intereses económicos, se expresa literariamente en una prosa y una poesía que "descubren" el paisaje y los hombres de una tierra en que aflora la conciencia de una *nación en sí.* De Zequeira (1760-1846) y Rubalcava (1769-1805), a Heredia (1803-1839), se afirma esta conciencia de la *nación en sí,* desde la simple afirmación de la circunstancia física distinta y peculiar hasta el anhelo romántico de independencia política.

El anhelo de independencia política no ha de cuajar hasta bien entrado el siglo XIX, cuando ya todas las colonias de la porción Sur del Continente han roto sus lazos con España. Primero será en Cuba el empeño *reformista,* iniciado por Arango y por el padre José Agustín Caballero (1762-1835), por obtener mejoras y reformas económicas y políticas de la metrópoli hispánica; luego, fracasados los intentos reformistas, se-

[1] *Criollo* es término que se aplicó primero a los negros esclavos nacidos en la Isla, para diferenciarlos de los "negros de nación" nativos de Africa, y que luego se extendió a todo lo producido en Cuba —hombres, productos naturales, cosas—, como aparece ya en el mencionado *Espejo de Paciencia,* donde se llama *criollo* lo mismo al héroe negro Salvador Golomón que a un "soneto criollo de la tierra".

rá, en los grandes propietarios de esclavos, el esfuerzo por lograr la anexión de la Isla a los Estados Unidos. Frente a los anexionistas estará el más grande pensador reformista, José Antonio Saco (1797-1879). El anhelo independentista se adelanta en intelectuales burgueses como José María Heredia o el padre Félix Varela (1787-1853), sin bienes materiales que defender, que miran más allá de los estrechos intereses de su clase. La enorme población negra, libre y esclava, frena los deseos de independencia de la gran burguesía criolla de terratenientes, temerosa de perder su hegemonía a manos de las masas negras, en una revolución social semejante a la de Haití. Por eso intentan todos los medios reformistas y hasta la aventura anexionista de Narciso López terminada desastrosamente en 1851, antes de lanzarse a la guerra de liberación nacional, en 1868.

La Guerra de los Diez Años (1868-1878) puso a prueba la sincera conciencia revolucionaria y nacionalista de los grandes terratenientes criollos. Ya en la Convención Constituyente de Guáimaro (1869), hubo acuerdos de negociar la anexión de Cuba a los Estados Unidos, y en los planes de no pocos caudillos no figuraban más propósitos que sustituir por el de ellos el poder español, sin cambiar sustancialmente la situación de las masas de campesinos y de esclavos, en la Isla. Sólo que la guerra no podía hacerse con los terratenientes únicamente y hubo que apelar a esas masas campesinas libres y a los esclavos, liberados para lograr su incorporación a la contienda, y ellas engendraron muy pronto sus verdaderos y legítimos caudillos: el campesino dominicano Máximo Gómez (1836-1905) y el negro cubano libre, campesino también, Antonio Maceo (1845-1896). Fueron ellos los que, en definitiva, llevaron adelante la guerra, cuando los grandes caudillos terratenientes se enzarzaron en luchas civiles que condujeron a una transacción de la contienda con la Corona Española, en la llamada Paz del Zanjón, contra la cual protestó Antonio Maceo en los Mangos de Baraguá.

A partir del Pacto del Zanjón, que España se precipitó a incumplir, perdió toda su hegemonía en el movimiento revolucionario la gran burguesía terrateniente. Esta se dedicó a fomentar una nueva manera de reformismo inicial, en forma de *autonomismo*, la lucha legal por la autonomía política, y contra el independentismo, animado ahora por la pequeña burguesía, cuyo ideólogo indiscutible fue José Martí (1853-1895).

Martí, hombre genial, fue más allá de su clase y puso las bases de la *nación para sí*. Su concepción radical de la república futura —"una, cordial y sagaz, con todos y para el bien de todos"— en la cual la aspiración suprema había de ser "la dignidad plena del hombre", por encima de las clases y de las razas, lo enfrentó al egoísmo reaccionario de autonomistas y de anexionistas, decididos a conservar su dominio de la tierra y de la economía insulares, aliados a España o a los Estados Unidos. Su empeño en mantener incólumes las relaciones de producción, a costa de la independencia de Cuba, hizo que autonomistas y anexionistas, no importa cuál fuera su categoría intelectual, usaran contra Martí todas las armas posibles y todas las formas de la detracción y la calumnia. Martí, revolucionario, atentaba contra sus intereses y por eso lo acusaron de extremista, en términos idénticos a los que los reaccionarios y contrarrevolucionarios de hoy esgrimen contra los revolucionarios contemporáneos. Porque la guerra que encendió Martí el 24 de febrero de 1895, tuvo todas las características de una verdadera revolución encaminada a cambiar de raíz las relaciones de producción e impedir la penetración del imperialismo norteamericano en nuestra América, por la acción unida de las masas desposeídas, proletarias, blancas y negras, del país. Ahí están, definitivas y tajantes, sus palabras, las últimas salidas de su pluma, en su carta inconclusa a su amigo mexicano Manuel Mercado, escrita la víspera de su muerte, en el Campamento de Dos Ríos, el 18 de mayo de 1895, y que se inicia con esta clarinada antiimperialista:

> Mi hermano queridísimo: Ya puedo escribir, ya puedo decirle con qué ternura y agradecimiento y respeto lo quiero, y a esa causa que es mía y mi orgullo y obligación; ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país y por mi deber —puesto que lo entiendo y tengo ánimos con qué realizarlo— de impedir a tiempo con la Independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso. En silencio ha tenido que ser y como indirectamente, porque hay cosas que para lograrlas han de andar ocultas, y de proclamarse en lo que son, levantarían dificultades demasiado recias para alcanzar sobre ellas el fin.

> Las mismas obligaciones menores y públicas de los pueblos —como ese de usted y mío—, más vitalmente interesados en impedir que en Cuba se abra, por la anexión de los imperialistas de allá y los españoles, el camino que se ha de cegar, y con nuestra sangre estamos cegando, de la anexión de los pueblos de Nuestra América, al Norte revuelto y brutal que los desprecia —les habían impedido la adhesión ostensible y ayuda patente a este sacrificio, que se hace en bien inmediato y de ellos.
>
> Viví en el monstruo, y le conozco las entrañas: —y mi honda es la de David. Ahora mismo, pues días hace, al pie de la victoria con que los cubanos saludaron nuestra salida libre de las sierras en que anduvimos los seis hombres de la expedición catorce días, el corresponsal de *Herald,* que me sacó de la hamaca en mi rancho, me habla de la actividad anexionista, menos temible por la poca realidad de los aspirantes, de la especie curial, sin cintura ni creación, que por disfraz cómodo de su complacencia o sumisión a España, le pide sin fe la autonomía de Cuba, contenta sólo de que haya un amo, yankee o español, que les mantenga, o les cree, en premio de oficios de celestinos, la posición de prohombres, desdeñosos de la masa pujante —la masa mestiza, hábil y conmovedora, del país,— la masa inteligente y creadora de blancos y de negros.

Y poco después añade:

> La guerra de Cuba, realidad superior a los vagos y dispersos deseos de los cubanos y españoles anexionistas, a que sólo daría relativo poder su alianza con el gobierno de España, ha venido a su hora en América, para evitar, aun contra el empleo franco de todas esas fuerzas, la anexión de Cuba a los Estados Unidos, que jamás la aceptarán de un país en guerra, ni pueden contraer, puesto que la guerra no aceptará la anexión, el compromiso odioso y absurdo de abatir por su cuenta y con sus armas una guerra de independencia americana.

Sin embargo, la intervención norteamericana en la guerra de Cuba, en 1898, no fue otra cosa que el intento "odioso y absurdo de abatir una guerra de independencia americana". Así lo demostró el esfuerzo constante de Leonardo Wood por alentar a los escasos anexionistas nativos y, sobre todo, la imposición final de la Enmienda Platt como apéndice a la Cons-

titución de 1901. Wood apeló a todos los medios para lograr la aceptación de la Enmienda que negaba la soberanía de la república que pugnaba por nacer, y su desprecio hacia los últimos libertadores que luchaban por alcanzar la total independencia de Cuba, en el seno de la Asamblea Constituyente, se refleja en este párrafo de una carta suya a Teodoro Roosevelt, de 2 de abril de 1901, en la que textualmente dice:

> Hay unos ocho, de los treinta y un miembros de la Convención, que están en contra de la aceptación de la *Enmienda.* Son los degenerados de la Convención, dirigidos por un negrito de nombre Juan Gualberto Gómez, hombre de hedionda reputación así en lo moral como en lo político.

En realidad, fueron quince los constituyentes opuestos a la Enmienda, que fue aprobada, al fin, por un solo voto de diferencia, en aras de la terminación de la ocupación militar norteamericana. La república que nació el 20 de mayo de 1902 no fue concreción política de la *nación en sí,* sino dócil instrumento administrativo de una *nación fuera de sí.* Juan Gualberto Gómez (1854-1933) lo vio con absoluta claridad, y lo expresó en un previsor artículo aparecido en *El Fígaro,* la más importante revista literaria del momento, el mismo 20 de mayo de 1902.

> Hay que llevar otra vez —escribió Juan Gualberto— las aguas revolucionarias al cauce de que las desviaran la impericia o la mala fortuna de los hombres, o el poder de acontecimientos fortuitos. Para ello, importa mantener vivo en el país el sentimiento de sus derechos y de la conciencia de sus históricos deberes, poniendo, a la par, el oído atento a los ruidos del mundo, y las miradas fijas en los sucesos que se desarrollan más allá de nuestras costas, lo mismo en el Viejo que en el Nuevo Continente, para aprovechar todas las oportunidades que se presenten a fin de gestionar y recabar el pleno goce de nuestra soberana independencia.

La *nación fuera de sí,* surgida como consecuencia de la intervención norteamericana, se convirtió rápidamente en una inmensa fábrica de azúcar, dejó de ser un pueblo con características propias, con una firme conciencia nacional, para ser una cosa, máquina productora de una sola mercancía fabri-

cada por extranjeros y destinada a satisfacer un mercado extranjero. En 1899 las inversiones norteamericanas en Cuba alcanzaban la cifra de 50 millones de dólares, en 1928 pasaban ya de 1.400 millones. En 1905, una sola compañía norteamericana, la *Nipe Bay Company* "compró" 3,713 caballerías[2] de tierra en la provincia de Oriente por 100 dólares. La invasión imperialista aplastó los esfuerzos de los últimos libertadores. En marzo de 1903, a escasos diez meses de la proclamación de la República, Manuel Sanguily (1848-1925) luchó en vano en el Senado contra la aprobación de un vergonzoso Tratado de Reciprocidad que enajenaba la nación al extranjero. Ante un Senado vendido a los dólares yanquis, Sanguily denunció virilmente la entrega infame, con palabras de absoluta actualidad:

> Los Estados Unidos —explicó Sanguily—, en cuanto las circunstancias actuales lo consienten, se han subrogado a nuestra antigua metrópoli española; han reducido nuestra condición general, bajo el aspecto de la hacienda y del comercio, a aquellas mismas relaciones sustanciales en que se encontraba Cuba respecto de España, cuando España dominaba en Cuba; han convertido, por tanto, nuestra nación en una colonia mercantil y a los Estados Unidos en su metrópoli. Por estos motivos —añadía más adelante— no comprendo que haya entre nosotros más que dos elementos contrarios; porque todos los partidos tienen que ser nacionales y republicanos: los que quieran que dure y se consolide la República y los que no quieren. ¡Los patriotas y los traidores!

Tajante división que conserva absoluta actualidad en esta hora en que culmina el esfuerzo libertador de tantas generaciones de hombres del pueblo, cuya significación histórica supo, con mirada aguda, aquilatar Sanguily:

> Antes que en riquezas, ilusorias para el mayor número, podemos vivir con dignidad, conservando nuestro medio propio, el medio físico incomparable que debemos a la naturaleza y el glorioso medio moral que debemos a la historia. ¡Ah! si yo pudiera siquiera intentarlo, me empeñaría esta noche en que diéramos pruebas patentes, rechazando el Tratado, de que tenemos conciencia de nuestros derechos y confianza en nuestra

[2] La caballería equivale a 13.4 hectáreas.

> virtud; pues conviene que el pueblo cubano no olvide que no son los pueblos ambiciosos, instigados por la codicia los que duran y resisten más en medio a las vicisitudes de la vida, sino los pueblos trabajadores y honrados. (...) ¡Y los labradores y los esclavos fueron quienes nos han traído sobre sus hombros, hasta esta etapa de nuestras jornadas! En el sufrimiento de esas generaciones se ha fundado la República; en el sufrimiento de éstas y las venideras, mientras dure nuestro amor hacia ella, puede descansar desafiando las tempestades. La historia ha demostrado que los humildes, los más oscuros, son siempre los fundadores de las naciones, como ha demostrado la ciencia que míseros organismos son los que levantan en el misterio los continentes. Con su esfuerzo constante y siempre ignorado, crean los unos y los otros el granito del planeta y la grandeza humana.

Como Martí, don Manuel Sanguily sabía que sólo las masas populares serían capaces de llevar adelante la Revolución emancipadora, traicionada por la burguesía criolla terrateniente, vendida ahora al oro de los *trusts* norteamericanos. La suya fue la postura más noble y más gallarda en aquella hora infame de entrega de la tierra al extranjero.

Todo fue entonces inútil. La república, alienada, sin conciencia nacional, comenzó a ser eso que con científico eufemismo se llama hoy un pueblo "subdesarrollado", simple colonia superexplotada por una nueva metrópoli: los grandes monopolios yanquis. Los presidentes de la República —de don Tomás Estrada Palma a Fulgencio Batista— no fueron más que dóciles capataces de las plantaciones y los ingenios norteamericanos, celosos defensores del lema en que se concretaba, en la nación alienada, *fuera de sí,* el fetichismo de la mercancía: "Sin azúcar no hay país". Una nueva burguesía surgida a impulsos de la creciente industria azucarera y sus anexos, y unos pocos restos de la antigua gran burguesía terrateniente, se hicieron cargo de la administración de los intereses yanquis, contenta, como ya había denunciado Martí "de que haya un amo, yankee o español, que les mantenga, o les cree, en premio de oficios de celestinos, la posición de prohombres, desdeñosos de la masa pujante —la masa mestiza, hábil y conmovedora, del país—, la masa inteligente y creadora de blancos y de negros".

Fue esa masa campesina, explotada en los centrales azucareros y en las colonias de caña, la masa proletaria surgida en las ciudades, los negros desdeñados y discriminados por los "prohombres" celestinescos de la politiquería criolla, los "humildes y más oscuros" de que hablara Sanguily, la que mantuvo y alentó el rescoldo revolucionario y la que al cabo fue "descubierta", como única fuerza efectiva, por los grupos intelectuales que inician su insurgencia hacia 1923. En ese año comienza el movimiento de Reforma Universitaria, encabezado por Julio Antonio Mella (1905-1929), y se produce también la Protesta de los Trece, a cuyo frente estuvo Rubén Martínez Villena (1899-1934). Uno y otra reflejan la inquietud de los estudiantes e intelectuales cubanos ante la total alienación nacional. En 1925 se fundó el Partido Comunista de Cuba y en su primer Comité Central figuraron Carlos Baliño, firmante, junto a José Martí, del acta de fundación del Partido Revolucionario Cubano, y Julio Antonio Mella. Se revela así la rigurosa continuidad histórica entre la frustrada Revolución democrática burguesa de Martí y de Maceo y la Revolución Socialista de Baliño, de Eusebio Hernández, de Julio Antonio Mella y de Rubén Martínez Villena. Mella soñó siempre con escribir un libro que estudiara la vida y la obra de Martí, y afirmaba:

> Martí —su obra— necesita un crítico serio, desvinculado de los intereses de la burguesía cubana, ya retardataria, que diga el valor de su obra revolucionaria considerándola en el momento histórico en que actuó. Mas hay que decirlo, no con el fetichismo de quien gusta adorar el pasado estérilmente, sino de quien sabe apreciar los hechos históricos y su importancia para el porvenir, es decir, para hoy. . . Consiste, en el caso de Martí y de la Revolución, tomados únicamente como ejemplos, en ver el interés económico que "creó" el Apóstol, sus poemas de rebeldía, su acción continental revolucionaria, estudiar el juego fatal de las fuerzas históricas, el rompimiento de un antiguo equilibrio de fuerzas sociales, desentrañar el misterio del programa ultrademocrático del Partido Revolucionario el milagro —así parece hoy— de la cooperación estrecha entre el elemento proletario de los talleres de la Florida y la burguesía nacional, la razón de la existencia de anarquistas y socialistas en las filas del Partido Revolucionario, etc., etc.
>
> Aquí no estaría terminada la obra. Habría que ver los

antagonismos nacientes de las fuerzas sociales de ayer. La lucha de clases de hoy. El fracaso del programa del Partido Revolucionario y del Manifiesto de Montecristi, en la Cuba republicana, que "vuelve —al decir de Varona, y todos lo vemos— con firme empuje hacia la colonia".

El estudio debe terminar con un análisis de los principios generales revolucionarios de Martí, a la luz de los hechos de hoy. El, orgánicamente revolucionario, fue el intérprete de una necesidad social de transformación en un momento dado. Hoy, igualmente revolucionario, habría sido quizás el intérprete de la necesidad social del momento. ¿Cuál es esta necesidad social? Preguntas tontas no se contestan, a menos de hacernos tontos. Martí comprendió cuando dijo a uno de sus camaradas de lucha —Baliño— que era entonces socialista y que murió militando magníficamente en el Partido Comunista: "¿La Revolución? La revolución no es la que vamos a iniciar en las maniguas sino la que vamos a desarrollar en la República".

Bajo el signo de la inconclusa revolución martiana, los jóvenes intelectuales protagonistas de la Protesta de los Trece contra el desorden administrativo del presidente Alfredo Zayas, unidos luego en el Movimiento Minorista, enfocan con criterios novísimos los problemas nacionales. Rubén Martínez Villena resumió las aspiraciones del grupo en un manifiesto notable, con el que salió al paso a los ataques de Alberto Lamar Schweyer, autor de la mejor expresión ideológica de la nación *fuera de sí* en su libro, de título harto elocuente: *La crisis del patriotismo.* En nombre del grupo *minorista* escribió Martínez Villena:

Colectiva, o individualmente, sus verdaderos componentes han laborado y laboran:

Por la revisión de los valores falsos y gastados.

Por el arte vernáculo y, en general, por el arte nuevo en sus diversas manifestaciones.

Por la introducción y vulgarización en Cuba de las últimas doctrinas, teóricas y prácticas, artísticas y científicas.

Por la reforma de la enseñanza pública y contra los corrompidos sistemas de oposición a las cátedras. Por la autonomía universitaria.

Por la independencia económica de Cuba y contra el imperialismo yanqui.

Contra las dictaduras políticas unipersonales, en el mundo, en América, en Cuba.

Contra los desafueros de la pseudodemocracia, contra la farsa del sufragio y por la participación efectiva del pueblo en el gobierno.

En pro del mejoramiento del agricultor, del colono y el obrero de Cuba.

Por la cordialidad y la unión latinoamericanas.

Cuando se publicó este manifiesto, en 1927, había comenzado ya a ensangrentar a Cuba la dictadura de Gerardo Machado, producto, entre otros factores, de la gran crisis económica de la metrópoli norteamericana que habría de llegar a su fase más aguda en 1929. La crisis de la metrópoli trajo consigo la agudización, en la colonia, de los problemas sociales que condujeron la rebeldía insular, peligrosamente, al borde mismo de una auténtica revolución.

En 1933, al asumir el poder en Washington, Franklyn D. Roosevelt, fue enviado a Cuba como embajador Benjamín Summer Welles, con objeto de evitar toda peligrosa culminación revolucionaria de la lucha contra la dictadura de Machado. Como ha hecho notar Carlos Rafael Rodríguez, a Welles "lo enviaban a obtener un acuerdo basado en la celebración de elecciones generales durante el otoño de 1934 —un año y meses después de iniciadas las negociaciones— con vista a garantizar el tránsito 'ordenado y pacífico' de poderes sin saltos revolucionarios ni agitaciones 'peligrosas'. Y, como margen de ese acuerdo político, los Estados Unidos obtendrían un Tratado de Reciprocidad Comercial que les garantizaría el monopolio del comercio de importación cubano".

La conciencia nacional, aún no llegada a su completa madurez revolucionaria en las masas populares, había, sin embargo, alcanzado lucidez suficiente para oponerse, esta vez, a las maniobras imperialistas que vieron sólo a medias realizados sus propósitos. El impulso revolucionario de las porciones más honradas de la oposición fue detenido violentamente con el ascenso, propiciado por la Embajada Norteamericana, del sargento Fulgencio Batista, quien, a partir del 4 de septiembre de 1933 y hasta el 31 de diciembre de 1958, con algún breve interregno, devino el más eficaz instrumento de los intereses monopolistas norteamericanos. Tanto Batista como Ramón Grau San Martín o Carlos Prío Socarrás, que le su-

cedieron en el gobierno, en períodos sucesivos de cuatro años, de 1944 a 1952, no hicieron nada por cambiar sustancialmente la estructura económica del país, que se hundió más en su dependencia absoluta de la metrópoli yanqui, acentuando, en lo económico y en lo político, su absoluta alienación. Las masas trabajadoras, sin embargo, habían acrecentado en la lucha su madurez y alcanzado plena conciencia, no obstante la persecución y el asesinato de sus más destacados dirigentes, como el azucarero Jesús Menéndez o el portuario Aracelio Iglesias. Los grupos estudiantiles y los intelectuales habían progresado también en la exacta visión de la realidad insular y, aliados a los grupos proletarios más honrados, habían realizado análisis agudos de la situación imperante con un claro sentido materialista y dialéctico. La lucha contra el imperialismo y sus servidores nativos se agudizó al producirse el golpe de Estado de Batista, el 10 de marzo de 1952, facilitado por la absoluta corrupción y decadencia del régimen del presidente Prío Socarrás.

El cuartelazo del 10 de marzo se produjo a ochenta días escasos de unas elecciones generales, anunciadas para el 1º de junio de 1952, sin que el Gobierno de los Estados Unidos de Norteamérica, que otorgó a Batista su inmediato reconocimiento, expresara preocupación alguna por aquella flagrante violación del "régimen representativo"... El golpe, por otra parte, halló a una nación hastiada por ocho años de desgobierno "auténtico"[3] durante el cual se había procedido sistemáticamente a destruir la unidad obrera, que garantizaba las conquistas penosamente logradas por la clase trabajadora, tomando por asalto las direcciones de los sindicatos y de la Confederación de Trabajadores de Cuba, clausurando sus órganos de expresión, como el periódico *Noticias de Hoy*, asesinando a sus más luchadores y honestos dirigentes, e imponiendo en su lugar a líderes falsos y corrompidos, dóciles a la política oficial al servicio de los grandes monopolios nacionales y extranjeros. La dictadura de Batista llevó adelante y agravó esta

[3] El Partido Revolucionario Cubano del Dr. Grau San Martín y del Dr. Prío Socarrás se había apellidado a sí mismo "auténtico" para diferenciarse de varios desprendimientos o grupos que reclamaban la ortodoxia política. El más importante de esos desprendimientos fue, precisamente, el Partido del Pueblo Cubano, u Ortodoxo, capitaneado por el Dr. Eduardo Chibás, en cuyas filas militó algún tiempo el joven Fidel Castro.

conducta gubernamental, hasta hacer del crimen y la tortura políticos sucesos cotidianos.

La lucha contra la dictadura asumió, primero, aspecto legal. Un joven abogado, llamado Fidel Castro Ruz, denunció a Batista y a sus secuaces ante el más alto Tribunal de la Nación, acusándolos de violación del Código de Defensa Social, con todas las agravantes de reincidencia, alevosía y nocturnidad. El más alto Tribunal ni siquiera se dio por enterado. Siguieron luego las protestas estudiantiles, en una de las cuales perdió la vida el estudiante Rubén Batista; conspiraciones frustradas con jóvenes militares, como la que encabezara el profesor Rafael García Bárcenas; persecuciones a periodistas y a grupos de civiles que manifestaban, en alguna forma, su repudio del régimen imperante. Renacieron las publicaciones clandestinas, especialmente las del Partido Socialista Popular que, desde el día mismo de la clausura de su órgano oficial, *Noticias de Hoy*, durante el régimen "auténtico", había comenzado a publicar, pese a todas las persecuciones y torturas, su *Carta Semanal*, informativa y doctrinaria. En la atmósfera, cada vez más tensa, determinada por la dictadura, comenzó a organizarse la lucha para derrocarla.

El 26 de julio de 1953, un grupo de jóvenes, encabezados por los hermanos Fidel y Raúl Castro Ruz, intentó tomar por asalto el Cuartel Moncada, en Santiago de Cuba. El intento falló, pero constituyó la chispa inicial de la Revolución Socialista. Porque aquel intento, que a muchos pareció entonces un "putsch" contraproducente, llevaba en sí el germen de una verdadera revolución, el propósito de cambiar radicalmente la estructura económica, y no sólo la política y la administrativa, de la nación. En efecto, en el discurso que pronunciara Fidel Castro, en su propia defensa, y que se conoce con el nombre, tomado de su frase final, de "la Historia me absolverá", se contiene ya, en esencia, la doctrina básica, de la Revolución Cubana. Se declara en ese discurso a Martí como "autor intelectual del 26 de julio", se reafirman los postulados políticos del Apóstol y de Antonio Maceo, y se hacen constar "las cinco leyes revolucionarias que serían proclamadas inmediatamente después de tomar el cuartel Moncada y divulgadas por radio a la nación".

"La primera ley revolucionaria devolvía al pueblo la soberanía y proclamaba la Constitución de 1940 como la verdadera ley suprema del Estado, en tanto el pueblo decidiese

modificarla o cambiarla, y a los efectos de su implantación y castigo ejemplar de todos los que la habían traicionado, no existiendo órganos de elección popular para llevarlo a cabo, el movimiento revolucionario, como encarnación momentánea de esa soberanía, única fuente de poder legítimo, asumía todas las facultades que le son inherentes a ella, excepto la de modificar la propia Constitución: facultad de legislar, facultad de ejecutar y facultad de juzgar".

"Esta actitud no podía ser más diáfana y despojada de chocherías y charlatanismos estériles: un gobierno aclamado por la masa de combatientes, recibiría todas las atribuciones necesarias para proceder a la implantación efectiva de la voluntad popular y de la verdadera justicia".

"La segunda ley revolucionaria concedía la propiedad inembargable e intransferible de la tierra a todos los colonos, subcolonos, arrendatarios, aparceros y precaristas que ocupasen parcelas de cinco o menos caballerías de tierra, indemnizando el Estado a sus anteriores propietarios a base de la renta que devengarían por dichas parcelas en un promedio de diez años".

"La tercera ley revolucionaria otorgaba a los obreros y empleados el derecho a participar del treinta por ciento de las utilidades en todas las grandes empresas industriales, mercantiles y mineras, incluyendo centrales azucareros. Se exceptuaban las empresas meramente agrícolas en consideración a otras leyes de orden agrario que debían implantarse".

"La cuarta ley revolucionaria concedía a todos los colonos el derecho a participar del cincuenta y cinco por ciento del rendimiento de la caña y cuota mínima de cuarenta mil arrobas a todos los pequeños colonos que llevasen tres años o más de establecidos".

"La quinta ley revolucionaria ordenaba la confiscación de todos los bienes a todos los malversadores de todos los gobiernos y a sus causahabitantes y herederos en cuanto a bienes percibidos por testamento o abintestato de procedencia mal habida, etc.".

"Se declaraba, además, que la política cubana en América sería de estrecha solidaridad con los pueblos democráticos del Continente y que los perseguidos políticos por las sangrientas tiranías que oprimen a naciones hermanas, encontrarían en la Patria de Martí, no como hoy, persecución, hambre y traición, sino asilo generoso, hermandad y pan. Cuba

debía ser baluarte de libertad y no eslabón vergonzoso de despotismo".

"Estas leyes serían proclamadas en el acto y a ellas seguirían, una vez terminada la contienda y previo estudio minucioso de su contenido y alcance, otra serie de leyes y medidas también fundamentales como la Reforma Agraria, la Reforma Integral de la Enseñanza y la Nacionalización del *Trust* Eléctrico y el *Trust* Telefónico, devolución al pueblo del exceso ilegal que han estado cobrando en sus tarifas y pago al fisco de todas las cantidades que han burlado a la Hacienda Pública".

Aquí está, en germen, todo el programa de la Revolución, con las inevitables limitaciones que conlleva siempre todo producto de gabinete, no confrontado todavía con la realidad misma que, a distancia, lo inspira. Fidel Castro y sus compañeros fueron condenados a prisión en Isla de Pinos y, más tarde, por presión popular, fueron libertados, encaminándose, la mayor parte de ellos, a México. En la prisión y en el destierro, fue cuajando el pensamiento político de Fidel Castro. En la prisión estudió y enseñó a otros, que es el medio mejor de organizar y depurar lo aprendido; en el destierro aprovechó la rica experiencia de la Revolución Mexicana, discutió con hombres de muy diversa formación y preparó la expedición libertadora que arribó a Cuba, procedente de Tuxpan, Veracruz, a bordo del yate *Gramma,* el 2 de diciembre de 1956. En la Isla las condiciones revolucionarias habían madurado en esos tres años: había surgido y prosperado en la clandestinidad del Movimiento 26 de Julio; los estudiantes universitarios habían organizado un Directorio para luchar contra la dictadura; crecía entre la burguesía de las ciudades la Resistencia Cívica, y la clase obrera, dirigida en la sombra por el Partido Socialista Popular, arreciaba sus luchas contra el imperialismo y sus aliados nativos.

La lucha heroica de los guerrilleros en la Sierra Maestra contra un ejército mil veces superior en número y armamentos y adiestrado, además, por oficiales norteamericanos, encendió el entusiasmo de todos los que se oponían a la dictadura de Batista. Así se sumaron a la lucha muchos que aspiraban a un simple cambio del aparato gobernante, sin alterar las raíces del injusto sistema económico y social que lo habían engendrado. No eran revolucionarios, como tampoco lo eran quienes, simples reformistas, deseaban mejorar la dura situa-

ción del país, sin afectar los grandes intereses de monopolios y de latifundios, esperanzados en una colaboración imposible con los verdaderos causantes del desajuste nacional. Ya en los días mismos de la lucha se plantearon agudas contradicciones entre el grupo de la Sierra Maestra, cuyas concepciones revolucionarias se desarrollaban en presencia de la dramática realidad campesina, y los aliados de las ciudades y del exterior, influidos por los intereses de la burguesía corrompida, usufructuaria de los regímenes anteriores, y por el imperialismo norteamericano. Esas discrepancias alcanzaron, a veces, carácter público, como en el caso de la denuncia del llamado Pacto de Miami, realizada por Fidel Castro. En otros, determinó crisis esenciales y decisivos cambios en el aparato organizativo de la lucha clandestina, como a raíz de la huelga de abril de 1958, frustrada por las reservas anticomunistas de algunos dirigentes.

La experiencia lograda en la lucha guerrillera, en la organización revolucionaria, que alcanzó un desarrollo notable en el Segundo Frente "Frank País", bajo la dirección de Raúl Castro, en la preparación y realización de la campaña invasora, capitaneada por Camilo Cienfuegos y Ernesto Guevara, enriquecieron el acervo político de la Revolución que había comenzado ya a dictar, en el corazón mismo de la Sierra, las primeras leyes revolucionarias, la tercera de las cuales consagra la Reforma Agraria. En todas las regiones ocupadas por el Ejército Rebelde se hicieron efectivos planes y leyes que cambiaban de raíz las condiciones de vida del campesino cubano. El 1º de enero de 1959, a la caída de Batista, nació, con las raíces bien hincadas en la tierra, la *nación para sí.*

La Revolución Cubana ha crecido y se ha desarrollado siguiendo un claro proceso dialéctico, natural y orgánico, estimulado por contradicciones internas y exteriores. Fiel a sus postulados iniciales, procedió a remediar la raíz dañada del desajuste nacional, devolviendo la tierra a sus legítimos poseedores, por medio de la Ley de Reforma Agraria, firmada en La Plata, en plena Sierra Maestra, el 17 de mayo de 1959. En el último "por cuanto" de la ley "se deja testimonio de recuerdo y admiración a la figura patricia de don Manuel Sanguily, el primero de los cubanos que en fecha tan temprana, como en 1903, previó las nefastas consecuencias del latifundismo y presentó un proyecto de ley ante el Congreso de la República, tendiente a impedir el control por foráneos

de la riqueza cubana". En la Ley de Reforma Agraria "se proscribe el latifundio. El máximo de extensión de tierra que podrá poseer una persona natural o jurídica será treinta caballerías", con excepción de las áreas cañeras, ganaderas, arroceras, etc., "para cuya eficiente explotación y rendimiento económico racional sea necesario mantener una extensión de tierra superior a la establecida como límite máximo". "No obstante lo anteriormente dispuesto, en ningún caso una persona natural o jurídica podrá poseer tierras con una extensión superior a cien caballerías".

"Se establece como *mínimo vital* para una familia campesina de cinco personas, una extensión de dos caballerías de tierra fértil, sin regadío, distante de los centros urbanos y dedicadas a cultivos de rendimiento económico medio". Se reconoce el derecho de los propietarios afectados por la ley a ser indemnizados en Bonos de la Reforma Agraria, cuyas emisiones se harán por un término de veinte años, con interés anual no mayor del 4½%, concediéndose a los perceptores de dichos bonos, "o su importe, la exención, durante un período de diez años, del impuesto sobre la renta personal, en la proporción que se derive de la inversión que hicieren en industrias nuevas de las cantidades percibidas por indemnización".

Tan pronto fue publicado el texto de la Ley en la *Gaceta Oficial de la República,* el Gobierno de los Estados Unidos envió una nota al Gobierno Revolucionario Cubano, preocupado por la forma de indemnizar a los ciudadanos de aquel país afectados por la Ley. Los latifundistas norteamericanos, que habían explotado de modo inmisericorde, durante largos años, a los campesinos cubanos y burlado sistemáticamente al Fisco, aspiraban a percibir el precio de las expropiaciones por adelantado y en efectivo, de acuerdo con la Constitución de 1940. El Ministro de Relaciones Exteriores, Raúl Roa, en nombre del Gobierno Revolucionario, contestó a dicha nota oponiendo a la letra de la Constitución la fuerza incontrastable de los hechos, expresando que, "entre la obligación constitucional que impone la proscripción del latifundio y realizar la Reforma Agraria y el precepto que dispone el pago previo en efectivo de las tierras expropiadas, el Gobierno Revolucionario, en uso del poder constituyente de que está investido por la soberana voluntad del pueblo cubano, erguido heroicamente en armas contra sus opresores, y de la investidura plausible que le confiere el abrumador respaldo de que

goza —fuentes primigenias de su legitimidad democrática—, ha optado por la forma de indemnización que, dadas las circunstancias aludidas, juzga más conveniente a los supremos intereses de la nación, los cuales antepone a cualquier otro por respetable que sea. Por fuerza incontrastable de los hechos asimismo, el Gobierno norteamericano, al promover la Reforma Agraria en el Japón, ordenó la transferencia, en el plazo de cuatro meses, de las fincas de los terratenientes a sus ocupantes, instituyéndose, como forma de indemnización, la emisión de bonos agrarios que devengaban el 3.5% de interés, redimibles en pagos anuales durante veintidós años. Si cabría alegar que Japón era entonces un país ocupado, el Gobierno Revolucionario de Cuba puede aducir que se encontró con las arcas devastadas y procede en consonancia".

Este es el patriótico y viril lenguaje que ha usado siempre la *nación para sí,* la Cuba surgida con la Revolución, decidida a rescatar la integridad de su patrimonio nacional para beneficio de las grandes mayorías del país. Este es precisamente el lenguaje que no puede soportar ninguna potencia imperialista. El entonces vicepresidente norteamericano, Richard Nixon, manifestó que el Gobierno de su país tenía suficientes medios económicos y militares "para poner a Cuba de rodillas". Con esa intención se inició todo un movimiento para sitiar por hambre a la Revolución Cubana: se suspendieron los embarques de petróleo, provenientes de Venezuela, con el fin de paralizar la vida insular por falta de combustible, y cuando la Unión Soviética envió toda una flota de buques tanques para suministrar el petróleo indispensable, las plantas extranjeras radicadas en Cuba se negaron a refinarlo. El Gobierno Revolucionario nacionalizó las refinerías y no faltó un solo día combustible en la Isla. El Gobierno norteamericano, continuando sus represalias económicas, suspendió unilateralmente la cuota azucarera, pero la Unión Soviética, y los demás países socialistas, adquirieron el azúcar y salvaron al país de una "dulce" bancarrota. Furiosos los imperialistas yanquis decidieron impedir la zafra incendiando los campos de caña, y para ello enviaron, desde la Florida, avionetas piratas que bombardearon cañaverales e ingenios azucareros. El pueblo cortó las cañas recién quemadas, las molieron de inmediato en los ingenios y la zafra no sufrió menoscabo. En una ocasión estalló a destiempo una bomba en una avioneta y sus ocupantes, norteamericanos, cayeron muertos sobre un central

azucarero, con todos sus documentos de identificación como prueba inequívoca del ataque pirata. El Gobierno Revolucionario denunció los hechos y exhibió las pruebas, pero ningún organismo internacional se dio por enterado. Al acentuarse las amenazas de invasión militar por parte de los Estados Unidos, el Primer Ministro soviético, Nikita Krushchev, en un discurso pronunciado el 9 de julio de 1960, manifestó que, "hablando en sentido figurado, si fuera necesario, los artilleros soviéticos podrían apoyar al pueblo de Cuba, con el fuego de sus cohetes, si las fuerzas agresivas del Pentágono osan iniciar una invasión a Cuba".

Entonces se produjo el espectáculo lamentable de un puñado de países subdesarrollados, semicolonias yanquis, clamando a coro en San José de Costa Rica, del 16 al 29 de agosto de 1960, no contra el agresor real, el estrangulador económico y el pirata e incendiario, sino contra la víctima, exigiendo a ésta que rechazara la promesa de ayuda de la Unión Soviética, condicionada a un previo ataque yanqui, y se dejara destruir en aras de la supuesta intangibilidad del sistema panamericano. Con honrosas excepciones, los esclavos exigían al país que había tenido la osadía de romper el yugo imperialista, que aceptara de nuevo la coyunda. Como respuesta a la vergonzosa "Declaración de San José", el pueblo y el gobierno revolucionarios de Cuba proclamaron, el 2 de septiembre de 1960, en magna asamblea popular, la "Declaración de La Habana".

La "Declaración de La Habana" constituye el Manifiesto de la *nación para sí,* como fuera el de Montecristi, firmado en 1895 por José Martí y Máximo Gómez, el Manifiesto de la frustrada *nación en sí.* La Declaración resume los propósitos de la Revolución Cubana, su doctrina esencial, en palabras como estas:

"La Asamblea General Nacional del Pueblo de Cuba expresa la convicción cubana de que la democracia no puede consistir sólo en el ejercicio de un voto electoral que casi siempre es ficticio y está manejado por latifundistas y políticos profesionales, sino en el derecho de los ciudadanos a decidir, como ahora lo hace esta Asamblea del Pueblo, sus propios destinos. La democracia, además, sólo existirá en América Latina cuando los pueblos sean realmente libres para escoger, cuando los humildes no estén reducidos —por el hambre, la

desigualdad social, el analfabetismo y los sistemas jurídicos—, a la más ominosa impotencia".

"Por eso, la Asamblea General Nacional del Pueblo de Cuba:

"Condena el latifundio, fuente de miseria para el campesino y sistema de producción agrícola retrógrado e inhumano; condena los salarios de hambre y la explotación inicua del trabajo humano por bastardos y privilegiados intereses; condena el analfabetismo, la ausencia de maestros, de escuelas, de médicos y de hospitales, la falta de protección a la vejez que impera en los países de América; condena la discriminación del negro y del indio; condena la desigualdad y la explotación de la mujer; condena a las oligarquías militares y políticas que mantienen a nuestros pueblos en la miseria, impiden su desarrollo democrático y el pleno ejercicio de su soberanía; condena las concesiones de los recursos naturales de nuestros países a los monopolios extranjeros como política entreguista y traidora al interés de los pueblos; condena a los gobiernos que desoyen el sentimiento de sus pueblos para acatar los mandatos de Washington; condena el engaño sistemático a los pueblos por órganos de divulgación que responden al interés de las oligarquías y a la política del imperialismo opresor; condena el monopolio de las noticias por agencias yanquis, instrumentos de los *trusts* norteamericanos y agentes de Washington; condena las leyes represivas que impiden a los obreros, a los campesinos, a los estudiantes y los intelectuales, a las grandes mayorías de cada país, organizarse y luchar por sus reivindicaciones sociales y patrióticas; condena a los monopolios y empresas imperialistas que saquean continuamente nuestras riquezas, explotan a nuestros obreros y campesinos, desangran y mantienen en retraso nuestras economías y someten la política de la América Latina a sus designios e intereses".

"La Asamblea General Nacional del Pueblo de Cuba condena, en fin, la explotación del hombre por el hombre, y la explotación de los países subdesarrollados por el capital financiero imperialista".

La "Declaración de La Habana" no fue un lírico arranque, sino un programa revolucionario. Por eso fue seguida inmediatamente por medidas y por leyes que ponen en ejecución sus postulados fundamentales. Y así, en octubre de 1960, se dictó la Ley de Reforma Urbana que hace de cada

inquilino propietario del techo que lo cubre, porque, afirma uno de los "por cuantos" de la Ley, "la Revolución Cubana considera el derecho a la vivienda un derecho imprescindible e inalienable del ser humano". Se nacionalizaron las empresas extranjeras y la banca; se inició una total Reforma Educativa y se nacionalizó la enseñanza privada, y está en marcha una gigantesca campaña alfabetizadora que hará de Cuba territorio libre de analfabetos al finalizar el presente año de 1961.

Los éxitos constantes de la Revolución y su arraigo cada vez mayor con el reparto de los grandes latifundios, transformados en cooperativas y granjas del pueblo o en pequeñas propiedades, cuyos dueños se agrupan, para su mejor desarrollo y progreso, en la Asociación Nacional de Agricultures Pequeños; el ascenso poderoso de una nueva conciencia; la unidad férrea del pueblo armado en las milicias y en el Ejército Rebelde; la ampliación del intercambio comercial y técnico con todos los países socialistas, ha conducido al imperialismo a acciones desesperadas, como el ataque mercenario a la Isla, financiado, organizado y dirigido por el Pentágono y la Agencia Central de Inteligencia, según público reconocimiento del Presidente de los Estados Unidos de Norteamérica, Sr. John F. Kennedy. El ataque corsario a Playa Girón (17 de abril de 1961) constituyó el bautismo de sangre de las milicias populares y exaltó la unidad inquebrantable del pueblo y del gobierno revolucionarios. La derrota del imperialismo en Playa Larga y en Playa Girón, sobre la cual disputan aún quienes armaron en corso y dirigieron la empresa mercenaria, tiene una trascendencia mayor que un simple episodio nacional: demuestra que el imperialismo norteamericano no es invencible y que, en cambio, nada ni nadie puede destruir a un pueblo decidido a defender su libertad.

En el entierro de las víctimas del bombardeo que precedió a la invasión, el 16 de abril, Fidel Castro pronunció estas palabras:

"Compañeros obreros y campesinos, esta es la Revolución socialista y democrática de los humildes, con los humildes y para los humildes. Y por esta Revolución de los humildes, por los humildes y para los humildes, estamos dispuestos a dar la vida". Un día después, el pueblo heroico y sus dirigentes hacían buenas estas palabras sobre las arenas de Playa

Girón, mientras el coro reaccionario aullaba su denuncia de que Cuba era ya socialista y así lo declaraba sin empacho.

Pero Cuba había iniciado el camino hacia el socialismo desde mucho antes, desde que se dictó la primera ley revolucionaria. Era socialista desde que inició su radical transformación de las relaciones de producción, desde que destruyó la hegemonía de la burguesía terrateniente y monopolista e hizo descansar su fuerza en las masas trabajadoras del campo y de la ciudad. Cuba ha iniciado la ruta hacia el socialismo, porque es el único camino que conduce a la *nación para sí,* a la patria redimida de coyundas extranjeras, dueña absoluta de sus destinos. Esto no puede lograrse, en un país subdesarrollado, semicolonial, sin atacar al imperialismo, ni puede subsistir la nación liberada que intente organizar su vida sobre los anticuados e inservibles patrones de la democracia burguesa. En el siglo XIX, el desgajamiento de los imperios coloniales produjo el nacimiento de las democracias burguesas, y el intento de organizar ciertas naciones sobre moldes monárquicos y absolutistas no hizo sino retrasar el desarrollo de dichas naciones. Hoy se deshacen los imperios neocoloniales y los restos del viejo colonialismo a impulsos de pueblos resueltos a atacar la raíz de sus males, transformando radicalmente las relaciones capitalistas, burguesas, de producción y realizando, según sus propios factores circunstanciales, la Revolución Socialista. Cuba no podía ser excepción de esta ley histórica y está realizando, con plena conciencia y con entusiasmo ejemplar, su propia Revolución Socialista.

La Revolución Socialista de Cuba se afirma en la Reforma Agraria que ha entregado la tierra, en forma predominantemente colectiva, a los hombres que la trabajan: a los campesinos y a los obreros agrícolas que jamás poseyeron otra cosa que su fuerza de trabajo y no padecen, por lo tanto, el egoísmo aferrado al terruño del campesino europeo tradicional. Se apoya la Revolución Socialista en la Reforma Urbana, que asume rasgos originales en nuestro país; se afirma en la gran Reforma Educativa que está contribuyendo a crear una nueva conciencia, libre de sórdidas apetencias burguesas y de sentimientos de inferioridad ante el amo extranjero.

La extraordinaria campaña alfabetizadora, que ha movilizado a 300,000 alfabetizadores, la mayor parte jóvenes en edad escolar, ha servido no sólo para desterrar el analfabetismo, principalmente en las zonas rurales, sino para forjar la

conciencia ciudadana de las nuevas generaciones, poniéndolas en contacto directo con la realidad de su tierra. La Reforma Monetaria, realizada de acuerdo con las leyes de 4 y 8 de agosto de 1961, asestó un rudo golpe al imperialismo y a la contrarrevolución, despojándolos de un instrumento poderoso que amenazaba gravemente la economía insular. El doctor Raúl Cepero Bonilla, Ministro Director del Banco Nacional de Cuba explica:

"El rendimiento extraordinario de la operación del canje de billetes, que dejó un beneficio de $497 millones para el Estado, indica los avances logrados por la Revolución Socialista en organización, experiencia y eficiencia administrativa. El canje se efectuó en sólo dos días. El secreto se mantuvo hasta el último momento, a pesar de que medió casi un año desde el momento en que se ordenó imprimir los billetes hasta el que se decretó la obligatoriedad del canje. Funcionaron 3,500 centros de canjes en toda la isla, y como cada centro estuvo atendido por diez personas, quiero decir que, a ese solo fin, hubo que movilizar 35 mil personas, que fueron instruidas para la labor que iban a realizar varias horas antes de que se iniciara oficialmente el canje. Los 10,000 trabajadores bancarios también fueron movilizados, aunque sólo atendieron el aspecto técnico del canje. Además, miles de milicianos y miembros del ejército rebelde custodiaron los centros de canje, los bancos y los camiones que transportaron a las oficinas bancarias y los centros de canje las cajas de los nuevos billetes en un término no mayor de 24 horas. Calculamos, conservadores, que se movilizaron más de 60 mil personas. Las Organizaciones Revolucionarias Integradas (ORI) realizaron con extraordinaria precisión y eficiencia las tareas del canje, dando una demostración de su alto nivel de organización, disciplina y conciencia revolucionaria".

El canje de billetes probó el grado de desarrollo y madurez que ha alcanzado en Cuba la organización y la planificación socialistas. Esta ha ido integrando, unificando, por grados, en un proceso de crecimiento orgánico, a los distintos sectores del país: a los campesinos, a los trabajadores urbanos, tanto manuales como intelectuales, a las mujeres, a los jóvenes y, por último, a los partidos y grupos revolucionarios que integran ahora las Organizaciones Revolucionarias Integradas (ORI). Por otra parte, la Junta Central de Planificación (JUCEPLAN) estudia y organiza las líneas fundamenta-

les del futuro económico y administrativo de la nación, que iniciará el año próximo su primer Plan Cuatrienal. Las Juntas Coordinadoras de Ejecución e Inspección (JUCEI) se encargan en cada provincia, municipio o centro de alguna importancia, de vigilar y estimular el desarrollo de los planes aprobados.

Un entusiasta abejear de hombres y de mujeres que sienten el placer de crear en tierra propia y para su propio beneficio, llena toda la Isla. Bajo la dirección y el acicate del comandante Ernesto Guevara, Cuba marcha hacia su industrialización, con el establecimiento, primero, de una serie de industrias ligeras, facilitadas por los países socialistas, en virtud de convenios con ellos celebrados, y, más tarde se llegará a iniciar la industria pesada, indispensable para el pleno desarrollo del país. Y todo se va haciendo bajo la más severa crítica y autocrítica, como quedó demostrado en la Primera Reunión Nacional de Producción, celebrada en La Habana durante los días 26, 27 y 28 de agosto del presente año, con asistencia de 3,273 delegados que representaban a todas las ramas de la producción industrial y agrícola, ministerios, organizaciones sociales y las Organizaciones Revolucionarias Integradas. Las sesiones se celebraron en público, en un teatro, y fueron radiadas y televisadas a toda la Isla, dando así al pueblo entero la oportunidad de conocer el proceso mismo de la Revolución en su aspecto productivo, económico.

La Revolución tiene, naturalmente, enemigos. El más importante y poderoso es el imperialismo norteamericano que no se resigna a perder su antigua colonia y menos aún a que su triunfo sirva de ejemplo a los demás pueblos subdesarrollados de América y del mundo. Por eso paga y dirige los ataques contrarrevolucionarios y las invasiones mercenarias; como fomenta el sabotaje y los atentados en el interior de la Isla y estimula la campaña de calumnias y la agitación, utilizando de instrumento al clero reaccionario, con el mismo procedimiento empleado contra Carranza, de 1913 a 1917, y contra Lázaro Cárdenas, en los días de la expropiación petrolera y la Reforma Agraria. Porque uno de los rasgos característicos del imperialismo en decadencia es su estereotipia, su incapacidad de inventar fórmulas nuevas frente a nuevas situaciones. Y así, ahora como en los días de Carranza, conjura al clero reaccionario contra la Revolución, con los más absurdos pretextos, propios de oligofrénicos, como el de que

el Gobierno Revolucionario va a arrebatar los hijos a sus padres, despojando a éstos de la patria potestad, para enviar los niños a la Unión Soviética. O asustando a gobiernos carentes de arraigo popular con la amenaza de que Cuba está exportando su Revolución. Lo cierto es que el único producto exportable, en este orden de cosas, es la contrarrevolución, y que a ese negocio se dedican, con ahinco digno de mejor causa, los imperialistas. Cuba no exporta su Revolución, pero puede suscribir estas palabras de don Venustiano Carranza, pronunciadas en Matamoros, Tamps., el 29 de noviembre de 1915:

> Ya es tiempo que la América Latina sepa que nosotros hemos ganado con la lucha interior el restablecimiento de la justicia y del derecho, y que esta lucha servirá de ejemplo para que esos pueblos formen sus soberanías, sus instituciones y la libertad de sus ciudadanos. La lucha nuestra será comienzo de una lucha universal que dé paso a una era de justicia, en que se establezca el principio del respeto que los pueblos grandes deben tener por los pueblos débiles. Deben ir acabando poco a poco todos los exclusivismos y todos los privilegios. El individuo que va de una nación a otra debe sujetarse en ella a las consecuencias, y no debe tener más garantías ni más derechos que los que tienen los nacionales.

Esta es la voz de la Revolución Mexicana, la iniciadora, la que supo despertar en todo el Continente y más allá, la justa rebelión de los pueblos oprimidos por el imperialismo; la voz que no pudo acallar el asalto pirata a Veracruz ni la Expedición Punitiva —claros anuncios de la invasión mercenaria a Playa Girón—; la voz que ahora ensancha su eco en la palabra revolucionaria de Cuba resonando en Punta del Este (del 5 al 17 de agosto de 1961) para denunciar, por boca del comandante Ernesto Guevara, la "Alianza para el Progreso de Kennedy", es decir, para el progreso o, al menos, para la supervivencia de lo que el señor Kennedy representa, el imperialismo norteamericano; la palabra que vibró en Belgrado, pronunciada por el Presidente Osvaldo Dorticós y el canciller Roa, y que halló el apoyo firme y cordial de los pueblos no comprometidos en pactos militares, los cuales dejaron constancia escrita de su reconocimiento de "el derecho de Cuba y el de todos los pueblos, a elegir libremente el sistema político y social que mejor convenga a sus peculiares condiciones,

necesidades y posibilidades". "También reconocen —expresan las Conclusiones de la Conferencia de Belgrado (1º al 6 de septiembre de 1961) — que la base militar norteamericana de Guantánamo, en Cuba, a cuya permanencia el Gobierno y el pueblo de Cuba han manifestado su oposición, menoscaba la soberanía y la integridad territorial de ese país". Guantánamo, a cuya reintegración al territorio patrio tiene Cuba tanto derecho como México a la región injustamente usurpada del Chamizal.

Todos los pueblos de América —lo vio muy bien don Venustiano Carranza— tienen agravios comunes, porque ellos han sido y son causados por un solo enemigo común, el imperialismo norteamericano. México inició la lucha contra el imperialismo en 1910. Cuba lleva ahora adelante la batalla redentora, con su Revolución Socialista, en el instante de la rebelión universal de los pueblos semicoloniales o subdesarrollados, superexplotados por el imperialismo y el neocolonialismo. Cuba, prosigue infatigable su empeño redentor, sintiendo que le asiste y estimula el apoyo cordial de los pueblos de nuestra América, de Africa y de Asia, la firme amistad de los países socialistas y la admiración que se alza de todos los rincones del planeta donde alienta el ansia de total y definitiva libertad. Le asiste sobre todo la inquebrantable decisión de su pueblo de afirmar para siempre la *nación para sí,* realizadora de los sueños de Martí y de Maceo, de Sanguily y de Juan Gualberto Gómez, de Mella y de Rubén Martínez Villena, dueña absoluta de sus destinos, que se alza, unida y firme, enarbolando su lema que es también un himno de victoria:

¡PATRIA O MUERTE! ¡VENCEREMOS!

CHILE, EN LA ENCRUCIJADA

Por *Ricardo DONOSO*

No ha escapado Chile al impacto de los acontecimientos que han sacudido al mundo, y particularmente a la América Meridional, en los últimos dos años, agravados por un proceso de reacción política que se ha manifestado con mayor o menor intensidad en toda la América Ibérica. Un bosquejo de los factores, políticos y sociales, que gravitan en ese proceso, ilustra el dramático cuadro dentro del cual se desenvuelve la vida social de este país.

La guerra fría

HASTA el advenimiento de Fidel Castro al poder, la América Ibérica había permanecido como mera espectadora de la guerra fría, sin experimentar en carne propia las angustias de una lucha despiadada, que utiliza todos los recursos para torcer y tergiversar los hechos relacionados con el adversario. A medida que la política cubana se hizo más radical y tomó una orientación más definida, la campaña de la gran prensa, sensible a las influencias u órgano del capitalismo, asumió los caracteres más sombríos de la propaganda más desembozada.

Todos esos periódicos hablan con persistente uniformidad de las ventajas de la libertad de expresión, protestan del control del Estado sobre la prensa, la televisión y la radio, pero no ofrecen resistencia alguna a abrir sus columnas a los servicios informativos sostenidos por el tesoro público, que pintan día a día con los más risueños colores la eficacia de la política gubernativa; cierran a piedra y lodo sus páginas a cuanto pueda significar una crítica a la acción gubernativa; deprimen a los militantes de la oposición con los calificativos más injuriosos, y presentan los acontecimientos del mundo con una técnica perfecta de tergiversación, en la que la mala fe va de la mano con la más refinada astucia.

"La difusión de noticias y opiniones se ha convertido en una rama de los grandes negocios —ha escrito recientemente el economista británico John Strachey—, y como los demás grandes negocios, ha avanzado a la etapa oligopolita. Como tal se ha convertido en el casi monopolio de un puñado de grandes empresas. Pero la difusión de noticias y opiniones, no es un proceso productivo ordinario, por cuanto está íntimamente ligado a la existencia de la democracia efectiva. Existe un límite a la monopolización de la opinión, que la democracia no puede rebasar para seguir siendo efectiva. Si todos los medios de expresión caen en manos de una tendencia política, y ésta será por supuesto la tendencia política en favor del gran capital, entonces es casi imposible que el pueblo haga una elección racional. Estas cuestiones, agrega, y no tanto las formas constitucionales, serán las que realmente importen en las luchas políticas de la segunda mitad del siglo".

Chile ofrece un elocuente ejemplo de la exactitud de estas observaciones: el diario de mayor difusión en el país es sólo un rubro del gran capital invertido en bancos, empresas industriales y compañías de seguros. Esa empresa cuenta con cuatro diarios, ejerce casi un monopolio por el volumen de avisos que publica, es instrumento incondicional de la política gubernativa, y su orientación ideológica está inspirada en el más cerril reaccionarismo y en la más obstinada resistencia a cuanto pueda significar una modificación importante del orden de cosas imperante.

En un estudio reciente sobre la concentración del poder económico, su autor, señor Ricardo Lagos Escobar, escribe:

> Los medios de expresión (radios, revistas, diarios, cines, etc.) dependen también de la gran concentración. Ellos están dominados por los diversos grupos en la misma forma que los demás sectores de la actividad económica. Por su intermedio ejercen poderosa influencia sobre la opinión pública, la cual lee, escucha y ve sólo en lo que ellos desean o toleran.

Y después de trazar un cuadro, citando los nombres de los diarios, revistas, radios y cines a través de los cuales se ejerce esa influencia, agrega:

> Como puede apreciarse, casi todos los medios que la vida moderna destina a difundir noticias, y que son los que pesan en

la opinión pública, están vinculados con los grupos económicos. El poder de éstos crece y se afianza, mediante tales elementos publicitarios, y los hacen gravitar decisivamente en la solución de los problemas nacionales, y en la generación de los poderes públicos.

Sería una ingenuidad creer que estos aspectos de la guerra fría sólo se presentan en el ambiente social y periodístico de Chile, por cuanto basta abrir las páginas de cualquier diario del mundo, para advertir los rasgos característicos de esa sostenida campaña de tergiversación de los hechos, que llega a todas las latitudes, y que ha movido al Sumo Pontífice a elevar su voz haciendo un llamado a cuantos contribuyen a los trabajos de la prensa, la televisión y la radio, a respetar la verdad. En su impresionante Mensaje de Navidad de 1960, el Papa Juan XXIII, dijo:

"No os prestéis jamás a la adulteración de la verdad, tenedle horror, no os sirváis de los dones maravillosos de Dios, que son la luz, los sonidos, los colores y sus aplicaciones técnicas y artísticas, tipográficas, periodísticas, audiovisuales, para falsear esta inclinación natural del hombre hacia la verdad, hacia la que se eleva el edificio de su nobleza y de su grandeza. No os sirváis de ellos para conducir a la ruina las conciencias aún no formadas o inciertas.

"Tened un santo terror a esparcir los gérmenes que profanan el amor, disuelven la familia, ridiculizan la religión y quebrantan los fundamentos del orden social, pues éste se apoya en la disciplina de los impulsos egoístas y en la concordia fraterna, respetuosa de los derechos de cada uno.

"Colaborad por el contrario, en hacer siempre más puro y menos sucio el aire que se respira y cuyas primeras víctimas son los inocentes y los débiles; sabed construir con perseverancia serena y una aplicación incansable, los cimientos de un tiempo mejor, más sano, más justo, más seguro".

Tan impresionante y valiente mensaje, dirigido no sólo a los católicos del mundo entero, sino a los hombres de todas las ideologías, parece haber caído en el más desolador vacío, por cuanto la guerra fría sigue haciendo estragos y desfigurando los hechos del cambiante mundo que vivimos, con una perseverancia sistemática, con características definidas.

"Los acontecimientos de Cuba han puesto de manifiesto, —escribía la revista chilena *Política y espíritu* en su número de mayo último—, una vez más, la falta de respeto que las agencias internacionales de noticias y algunos diarios nacionales, tienen por la verdad. Con las propias publicaciones norteamericanas ha quedado demostrado el inmenso conjunto de falsedades que se trasmitieron en los días cruciales de la invasión. La actitud es la misma, si no peor, en la prensa nacional de Santiago y provincias. Los diarios publican lo que quieren, como les place. No se cumple en lo más mínimo la misión esencial de informar la verdad".

El cuadro político

Factor decisivo en la generación del gobierno que rige los destinos de Chile fue la actitud del partido conservador, que durante veinte años había estado alejado del poder, no sin que, en algunas oportunidades ejerciera su influencia para obtener ventajas, particularmente en el campo de la enseñanza pública. Dos partidos, esencialmente reaccionarios, entraron a ejercer el poder público, el conservador y el llamado liberal, preconizando como puntos esenciales de su programa, restaurar la normalidad de la vida económica, poniendo término a la inflación, y volviendo a la libre empresa, devolviendo a la actividad privada iniciativas y organismos que habían sido controlados por el Estado.

En los cuadros del nuevo equipo gubernativo gravitaron poderosamente los llamados técnicos, con escasa experiencia en la administración pública, totalmente ajenos a toda preocupación social y política, pero llenos de suficiencia y pedantería, creyéndose los depositarios de todos los resortes necesarios para rectificar errores, planear una política realista y hallar las soluciones más adecuadas para elevar el nivel de vida del pueblo chileno.

Muchos de esos técnicos resultaron notoriamente ineptos, y a los pocos meses quedó de manifiesto su incompetencia, su carencia de ideas, la inconsistencia de sus propósitos y la nulidad de sus miras. Esa ineptitud fue particularmente notoria en la dirección de la enseñanza pública y en la orientación de las relaciones exteriores, que ha provocado en la opinión pública reacciones de perturbadoras consecuencias.

La dirección de los negocios públicos contó con la tolerancia del partido radical, que en la elección presidencial había reunido el mínimum de votos para su candidato, pero que en las elecciones parlamentarias de marzo de 1961 conquistó la primera mayoría, y numerosas bancas en la Cámara de Diputados y en el Senado, lo que auguraba su próxima incorporación a las tareas gubernativas.

En los tres primeros años del nuevo gobierno han quedado en clamorosa desnudez las fallas del régimen político predominante: el absorbente predominio del Ejecutivo, la nulidad del Congreso, la omnipotencia del poder económico y la impotencia de la opinión pública. El régimen político, sin ningún respaldo popular, aparece así como el botín de una minoría plutocrática, que cuenta con el apoyo decidido de las clases poseedoras (la Iglesia entre ellas), en el que las expresiones de la vida democrática no encuentran resonancia. Se ha cavado así una fosa profunda entre la mayoría del electorado, de las clases asalariadas y de la burguesía, y el Ejecutivo, representación de las potencias dominantes, plutocracia e Iglesia.

Un análisis de los rasgos sobresalientes de este régimen económico y político, se ha hecho recientemente en el libro y en la tribuna parlamentaria, y bastará bosquejar un resumen de sus conclusiones para que el lector tenga un idea exacta de sus características.

La concentración del poder económico

Los rasgos predominantes del capitalismo moderno, estudiados por los economistas, en su organización y en sus gravitaciones sobre la vida social y política, se advierten claramente en la estructura económica de Chile, y han merecido un valioso estudio, que ha alcanzado vasta resonancia, aun cuando la gran prensa ha hecho sobre él la conocida conspiración del silencio.

Ya el Papa Pío XI, en su Encíclica *Quadragésimo Anno,* había aludido a la concentración de la fuerza y poderío económicos, como característica de los tiempos que corren; pero la valiosa obra del jurista señor Lagos Escobar, que ha abordado con gran valentía, en forma sistemática, el estudio de la

concentración de empresas y de influencias en el terreno económico de Chile, es la primera en afrontarlo.

Después de exponer las distintas formas de concentración, de analizar la historia y funcionamiento de los *trusts* (puntualizando la forma en que pesan en la vida económica de Chile en la industria del cobre) con sus derivaciones familiares, consagra todo el capítulo tercero a bosquejar las formas de la concentración de influencias, a través de los carteles y las conferencias marítimas, tendientes a eliminar la competencia en el transporte y mantener los fletes.

La exposición doctrinaria termina con dos capítulos, destinados a puntualizar las características de los grupos económicos y el papel que en ellos juegan las sociedades anónimas y los directorios entrelazados, ilustrado por un ejemplo revelador de cinco sociedades anónimas que en Chile se dedican a la elaboración de vidrios. Después de recordar cómo el control del poder económico lleva fatalmente a la conquista del poder político, entra de lleno a estudiar los grupos económicos chilenos, en los campos de la agricultura, la minería y la industria. En un total de 1,300 sociedades anónimas existentes en el país, con un capital de 720.943,429 escudos (el escudo vale pocos centavos más de un dollar), el 4.2% de las sociedades anónimas nacionales controla el 59.2% del total de los capitales invertidos.

Estudia el señor Lagos con gran exactitud los rasgos esenciales de la explotación agrícola, puntualizando que no está ella enmarcada en la estructura de la sociedad anónima, sino bajo la forma de comunidades familiares o bajo la dirección de una sola persona. Pero esto no ocurre en las sociedades ganaderas, dedicadas a la crianza del ganado lanar en la región de Magallanes, lo que el autor denomina el grupo Punta Arenas. Anota que el capital de las sociedades anónimas agrícolas alcanza a poco más de 34 millones de escudos, dentro del cual el grupo mencionado controla la mitad de sus capitales. Extiende el autor su análisis a lo que ocurre en los sectores del ramo de seguros y bancario.

"Es interesante anotar la forma cómo en Chile el banco ha ido desarrollando su influencia —escribe. Desde el banco primitivo, dedicado a las funciones que le son propias, hasta el actual, que interviene por medio de sus directores en el control de las más importantes empresas del país, hay un trecho largo que se ha recorrido en forma continua y que ha llevado

a la institución bancaria a disponer de una influencia decisiva en todos los sectores de la actividad nacional".

Recuerda que los bancos, rompiendo sus moldes financieros, han penetrado en los campos de la industria y el comercio, afirmando que el fenómeno más reciente presenta la aparición del banco como la cúspide de la escala ascendente del grupo industrial, de lo que se deriva el éxodo de capitales del sector industrial al financiero, bajo la atracción de las altas tasas de interés y de las cuantiosas utilidades bancarias.

El fenómeno de la concentración de capitales se presenta en forma impresionante en la actividad bancaria. Entre 28 bancos, nacionales y extranjeros, uno solo, tiene un capital equivalente al 42.8% del total invertido en la industria. "Este alto grado de concentración —escribe el autor— explica la importancia del sistema bancario y a la vez señala la necesidad de someter dicho sistema a algún control". El mismo escritor señala con precisión el número de sociedades industriales en que figura como director el gerente general del banco más importante del país, que en número de siete, manejan un capital cercano a veinte millones de escudos, ejemplo que se repite en igual proporción con el presidente, vicepresidente y la mayoría de los directores de la institución.

El capítulo más apasionante del trabajo del señor Lagos es el consagrado a estudiar los once grupos económicos principales de Chile, que los clasifica en la siguiente forma:

1. Grupo Banco Sud Americano.
2. ,, Banco de Chile.
3. ,, Banco Edwards.
4. ,, Punta Arenas.
5. ,, Banco Nacional del Trabajo.
6. ,, Grace-Copec.
7. ,, Banco Español.
8. ,, Banco Continental.
9. ,, Cosatán.
10. ,, Banco de Crédito e Inversiones.
11. ,, Banco Pan Americano.

En el primero incluye el subgrupo Alessandri-Matte, que más que un cuerpo unido por intereses comerciales o económicos, lo es por lazos familiares, que controla seis sociedades anónimas e influye en 63 empresas industriales y compañías

de seguros, con un capital que equivale al 16.1% del total de los capitales invertidos en las sociedades anónimas. Señala a continuación las empresas controladas e influenciadas por los subgrupos Salinas y Fabres, Cooperativa Vitalicia e Independientes.

Pero de todos los grupos económicos estudiados por el autor el más poderoso de todos es el del Banco de Chile, que influye en un 35.8% de todos los capitales nacionales. Consagra en seguida su atención al estudio de las empresas controladas por el grupo del Banco Edwards (que incluye los diarios de *El Mercurio* y el colegio *The Grange)* y los que denomina Punta Arenas, Banco Nacional del Trabajo, Grace Copec, Banco Español, Banco Continental, Cosatán, Banco de Crédito e Inversiones y Banco Pan Americano.

Las conclusiones del autor son impresionantes. "Tenemos, pues, que todos los grupos económicos están unidos entre sí —escribe. Unos directamente, otros indirectamente. La unión total se realiza por lo menos a través de un grupo, el Banco de Chile o el Banco Sud Americano, y da origen a un super grupo económico".

"La gran concentración que presenta la economía chilena —agrega— alcanza a todos los sectores y actividades económicas, agricultura, productos químicos, metalurgia, elaboración de cobre, textiles, cristalería, construcción, tabacos, cervecerías, edificios de renta, transportes (de todas clases), diarios y radios, distribución de productos, seguros, bancos, minas, etc. No existe ningún sector de nuestra economía, por pequeño que sea, que no se encuentre vinculado, en una u otra forma, a los grupos que en realidad controlan íntegramente la actividad económica nacional".

Es lo que en el lenguaje corriente se ha llamado en Chile los clanes, unidos por fuertes vínculos familiares, y que extienden su influencia a los poderes públicos, Ejecutivo y Congreso Nacional, sin que se escape la Universidad del Estado. Una estructura económica con rasgos tan acentuados, que tiene en sus manos no sólo la actividad económica, sino que se hace extensiva a toda la vida social, deriva en una cerrada plutocracia, esencialmente oligárquica. Las cuarenta familias de que hablaban los escritores radicales de principios del siglo, se han reducido a media docena, cuya influencia se ejerce avasalladora en todos los campos de la actividad nacional. Es

el "trujillismo", que prevalece en distintas latitudes americanas, a pesar de las dramáticas mutaciones que han traído los tiempos, o a la vuelta a las doscientas familias de que han hablado recientemente los escritores franceses.

Nulidad del Congreso

La reforma constitucional de 1925, al suprimir las leyes periódicas, herramienta la más eficaz para reprimir los desbordes del Ejecutivo; estrangular las libertades públicas, al facultar al gobierno para declarar en estado de sitio uno o varios puntos del país durante el receso del Congreso, durante ocho meses; reduciendo el papel de los Ministros del Despacho al de meros amanuenses del Presidente de la República, y entregando al Ejecutivo la facultad de declarar la urgencia de cualquier proyecto de ley, echó las bases de una verdadera dictadura legal, en la que desapareció la más remota posibilidad de equilibrio de poderes.

Los publicistas contemporáneos han comentado la tendencia general de los Estados modernos a robustecer los poderes del Ejecutivo, pero en pocos países del Hemisferio Occidental estas atribuciones gubernativas aparecen en forma más acentuada que en Chile, dejando al Congreso en situación tan desmedrada, que no pasa a ser más que la de un cuerpo académico. En las columnas de la prensa nacional y extranjera no han faltado voces que han hecho notar los rasgos sobresalientes del régimen político de Chile, y en abril de 1957, el ponderado semanario de Londres *The Economist* habló crudamente de la dictadura legal que prevalecía en Chile.

Sucesivas reformas constitucionales y legales han reforzado la prepotencia del Ejecutivo y reducido a la nulidad al Congreso, privando a los congresales de toda iniciativa en materia de gastos públicos, y creando las consejerías parlamentarias, monstruoso medio de intervención de los legisladores en organismos de previsión social o administración autónoma, con lo que las facultades fiscalizadoras desaparecieron del todo y otorgó a diputados y senadores sinecuras irritantes. Factores económicos y sociales han contribuido al desprestigio del Congreso, como poder público llamado a encarar y resolver las cuestiones de alto interés nacional. Entre esos factores ha ejercido poderosa influencia la industrialización y enriqueci-

miento del país, relegando al Congreso a un plano secundario en el régimen político de Chile.

Entre los factores que han contribuido al descrédito del Congreso pueden mencionarse su impotencia para legislar, por cuanto el Presidente de la República puede ejercitar el veto; la frecuencia con que todos los gobiernos de los últimos veinte años han otorgado al Ejecutivo facultades extraordinarias para legislar, de donde ha surgido una maraña de leyes cocinadas en las oficinas ministeriales y que han sido sancionadas a espaldas y sin conocimiento alguno de la opinión pública; la ninguna intervención que tiene el Congreso en la fijación del cambio internacional, que afecta a toda la vida económica de la nación; y finalmente el profesionalismo político, ejercido con mezquinas finalidades electorales, tendientes a satisfacer aspiraciones de grupos reducidos.

Durante los meses de junio y julio pasados se desarrolló en el Senado un brillante debate político, en el que fueron analizados desde distintos ángulos los rasgos esenciales del régimen político predominante, con una elevación y un coraje que le hacen alto honor a la tribuna parlamentaria del país. Mientras el señor Tomic insistió en que el régimen actual es un orden fundamentalmente organizado por la minoría para la minoría y clamó por organizar instituciones más conformes a las exigencias de la justicia y a las complejas condiciones que plantean los problemas de la hora actual, el señor Contreras Labarca calificó de mito el concepto de la separación de los poderes y puntualizó el abuso que se ha hecho de las facultades extraordinarias.

"Un somero examen de los hechos —dijo— nos conduce a dos conclusiones irrebatibles: la primera, el predominio abrumador del Poder Ejecutivo, y la segunda, la creciente mutilación de las facultades del Poder Legislativo, hasta tal punto que va transformándose en un órgano subalterno dependiente de aquél".

Y encarando la cuestión de la delegación de poder que importaba la facultad de dictar decretos-leyes, dijo estas reveladoras palabras: "La abdicación del Congreso en esta materia ha llegado al límite de introducir una institución suicida, espuria: la de delegar en el Ejecutivo la facultad de legislar, y su consecuencia es la de que, en estos momentos, Chile está regido principalmente, no por leyes dictadas por el Parlamento

nacional, sino por el sistema de los decretos con fuerza de ley, en las principales materias de orden económico, financiero, administrativo y social. El Ejecutivo se ha convertido, por la vía del simple decreto, en una fábrica de decretos con fuerza de ley, en serie y al por mayor, con lo cual la legislación chilena ha aumentado en cantidad, pero no en calidad, y el Ejecutivo ha absorbido la principal misión, propia del Congreso. Una estadística de las ocho últimas leyes que han otorgado al Presidente de la República dichas facultades excepcionales demuestra que se han dictado en Chile, en los últimos tiempos, 1,636 decretos con fuerza de ley".

Insistió el mismo Senador en llamar la atención hacia la martingala introducida por el Ejecutivo para arrebatar al Congreso otro girón de sus atribuciones, por medio de una novísima innovación inconstitucional, denominada contrato-ley, que la hacía inmodificable, y orientada en el propósito de favorecer a determinadas empresas.

No dejó de recordar los móviles que animaban a su partido, en el sentido de democratizar el país, limitando y reduciendo las omnímodas facultades que tiene el Presidente de la República, que lo convierten en un autócrata, en un verdadero monarca sin corona.

En ese mismo debate, el senador socialista Ampuero llamó la atención al hecho de la ninguna ingerencia que tenía el Congreso en la fijación del tipo de cambio internacional, función que radicaba en una comisión del Banco Central, "es decir, decía, en un conjunto de personas que carecen de responsabilidad pública, pues sin riesgo de sanciones morales, civiles o penales, pueden adoptar decisiones equivocadas o tendenciosas". Pues bien, agregaba, nos encontramos aquí con otras atribuciones que escapan a la acción del Congreso, delegadas irresponsablemente en instituciones que carecen de responsabilidad constitucional y de carácter representativo.

En la tribuna parlamentaria y en la prensa se ha clamado en todos los tonos sobre la pérdida de la independencia de los parlamentarios frente a los intereses particulares, ya que bancos, empresas industriales, agrícolas, ganaderas y mineras incorporan en sus cuadros directivos a cuantos exhiben algún mandato de representación popular, medio el más eficaz para encontrar el amparo de sus intereses.

El antiguo anhelo de consagrar en la legislación y en la práctica las incompatibilidades parlamentarias, se ha visto en los últimos tiempos reiteradamente quebrantado por la presión de los intereses económicos. Apenas si los representantes de uno que otro partido han escapado a esa presión, resistiendo con abnegación patriótica aceptar cargos directivos en las empresas industriales y comerciales.

Cuanto se dijo en el Congreso, en el debate reciente para suprimir las consejerías parlamentarias, reveló con elocuencia la intensidad del mal que aqueja a ese poder público. El cuadro sombrío que trazó el senador Tarud, revelando las cifras impresionantes de las deficiencias de viviendas y de producción de artículos alimenticios, y del monto de la deuda pública, resbaló sobre la opinión sin provocar alarma alguna. Con coraje cívico, pensando en el futuro, ante el mezquino cuadro que el panorama nacional presenta a la actividad de la juventud, señaló los negros nubarrones que se ciernen sobre el porvenir de la patria y la subsistencia del Parlamento, amenazados de conmociones profundas de honda trascendencia.

Pero, queriendo asegurar la independencia de la representación parlamentaria, liberándola de las amarras de los intereses plutocráticos, el partido demócrata cristiano llegó a formular un proyecto de ley, concebido en estos términos:

> Los cargos de diputados y senadores serán incompatibles con los de miembros de los Consejos de las instituciones y empresas fiscales, semifiscales y de administración autónoma, y en general de cualquier organismo de carácter administrativo.
>
> Serán asimismo incompatibles con los de directores de bancos, compañías de seguros y cualquier sociedad anónima, y con los de abogados asesores o consejeros de empresas extranjeras que tengan intereses en el país.

Naturalmente que esa iniciativa no encontró acogida ni el estímulo del apoyo de la opinión pública.

Tampoco ha contribuido a prestigiar el ejercicio de la función parlamentaria la forma misma en que se redactan las leyes, llenas de disposiciones incongruentes, confusas y de complicada aplicación. Algunos parlamentarios, duchos en tretas caciquiles, orientadas en el propósito de satisfacer los intereses de círculos reducidos, se convirtieron en verdaderos técnicos en la redacción de incisos o párrafos relativos a leyes

anteriores. Es frecuente encontrar en muchas disposiciones legales referencias como ésta: "Se entiende que lo dispuesto en este artículo no afectará a los funcionarios a que alude la letra *a,* inciso tercero, del artículo 60, de la ley N. 5,000, de 17 de agosto de 1957".

"Lo peor es que el efecto de estos ardides legislativos —escribe un conocido abogado del foro santiaguino— se agrava con la doble o triple referencia hacia atrás, porque ocurre que la ley a la cual se remite una de esas disposiciones es también de clave, y entonces para entenderla, hay que remontarse a través de quinquenios o decenios de legislación".

Y no sin pesar, agregaba estas palabras: "Pero entretanto se está formando en la conciencia colectiva un sentimiento de repudio a estos juegos, que poco a poco pueden ir minando la respetabilidad del poder legislativo, tan necesaria, tan esencial, para el buen funcionamiento de una democracia".[1]

Las sabias concepciones del jurista Bello sobre la forma que debían tener las leyes y de que éstas una vez promulgadas se entenderían conocidas por todos y se reputarían como obligatorias, han caído así en el más condenable olvido.

Nada ha dado mejor la medida de la imperiosa subordinación del Congreso a los intereses materiales, y del desprecio por asegurar el prestigio de la función parlamentaria, que la ley recientemente sancionada por el Congreso, por medio de la cual los parlamentarios se han asignado una jubilación cuantiosa. Nada pudieron los esfuerzos del Ejecutivo por frustrarla, por cuanto una mayoría abrumadora insistió en su aprobación, resolución ante la cual el gobierno se vio en la ineludible necesidad de promulgarla.

¿Es Chile una democracia? Un cuadro sombrío

CONOCIDOS los rasgos esenciales de la estructura económica y del régimen político, no resulta aventurado echar un vistazo hacia las posibilidades que el país ofrece de encarar reformas profundas, que hagan posible, no sólo el mejoramiento del nivel de vida de las clases trabajadoras, sino que un mayor porcentaje de la población participe en la vida democrática.

---

1 ROBERTO ALDUNATE, *Leyes y jeroglíficos, El Mercurio,* 26 de marzo de 1959.

Este problema, juzgado desde el ángulo de las relaciones con los Estados Unidos, es el que han estudiado en un meditado trabajo los señores Frederick B. Pike, miembro del Departamento de Historia de la Universidad de Notre Dame, y Donald W. Bray, de la Universidad de Stanford, y que en Chile ha difundido la revista *Mensaje*, órgano de la Compañía de Jesús.[2]

Después de recordar las optimistas opiniones vertidas sobre la organización social de Chile, por los señores Braden y Bowers, particularmente por el último, que permaneció durante quince años como Embajador de su patria, reconocen que en el país hay un sentido de decencia y de juego limpio, respeto por la libertad de expresión y el intercambio de ideas, y devoción por la normalidad constitucional y la estabilidad política. Observan, sin embargo, la tendencia a adherirse a un grupo de valores en un mundo que desaparece rápidamente. "La verdad inevitable es que si el país desea evitar convertirse en un anacronismo —escriben— debe entrar en ciertos compromisos con el tipo de civilización que se está actualmente desarrollando".

Enfocando el aspecto de las relaciones con Estados Unidos, afirman que este país está ejerciendo el imperialismo moral e intelectual más destructivo de toda la historia de sus relaciones con la América Latina, y en lo que a Chile respecta, por su aparente aprobación a estructuras sociales arcaicas.

En esta parte de su trabajo es donde los señores Pike y Bray hacen la crítica más severa. Apuntan, de acuerdo con muchos autores que han estudiado las características de la estructura social, que la clase baja está de hecho lejos de participar en la vida nacional. "En el Chile rural todavía prevalece —escriben— una estructura de la tierra y de la sociedad anticuada, improductiva y feudal y que niega al trabajador todo derecho a compartir las riquezas de la sociedad más allá de lo que su patrón paternalmente desee otorgarle. Esta situación ha sido condenada por técnicos, tanto nacionales como extranjeros, que han estudiado este problema en el siglo XX".

Anotan las desesperadas condiciones en que viven las clases bajas en los centros urbanos, los efectos de la desnutrición de que padecen y el bajo porcentaje de la población que participa o podrá participar en la dirección de los destinos del país.

---

[2] Número 97, marzo-abril de 1961.

"La exclusión de tan grande sector de la población de la participación en el desarrollo nacional —escriben—, sugiere que la tan celebrada democracia chilena es en gran parte un mito. Las superficiales demostraciones de la democracia han sido un modo de estabilizar el estancamiento nacional".

Resumiendo las sombrías posibilidades que al pueblo chileno se ofrecen para el porvenir, apuntan las siguientes:

1. Llevará en sus venas un alto porcentaje de sangre indígena, lo que será suficiente para estigmatizarlo, ya que las clases altas son notablemente conscientes de las diferencias raciales.

2. Será analfabeto.

3. Será en la mayoría de los casos hijo natural, sufriendo como resultado las consecuencias del ostracismo de las clases más privilegiadas.

4. Vivirá en condiciones insalubres y de promiscuidad.

5. A temprana edad se convertirá en un bebedor empedernido.

6. Estará expuesto a contraer enfermedades, entre ellas la tuberculosis, que en Chile alcanza una de las cifras más altas del mundo.

7. Si decide formar una familia probablemente no podrá proveer a las necesidades de sus hijos.

Reconocen que Chile ofrece el ejemplo clásico en la América Latina de que una clase dirigente fosilizada, "con su creciente horda de burócratas, puede perpetuar e intensificar la pobreza de las masas en medio de una abundancia relativa", y que la profusa legislación social dictada en los últimos treinta y cinco años no ha contribuido a cambiar la situación social. Entre los factores determinantes de esa condición deprimente anotan que la carga de impuestos que pesa sobre las clases bajas es muy superior al que soportan los grupos de mayores rentas.

Consagran los autores algunas páginas, llenas de agudas observaciones, a señalar los vacíos y las fallas de la política de los Estados Unidos hacia la América Latina, teñida de hondas incomprensiones. Recuerdan que los antropólogos norteamericanos, así como los de las Naciones Unidas, se encuentran actualmente, vitalmente preocupados del llamado problema andino, pero que no han encarado la cuestión de la asimilación, dentro del efectivo funcionamiento de la sociedad chilena,

de sectores rechazados y abandonados, en una población supuestamente homogénea.

Las críticas que hacen a la política del Departamento de Estado y las observaciones relativas a los anhelos de los grupos reformistas que propician reformas de vasta trascendencia social y económica, no son en manera alguna exageradas, y parecen inspiradas en el deseo de contribuir a mejorar las deterioradas relaciones entre los Estados Unidos y Chile.

La enseñanza pública

En el recordado debate político del Senado, verificado en los meses de junio y julio últimos, a las impresionantes versiones que se expusieron sobre las lacras que pesan sobre el régimen político, se sumaron otras que dicen relación con la situación social, dignas de meditación para el sociólogo y el historiador. Entre ellas merecen especial mención las que se refieren al déficit que pesa sobre el país en materia de artículos alimenticios, y a la crisis que atraviesa la vivienda, que gravita con pavorosa intensidad sobre las clases asalariadas.

Pero el cuadro más sombrío fue el que se trazó relacionado con la enseñanza pública, derivado del informe emitido por una comisión para el planeamiento de la educación chilena y presentado al Ministerio de Educación por el Centro de Planificación Económica. Según ese informe el 71% de la población del país está por debajo de los niveles culturales mínimos que requiere el proceso del crecimiento económico, existe un 42% de analfabetos, mientras sólo el 28% de la población tiene adecuada atención sanitaria.

Pero lo que más alarma a los espíritus reformistas, en un país con una larga tradición de educación laica, basada en una posición filosófica general como actitud ante la vida, es el progreso que ha realizado la Iglesia, con la ayuda del Estado, para llegar al monopolio de la enseñanza pública.

Ese progreso se ha realizado lentamente, con oportunismo característico, que la ha llevado a aprovechar toda coyuntura política favorable a sus miras proselitistas. Un ejemplo revelador de estos propósitos es el juramento de los cadetes de las Escuelas Militares, sancionado por un decreto del último gobierno del señor Ibáñez.

En una declaración pública, el partido radical señaló hace

pocos meses que la enseñanza pública pasaba por un período de confusión y falta de orientación, citando como ejemplos el inconsulto cierre de algunos establecimientos y las modificaciones introducidas en los reglamentos de exámenes y en los programas de estudio. Atribuía ese estado de cosas a la notoria ineptitud de los hombres dirigentes de la enseñanza y advertía al Ejecutivo cómo esos errores gravitarían fatalmente en el desprestigio del rígimen político. Pero, ese mismo partido, que tanta preocupación manifestaba por los rumbos impresos a la enseñanza, y que no podía ignorar la influencia ejercida en ellos por sus tradicionales adversarios ideológicos, no ha tenido repugnancia alguna en entrar a participar en las responsabilidades gubernativas, en un gabinete de coalición, régimen que siempre había repudiado como funesto para la dirección de los negocios públicos.

Los considerables avances y ventajas obtenidas por la enseñanza privada, determinó la organización de un Comando Nacional de Defensa y Desarrollo de la Enseñanza Pública, que en una declaración pública de 15 de septiembre de 1959 llamó la atención a las altas cifras de analfabetos y semianalfabetos que pesaban sobre la población, al abandono de los deberes culturales del Estado hacia la nación, que le impone la Constitución política, y a la alta cifra que por el concepto de subvenciones obtiene la enseñanza privada, que en 1960 llegó a quince mil millones de pesos, o sea unos quince millones de dólares.

"La opinión pública necesita también percatarse —decía—, que esta política de entrega de la función educacional a manos de los particulares, tiende a ahondar las diferencias de clases e infiere grave daño a la unidad nacional. En efecto, con los fondos provenientes del erario de la nación, y que por tanto han sido allegados por todos los chilenos, y principalmente por los sectores modestos, se está agravando una segregación educacional, en que los hijos de los ricos, a expensas de toda la comunidad, se educan en condiciones materiales hasta ostentosas, mientras que los hijos del pueblo, o no se educan, o lo hacen en establecimientos y condiciones muchas veces deplorables".

En un programa de siete puntos hizo un llamado a la juventud y a los intelectuales para promover la dictación de una legislación que canalice y amplíe los recursos financieros de la educación nacional; otorgue a las comunicaciones lo-

cales una mayor responsabilidad en el sostenimiento de las instituciones escolares; suprima de inmediato las subvenciones a la enseñanza particular pagada, destinando estos recursos a la creación de escuelas; suprima gradualmente las subvenciones a la enseñanza privada gratuita; cree formas más eficaces de control, de parte de los organismos técnicos educacionales del Estado, que se ejerza sobre la enseñanza privada en todos sus grados; mejore los sistemas de supervisión educacional; y promueva la dignificación de la carrera del magisterio, mediante los estímulos necesarios en el orden económico, social y profesional.

Mientras el cuadro político predominante en Chile no experimente una mutación profunda no hay posibilidad alguna de que este estado de cosas, contra el cual se rebelan los espíritus reformistas y los intelectuales, sufra cambio alguno. Los elementos reaccionarios, que creen por el momento clavada la rueda de la fortuna, no cejarán en su empeño de hacer de la enseñanza pública la herramienta eficaz para lograr la dominación absoluta, organizar una sociedad intensamente jerarquizada y utilizarla como medio para estrangular toda tentativa de modificación de la estructura social imperante.

La Iglesia a la ofensiva

CHILE no ha escapado a los efectos de la intensa ofensiva que la Iglesia ha lanzado en todos los países contra el comunismo, contra los esfuerzos desplegados en todas partes por dar al pueblo un alto nivel de vida, y contra todos los sectores reformistas. A toda tentativa orientada en esos propósitos se le pone la etiqueta comunista y contra ellas se desatan las furias reaccionarias profiriendo las injurias más atroces.

Un frío observador de la realidad social chilena, periodista de profesión, viendo el abismo profundo cavado en la situación predominante en Chile, donde no existe un régimen de opinión, y ante la posibilidad de que los elementos políticos opositores provoquen la subversión, amparados por la fuerte representación que han conquistado en el Congreso, apuntaba recientemente que sería una injustificable ceguera de los partidos detentadores del poder, no percibir en toda su intensidad el anuncio de los síntomas amenazadores, bajo la presión del egoísmo, reacio a propiciar transformaciones de

importancia que signifiquen sacrificios económicos. En su opinión deben cubrirse rápidamente tres etapas para eliminar el factor original del descontento y de la inquietud predominantes: la construcción de comunicaciones, la extensión de la educación primaria adaptada a las necesidades del país y la atención social y económica directa del proletariado, especialmente en las zonas rurales.

Aun cuando esta última afirmación está llena de vaguedad, cuantos se han ocupado en los últimos tiempos de la inquietud social predominante en Chile, no han dejado de reconocer la imperiosa presión de las necesidades impostergables. Un prestigioso economista, el señor Hernán Elgueta, reaccionando contra la tendencia a atribuir a la propaganda comunista todas las expresiones del descontento que sacude a las clases asalariadas, a que no ha sido ajena la misma Iglesia escribía el 21 de julio último:

> No podemos seguir engañándonos e insistiendo en el error de creer que la lucha contra el comunismo es cosa de propaganda, cuando se trata de dar al pueblo, con la mayor rapidez posible, un alto nivel de vida. Sólo los países que logran dar bienestar y justicia a sus pueblos, podrán mirar sin temor el comunismo. Para los otros, para los ciegos, para los inconscientes, para los incapaces de superar este gran desafío de la hora actual, el comunismo seguirá siendo un peligro inminente, que pretenderá ser el único llamado a transformar, a través de la violencia y la sangre, un sistema económico que todos sabemos injusto e inestable, pero que no hemos sido capaces de cambiar.

Pero la Iglesia en su ofensiva para acentuar su influencia, ha buscado todos los caminos. Aun cuando la Constitución política consagra el régimen de separación y abolió el patronato, su perseverante intervención en la cosa pública se ha ejercido en los últimos tiempos en forma constante. Su ideal ha sido el de apoderarse de la dirección de la enseñanza pública, mediante el apoyo a sus simpatizantes en todos los cargos claves que tienen el control de ella, pero sin despreciar aspecto alguno de la administración pública que pueda servir a sus propósitos.

Ejemplo el más elocuente de ello es el Reglamento del Servicio de Capellanes de Prisiones, sancionado por el Minis-

terio de Justicia por un decreto de 4 de mayo de 1961, y que mereció el rechazo de la Contraloría General de la República. Ese Reglamento decía en relación con la acción religiosa de los capellanes de la Iglesia Católica en el servicio de prisiones, que se dispensaría a los reclusos y a las personas sujetas a medidas de protección social por el mismo servicio.

La Contraloría General observó en primer término que el Reglamento era inconstitucional, por cuanto la Carta asegura a todos los habitantes de la República la manifestación de todas las creencias, la libertad de conciencia y el ejercicio de todos los cultos, que no se opongan a la moral, a las buenas costumbres o al orden público, garantía que la autoridad administrativa tenía el deber de hacer efectiva, permitiendo a las personas confinadas en los establecimientos carcelarios y penitenciarios de la República que profesasen religiones distintas de la católica, recibir la asistencia espiritual de los Ministros de sus respectivas confesiones, y ejercitar libremente sus cultos, materia sobre la cual el reglamento no contenía disposición alguna.

El mismo organismo repudió igualmente la disposición que señalaba normas sobre las actividades que debían desarrollar, en el ejercicio de su ministerio, los capellanes del servicio de prisiones, y otra que admitía la posibilidad de que pudieran ser asesorados por catequistas mujeres en los lugares donde no existieran casas correccionales.

Este episodio, aun cuando no de gran importancia, es harto revelador del espíritu que anima a la Iglesia en sus relaciones con el Estado, en cuyos más altos representantes ha encontrado, no sólo el apoyo más decidido, sino que el acatamiento más incondicional a su propósito de lucha.

Lo que vendrá

EXPUESTOS los rasgos de la estructura económica y política, no resultan sorprendentes, para el observador de la realidad social, las manifestaciones de honda inquietud, porque ha atravesado el país austral.

En un mundo convulsionado, agitado por complejos problemas, resultaría infantil buscar paliativos. O se encaran reformas profundas, o se producirán mutaciones imprevisibles. ¿Qué cauces buscará esa inquietud, o por qué caminos se

desbordará? Desde luego puede anticiparse que el futuro se encuentra preñado de amenazadoras interrogaciones, que en opinión del autor de estas líneas podrán traducirse en las siguientes expresiones:

1. Un quebrantamiento del régimen jurídico y el establecimiento de un gobierno de fuerza, como medio de reprimir la agitación dominante. En el Senado se ha denunciado el hecho de que no le han faltado al Ejecutivo los consejos en el sentido indicado.

2. La ruina del orden de cosas imperante, con la consiguiente caída del régimen jurídico, como consecuencia de una profunda agitación social.

3. La posibilidad de buscar una solución política, eliminando de las responsabilidades gubernativas a los partidos extremos, y entregando la dirección de los negocios públicos a los partidos de arraigo popular. En opinión del autor esta posibilidad es la más remota.

4. El mantenimiento de la situación actual, con ligeras modificaciones determinadas por la incapacidad de algunos dirigentes, hasta las elecciones presidenciales en 1964, en las que no hay duda que las fuerzas de la izquierda obtendrán un triunfo resonante, preñado de promisoras consecuencias.

RETRATO A LÁPIZ DEL ECUADOR Y SU CULTURA

Por *Benjamín CARRIÓN*

I

La colonia y un poco de república: literatura y plástica

CREO en la supervivencia de los pueblos pequeños. De las "pequeñas patrias", como los llamo en un libro que tengo en preparación. Insisto en llamarlos pueblos o patrias, para evitar toda connotación de carácter político que se prestaría a confusiones y malentendidos. Pueblos o patrias, no siquiera "naciones", para eludir interpretaciones que, dentro del Derecho Internacional, incluyen significación política.

Por lo mismo, no defiendo las parcelaciones ni los separatismos. Creo, vale más, en los movimientos de integración de varios Estados pequeños que constituyan conglomerados políticos más amplios que, acaso, propicien y preparen la unidad total.

Creo, en consecuencia en la realidad objetiva —histórica, étnica, geográfica, folklórica, vital— de muchos pueblos, de muchas patrias hispanoamericanas. Entre ellos, mi pueblo, mi patria, el Ecuador.

No voy en esta ocasión a intentar el alegato de mi tesis. Se necesitarían libros de libros para ello. Y se requeriría la participación de especialistas: el geólogo, el etnólogo, el antropólogo, el historiador, el sociólogo y el político. Y la más valiosa aún del poeta porque, según lo afirma Burckhardt: "La poesía suministra a la historia una imagen de lo que es eterno en cada pueblo".

Sencillamente, voy a recordar cómo los pueblos y las patrias, viven su peculiaridad, su "vocación" dentro de los linderos políticos del Estado o la Nación: por ejemplo, en Francia, considerada como el Estado políticamente más unificado de Europa, viven su peculiaridad, su originalidad, su "vocación",

pueblos tan disímiles como el bretón y el provenzal, el normando y el vasco, el borgoñón, el catalán y el habitante de la Isla de Francia. . . ¿España?, es un mosaico: el enclave euzkadi está muy lejos de la vega granadina, de la vertiente andaluza; como en vida y obra difieren Iñigo de Loyola y Lope de Vega, don Miguel de Unamuno y Juan Ramón Jiménez. . . Entre el catalán mediterráneo y el gallego atlántico, hay abismos de diferencia vocacional, de actitud ante la vida, de esencias humanas. Igual cosa puede afirmarse respecto del castellano, nuevo o viejo de la meseta austera y fría y el levantino cálido. Entre Santa Teresa y José Luis Vives. . . La cosa es para no acabar.

Mi "pequeña patria" el Ecuador, es una provincia de Latinoamérica. Provincia pequeña, como lo es Venezuela, Honduras, Chile, Costa Rica, Cuba, Haití o Colombia. Como son provincias grandes México, Brasil, Argentina. Pero el Ecuador es una provincia con personalidad acusada y auténtica. Tan clara que, aun en el día en que se congreguen políticamente los Estados Unidos de América Latina —¿por qué no?— previvirá con sus peculiaridades dentro de ellos. Esos Estados Unidos de América Latina, que serán más grandes, más ricos, más poblados que los actuales Estados Unidos de América Sajona, que nos tomaron medio siglo de ventaja en la independencia, la unidad y la riqueza; pero a los que habremos de alcanzar y superar, aun cuando nos pongan toda clase de obstáculos para ello. No lo veré yo, seguramente. Pero me han nacido ya ojos de hijos y de nietos para que lo vean.

Por eso voy a intentar ahora el cuento de mi pueblo en el itinerario de su vida en la cultura. Voy a narrar los pasos de mi pueblo por los caminos del arte, de la literatura. A tratar de mostrar cómo, a lo largo de nuestra historia, hemos demostrado adhesión permanente a dos constantes de nuestra corta vida: Cultura y Libertad.

En la inicial republicana, entre colonia y república, aparece como un signo marcador de líneas permanentes, acaso podríamos llamar vocacionales, la figura más importante de nuestra cultura y de nuestras luchas por la libertad: Francisco Eugenio de Santa Cruz y Espejo. Con esos largos nombres, a pesar de ellos, el indio Espejo —cuyo nombre real era *Chushic,* búho,

lechuza— libró los primeros combates por la independencia y la cultura del Ecuador. Es considerado uno de los precursores, con el colombiano Antonio de Nariño y el venezolano Francisco de Miranda, de la emancipación de lo que luego sería la zona bolivariana de la América del Sur.

Espejo, el indio Espejo, es nuestro héroe civil más importante: médico, literato, polemista tremendo, conspirador e insurgente. Escribe su *Memoria sobre el corte de las quinas* —la quina, cuyo alcaloide es la quinina, es el árbol nacional del Ecuador, donde fue descubierto y se lo halla en los bosques semitropicales— y su *Tratado sobre la viruela,* en el cual —nos place repetirlo a los ecuatorianos— Espejo se anticipa, tiene una prenoción de las teorías microbiológicas de Pasteur. . . Habla de "unos corpúsculos invisibles" que son, a su entender, los transmisores de la terrible epidemia.

Espejo escribe su obra mayor, *El Nuevo Luciano de Quito* en la que expone sus teorías literarias, sus dotes de polemista. . . muchas obras más, pero sobre todo su proyecto de constitución de una república independiente en las colonias españolas de la América del Sur, lo sitúa en su ubicación más concreta: la de héroe civil de las luchas de la independencia. Al fundar la *Sociedad Económica de Amigos del País*, Espejo constituyó, en verdad, un club conspirativo para luchar por independizarse de España. Organo de esta institución revolucionaria disimulada, fue el primer periódico aparecido en esta colonia: *Papel Periódico Primicias de la Cultura de Quito.*

Como era de esperarse, cayó bajo la represión colonial. Y así, Espejo, el indio Espejo, libertador y sabio, prefigura con su obra y su martirio la vocación histórica de su país.

A los ecuatorianos nos entusiasma esto de tener nuestro héroe indio —además de las figuras mitológicas de Atahuallpa y Rumiñahui— en plenitud de mestizaje cultural con lo español. Héroe sin clarines, sin espada desenvainada, sin caballo caracoleante: bibliotecario —el primer director de la Biblioteca Pública del Hospital de San Juan de Dios— médico, botánico, profesor, sangrador, panfletario, legislador, predicador, conspirador y, al tono de la época actual, ensayista. Nuestro primer ensayista.

Espejo no mató nunca hombres en la "gloria" de los campos de batalla. Lo haría acaso como médico. Sus lides las peleó en el libro, en el "papel periódico", en los consejos de la conspiración.

¿Espejo un signo? Queremos creerlo así, con una esperanza un poco supersticiosa. Así lo enseñamos en nuestras escuelas, sobre todo en la época moderna. A nuestros niños les decimos: miren a Espejo, indio de cultura española —iba a decir "occidental", pero lo advertí a tiempo—, es lo mejor que hemos producido, y ese "mejor", es bueno. No hay para descorazonarse ni por aquello de tropicales, que se lo dice peyorativamente, ni por lo de indios, que se lo dice insultativamente. Con todo eso: trópico, indios, volcanes y este sol y este suelo maravillosos, vamos a hacer una patria, una pequeña patria, provincia de América, provincia del mundo.

Porque nuestro país a pesar de la triste experiencia de vecinos y amigos, a pesar de la triste experiencia del panamericanismo y del Sistema Interamericano, a pesar de las imposiciones coloniales y de los abusos del dólar, a pesar de las mutilaciones territoriales que ha sufrido, unas veces por las buenas y otras por las malas; nuestro país, digo, no es un país especialmente amargado o derrotista. No es, créanmelo, un país muy gravemente aquejado de complejos de inferioridad nacional o internacional. Y si no es un país en el que predomine el optimismo —ni faltaba más— sus épocas de desánimo obedecen a problemáticas distintas: la heterogeneidad racial, que hasta hoy no ha podido ser dominada, menos aún aprovechada; la diversidad geográfica de Sierra, Costa y Oriente, con peculiaridades distintas, con trópico de tierras altas y trópico de tierras bajas; esa diversidad que, en vez de ser estimulantemente aprovechada, ha dado origen a uno de los fenómenos más nocivos y retardatarios de nuestra historia: el regionalismo; regionalismo que —nada vale la fácil actitud de avestruz para no verlo— ha significado animadversión constante, odiosas rivalidades permanentes, que han degenerado en guerras internas, como la de Miñarica, en enero de 1835, que prolonga la dominación extranjera de Flores, tan feroz que, siendo tres mil los combatientes de ambos bandos, los muertos pasan de novecientos. . . Ya la feroz carnicería de enero de 1912, entre Sierra y Costa, que en Huigra, Naranjito y Yaguachi, deja más de seis mil muertos y que tiene el epílogo trágico de la inmolación del Gral. Eloy Alfaro y sus tenientes, el 28 de enero, la fecha más salvaje y maldita de la patria, en la que, al grito de ¡Viva la Religión! ¡Abajo los masones!. . ., se asesina, se mutila *post mortem*, se arrastra por las calles de Quito y se incinera, en una

pira de caníbales, al hombre más ilustre, al único revolucionario que ha tenido este país.

PERO sin duda, la mayor razón para que el Ecuador haya sido y sea, históricamente, una región de América Latina atrasada, de poco ímpetu progresista, es la no incorporación del indio a la vida nacional, al "equipo de trabajo" del país. El indio no consume ni produce. Además, o a causa, de la dominación, existe el apartamiento, la separación, acaso más horribles que la "discriminación" de los negros en la civilizada democracia norteamericana. A los negros en esa democracia perfecta, se los odia, se los desprecia, se los aparta, se los asesina. A los indios, en nuestra democracia inferior, "subdesarrollada" se los explota como bestias, peor que a bestias, porque además de exprimirlos hasta el zumo, hasta la esencia de su debilitada fuerza de trabajo, se los deja morir de hambre. Sin literatura: m-o-r-i-r d-e h-a-m-b-r-e. . .

Ese mar de fondo, ese subsuelo humano, realmente no ha entrado en las páginas de nuestra historia. Nuestra historia, como la de casi todos los países hispanoamericanos, es una "historia de superficie". Una historia del hacer o deshacer de las clases, de los estadios dominantes o dominadores de la sociedad. La historia nuestra vejanca pretensiosa, se arremanga las faldas para no mancharlas de lodo y excrementos. Nuestra historia se queda por allá arriba, en la anécdota frívola o superficial, bárbara o cómica, de las castas directoras. . . Y, como dice un historiador venezolano, nos quiere hacer creer que Bolívar —y por eso se le puede perdonar el haberse alzado contra la monarquía— era un aristócrata que hacía el heroico deporte de la libertad y. . . "orinaba agua de colonia. . ."

Más bien la literatura, novela, poesía, ensayo, y las artes plásticas, singularmente la pintura, han querido llegar por allí, por la verdad verdadera, que no necesita papeles de archivo, sino huesos de hombres, para saber la tragedia nacional en el pasado.

Por esos famosos documentos de archivo —esos elementos seguros de tergiversación y de mentira— sabemos las trapacerías del Gral. Juan José Flores, el tragicómico "Fundador" de la república, desprendiéndola de la Gran Colombia de Bolívar; la "santidad" de García Moreno, el torvo y siniestro "santo del patíbulo", las costerías de las gentes gobernantes. . .

Casi nunca un historiador ecuatoriano —con la excepción acaso del Arzobispo González Suárez, que contó la depravación de los curas en la época colonial y la pobreza del pueblo— se ha acordado del hombre común, del habitante, del pueblo, sujeto principal de la historia. De la gran masa humana indiferenciada, olvidada, explotada, utilizada únicamente como animal de labor, acaso menos que un buey de arado o un asno de tiro.

Nosotros queremos saber la historia de la patria, del pueblo de la patria. Y en la historia, su raíz esencial, no por los caminos superficiales y engañosos del documento oficial, del papel del archivo público. Queremos saberla por las expresiones de la cultura, testigos indicadores de las rutas auténticas que ha seguido y que, acaso, seguirá nuestro pueblo, si no es mal conducido, si no es descaminado por influencias extrañas que pueden causar deslumbramientos pasajeros.

LA primera etapa —cronológicamente— de la expresión cultural ecuatoriana, de la predominante, de la primordial, se realiza por dos caminos principales: las artes plásticas, escultura y pintura; y en el plano literario, el ensayo polémico, el panfleto de lucha, el insulto y la diatriba. Claro que tenemos poesía, historia, hasta un poquitín de novela en las épocas iniciales. Pero no es por allí por donde nos ha llamado Dios. No todavía. Tenemos un poeta épico que se realiza en odas heroicas: José Joaquín Olmedo y sus dos grandes cantos: el de Junín y el de Miñarica. El uno a una gran batalla de la libertad y al más grande de los libertadores, Bolívar; el otro, a una batalla regionalista y de ambición, en la que el militar extranjero con sus mercenarios, domina el anhelo nacional de libertad verdadera. Hemos tenido también historiadores; uno de ellos, en la Colonia, nos hace una bella novela fantástica, dentro de la gran tradición de Heródoto: es el Jesuita Padre Juan de Velasco, contra el cual han clamado, en nombre del documento, del papel oficial, los historiógrafos.

¿Novela? En realidad muy poco, casi nada. Al mediar la época garciana, el Sr. Juan León Mera escribe *Cumandá,* episodio romántico con transposición de mente y sensibilidad europeas en figuras desdibujadas de salvajes, de jíbaros de la región selvática oriental.

En cambio, el ensayo polémico, el panfleto, la diatriba, el insulto, son las auténticas, hasta podríamos atrevernos a decir

las únicas formas de expresión de la cultura literaria en las horas del nacimiento del Ecuador a la vida republicana. Espejo es panfletario, lo hemos dicho ya. Vicente Rocafuerte, ese "aventurero de la libertad", es panfletario. Va a Europa en pleno romanticismo. Pertenece a aquella época privilegiada en que las zanjas nacionales no se habían cavado aún profundamente, y podía la América Latina darse el lujo de tener hombres que, nacidos en cualquier lugar del inmenso territorio latinoamericano, eran en realidad ciudadanos de todo el Continente. Así Miranda, Monteagudo, Andrés Bello, Vicente Rocafuerte. El guayaquileño sirvió a México, a Cuba, a Colombia. Hasta que al fin fue reclamado por el deber de dar en su patria la batalla de la liberación. Panfletario, insultador terrible: se enfrenta con el soldado mercenario que se daba ínfulas de "Fundador" de la República, al que encuentra, a su regreso de países de América y Europa, de amo y señor de su país natal: Juan José Flores.

Vicente Rocafuerte es un panfletario violento, un insultador extraordinario. Su capacidad de diatriba contra Flores es realmente magnífica. Su aporte como constructor y educador es solamente superado por su aporte a la literatura de combate, expresión originaria de la cultura en los años de entre-colonia-y-república.

¿Y García Moreno? El tirano siniestro —el único verdadero tirano de la historia ecuatoriana— al que los jesuitas y los obispos quieren elevar a los altares católicos; a pesar de sus manos teñidas en sangre y de sus labios manchados de improperios, tuvo su mejor época cuando, aún mozo, libró sus combates contra Flores también; luego contra su principal adversario, el Gral. Urbina; contra sus oponentes parlamentarios; contra los curas, contra su terrible enemigo en el campo de las ideas: Juan Montalvo. Nadie olvida aquella brutal invectiva, blasfema en sus labios de misacantano y tragahostias: "Flores es hijo de p. . . antes del parto, en el parto y después del parto. . . y siempre hijo de p. . .".

A Montalvo se le pueden discutir muchas cosas: su maestría de ideas; su alejamiento del pensamiento universal circundante; su liberalismo condicionado a muchas cosas; su franca afición a lo aristocratizante, a lo ornamental. . . A Montalvo se le puede discutir su empeño arcaizante en materia de idioma y estilo. . . Lo que no se le puede discutir es su formidable capacidad de diatriba, su poder de insulto, su inagotable facul-

tad de adjetivación hiriente. LAS CATILINARIAS, es la expresión más elocuente de lo que puede la pluma como instrumento tajante y contundente. A García Moreno le dice cosas terribles, pero como a un adversario de verdad, que puede contender con él en el mismo terreno. A Veintimilla en cambio, lo destroza, lo escupe, lo arrastra contra el suelo. Muchas de las observaciones de mis amigos Anderson Imbert y Manuel Pedro González, severas, duras, contra el gran panfletario ecuatoriano, pueden ser aceptadas. Pero lo que deben reconocer es que —y ellos son de la orilla de la justicia y de la libertad— siempre la posesión de Montalvo estuvo frente a las dictaduras, las tiranías, contra la injusticia de las gentes y por la libertad. Porque Montalvo a mediados del siglo XIX, como Espejo al final del XVIII, representan eso que creemos es la constante del hombre de cultura en el Ecuador: estar siempre del lado de la defensa de la libertad, en lucha contra la tiranía y la injusticia. Podrá amenguar el prestigio del hombre de ideas, aun el del escritor. Pero Montalvo, en América continuará siendo el portaestandarte de la rebeldía de la inteligencia. Mientras tantos —sobre todo en la era modernista de la poesía hispanoamericana— se rindieron a tiranuelos de sus patrias y aun se pusieron a sueldo de tiranuelos de otras patrias que no eran la suya, Montalvo, Dn. Juan Montalvo, quijotesco, erguido, se mantuvo siempre, en su pobreza decorosa, en su destierro interminable, como un centinela de las libertades, como un azotador implacable de los tiranos y los tiranuelos. A los ecuatorianos, eso nos satisface.

¿CÓMO explicar las cosas? Mientras nuestra expresión literaria inicial fue la diatriba, la polémica, el insulto, en cambio nuestra expresión plástica, principalmente de tema religioso, tiene una dulzura humana que modifica sustancialmente el *tenebrismo*, español de esa época, para convertirse en algo mitigado, cuando el tema es de tragedia como la Pasión, o en algo idílico cuando se trata de los otros motivos religiosos.

Y en medio de todo eso: la ironía, lo burlesco, sobre todo en escultura. Esos monigotillos pedestres o a caballo —en asno realmente— que completan los *nacimientos* o *belenes* parecen figurillas escapadas de páginas de la picaresca. En madera principalmente, pero también en yeso, en barro, en escayola. Parecen inspiradas por Dn. Pablos o el Lazarillo, solamente

que caballeros en burros. Eso sí, policromados o por lo menos, rústicamente pintados o pintarrajeados.

Con excepción de algunos españoles o criollos, como el padre Carlos, Diego de Robles, Bernardo de Legarda, los principales escultores de la *Escuela quiteña,* son indios, indios puros.

Sobre todos, españoles, criollos e indios, sobresale Manuel Chili, cuyo nombre de arte es CASPICARA. Sus esculturas, de una plácida y adorable belleza nos desconciertan en todo intento de interpretación. Sus Cristos en agonía o ya muertos, sin el anecdótico patetismo de la sangre en coágulos, de las heridas lívidas o amoratadas, tienen una beatitud casi divina. Este indio, seguramente, superó la concepción africana del Cristo ajusticiado, casi vengativo y, probablemente a través de enseñanzas más humanas de frailes compasivos, como el buen flamenco fray Jodocko Ricke, entendió el cristianismo como una doctrina de bondad y de perdón y al Cristo mismo, como un Dios perdonador, amoroso, sin ira y sin venganza; en el que hasta el dolor es dominado, casi diríamos alegrado por el amor. Su obra maestra acaso, EL DESCENDIMIENTO, es un poema de dolor humano un poco a la manera griega, en que las mujeres, en torno del cuerpo en dulce desmayo del crucificado, comentan dulcemente el sacrificio divino, considerándolo acaso como inevitable y necesario.

Caspicara amaba las figuras que esculpía. No hay esa vengativa actitud del Greco, insinuada por Marañón, frente a las imágenes cristianas de Jesús, la Magdalena, los apóstoles, el mismo Niño Dios, al que pinta gordinflón y grotesco, y sobre todo los ángeles "intersexuales y oníricos", según el decir del psiquiatra español, en los que se solaza rencorosamente el judío obligado a pintar cosas contrarias a su fe.

Caspicara —y esto muy en honor de España— ama las representaciones religiosas que han traído los conquistadores: Cristo niño o crucificado, Cristo resucitado, con el que hace una de sus más extraordinarias creaciones, pues halla la forma —¿inspirado por quién o por qué?— de hacer de Jesús un Apolo de belleza pagana, de encarnadura suave, sin insinuaciones de intersexualidad. ¿Y los niños-dios?, gorditos, suavecitos, invitando a la caricia por sobre sus nalguitas gordezuelas, casi siempre con la dulce ingenuidad del sexo no cubierto.

El otro gran indio de la escuela quiteña de escultura es Olmos, cuyo nombre de arte es PAMPITE. Pero a diferencia de

Caspicara, que parece haber superado la influencia española y, acaso, recibido más bien influencias flamencas o italianas y, sobre todo, impuesto su propia expresión, Pampite esculpe Cristos sangrantes y llagados, con un rigor anatómico extremado, pero en los que se ve el mandato, más aún que la influencia, de un clero español fanático que quería convertir indios por el terror y por la sangre antes que por el amor.

La escultura quiteña de los siglos XVI, XVII y XVIII, produce al fin el mestizaje artístico, como lo producirá igualmente la pintura. La expresión más auténtica de ese proceso de transculturación, es la figura del escultor criollo Bernardo de Legarda, de origen español como el gran padre Carlos, al que puede llamarse el creador de la escuela quiteña de escultura, sin desprenderla desde luego de la española del Montañez, cuyas líneas esenciales sigue.

LEGARDA es la culminación de la escultura quiteña. Y su *Inmaculada Concepción,* llamada cariñosamente *Nuestra Señora de Quito,* se aparta fundamentalmente de las influencias extranjeras, sean españolas o italianas. Y sin ser india todavía, es el retrato de una muchacha quiteña jubilosa, en movimiento de danza, sin esa elevación mística de los ojos que caracteriza a las Inmaculadas de Murillo. Me atrevo a pensar que en ninguna iconografía mariana, se ha tratado con tan confianzudo afecto, como quien trata de tú a la Virgen, Pequeñina regordeta, casi alegre: la luna y la serpiente, a la que lleva precavidamente encadenada, parecen unos juguetes o acaso aún mejor, los atuendos o utensilios de una danza.

LA pintura colonial quiteña tarda acaso un poco más en desprenderse de influencias europeas, españolas o italianas. Y lo que es de anotarse: de lo español y lo italiano, toma principalmente el tema religioso, a través de los tenebristas, de Ribera el *Spagnoleto* y, singularmente, de Bartolomé Esteban Murillo. De éste solamente lo religioso también, sin preocuparse de aquella pintura realista murillesca de pequeños mendigos y de viejas piojosas.

¿Velázquez? ¿El Greco mismo? No aparecen, sobre todo el primero, dominador absoluto de la pintura española y aun europea de su tiempo, pintor de los reyes y las cortes. Mientras en la escultura, hallamos ese sinfín de figurillas de retablo, de

nacimiento y de Belén, caricaturescas, alegres; en cambio en la pintura todo es trascendental, con franca tendencia a lo trágico.

Miguel de Santiago es el representativo mayor de la escuela quiteña de pintura. Criollo, mestizo, crecido principalmente a la sombra de las órdenes religiosas coloniales, singularmente de la de San Agustín, es a la glorificación de esta orden y de su patrono el gran santo africano, que dedica la mayor parte de su pintura. Con todo, se escapa de esta línea rigurosa y, sin salir de lo religioso desde luego, pinta cuadros amables, llenos de dulzura como esa *Mater amabilis*, en que representa a la Virgen con la fisonomía y el vestido de una bella señora quiteña de su época, con la clásica manta o mantilla, y rodeada de una verdadera corona de angelitos gorditos, algunos sonrientes y alegres, otros curiosos, los más indiferentes.

Su principal discípulo es NICOLAS XAVIER DE GORIBAR, según parece más allegado a la orden jesuítica, pues es en la iglesia de la Compañía donde se encuentra su famosa colección de *Los Profetas,* cuya paternidad le ha sido discutida, tratando de atribuirla al hermano fray Hernando de la Cruz, jesuita lego, español o nacido en Panamá de padres españoles. Parece que el entredicho se ha resuelto a favor del pintor quiteño; al cual le quedaría, por supuesto, la famosa y acaso más bella serie de *Los Reyes de Judá*, pintada para el convento de los dominicos, si no fuera ya incontestable la autenticidad goribaresca de los profetas de la Compañía. Mientras su maestro y tío Miguel de Santiago era más inclinado a la composición, a los cuadros con pluralidad de personajes, que a momentos nos recuerda una lejana influencia —muy lejana— de ENTIERRO DEL CONDE DE ORGAZ, del Greco: Goríbar es un autor de retratos retrospectivos, principalmente, como en las series que hemos indicado.

Muchos nombres, anteriores y posteriores a estos, constituyen la verdadera legión de pintores de la escuela quiteña en los siglos XVI, XVII y XVIII. Españoles establecidos, criollos de primera o segunda generación, mestizos y algunos indios. Pero éstos, fueron principalmente a la escultura, como acabamos de ver.

Culmina la escuela quiteña de pintura con la gran figura de MANUEL SAMANIEGO. Temas religiosos también, pero con tanta intervención de paisaje americano, con tanta luz quiteña que hacen de Samaniego el primer pintor de franca inspiración mestiza. Hay tanta claridad idílica en sus Divinas Pastoras, tanto prado, rosas claras y borreguitos diminutos, que hasta le

quitan esa religiosidad austera de lo español, para comunicarle una cosa más pueblo, más cercana a la comprensión y la devoción de las gentes humildes. La franca y luminosa coloración de Samaniego hacen de él, realmente, el precursor de los nuevos movimientos de pintura quiteña. Podría aceptar —*toutes propotions gardées*— la ubicación cronológica de un Cézanne respecto de la moderna pintura francesa y universal.

II

La época actual: Literatura y plástica

AVATARES políticos del Ecuador: primero, parte de la Gran Colombia, con todo el territorio de los antiguos *Reino de Quito* de los Caras *Anti-Suyu* de los Incas; con todo el territorio de la Audiencia y Presidencia de Quito de la época colonial. Luego, cuando los generales ambiciosos de Bolívar reclamaron en poder y tierras los servicios prestados a la independencia de América, mientras un venezolano, Páez, se queda con Venezuela y un colombiano, Santander, se queda con Colombia; es otro venezolano el que empuña el actual estado ecuatoriano, Juan José Flores; un ecuatoriano, José de Lamar, empuña el Perú; y a otro venezolano, insigne de verdad, Antonio José de Sucre, le reservan el Alto Perú, con el nombre de República de Bolívar o Bolivia.

La República avanza penosamente, con una constitución política y unas leyes copiadas de Francia, principalmente, y luego de los Estados Unidos. Como casi todos los países de América del Sur. Se aferra al unitarismo presidencial y, rodeada de vecinos que quieren ser cada vez más grandes territorialmente, para que en los mapas les pinten una extensión mayor, va perdiendo su territorio unas veces por las malas y, las más, por las buenas, entre arrumacos de amistad, fraternidad y buena vecindad. . .

EN literatura, se sumerge como todas sus hermanas en las dulcedumbres románticas de lago y luna. No siquiera en el gran romanticismo vocinglero y rebelde de Hugo. Pero allí están, lo hemos dicho, los grandes panfletarios, que ya hemos nombrado.

El realismo nos ofrece algunas buenas muestras en la novela, que apenas se insinúa con *A la costa,* de Luis A. Martínez. Un realismo posterior al francés grande de Balzac, Flaubert, Sthendal o Maupassant. Más cercano del naturalismo de Zola, pero a través de los españoles, singularmente de Galdós.

El modernismo nos encuentra desprevenidos. Poco podemos aportar a ese gran movimiento lírico que, acordándose muy poco de su raíz americana, hace poesía sin duda magnífica, pero machihembrada con la lírica francesa simbolista y pos-simbolista. Mientras países fraternos, grandes y pequeños, se hacían representar en la justa modernista con figuras grandes como Rubén Darío, Herrera y Reissig, Guillermo Valencia, Lugones, Amado Nervo...

Años después, cuando el modernismo grande decaía, nosotros asomamos, los ecuatorianos, con un grupo de jóvenes poetas, muy buenos poetas sin duda, atacados de nostalgia por Europa, desterrados en su propio país, sinceramente emocionados por incitaciones lejanas y, sobre todo, por las drogas heroicas: Arturo Borja, Ernesto Noboa Caamaño, Humberto Fierro y el más joven y fecundo, Medardo Angel Silva que, apenas pasados los veinte años, se cortó la vida de un pistoletazo... Al modernismo también aportamos un buen estilista, muy depurado, muy castizo: Gonzalo Zaldumbide.

El gran ramalazo de la Primera Guerra Mundial, la Revolución Rusa, el fascismo. La aparición, en los campos científicos de las teorías e investigaciones freudianas. Pero por sobre todo, las grandes crisis económicas desencadenadas tras el cataclismo de 1914 a 1919, produjeron un impacto definitivo en la vida de mi país —como en todos— y ese impacto, esa tremenda incitación, tuvo su respuesta en las dos líneas de la producción cultural ecuatoriana: la literatura, muy especialmente en la narrativa, novela y cuento; y en las artes plásticas, muy especialmente en la pintura.

Los años veintes fueron de recogimiento, de pavura, de preparación. La muerte, la muerte en grande, en cantidades colosales, había blanqueado huesos en casi toda la superficie del mundo. Menos en esta América que dedicó su esfuerzo, la del norte sajón, en fabricar armas y municiones para que se maten las gentes; la del sur, india y latina, a sembrar bananos y café, mieses y frutas, para que se alimenten bien los fabricantes

de armas —bien y a poco precio— y se alimenten también los matadores de hombres. Esos años veintes hicieron un aporte valioso: los poetas de la resurrección: Jorge Carrera Andrade, de voz universal; Gonzalo Escudero, Miguel Angel León y Augusto Arias.

Con todo, en esos años veintes, se inicia el movimiento pictórico que pudiéramos llamar realista, influenciado poderosamente por el gran movimiento de los muralistas mexicanos. El impacto de la pintura de Diego, de Orozco y Siqueiros, golpeó a todo lo largo de la América Latina, especialmente en aquellos países que, como el Ecuador, tienen una poderosa población indígena. Cosa parecida ocurrió en el Perú. El realismo indigenista cubre una parte muy importante de la pintura de los últimos cuarenta años; y ni las tendencias hacia la abstracción, que han ganado prosélitos en muchos países de América —sin que hasta este momento aparezca una personalidad de genio— han sido bastante fuertes para dominar esa corriente autóctona que, por lo espontánea y vital, no entra dentro de clasificaciones ni ordenaciones de fácil denuncia. La cifra más importante de nuestra plástica actual, Oswaldo Guayasamín, es la expresión auténtica de la nacional, con mestizos, con indios y con negros.

GUAYASAMIN es un verdadero caso dentro de nuestra plástica. No por la temática ni por lo que se ha dado en llamar "el compromiso". Representa el poder invencible de una personalidad excepcional, capaz de mirar con anchura ciclópea la aventura humana dentro de la cual se halla inmerso. ¿Influencias? Es posible. Aquellos reclamadores de originalidad, que quisieran que cada escritor, pintor o músico inventaran en su obra la literatura, la pintura o la música, son simplemente inteligencias subalternas, que piden al trabajador del arte cosas totalmente subalternas. El arte es la obra conjunta del hombre, en el espacio y en el tiempo. Colaboran en él los siglos, los continentes, las razas, las doctrinas. Exigir originalidad absoluta dentro de la cadena de la especie, sería tan imbécil como exigir que cada pareja humana trate de engendrar hijos diferentes. . .

Guayasamín es hijo de su tiempo y de su pueblo. Y con su arte, acaso sin proponérselo, sirve a su pueblo y a su tiempo. Pero con afincamiento de su personalidad arrolladora y, sobre todo, con voluntad de arte, irresistible. Y con poder de arte. No es este el lugar para intentar la interpretación del caso Gua-

yasamín y de su obra. Apasionadas polémicas se han desatado en su torno, sobre todo porque no se ha doblegado, no ha cedido y, como un toro salvaje, ha pasado por sobre todas las incitaciones de la moda y de la escuela y se ha dado entero en su obra.

La literatura realista se retrasa un poco respecto de la plástica. Hemos convenido en señalar el año de 1930 como el de la aparición en forma masiva, casi pudiéramos decir que "en equipo", de la novelística ecuatoriana realista, indigenista y "montubia".

El libro de cuentos *Los que se van...*, escrito en fraternidad artística y humana por Demetrio Aguilera Malta, Joaquín Gallegos Lara y Enrique Gil Gilbert, nos trae el descubrimiento de "el grupo de Guayaquil", creador de la novela *Montubia.* Y es que, inesperadamente, había irrumpido en el ambiente literario ecuatoriano, una nueva expresión de inteligencia y sensibilidad, diversa del romanticismo un poco chirle que había dominado cansinamente etapas anteriores. Era, con términos de ahora, "la nueva ola" que rompía la paz de las playas tranquilas.

Con *Los que se van...* nace el realismo en el relato ecuatoriano y esa literatura de "denuncia y protesta" de que tanto se ha hablado. En un ambiente pacato, pudibundo, estalla la "mala palabra", la palabra popular sin almidonamientos ni perfumes. Y lo que es aún más grave, estalla la verdad: verdad de tema y verdad de expresión. Los "cinco como un puño" dominan el ambiente asombrado, casi escandalizado. Hubo que romper lanzas y pelear rudas batallas. Todo se fue ganando: había nacido, llena de exageraciones, de imperfecciones, de fervor sin bridas, la novela ecuatoriana de paisaje y hombre ecuatorianos.

En la serranía luminosa y fría, vive el indio ecuatoriano una vida infrahumana, de bestia de carga, de hambre y enfermedad. Acosado, explotado, estúpidamente desaprovechado para la producción y el consumo. Sin voz y sin voto, lejos de la vida de montubios, cholos y blancos, el indio es un peso muerto y, lo que es peor, un animal medio muerto de hambre, de enfermedad, de miseria. Y, a pesar de que Montalvo había dicho que, "si pudiera contar la historia del indio ecuatoriano haría llorar al mundo", nadie había contado la historia del in-

dio con verdad y realismo, como no fuera sirviéndose de él para lloriqueos romanticones y cursis.

Pero llegó la hora del indio. Fernando Chaves primero, cronológicamente; Jorge Icaza luego, en plenitud de grito doloroso, cuentan ese terrible cuento cuyos protagonistas viven, digo mal casi mueren en todo el altiplano ecuatoriano, como en el peruano y en el boliviano. *Huasipungo* es la novela del indio y Jorge Icaza su novelista.

Escasa, muy escasa es la proporción de negros en el Ecuador. Una provincia entera, la de Esmeraldas, en la costa norte fronteriza con Colombia y dos vallecitos interandinos: el del Catamayo, en la Provincia de Loja, al sur, y el Chota, en la Provincia de Esmeraldas. En las otras provincias litorales, un poco de mestizaje de negro, indio y blanco. Zonas productoras de caña de azúcar y frutas tropicales, la aparición, la presencia del negro debe tener las mismas causas y razones que en el Caribe y el Brasil: venta de esclavos para las regiones palúdicas y los trabajos fuertes de sudor y látigo; de esclavos traídos por comerciantes de carne humana desde diversas latitudes de Africa.

La voz del negro no había sido escuchada en la literatura ecuatoriana hasta la década de los cuarentas, en que aparece, con sonoridad similar a la del *Huasipungo* de Icaza, el *Juyungo* de Adalberto Ortiz, traducida a casi todos los idiomas cultos y cuyo impacto en la literatura continental ha sido formidable. Luego, Adalberto hace poesía y pinta cuadros, bien cantado y bien pintado todo: pero nos está debiendo otra, otras novelas, después de habernos dado *Juyungo,* "historia de un negro, una isla y otros negros".

Nelson Estupiñán Bass, esmeraldeño, publica *Cuando los huayacanes florecían,* novela negra y de negros, ayuntada, que no basada, al largo y sangriento episodio de la guerra civil "conchista", que conmovió toda la región y a todo el negrerío. Que mantuvo en zozobra, a la república entera y en jaque al ejército profesional de entonces. Otras novelas y poesía vernácula ha escrito Estupiñán.

Dos nombres grandes, al margen de estas corrientes, ofrece la Provincia de Loja: Pablo Palacio y Angel F. Rojas. El primero, extraño realizador de literatura de evasión, desconcertante, con inexplicables aproximaciones a Proust y a Kafka —que acaso no leyera— su obra parva pero intensa, realizada

en pocos años, antes de hundirse en la locura y en la muerte, está constituida por tres libros: *Un hombre muerto a puntapiés, Débora* y *Vida del ahorcado.*

Rojas se coloca, de pronto, en la primera línea con su novela *El éxodo de Yangana.* Antes, había publicado *Banca,* un extenso poema en prosa en el que cuenta su infancia, sin primera persona. Algo que recuerda a *Poil de Carotte,* de Jules Renard. Un libro de cuentos, que lo coloca, con José de la Cuadra, entre los mejores cuentistas ecuatorianos. Pero *El éxodo de Yangana* es una novela excepcional. Acaso la única en la literatura ecuatoriana en que se ha ensayado, con éxito a mi juicio, el personaje-multitud, el personaje-pueblo.

Muchos nombres más en la narrativa nacional: Alfonso Cuesta, Pedro Jorge Vera, Eugenia Viteri, Enrique Dávila Andrade. . . , todos ellos posteriores a la generación de los años treintas. Pero, es la verdad: la producción relatística ha disminuido. No ha podido mantenerse al nivel —cantidad y calidad— de las primeras promociones.

La poesía que diera en la segunda decena del siglo los nombres grandes, ya citados, de Carrera Andrade, Escudero, Miguel Angel León y Augusto Arias, nos ha deparado sorpresas muy gratas.

En primer lugar, el caso extraordinario de Miguel Angel Zambrano. Todos sabíamos que Zambrano era un hombre muy pero muy inteligente. Político, profesor, agitador muy calmado, hombre de empresas intelectuales y sociales. Algunos, conocíamos que tenía su "violín de Ingres": la poesía. Pero, qué pasa: un buen día nos entrega para publicarse, un libro de poemas, tremendo, de honduras inalcansables y de vuelos más inalcansables aún: *Diálogo de los seres profundos.* Había pasado, ya de largo, el medio siglo de su caminar por el mundo. De largo. . . Y de pronto, se coloca en un sitio tan lato que, más que cerca de poetas como León o Carrera Andrade, lo colocaría yo junto a escritores como Pablo Palacio.

En el momento actual, los nombres ya cuajados, definitivamente, son los de Jorge Enrique Adoum y César Dávila Andrade. Su poesía, hecha de tierra, sol y huesos, es la voz actual de la patria.

El ensayo en el Ecuador, ha seguido la línea grande de los interrogadores de su hombre, su continente y su patria. La línea que dejara trazada el gran José Carlos Mariátegui. Andamos por aquí, llenos de preguntas, sin poder hallar, sino a medias, en atisbos, las respuestas.

GUATEMALA

Por *Luis CARDOZA Y ARAGÓN*

> *"El régimen que existe hoy es más o menos, el mismo que el de la época de la Conquista".* K. S. Karol (*L'Express,* París, 7 de septiembre, 1961).

DESEO que este número extraordinario de *Cuadernos Americanos* nos instruya, preferentemente, sobre la lucha por "nuestra segunda independencia".

Hace apenas un año escribí en esta tribuna americana: *Guatemala 1960.* No quiero repetirme. Lo indiscutible es el agravamiento de la situación descrita entonces. Siguen las azonadas, las represiones, la colonización. El problema no es de Guatemala, sino de Hispanoamérica, aunque el nuestro sea de los más graves, y vivamos ahora los años más oscuros de nuestra historia. Las causas básicas: imperialismo y organización semifeudal que engendran tiranías atroces al servicio de tales fuerzas aliadas. Dos terceras partes de Guatemala sufren hambre, enfermedades por miseria, analfabetismo, y agonizan cubiertas de harapos.

No toda la culpa es ajena. Debemos saberlo. La crítica y autocrítica, por atraso político, por inepta patriotería superficial, son difíciles de encontrar entre nosotros. Muchas veces se ha interpretado mal el sentimiento desgarrado y hondo de quienes alguna vez o muchas veces han buscado la verdad, han dicho su verdad. Esta exaltación que llega, en apariencia, a denigrar, qué mal la entienden los mentirosos repetidores de lugares comunes. Hay que barrer con estos lastres, con estas hipocresías y con los elogios inútiles y estúpidos.

No es con autosuficiencia, halago y falsedad, con pintoresquismos, que contribuiremos a sacudir la inercia del pueblo

o revelarle caminos de lucha. Debemos sacudir ante los c
de nuestro pueblo la horrenda tragedia y el fuego magníf
que arde en el alma guatemalteca. La idealización, las fórm
las dogmáticas, son conformismos que encontramos hasta e
los partidos mejor orientados. Sin embargo, no estoy abogando por una actitud desesperada, sino por una actitud lúcida y severa. Más real que la unidad firmada o no sobre papeles es la desunión de las mejores fuerzas. La tarea es ardua, avanza, pero aún muy lentamente. Hablemos tan claro como los hechos, como la realidad.

La prueba más evidente de lo que es nuestra "democracia representativa" es haber servido de base para el ataque a Cuba en abril de este año. Bastaría este solo hecho para saber nuestra situación. Nuestra "democracia representativa" es enemiga de la no intervención y de la libre autodeterminación de los pueblos.

Siempre los gobiernos y sectores populares de Hispanoamérica han apoyado y defendido —México ha sido campeón de ello— la no intervención y la libre autodeterminación de los pueblos. De tales principios no se apartarán nunca los gobiernos dignos. Somos el ejemplo más exacto de lo que es una "liberación": intervención armada norteamericana (el traidor Castillo Armas, en 1954).

Guatemala ha retrocedido más de un siglo. Hasta las bases de la educación laica (establecidas por la revolución liberal de 1871) han sido destruidas. Entre la Guatemala de 1944 a 1954, con los presidentes Juan José Arévalo y Jacobo Arbenz, y la "liberada" por los mercenarios hasta hoy, no hay término posible de comparación. Las condiciones no son ni coloniales: son peores. Somos un feudo de los monopolios y las oligarquías esclavistas.

No es pobreza, sino algo más allá de la miseria. El descontento es muy profundo y general. En el campo las angustias son extremas. No todo se origina en los precios de los productos principales de exportación, sino en la política colonial misma, la incapacidad dirigente y la corrupción.

Los partidos guatemaltecos Unión Revolucionaria y Nacional Revolucionario han publicado conjuntamente, hace muy poco, un manifiesto dirigido a la nación. Del documento de esos luchadores, tomo estos párrafos:

Nunca en la historia nuestro pueblo había atravesado por una situación tan angustiosa como la actual miseria, desempleo, elevación del costo de la vida e inseguridad y falta de oportunidades en los negocios. Este cuadro dramático es consecuencia del mantenimiento de estructuras anacrónicas que frenan el desarrollo social, del sometimiento y la entrega del país a intereses extranjeros, y de la irresponsable y corrompida política gubernativa.

La falta de un programa serio y responsable para el desarrollo de las actividades productivas, que termine con el monocultivismo, busque nuevos mercados a nuestros productos, etc., mantiene a Guatemala a la deriva, agravando las calamidades que agobian ya a todos los sectores del país.

La mala situación de la industria nacional se agudiza por la falsa política de integración centroamericana. Porque no puede haber desarrollo económico interno ni integración centroamericana sin la transformación de las estructuras del agro y sin un impulso coordinado de las actividades productivas. La integración económica centroamericana como está planteada, ha propiciado la penetración de las grandes empresas extranjeras con desplazamiento de los industriales nacionales. No es integración sino absorción; no impulsa el progreso independiente, sino supedita más nuestra economía a los intereses del capital norteamericano, asegurándole mano de obra barata, privilegios fiscales y ampliación del mercado.

Mientras el pueblo sufre los efectos de la crisis y el desempleo, el gobierno continúa su carrera de empréstitos, de concesiones que comprometen el futuro del país, y parte considerable de los ingresos y ahorros nacionales que podrían canalizarse a la producción, los absorben los grandes finqueros, los rentistas improductivos y la camarilla gobernante. Se despilfarran los ingresos públicos en gastos confidenciales, negocios ilícitos, ferias innecesarias y viajes fastuosos.

La inconformidad de los distintos sectores sociales y políticos se torna creciente; se multiplican las protestas, e incluso se acude a las actividades conspirativas y el gobierno en vez de buscar soluciones adecuadas a los distintos problemas, acrecienta las persecuciones, encarcela ciudadanos y dirigentes sindicales; viola la libertad de prensa; multiplica las torturas y nombra para desempeñar cargos públicos a elementos descalificados; prepara invasiones a países hermanos y permite la instalación de bases militares extranjeras en el territorio nacional sin au-

torización del Congreso, comprometiendo así la soberanía y la seguridad de la República, todo en un afán de mantener sus posiciones.

Cuba, por ejemplo, ha encontrado lo que considera su propio camino. Eso le ha valido el odio de la reacción internacional, que trata de truncar su revolución. Nosotros estamos por el respeto absoluto al principio de no intervención y de libre determinación de los pueblos.

Para las fuerzas revolucionarias y populares de Guatemala no hay disyuntiva posible. Estamos por el progreso independiente, por el respeto y la amistad con todos los pueblos bajo un programa de soberanía nacional, democracia efectiva, bienestar popular y honestidad administrativa. En esta hora de prueba estamos firmes y llamamos al pueblo de Guatemala y a sus mejores fuerzas a la organización, a la unidad, a la lucha política contra la reacción anticomunista, contra el gobierno, contra las falsas soluciones seudodemocráticas.

Se vive en estado de sitio. Cuando de nuevo se establecen las "garantías constitucionales", es lo mismo (Constitución de 1956: Castillo Armas).

¿Qué libertad hay en Guatemala?

Se tiene, como dice Antonio Machado, derecho "a la libre expresión del pensamiento esclavo". Algún "derecho al pataleo", eso es todo.

Cuando Cuba se nacionalizó y pasó a ser de los cubanos, empezaron nuevas formas políticas de los Estados Unidos en relación a Hispanoamérica. Y llegó la Conferencia de Punta del Este: una de las manifestaciones de la retórica panamericanista más demagógica. Muchos son ya los análisis publicados sobre la Conferencia, y la unanimidad del juicio de los mejores hombres y organizaciones es impresionante. Y recordemos que Bolívar no fue panamericanista, sino hispanoamericanista.

La alianza para el progreso es una forma de neocolonialismo, para detener la revolución antiimperialista en Hispanoamérica. Se necesitan colonias más desarrolladas, pero colonias, con oligarquías menos estúpidas. (Repitamos la conocida verdad: sin independencia económica no hay independencia política). Cuba es, todavía, a pesar de todo lo hecho contra ella, la mejor oportunidad de los Estados Unidos para demos-

trar al mundo, especialmente a Hispanoamérica, que desean cambiar.

"Los pueblos subdesarrollados —afirma André Phillipe— no necesitan ayuda, sino respeto".

¿De qué nos liberaron los mercenarios "anticomunistas" de Castillo Armas cuando se aliaron para el progreso de Guatemala con los monopolios y el Departamento de Estado?

Ahí está Guatemala en harapos, famélica, analfabeta, temblorosa de paludismo, sus niños campesinos disolviéndose en diarrea.

¿Se largó la United Fruit Co.? ¿Tenemos precios justos para nuestros productos? ¿Somos dueños de nuestra materias primas? ¿Somos dueños de los servicios públicos? ¿De nuestro propio país?

Recordemos algunas cifras guatemaltecas de 1950; hoy son más negativas todavía: el promedio de analfabetismo era de 70.3%. En Alta Verapaz y otras regiones con densa población indígena es de 93.4%.

La mortalidad infantil es de 103.6, la más alta de Centroamérica (Dirección General de Estadística, 1958).

El crédito agrícola no llega al indígena. Minifundio y latifundio. Monocultivismo. El medio de transporte más usado es el mecapal y el cacaxte: el hombre como bestia de carga. El Servicio de Fomento de la Economía Indígena no va nunca a la base del problema.

Más del 57% de los campesinos no poseía en 1950 tierra alguna. La tierra cultivable se hallaba repartida así (hoy las condiciones son peores):

El 76% de los terratenientes poseía menos del 10%.

El 2.2% de los terratenientes poseía más del 70%.

22 terratenientes poseían más de 23,000 acres cada uno, en un total de 1.302,000 acres.

La United Fruit Co., el terrateniente mayor de la República, poseía (posee) cerca de 400,000 acres *sin cultivar,* aparte de lo cultivado.

259,169 personas poseían un promedio de 3.1 acres cada una, en un total de 819,245 acres. De estas pequeñas propiedades, el 25% estaba arrendado a otras.

Los jornales en el campo: el promedio era de 0.26 centavos de quetzal (El quetzal a la par del dólar). Hay lugares en que el jornal es de 10 centavos.

Se importa el alimento básico del pueblo: el maíz. Con la Reforma Agraria nos bastábamos, y hasta se exportó.

En las empresas agrícolas trabaja el 78.69% de los trabajadores de la nación y recibe el 42.58% del salario total.

En 1953, de 534,894 niños de edad escolar, sólo tenían escuela aún 164,815, a pesar de que los presupuestos de educación siempre ocuparon el primer lugar, los más altos en la historia del país, con los presidentes Arévalo y Arbenz. En 1954, en el último informe del presidente Arbenz al Congreso, el 1º de marzo de 1954, el presupuesto de educación llegó a 10.600,315 quetzales, cifra mayor que el presupuesto total de las dictaduras antes de 1944. El presupuesto nacional con el régimen democrático se sextuplicó en relación al último del dictador Ubico, 1944. Ese año, el ingreso *per cápita* fue de Q.63; en 1952 fue de 181 quetzales y se hacía más equitativa la distribución.

Los Estados Unidos son nuestro principal comprador y vendedor. El principal producto de exportación es el café: un 75%; el banano, el 15% (que para nada tiene en cuenta los intereses guatemaltecos); otros productos: 10% (algodón, chicle, maderas. . .). Vendemos barato y compramos caro. En 1958 (último dato oficial disponible: *Guatemala en cifras)* exportó Guatemala a Estados Unidos por valor de Q.66.322,448 e importó 88.700,100, lo que ocasiona un saldo desfavorable de 22.377,652 quetzales (a la par del dólar).

En 1949, los Estados Unidos plantearon ante la ONU la Reforma Agraria. En 1951, la ONU publica los resultados de sus estudios y señala a Guatemala como uno de los países en que era urgente la Reforma. Arbenz la promulga (Decreto 900, del 17 de junio de 1952) y la pone en práctica. Se expropian tierras sin cultivar de la United Fruit Co., y de la Compañía Agrícola Guatemalteca (también United Fruit Co.), adquiridas por concesiones más que onerosas, dadas por las tiranías, al mismo tiempo que las tierras afectables de latifundistas guatemaltecos, de acuerdo con la moderada Ley Agraria. Resultado: nos invadieron los Estados Unidos por "comunistas", en junio de 1954. Y después de esta "liberación", la vida del pueblo guatemalteco es aún mucho más precaria. Los gobiernos impuestos por la intervención son sostenidos por los Estados Unidos.

He aquí algunos resultados de la "liberación" hecha con los mercenarios en 1954:

Fue abolida la Constitución de 1945.

La Ley de Reforma Agraria (Arbenz) fue destruida.

El Código de Trabajo (Arévalo) fue hecho trizas por los decretos antiobreros 216, 570 y 584.

"Convenios" de cooperación técnica; de transferencia de equipo militar; de asistencia militar (el más grave —este último— en opinión de Guillermo Toriello, en *¿A dónde va Guatemala?,* Editorial América Nueva, México, D. F., 1956).

El gobierno de Castillo Armas se adhiere a la Resolución 93 que impuso Mr. Foster Dulles en la Conferencia de Caracas, la resolución de "sí-intervención". La enumeración de las decisiones y actos antidemocráticos requiere un volumen.

En todos los hospitales del país, en situación miserable, hay un poco más de 10,000 camas. Se cobra a los enfermos.

Está prohibida la sindicalización de trabajadores del Estado.

Está prohibida la sindicalización de obreros agrícolas. Se explota más al trabajador que a la tierra.

La Ley de Escalafón Magisterial fue congelada.

La Ley de Inquilinato fue abolida.

Toda la minería está en manos norteamericanas. Las compañías se organizan con capital mixto, norteamericano y nacional, uno de los más eficaces caminos de dominio.

El Código del Petróleo (Arévalo) fue destruido. Las concesiones otorgadas a compañías petroleras a partir de Castillo Armas hasta la fecha abarcan casi la mitad del territorio nacional, 4 millones 600 mil hectáreas.

El 17 de junio de este año, el Congreso aprobó un nuevo empréstito de 18 millones de dólares. A fines de 1960 se aprobó otro empréstito de 60 millones. Guatemala, a partir de Castillo Armas está pignorada como nunca en toda su historia.

En la ONU, el régimen que prestó su territorio como base de invasión a Cuba siempre vota con el bloque colonialista mundial.

Uno de los renglones impositivos mayores del gobierno proviene de la venta de aguardiente. El alcoholismo es otro de los resultados de las condiciones asentadas.

Según el norteamericano Morris Siegil *(San Miguel Acatlán-Cultura Indígena de Guatemala,* Secretaría de Educación Pública de Guatemala, 1956) desde la Conquista a principios

del siglo XVI, la Revolución de Octubre (1944-1954) hizo mayores beneficios que todos los regímenes en siglos anteriores.

El promedio de vida para el indígena es inferior a 40 años. Para "ladinos" o mestizos, un poco más de 49 años.

Se estima, más o menos, en un millón la población trabajadora (la inmensa mayoría trabaja en el campo). El Seguro Social, creado por Arévalo, se calcula que protege muy medianamente a unos 255.022 trabajadores que prestan sus servicios a patronos particulares y al Estado. La protección materno infantil beneficia sólo a 6,735 mujeres.

Escucha, yanqui, por C. Wright Mills fue decomisado. Circulan de mano en mano algunos centenares de ejemplares.

La vida intelectual es hoy más precaria que nunca.

¿Será necesario decir algo sobre la Organización de Estados Americanos (OEA), conocida hace muchos años como Ministerio de las Colonias? Hoja de parra de los Estados Unidos, la llama Wright Mills. ¿Y qué decir de la Organización de Estados Centroamericanos (ODECA) que es la organización policíaca, semifeudal, proimperialista, para una sujeción mayor de las "banana repúblics"?

El nivel de vida es de los más bajos del Continente. ¡Y ya es decir! El reparto del ingreso nacional, completamente inequitativo, corresponde a la estructura semicolonial y semifeudal de Guatemala.

Por otra parte, es una de los países más caros de América.

Antes de que nos "liberaran" fuimos acusados, durante los gobiernos que, según Morris Siegil, han sido los mejores de nuestra historia, de ser una tremenda amenaza para los poderosos Estados Unidos, por ser la pequeñita Guatemala una "cabeza de playa" del comunismo y estar equidistante de los campos petroleros de Texas y del Canal de Panamá. Naturalmente, según las agencias de noticias, tuvimos hasta bases secretas para submarinos soviéticos. Después, "la gloriosa victoria" de Foster Dulles ("Estados Unidos no tiene amigos; tiene intereses").

En *El Estudiante* (Guatemala, 3 de junio, 1961), leemos:

> En el extremo norte del Petén, en plena selva, el ejército de los Estados Unidos construye dos grandes pistas de aterrizaje utilizando el sistema empleado en la Segunda Guerra Mundial, es decir, colocando pistas metálicas prefabricadas en los

> claros previamente abiertos. El fin de estas pistas, se sospecha, es para servir de base de despegue para aviones en una futura agresión imperialista a la República Socialista de Cuba. Desde el aire fueron observadas las pistas denunciadas en pleno proceso de construcción.

El Estudiante no se publica más.

Michel Bosquet asienta *(L'Express,* París, 27 de abril, 1961) que de acuerdo con la retórica panamericana del presidente Kennedy hay que cumplir, por lo menos, con estos tres puntos para lograr algo de los desarrollos de que se habla.

1. Reforma Agraria (una reforma en Guatemala se debería y podría hacer, con la profundidad requerida, sólo no indemnizando de inmediato a los afectados, y librándonos de la United Fruit Co.).

2. Nacionalización de todas las industrias que se llevan la mayor parte de sus ganancias (No se refiere Bosquet a las demás).

3. Diversificación del comercio exterior (Acabar con el monocultivo y vender y comprar a quien mejor convenga).

El especialista francés se pregunta, en vista de lo ocurrido en Guatemala en 1954 y del ataque armado contra Cuba en 1961: "¿A qué reformas, a qué progresos sociales una nación latinoamericana tiene derecho entonces, si quiere evitar la acusación de comunismo, de subversión y herejía ideológica? ¿Y cómo los dirigentes norteamericanos, a pesar de la opinión de sus consejeros más entendidos, no ven que esas reformas son de todos modos inevitables y que se harán contra los Estados Unidos si éstos pretenden evitarlas?"

Aún cumpliendo a medias con los tres puntos que señala el especialista francés, aún cumpliendo a medias, estaríamos en la "órbita soviética" y nos lanzarían la sarta de sandeces repetidas en tales casos por el "anticomunismo".

En el mismo estudio de Michel Bosquet sobre Hispanoamérica leemos que

> las inversiones norteamericanas sólo han creado unos 350,000 empleos. 40% de las riquezas producidas por las inversiones americanas son exportadas a los Estados Unidos; menos de una tercera parte está destinada al consumo local; los salarios pagados por las sociedades norteamericanas (un poco más de mil millones de dólares) tienen, generalmente, un carácter inflacio-

nista, por la rigidez de la producción agrícola y el déficit crónico de la balanza de pagos.

No sólo la sarta de sandeces "anticomunistas", si llevásemos a término parte de los tres puntos señalados por Bosquet, sino la invasión. Ejercer la soberanía es comunismo.

Habríamos de expropiar la United Fruit Co., los ferrocarriles, la empresa eléctrica. . . Cancelar las concesiones petroleras, madereras, mineras y destruir la organización semifeudal.

¿Cuándo será el cobre de Chile? ¿El petróleo y el hierro venezolanos para los venezolanos?

Tan gastada está la retórica panamericana que ni siquiera habrá una decepción más, porque nadie ha confiado nunca en ella.

Y el semifeudalismo criollo, las compañías extranjeras, con sus ejércitos y policías de ocupación en su propia patria, equipados e instruidos por los Estados Unidos, ¿están de acuerdo con estas transformaciones de que se habla —se habla—, para la alianza para el progreso?

Luchamos para transformar la pesadilla de 200 millones de latinoamericanos en vida verdadera. Pero, ¿cómo sería posible la transformación sin soberanía, sin democracia, sin desarrollo integral y libre? No sólo somos países semicoloniales y semifeudales, sino superexplotados y saqueados.

El feudalismo guatemalteco y el imperialismo combatieron, como comunismo, la alfabetización, el Seguro Social, el Código de Trabajo, la Reforma Agraria.

Escribe, recientemente, el periodista conservador Clemente Marroquín Rojas, director del diario *La Hora,* en Guatemala, en un editorial de *La Hora* dominical:

> Si nosotros nos ocupáramos de cuestiones internas de los Estados Unidos santo y bueno que se nos censurara; pero nos metemos en asuntos de índole continental, en problemas de nuestra propia vida. Y si somos perros de una jauría que empuja un hombre poderoso, derecho debemos tener para censurar o criticar los actos de ese hombre que, por más fuerte que sea, realiza actos que caen bajo la censura de quienes tienen la virtud de mirar un poco más allá de su nariz.
>
> Y no sólo se nos censura, sino que dicen que Estados Unidos es el pueblo más tolerante que existe en la tierra, que sólo

favores le debe América, que sólo bienes nos ha hecho... Comenzamos nuestra vida política en 1920 y en aquel año, cuando Guatemala se sacudía el despotismo de 22 años (dictadura de Estrada Cabrera, 1899-1921) el ministro norteamericano, un insolente personaje que se llamaba Benton McMillin, trató de entorpecer la lucha del pueblo contra la dictadura. Le proporcionó al tirano una copia de una famosa ley antibolshevique, para con ella castigar al país. Después recordamos a otro embajador gringo, llamado Gaisler que era como la sombra del general Orellana y quien había destruido la unidad tripartita centroamericana, para derrocar al gobierno de Carlos Herrera...

Después la presencia de aquel Sheldon Whitehouse que nos dejó castigados con los catorce años del dictador Jorge Ubico, y quien sin la menor pudicia, exigió a los diputados de entonces la designación de presidente provisional en la persona del general Reyes.

Más tarde vino el empuje del embajador Boaz Long, porque fue la diplomacia yanqui la que derribó a Ubico mediante pueriles acusaciones de ser nazi y amigo de los alemanes. Y cuando el país buscaba sus propios caminos con Arévalo, la interferencia de Estados Unidos fue clara, hasta que el Dr. Arévalo echó del país a Patterson. Y luego la intervención directa de Peurifoy para derrocar a Jacobo Arbenz y sentar en la presidencia al coronel Castillo Armas, entrenado y pertrechado en Nicaragua, con dineros de la Agencia Central de Inteligencia.

Pero, según los esbirros de la pluma señalar esas cosas son delitos condenables, porque lo que los norteamericanos hacen son obras de beneficencia y de hermandad continental...

Sobre las vaciedades de la unión centroamericana, siempre más insistente cuando existen dictaduras asociadas en Centroamérica que logran sólo una gangsteril complicidad policíaca para cuidar los feudos, nada hay que decir aparte de lo que todos saben: la unión centroamericana se logrará sólo con gobiernos soberanos y democráticos. Y la simultaneidad de tal situación en las cinco repúblicas del Istmo es de pronto difícil. A veces un país resurge y vive con ímpetu una etapa de transformación, mientras los vecinos siguen enajenados, hasta con dictaduras dinásticas. Sólo una Centroamérica avanzada podrá integrar la unión, para no ser cinco parcelas sangrientas y paupérrimas. Lo demás es retórica de la peor

especie. Las cinco "banana republics" han roto relaciones con Cuba.

Recordemos, ahora, una opinión norteamericana, la del Dr. Samuel Schapiro, de la Universidad de Columbia, expresada en *Forum*, revista de la propia Universidad, en el número correspondiente al invierno recién pasado. Dice el Dr. Schapiro que

> el crecimiento neto de la economía latinoamericana en su totalidad fue durante el último año alrededor de la mitad del 1%. La política desastrosa de dar armas, medallas,[1] ha comprometido severamente nuestro honor en esa región y ni siquiera ha logrado conservar en el poder a estos autoproclamados "anticomunistas". Todavía hoy, a pesar de la blanda declaración del Presidente a los estudiantes chilenos de "que ninguna nación ama más la libertad" continuamos concediendo apoyo especial a los regímenes dictatoriales como los de Stroesner en el Paraguay, el de Ydígoras Fuentes en Guatemala y el clán de los Somoza en Nicaragua, como lo demuestra el rápido envío de unidades navales al Caribe cuando éstos lo pidieron el pasado mes de noviembre.
>
> A muchos latinoamericanos —sigue hablando el Dr. Schapiro— les parece que a los yanquis no les importa si a sus buenos vecinos los consumen las enfermedades o se mueren de hambre, siempre y cuando lo hagan calladamente, sin interferir con las inversiones norteamericanas y sin pedir asistencia al bloque soviético. Cuando se rebelan contra la pobreza y la dictadura, la contestación es hostilidad, presión económica y diplomática y uso de la fuerza; la más reciente intervención ocurrió en Guatemala en 1954. (El profesor de la Universidad de Columbia, Dr. Schapiro, escribió lo citado antes de la invasión a Cuba del 17 de abril de este año).

El senador Eastland hizo esta aseveración, que recoge el Dr. Schapiro en su texto:

> reclamaba el Senador "que hubiera un Trujillo en cada país de Centro y Sudamérica".

---

[1] Castillo Armas fue hecho Doctor Honoris Causa de la Universidad de Columbia, Dr. Schapiro, y en tan ridícula ocasión hizo el correspondiente discurso apologético el Dr. Frank Tannenbaum, el de la tesis de que no debemos industrializarnos, catedrático de la Universidad de Columbia y especialista en Hispanoamérica.

En *L'Express* (París, 7 de septiembre, 1961), K. S. Karol, redactor que acaba de visitar Guatemala, nos da un panorama desolador. He aquí algunas de sus observaciones:

> Según las estadísticas de la ONU, el costo de la vida en Guatemala es un 10% más alto que en los Estados Unidos. Las mismas estadísticas indican que el promedio del ingreso por persona en Guatemala es 17 veces más bajo. ¿Cómo se puede vivir con tan poco dinero en una país tan caro?
>
> El régimen que existe hoy es, más o menos, el mismo que el de la época de la Conquista.

Respecto al mundo indígena guatemalteco (Guatemala misma, en gran parte, en verdad):

> Se trata de una economía cerrada, incapaz de proveer con el menor excedente a las ciudades. Guatemala está obligada a importar de los Estados Unidos no sólo cereales, sino también manteca, legumbres, huevos, y aun pescado. La ayuda norteamericana sirve para cubrir el déficit presupuestal y para subvencionar esas importaciones.

De la United Fruit Co.:

> Es propietaria del ferrocarril transocéanico (el más caro del mundo para los pasajeros, el menos caro para el transporte de los bananos). Dispone de una flota propia (la White Fleet). Una parte de los puertos y los aeródromos guatemaltecos le pertenece. Tiene estaciones de radio, tiendas, casas y otras propiedades, cuyo valor es difícil poner en cifras.

K. S. Karol nos dice que la doctrina de los Estados Unidos ha sido sintetizada así "por el escritor liberal Robert J. Alexandre":

> Los Estados Unidos deberían sostener en Guatemala todo gobierno que mantenga el orden, que sea democrático o que parezca serlo solamente, y sin ser muy escrupulosos al escoger los medios que hay que emplear para ello...

Karol habló con diplomáticos norteamericanos, algunos recién llegados, nombrados por la administración Kennedy:

Lo que me sorprendió, sin embargo, es el profundo pesimismo de esos diplomáticos norteamericanos. Saben que las cosas van mal en Guatemala, y dicen bromeando: "En alguna parte esto va a estallar. Si no es aquí, será en El Salvador o en Nicaragua".

—"¿Y la alianza para el progreso?" —les preguntó el enviado de *L'Express*.

—"Será necesario que el Congreso de los Estados Unidos vote créditos enormes para Centroamérica; entonces la minoría de los privilegiados, una vez sobresaturados, tal vez consentiría a redistribuir una parte de sus bienes a los indígenas que se pasean silenciosamente por las calles. Dicho de otro modo, se necesitaría un milagro".

De hecho, Karol nos muestra la realidad tremenda de Guatemala y las causas de la misma. No habla de semifeudalismo, sino de feudalismo. La Frutera, como siempre, emerge como un Estado dentro del Estado.

Público y evidente es que el Gobierno de Ydígoras Fuentes ha sido un foco de graves provocaciones. México, respetuoso y ecuánime, se vio obligado a romper relaciones durante algún tiempo con este régimen; Cuba, invadida en abril, sigue amenazada. La queja de Ydígoras contra Cuba en la ONU, a fines de septiembre, es maniobra visible hasta para los ciegos.

Basé este escrito, para ser muy objetivo e imparcial, sobre hechos concretos, cifras oficiales y observaciones muy recientes de especialistas moderados extranjeros: franceses y yanquis.

Otro día hablaremos del pintoresquismo de los indígenas y la belleza del paisaje...

HAITÍ: UN DESTINO SOMBRÍO

Por *A. C. HARDOUIN*

El pro y el contra

ALGUNAS mentes, diríamos pesimistas, conciben la Historia y su desarrollo, como manifestación de la voluntad oculta de un pequeño grupo de seres sin rostro, quienes desde un cuartel general localizado lo más comúnmente en algún centro de la alta actividad bancaria, hacen sentir su voluntad a través de una red sensibilísima que afecta los medios principales de comunicación, señalando a la opinión pública el camino que más conviene a sus intereses del momento. Esta vasta conspiración internacional sería responsable en consecuencia, de las opiniones que inconscientemente, autores y periodistas formulen acerca de ideologías y movimientos políticos en los países donde tienen mayores manifestaciones.

Aunque sea discutible el hecho de que existe o no la libertad de expresión o si solamente los grandes monopolios, a la manera de un araña colocada en el centro de su red, influencian la llamada opinión pública, creo interesante, aun para el caso de un país tan insignificante por su tamaño y su importancia en los asuntos mundiales, pasar revista de las corrientes dominantes que se perciben en las publicaciones y escritos relativos a Haití: en 1804, a los pocos meses de nacer la antigua colonia francesa a la vida independiente, tras una lucha cuya ferocidad parece ser única en el Nuevo Mundo, un autor inglés, anónimo, alababa la victoria de los ex esclavos, a quienes para evitar la designación algo despreciativa de "negros" designaba por el término heráldico de *sable,* protestando su admiración por su gesta en favor de la libertad y profetizando su porvenir brillante en el Caribe aún entregado en su casi totalidad a la explotación esclavista. Inglaterra estaba en aquel momento en paz con Francia bajo los términos dudosos del Tratado de Amiens, pero la contienda entre los dos poderes inevitablemente iba a reanudarse en la

primera ocasión y era natural que Inglaterra favoreciera a un país nuevo, cuya separación de la Francia revolucionaria representaba un debilitamiento sobre todo en el plan económico: Francia, despojada de su valiosísima colonia de Saint-Domingue no representaba en Las Antillas un peligro serio para el monopolio azucarero de las islas británicas, y la amistad de Haití con Inglaterra era susceptible de constituir un factor favorable al alcance de los intereses británicos.

A lo largo de las guerras napoleónicas, la opinión pública estuvo nutrida con publicaciones favorables a la república negra, cuyos primeros pasos a veces desconcertantes, eran vistos con un beneplácito tras el cual se podía percibir el interés de acaparar los cambios comerciales con él y sobre todo evitar que su estabilidad y su jacobinismo pudiesen traspasar sus fronteras políticas e incitar a las vecinas colonias esclavistas a imitar su hazaña. De hecho, los primeros quince años de la historia de Haití, de seguro causaron serias preocupaciones a las potencias de esa época en el Caribe, dando razón a los temores apenas vedados del inglés anónimo de 1804. Por cierto, a pesar de su amplio desarrollo costero, Haití no llegó a desarrollar ni muy lejos, una fuerza marítima susceptible de facilitar la exportación de sus ideas revolucionarias, pero aun sin la ayuda del poderío naval, su ejemplo tuvo sus repercusiones en México y en la América del Sur. Es testimonio el pequeño libro *La Revolución de Santo Domingo (Haití)*. publicado en México en 1806 y que influyó en los años de 1808 las conspiraciones encabezadas por el licenciado Verdad y Azcárate; la visita que hiciera Francisco de Miranda en 1805 al entonces Jefe del Estado haitiano, Dessalines, y finalmente el hecho de que dos veces Bolívar acudiera a Alejandro Petion, Presidente de Haití, en 1815 y 1816, de quien obtuvo suministros, ayuda moral y el permiso de reclutar voluntarios para su gran empresa libertadora.

Hasta 1850, autores y misioneros americanos, ingleses e incluso franceses, algunos interesados en promover en el país la influencia de sus respectivas denominaciones religiosas, describieron su vida con simpatía y objetividad, pero más o menos a partir de esta fecha, cuando Gobineau publicó su primera obra en 1853, y sobre todo entre los años que van de 1870 a 1900 (coincidiendo por una parte con el auge colonialista europeo y la aceptación sobre el plan social y racial de las teorías nacidas de la evolución darwiniana por otra),

Haití se volvió el blanco de una serie de obras empeñadas en confirmar la inferioridad inherente de la raza negra y de su incapacidad de gobernarse a sí misma. Cabe aclarar que esta actitud intolerante se aplicaba con igual desprecio en la época victoriana a algunos pueblos europeos y a las clases trabajadoras del Viejo Mundo, proporcionando a Chamberlain, Manchester y Kensington, sus más demoledores argumentos pseudocientíficos: todo lo que no se ajustaba al comportamiento racional de la clase media educada de la Europa Noroccidental, era considerada "como perteneciente al museo histórico de curiosidades o al asilo para débiles mentales y morales". La falta de comprensión para la dificultades socioeconómicas de esos llamados grupos o pueblos "inferiores" era total, y Haití recibió amplia prueba de ello.

Los escasos libros de la primera década de 1900 favorables a la pequeña república negra, por extraña coincidencia, eran publicados al mismo tiempo que grandes intereses comerciales negociaban con los gobiernos de Haití, concesiones de ferrocarriles, préstamos leoninos o monopolios plataneros. Cuando en 1915 los Estados Unidos, al amparo de la política del *Big Stick*, estimaron su deber ocupar Haití, la literatura se volvió francamente hostil, pues la invasión política requería justificación moral a nombre de la civilización.

Fue solamente a mediados de los años de 1930, que presenciamos una reorientación en los estudios sobre el país, y esta vez no son viajeros, periodistas o agentes comerciales quienes empuñan la pluma, sino sociólogos y antropólogos que se enfrentan con la tarea de estudiar con objetividad o simpatía apenas controlada, la vida de un pueblo infeliz. Su obra coincide con el auge tanto de los conceptos antropológicos del relativismo cultural, del interés occidental por el Arte Africano y las culturas exóticas, como con la formulación de la política de buena vecindad por Franklin D. Roosevelt. En 1937 Melville J. Herskovits publica su *Life in a Haitian Valley,* el primer estudio redactado con rigor antropológico sobre la cultura total de una comunidad rural haitiana. En 1939 Harold Courlander da a conocer la música y la danza al público americano en *Haiti Singing,* y pocos años después James G. Leyburn, de la Universidad de Yale, publica *The Haitian People,* estudio sociológico que tendrá su repercusión en el desarrollo de la política local como veremos en breve. Al finalizar la guerra de 1945, Haití conoce a la vez un auge económico y tu-

rístico. Sus pintores primitivos "descubiertos" por la sensibilidad de Dewitt Peters, constituyen el mayor medio de propaganda en favor del pequeño país tropical, que ve llegar de vacaciones, numerosas celebridades mayores y menores que escriben artículos o libros destinados a incrementar el interés y la simpatía internacional para sus modos de vida. Los novelistas John Dos Passos y el eterno niño prodigio Truman Capote, pueden ser citados en compañía del gran actor británico John Gielgud,[1] así como el incansable viajero y buscador de aventuras, Patrick Leigh Fermor,[2] estos dos últimos, ingleses; como por casualidad descubren Haití y expresan su simpatía al mismo tiempo que los círculos comerciales de su país aumentan sus negocios con Haití en forma de exportación masiva de whisky y la obtención de contratos para la renovación de la red telefónica del país. Nunca antes había gozado Haití de una prensa y publicidad más favorables. Cabe subrayar que los intelectuales haitianos por su parte, contribuían poderosamente al sostenimiento de este prestigio, cuando en los últimos años de la moribunda Sociedad de las Naciones, los delegados Nemours y Dantes Bellegarde estremecían a sus colegas en Génova con sus impecables intervenciones en favor de la causa de Etiopía. De igual manera unos diez años más tarde la representación de Haití luciría en la joven Organización de las Naciones Unidas por su participación con sus votos decisivos en favor de la creación de Israel y la independencia de Libia. Pero a partir de 1957 empieza a cambiar el tono y en los últimos tres años, cada vez que las revistas extranjeras o la prensa internacional menciona al país, es para revelar algún atraco incalificable a las normas democráticas, a la libertad de prensa y su retraso, económico. Basta para ilustrar este punto citar entre otros escritos los dos artículos publicados a un mes de distancia, el uno por J. P. Maxwell[3] y el otro anónimo de la revista *The Atlantic*[4] y, por fin, el estudio del profesor Henry E. Garrett quien, reviviendo el racismo científico tan acertadamente atacado por el doctor

---

1 John Gielgud, "Haiti at Mardi Gras," *Vogue,* enero, 1956.

2 Patrick Leigh Fermor, *The Traveller's Tree*, Londres, 1951.

3 J. P. Maxwell, "Duvalier's Plucked Chicken." *The Reporter,* julio 20, 1961.

4 "The Atlantic Report: Haiti." *The Atlantic,* agosto, 1961.

Juan Comas,[5] llegó a escribir en el número de julio de 1960 de *The Mankind Quarterly:* "Haití es un lamentable ejemplo de lo que el negro puede hacer cuando se le deja gobernarse a sí mismo". Cabe preguntar qué ha pasado en el país para justificar tal actitud.

Política y folklore

ENTRE los numerosos complejos que afligen al político haitiano, se puede citar el de la "incomprensión". Desde su punto de vista, los problemas que tiene que resolver son de una complejidad tal, que no es dado al extranjero entenderlos y proponer remedio. Hacia 1937, época de gloria del fascismo europeo, Haití tenía bajo el título engañador de Presidente, a un extraño personaje en el Poder Ejecutivo; se trataba de Vincent, poeta mediocre, intelectual de poco vuelo, pero político, cuya astucia era notable. Gobernando a base de decretos, Vincent en pocos años había hecho retroceder al país al sistema autoritario que la ocupación americana (1915-1934) había aliviado provisionalmente. El ejército, reducido a unos tres mil hombres y aparentemente curado de la fiebre política que había valido al país a lo largo de su historia un sin fin de golpes de Estado y cuartelazos, se dejaba una vez más contaminar sin oponer mucha resistencia.

El problema de Haití seguía siendo el mismo de hacía cien años: escasez de tierra, sobrepoblación, analfabetismo, que alcanzaba el 90% de la población, pésimas condiciones de salud y la persistencia en el poder de una pequeña burguesía henchida de prejuicios y corta de visión como suelen serlo las clases dirigentes. Víctima de otro complejo político que remonta a fines del siglo XIX, cuando el enérgico presidente Hipólito construyó unas cuantas obras que aún en nuestros días llevan orgullosamente en letras de hierro su nombre y título, Vincent, en lugar de preocuparse por buscar los medios susceptibles de aumentar la producción agrícola del país, se limitó a construir obras en sí meritorias, como bibliotecas públicas y escuelas públicas, para las cuales no había equipo ni maestros. En 1941 dejó el poder a Lescot, un verdadero fenómeno político, pues en un país compuesto por el 95% de

[5] JUAN COMAS, "¿Otra vez el Racismo 'Científico'?" *América Indígena,* XXI, 2, abril, 1961.

gente de piel negra, Lescot adoptó la política de favorecer a la ínfima minoría mulata, sin tomar en cuenta sus méritos personales. Mientras, los intelectuales negros estudiaban en silencio la historia política de Haití, encontrando gran aliento en la interpretación sociológica de la lucha de clases que proponía James G. Leyburn en su obra *The Haitian People.* En 1946 una revolución popular montada por jóvenes elementos de izquierda y favorecidos por la apatía de las fuerzas armadas, derrumbó al gobierno bombístico de Lescot y subió a la presidencia Dumarsais Estimé, bajo el lema de "un negro auténtico al poder". El intelectual negro veía llegar su hora de gloria, pues desde unos quince años atrás, venía propugnando por el gobierno de la mayoría y la creación de una cultura nacional arraigada en las tradiciones africanas en lugar de la copia occidentalizada que hacía las delicias de la burguesía mulata.

Aprovechando los altos precios del café, el producto clave de la economía haitiana en la época de bonanza de la posguerra, Estimé emprendió con verdadero ardor patriótico, un programa de construcción destinado a perpetuar su nombre y su calidad de gran Presidente a los ojos de las generaciones venideras. Ignorando una vez más los problemas perennes de Haití en cuanto a población, erosión y agricultura primitiva, inspirándose en el folklore afrohaitiano que había cobrado la fuerza de un elemento capital en la política local, orientó todo su programa de gobierno hacia construcciones espectaculares destinadas a atraer al país una corriente cada vez mayor de turistas, cuyos gastos constituirían una industria nacional. Siendo oriundo del pueblo y del campesinado, brillante administrador, Estimé cometió el error de soltar la rienda a una camarilla de políticos negros sedienta de poder, cuya única ambición vino a ser la suplantación de la antigua burguesía mulata, conservando sus mismas actitudes reaccionarias y explotadoras. A nombre de las masas negras, la corrupción se extendió a todos los ramales de la administración, perdiendo así el país la oportunidad de aprovechar ingresos extraordinarios para tratar de buscar solución a sus viejos problemas económicos. El cultivo del plátano que representaba una sustanciosa fuente de ganancias fue, por ejemplo, entregado a políticos poco escrupulosos, quienes en breve lo redujeron a cero.

En mayo de 1950, el ejército una vez más infectado por el virus político, derrocó con una facilidad asombrosa al po-

pular Estimé, asumiendo el poder el joven coronel Magloire, quien pronto gozó del apoyo casi total de la población. La guerra de Corea y el alto precio de los productos agrícolas, proporcionaron otra vez a Haití una fuente notable de ingresos aumentados por préstamos fácilmente obtenidos del gobierno de los Estados Unidos, más la ayuda de la entonces nueva Asistencia Técnica de las Naciones Unidas.

Magloire inició su gobierno bajo excelentes auspicios, y sus primeros años fueron marcados con la esperanza de que se realizarían obras de carácter práctico, susceptibles de promover un cambio profundo en la estructura política y económica del país; pero por desgracia, de pronto los eternos profesionales de la política y el Presidente mismo, se entregaron a la corrupción, al absolutismo y al derroche de los recursos nacionales que produjeron un malestar cada vez más creciente.

En diciembre de 1956, al terminar su sexenio presidencial, Magloire por medio de un truco malabarista, pretendió perpetuarse en el poder con el apoyo del ejército; una huelga general organizada en gran parte por la burguesía, ansiosa de volver al poder, provocó su caída en menos de una semana. El acontecimiento, en una época cuando las dictaduras militares estaban de moda en la América Latina, valió a Haití la atención de la prensa internacional y la visita de distinguidos periodistas como Herbert Matthews y Carleton Beals, entre otros, pero el momento de gloria fue muy fugaz; una lucha sorda estalló entre el candidato de la burguesía mulata, un gran terrateniente, el senador Louis Dejoie, un brillante economista, Clément Jumelle y un oscuro médico, más bien conocido por sus escritos algo nebulosos sobre el folklore de Haití, François Duvalier, quien se suponía era un hombre bondadoso, perteneciente a la clase media y susceptible de beneficiar al país con la unión de clases y la moderación. En menos de siete meses Haití tuvo cinco gobiernos provisionales antes de caer por último bajo la férula de una junta militar que promovió el éxito del doctor Duvalier en septiembre de 1957. Desde entonces, el país está postrado bajo una tiranía extraña y sin piedad.

En cuatro años cualquier gobierno de buena voluntad puede dar pruebas inequívocas de su empeño en realizar su plan de desarrollo, pero sobra decir que si no existió tal plan desde el principio, los resultados deberán buscarse con algo más potente que la linterna de Diógenes. Las dos primeras tareas de

Duvalier en la presidencia, debe admitirse que las llevó a cabo con suprema eficacia y fueron: 1) aniquilar la oposición y 2) quitarle los colmillos al ejército que tantas veces en los años anteriores a su elección había derrumbado gobiernos. Por el sistema de pensionar a los altos oficiales, alentando así la ambición de los de bajo grado, en pocos años los coroneles más influyentes del ejército, pasaron a la vida privada o partieron para el destierro; se volvió costumbre ver a un teniente ascender en menos de treinta meses al grado de general. En cuanto a la oposición, los partidarios de los candidatos derrotados por la intromisión militar, pronto tuvieron que tomar el *maquis,* buscar asilo en las embajadas o ser encarcelados o asesinados sencillamente. El caso más estrujante fue el de los tres hermanos Jumelle, uno de los cuales, Clément, el economista, había sido candidato a la presidencia: para conocer su escondite (se le había fijado un precio a su cabeza), Duvalier no titubeó en matar a dos de los hermanos. El prófugo enfermo y agobiado murió en la Embajada de Cuba y cuando el cortejo fúnebre pasaba por las calles, fue parado en pleno día y el féretro sacado de la carroza por la policía secreta, sin que hasta la fecha se sepa el paradero de los restos mortales.

La prensa que solía al principio expresar su inconformidad, fue muy pronto reducida al silencio por medio de asaltos diurnos o nocturnos a sus establecimientos, y el encarcelamiento de los periodistas tras su condena por "conspiradores" después de una farsa de juicio. Hoy día, la única prensa tolerada, nos dice el señor Maxwell, o más bien "lo que pasa por ser la prensa, está llena diariamente de panegíricos al doctor Duvalier y editoriales aduladores para su revolución".[6]

Para hacer contrapeso a una posible resistencia del ejército, el gobierno organizó una policía secreta en todo el país que hoy día se conoce bajo el nombre de milicia. El costo de estas dos fuerzas armadas, alcanza, según estimaciones conservativas, no menos del 45% del presupuesto total del país que se cifra a unos veintitrés millones de dólares por año. Para reorganizar sus fuerzas armadas, Duvalier solicitó y obtuvo bajo el tratado de ayuda militar mutua con los Estados Unidos, la permanencia en Puerto Príncipe de una misión militar americana formada de los marinos de infantería, los mismos

[6] J. P. Maxwell, *op. cit.*

que ocuparon el país de 1915 a 1934. Algunos viajeros relatan que la música militar haitiana (como colmo de ironía), trata de ejecutar con el mayor entusiasmo posible, el famoso himno de los marinos, *From the Halls of Moctezuma to the Shores of Trípoli.* Por si fuera poco, al tiempo que numerosos países piden el retiro de las fuerzas aeronavales de los Estados Unidos de sus territorios, el citado artículo de *The Reporter* nos afirma, que a principios del presente año, Duvalier ofreció al Gobierno de Washington por mediación del diputado demócrata Víctor L. Anfuso, la concesión de la punta noroeste de Haití, para el establecimiento de una base naval que sería más segura que la de Guantánamo en el oriente de Cuba.

Pero todos estos detalles, por mezquinos que sean, se vuelven insignificantes cuando uno trata de evaluar la obra positiva del gobierno de Duvalier durante sus cuatro años de gestión y considerar la situación general de Haití.

¿Revolución?

TOMANDO cierta libertad con la semántica y para nuestro asombro, Duvalier autocalifica su gobierno de "revolucionario". No cabe duda que el Presidente de Haití ha dado pruebas inequívocas de habilidad, astucia y *flair psicológico,* dones tradicionalmente asociados, diríamos, con la política negativa y no con aquella que logrando la unión de las fuerzas nacionales y de la potencia constructora de un país, realiza obras positivas en bien de la comunidad.

Al gobierno de Duvalier con toda justicia se le puede aplicar lo que Briffault llama "una organización antisocial del poder",[7] y sin embargo, este mismo régimen además de sus pretensiones revolucionarias, abriga otras de orden espiritual; a partir de septiembre de 1957, la prensa aduladora además de apoyar al Presidente, lo califica como *mahatma* o lo designa "como el padre espiritual de la nación". El periódico *Oedipe,* uno de los más activos de la campaña publicitaria local en favor del régimen, lleva como encabezado en todas sus ediciones, el siguiente lema:

> El haitiano que no ama al presidente François Duvalier es un peligroso enemigo de su patria.

[7] ROBERT BRIFFAULT, *Breakdown,* p. 54.

Sería de esperarse que detrás de tanta propaganda, el gobierno hubiera realizado alguna obra que justificara sus pretensiones revolucionarias, pero con la mejor voluntad del mundo, el balance resulta de una pobreza asombrosa. La tendencia del gobierno ha sido la de favorecer monopolios existentes y crear otros nuevos que proporcionen a los altos funcionarios del régimen la ocasión de recibir prebendas y comisiones jugosas. Así es que Haití, que fue por tradición un país de pequeños agricultores, está presenciando la creación de grandes plantaciones de plátano, de cítricos, más el establecimiento de monopolios o concesiones de la carne, de la madera y de la pesca establecidos con capital extranjero. Por cierto, se ha producido un cambio y en lugar de la explotación parasitaria de las masas campesinas por la burguesía, presenciamos una nueva forma de explotación en gran escala; lo más cierto es que al campesino, permaneciendo en su miseria secular, le importa bien poco el color de quien saca provecho de su trabajo. Acción revolucionaria sí hubiera sido, la formación de cooperativas campesinas para la explotación de las riquezas naturales, pero al gobierno no le interesa y no le conviene organizar en forma productiva las fuerzas populares, prueba de ello es su constante oposición a los ya moribundos sindicatos de estibadores y de las raras industrias locales.

La prensa ha presentado a Duvalier como un partidario del Vodú, la religión popular de Haití que tanta fama ha dado al país. Lo cierto es que como buen político, ha sabido explotar la fuerza que representa esta organización religiosa para fortalecer su régimen. Pero desde hace un siglo, una lucha a veces oculta, a veces abierta, se ha entablado entre el Catolicismo y el Vodú. El clero católico, compuesto de sus tres cuartas partes por blancos, representa un bloque sociopolítico al cual tarde o temprano Duvalier, en su afán de poder absoluto, tenía que enfrentarse. El control del clero sobre la educación era amplio y sus intereses comunes con la burguesía le hacía peligroso; era tal su influencia que en 1947, cuando un Secretario de Educación Pública propugnó porque la enseñanza de la historia patria estuviera a cargo de profesores haitianos en los colegios religiosos, la oposición clero-burguesa bastó para provocar una crisis ministerial y el nombramiento de un Secretario más "tolerante".

Duvalier se enfrentó al problema religioso con su brusquedad acostumbrada y aprovechando una huelga universi-

taria, en la cual, según se decía, el clero tuvo cierta participación, expulsó sin más ni más a los más altos jerarcas católicos con el resultado de que muy pronto la Santa Sede pronunciara contra el Gobierno la excomunión, sin que tan temible medida causara la menor impresión sobre el "padre espiritual" de Haití. Pero como todos sus actos políticos, el doctor Duvalier no llegó a las consecuencias lógicas y verdaderamente revolucionarias de su actuación, y el clero, después de la borrasca, ha recobrado sus posiciones. Es sobre el plan estrictamente político que el actual Gobierno de Haití manifiesta su mayor desprecio por los valores mínimos del respeto a la persona humana y a las libertades fundamentales: en abril de 1961 faltándole aún dos años para completar su primer período presidencial, Duvalier se hizo reelegir subrepticiamente, cayendo la noticia de su reelección como una bomba sobre la minoría consciente de la población. La ocasión fue la elección de los miembros de una cámara única para reemplazar "el viejo sistema de Cámara y Senado" que muchas veces daba veleidades de oponerse a la sabiduría del *mahatma.* Sobre cada papeleta de voto, además del nombre, ya impreso del candidato oficial, venía la mención inocua de:

Dr. François Duvalier, Président

y a la hora del recuento, se anunció sencillamente que la voluntad popular había reelegido por 1.328,000 votos al doctor Duvalier para un segundo sexenio a la presidencia.

Por si no fuera bastante esta caricatura electoral, el 22 de mayo siguiente, el Presidente juró su cargo en presencia de "aproximadamente 200,000 personas, en su mayoría campesinos de los distritos rurales, ...traídos a la capital en camiones para expresar apoyo al alegato del gobierno de que la elección de Duvalier fue 'una demanda espontánea popular' ".[8] Lo que no dijo el periódico, fue que la concentración de los 200 mil campesinos requirió la movilización durante ocho días de los transportes públicos bajo órdenes del ejército. En Puerto Príncipe, con alojamiento y comida inadecuados, los infelices comparsas una vez terminada la comedia política, fueron abandonados a sus propios medios para regresar a sus remotas comunidades. Se afirma que muchos de ellos murieron de

[8] *Novedades,* México, D. F., a 23 de mayo de 1961.

hambre, sin saber el por qué de su inesperado viaje a la capital de Haití.

Un país que agoniza

Con justificada razón el haitiano tiene derecho de estar orgulloso del pasado histórico de su país, de aquellos esclavos quienes en el tumulto de la Revolución Francesa fueron guiados hacia la libertad por auténticos líderes, a veces analfabetos, pero tan heroicos como los más venerados de la América Latina. Tiene pleno derecho el haitiano de recordar con emoción a Toussaint-Louverture, Dessalines, Christophe y Pétion, a pesar de sus fallas, que no hacen más que confirmar su calidad de hombres verdaderos. Pero tiene el deber este mismo haitiano, de protestar contra el uso que se hace de la memoria de aquellos héroes para pretender justificar una tiranía, cuya debilidad interna requiere para su mantenimiento de todo un aparato policíaco y de represión.

Primer país independiente de la América Latina, Haití se encuentra hoy en ser el último por su miseria y su pobreza, y en cuatro años, la mayor obra de la cual puede vanagloriarse la dictadura de François Duvalier, es la pavimentación de cuatro kilómetros de la avenida principal de Puerto Príncipe, con un costo de 1.500,000 dólares. En los años de 1920 Puerto Príncipe fue la primera ciudad del mundo en contar con una red telefónica automática, pero en 1961, es probablemente la única capital en donde el servicio telefónico es prácticamente inexistente. Al parecer, un genio destructor se ha apoderado del país aprisionándolo en las tinieblas: los sistemas eléctricos, hidráulicos, de drenaje y la red de carreteras, necesitan reparación urgente. El 90% de una población de 3.600,000 es analfabeta y nos dice el informe de *The Atlantic*, "600,000 niños no van a la escuela porque no existen escuelas en donde viven". La estimación optimista del ingreso anual *per cápita,* es de 70 dólares. De los 28 mil kilómetros cuadrados del territorio nacional, solamente el 13% es cultivable y en aquellas áreas la presión demográfica alcanza casi mil habitantes por kilómetro cuadrado. Las enfermedades parasitarias, más la malaria, la tuberculosis y el paludismo, estos azotes del hombre en los trópicos, mantienen el poder de trabajo de la población a un nivel alarmantemente bajo.

La Organización de las Naciones Unidas, escribe en un informe "Sobre programas nacionales en el campo de desarrollo de comunidad", que:

> Las condiciones de vida en Haití parecen haber mejorado bien poco durante la última década. Más bien hay la evidencia que la vida política, económica y social en varios aspectos, ha sido marcada por una regresión a pesar de esfuerzos mayores realizados por programas de asistencia bilateral e internacional para frenar esa tendencia. En particular durante los últimos años la situación del país se ha vuelto crecientemente desesperada y en este momento Haití se encuentra en un estado de cosas que no puede durar mucho tiempo. El país ha llegado muy cerca del punto donde los mecanismos básicos que aseguran la vida de la nación pueden romperse y la supervivencia mínima de la población puede encontrarse en peligro inminente... (Traducción del autor).[9]

Cuando uno recuerda la discreción de la ONU al tratar de asuntos internos de los países miembros, se podrá evaluar verdaderamente la situación agonizante de la República de Haití, sin tener que recurrir, para explicar la mala prensa de la cual goza su actual gobierno, a los fantasmas de la conspiración internacional que citamos al iniciar este artículo.

En nuestra era de ayuda mutua y de asistencia técnica no son, sin embargo, consejeros expertos y competentes los que hacen falta al gobierno de Duvalier para aliviar siquiera la tragedia de su pueblo. Sin el donativo directo de unos seis millones de dólares anuales por parte de los Estados Unidos, su Administración no podría enfrentarse a los gastos del último trimestre presupuestal. Cuando en esta hora trágica de su historia, Haití necesita el esfuerzo general de todos sus elementos vivos, muchos de sus ciudadanos, los mejor preparados, médicos, ingenieros, agrónomos, pedagogos, incapaces de trabajar bajo un régimen dictatorial tienen que abandonar su país y ofrecer sus servicios a las jóvenes repúblicas africanas, irónico cumplimiento del deseo de "retorno al Africa" formulado décadas atrás por los partidarios de la cultura afrohaitiana, entre los cuales figuraba el mismo Duvalier en

[9] United Nations. Economic Commission for Latin America, Office of Social Affairs, México. "National Programs in the Field of Community Development. 15 May, 1961 (Mim.).

prominente lugar. Escaso de recursos humanos y técnicos (un médico por cada once mil habitantes en todo el país y en algunas zonas uno por treinta y siete mil, nos dice el informe citado de la ONU), Haití se encuentra, proporcionalmente, a la cabeza de los países que extienden asistencia técnica a los países subdesarrollados.

Algunos historiadores han puesto en duda la necesidad de la libertad para el pleno desarrollo de las artes y letras, citando entre otros casos el florecimiento musical bajo la autocracia austrohúngara, pero incluso esta afirmación parece debilitarse en el caso de Haití. Incapaces de expresarse sin tomar en cuenta la postración nacional, los mejores escritores haitianos han enmudecido, o cuando osan decir la verdad como en el caso del poeta Jean F. Brierre, la cárcel o el destierro les espera. Morisseau-Leroy que logró dar al *Créole,* el idioma de las masas haitianas, sus letras patentes en el campo de la poesía, está en el Africa Occidental; Jacques Alexis el novelista de *Compère-Général-Soleil* y R. Dépestre han huido de la ira de Duvalier. La pintura popular, un momento floreciente, se ha vuelto vulgar, medio comercial, dócil al gusto turístico. Frente a esa calamidad nacional, el Gobierno se apega al poder destruyendo complot tras complot y esperando del folklore, del turismo y de las dádivas internacionales la salvación de un pueblo.

Ninguna dictadura es eterna y si el país agoniza, vendrá a su tiempo quien pueda volver a darle vida. Hablando en esta hora sombría de la historia de Haití, el programa político de aquel hombre providencial lo traza el inmortal verso de Horacio:

Lucem redde tuae, dux bone, patriae.[10]

---

10 HORACIO, *Odas,* IV-5.

PANORAMA DE LA POESÍA HONDUREÑA

Por *Óscar CASTAÑEDA BATRES*

FUÉ en esta tierra de Honduras donde por primera vez, en 1497, recaló una nave europea en tierra continental americana; y Juan Díaz de Solís y Vicente Yáñez Pinzón fueron —así lo escribió don Hernando Colón— quienes bautizaron al antiguo reino de Guaimura con el nombre de Honduras. Y es cierto que esta América resulta ser la bien llamada, como dice Levillier, porque en ese mismo viaje llenó de verdores sus ojos aquel corresponsal del Gonfaloniero vitalicio de Venecia: maese Amérigo Vespucci.

Cinco años después, en 1502, el Almirante de la Mar Oceana, don Cristóbal Colón, arribará a la isla de Guanaja, toda increíblemente verde y fértil —transcribe Pedro Mártir de Anglería—, para bordear después una costa de vientos adversos que se denominaba *Quiriquetana* y que él, en su ilusión del Oriente indio, llamó *Ciamba.*

Desde entonces Guaimura y poco después las Higüeras, donde había periclitado el florón científico del Primer Imperio maya —la metrópoli astronómica de Copán, patria del calendario—, cuyas ruinas asombrarían en 1576 al Oidor don Diego García del Palacio, comienzan sus trágicas historias de provincia española. El pasado precolombino de piedra y estuco mantiene aún su secreto inviolado —quizá por el poco requiebro de nuestros estudiosos.

A esta pequeña provincia convergieron las audacias y las codicias de los grandes conquistadores: las de Cortés —que escribía a Carlos V ser esta una provincia muy rica— con las de Pedrarias Dávila, el tetrarca del Darien; las de Cristóbal de Olid —conquistador de Michoacán que vino a morir en Naco, pagando así con su vida su traición a un traidor triunfante— con las del protegido del Obispo de Burgos, Gil González de Avila; las de don Francisco de Montejo —asombrado

todavía de las grandezas de Yucatán— con las de Pedro de Alvarado, el Tonatiuh de la matanza de Iximché; y las de Alonso de Cáceres y de Chávez, alevosos inmoladores de Lempira, héroe de nuestra epopeya indígena. Aquí llegó —después de un viaje inverosímil— el propio don Hernando de Cortés, quien a punto estuvo de terminar sus días en Guaimura. Aquí dejó también las huellas de su crueldad, ajusticiando la rebeldía de Mázatl —el otro héroe indígena—, como había ajusticiado la grandeza de Cuauhtémoc.

La primera *Relación* de Honduras la escribió el primero de sus obispos: don Cristóbal de Pedraza. Y es de creer que la tierra impresionó gratamente al Obispo, porque la encontró lujuriosa. "Primeramente la primera tierra que se vee de todos los que van a ella —escribió— es las sierras de la cibdad de Truxillo, que parecen a forma de dos tetas de mujer. . ."

—Sujeta después a la Capitanía General de Guatemala, la provincia parece haber quedado al margen del tiempo; el silencio va a caer pesadamente por tres siglos sobre una tierra de aurífera riqueza, pero pobre en comparación con los grandes virreinatos. Menos poblada que los grandes reinos del Quiché o de Cuscatlán, tuvo menos brazos para el forzado trabajo de la tierra y para la brutal encomienda. Y —lo uno causa de lo otro— apenas si va a ser tierra de misioneros valerosos; pero no llegará a tener un clero que, atraído por la riqueza, se preocupe por el desarrollo intelectual.

No hubo en Honduras durante los tres siglos de la Colonia vida cultural: ni Universidad, ni imprenta, ni escuelas de primeras letras. Era obligado el éxodo para quienes buscaban estudios; y los ya cultivados rara vez querían volver a la cerrazón de la provincia: bien por lucir en otras latitudes, bien por medrar en los grandes centros administrativos. No hay nombres literarios ni obras que mencionar de nuestra época colonial, como no sean los de aquellos frailes que sobresalieron en Guatemala o México y algunos gruesos volúmenes de sermones.

Independiente en 1821, en la hermandad de las otras cuatro provincias de la Capitanía, vio llegar —apenas en 1829, por preocupación de Morazán— la primera imprenta; tuvo en 1830 su primer periódico; y sólo hasta 1847 le fue dado el beneficio de una Universidad. José Antonio López (en el capítulo III de los *Recuerdos de mi vida)* pintaba así el ambiente cultural de la República a mediados del siglo XIX:

> En mantillas estaba la instrucción. No había escuelas públicas, y los niños aprendíamos a leer y el catecismo de Ripalda en casas particulares... No había más que un periódico en toda la República, la *Gaceta Oficial,* que publicaba las disposiciones del Gobierno y uno que otro verso detestable. De libros no hay que hablar. Fuera de las novenas y de la vida de los Santos, apenas se conocían otros. *(Revista de la Universidad,* tomo V, p. 169, Tegucigalpa, 1913).

¡Y qué prodigio que de tanta pobreza y de tanto olvido hayan salido aquellos varones de nuestra primera promoción literaria: José Cecilio del Valle, *El Sabio,* que brilló en el Congreso mexicano de 1822 y que dejó una obra de grandes atisbos americanistas; Dionisio de Herrera, de amplia visión democrática, que escribió el patrio optimismo en cincelada prosa; Francisco Morazán, que a golpes de batallas realizó la reforma liberal en 1829 y escribió en las *Memorias* de David la crítica de un sistema; y Juan Nepomuceno Fernández Lindo y Zelaya, el autor de las *Meditaciones de un pueblo libre,* cuya preocupación primera de gobernante fue fundar escuelas!

Rota la Federación Centroamericana, entró Honduras a una época aciaga de turbulencia y de anarquía, de hondos conflictos sociales en cuyo fondo latió siempre —late aún— el problema de la desposesión de la tierra. La reacción clerical-terrateniente, a la muerte de Morazán (1842), cerró por años el horizonte de la cultura. "Entre 1829 y 1855 —escribió Rafael Heliodoro Valle— Honduras fue un campo interoceánico de matanza... No había tregua para el escritor".

Y, sin embargo, en esta época, entre los años de 1830 y 1876 surgen las dos primeras generaciones de poetas hondureños: la *generación del Padre Reyes,* aquella; la de José Joaquín Palma en el último año mencionado.

Natural parece que los escritores hondureños se hayan empeñado —y se empeñan todavía— en hacer del fraile recoleto don José Trinidad Reyes una gran figura de las letras, si se considera que llena casi solo esa época y que fue la primera figura sobresaliente de la labor propiamente literaria. Reyes —exclaustrado por la revolución liberal morazánica de 1829— se radicó en Tegucigalpa, su ciudad natal, y se dedicó al ejercicio de su ministerio. Clérigo dulce, de un natural sencillo, amable y bondadoso —lo que no fue obstáculo para que en su militancia política y en su crítica de costumbres

satirizara cáusticamente—, bienquisto en una época de franca reacción contra el liberalismo, Reyes sobresalía en aquel medio raquítico de la Tegucigalpa colonial. Era versado en Teología y en Historia Sagrada; y gustaba de la oratoria. Amaba la instrucción y cultivaba las bellas letras y la música. Para divulgar el saber, fundó en 1845 la Academia Literaria, que dos años después se convertiría en Universidad de Honduras —de la cual fue primer Rector—, por disposición del presidente Lindo. Esta fue su obra maestra, la que lo hace acreedor al recuerdo emocionado de la juventud de su patria.

Como poeta, Reyes cultivó géneros ya en desuso: villancicos, letrillas satíricas y pastorelas; y algunos himnos patrióticos que don Marcelino Menéndez y Pelayo juzgó "verdaderamente detestables". Un aire de la poesía bucólica del siglo XVIII pasa por las páginas de las *Pastorelas* —de las cuales se nos han conservado ocho: *Esther, Nephtalia, Zelfa, Rubenia, Micol, Elisa, Albano* y *Olimpia;* pero la calidad literaria de las mismas está muy por debajo del unánime elogio de la crítica hondureña. "Inferiores a la medianía, excepto algunos villancicos", parecieron a Menéndez y Pelayo las composiciones líricas de Reyes; y para Rubén Darío las Pastorelas "carecen de plan racional y hasta de nexo, aparte de otros defectos secundarios, como el lenguaje grandilocuente y la terminología científica que aparecen a veces en boca de sencillos pastores". Lo cierto es que —como lo advierte el propio Darío— en aquellos tiempos de adormecimiento intelectual y pureza de costumbres, Reyes adquirió gran renombre. Seguírselo conservando hoy, momificado, más parece ceguera o afán de perdurar en el adormecimiento. Razón tuvo Medardo Mejía cuando exclamó: "¡Por Dios, no hablemos más del Padre Reyes!" Con mucho acierto, Julio Caillet Bois, en su reciente *Antología de la poesía hispanoamericana* (Aguilar, Madrid, 1959), lo ha colocado como el último poeta colonial.

Siquiera como una muestra de lo más fino que se encuentra en las Pastorelas, transcribo estos versos de *Rubenia:*

¡Oh, bosque solitario,
alegre en otro tiempo
do la bella Priscila
condujo tántas veces sus corderos!

¡Cuántas veces oíste
de su voz el acento
y cuántas repetiste
su graciosa expresión en suaves ecos!

¡Cuántas veces sus plantas
hollaron este suelo,
y cuántas en los árboles
con sus manos divinas grabó versos!

¡Mas, ah, que ya descansa
en profundo silencio,
y no la veréis más,
tristes cipreses y elevados cedros!

Contemporáneos de José Trinidad Reyes fueron tres poetas de innegable prosapia romántica: Carlos Gutiérrez, autor de una biografía de Fray Bartolomé de las Casas prologada por Castelar y quien, según el decir de Rómulo E. Durón, "era tenido por estrafalario y loco"; Justo Pérez, cuya locura fue cierta, de quien se conservan unas pocas composiciones; y Teodoro Aguiluz, político y jurista, cantor de la independencia centroamericana, quien en 1875 expresaba en versos sus anhelos americanistas:

porque también sus hierros quebrante heroica Cuba,
la estrella solitaria que aún gime en la opresión.

No había existido —no podía existir— en Honduras un clima propicio para el desarrollo de la literatura, por el estado de continua lucha fratricida: no había siquiera conciencia de nacionalidad. Las figuras sobresalientes, los prohombres eran los caudillos, alguno de los cuales —Francisco Ferrera— dejó en sentidas estrofas el dolor de una pasión desgraciada. Reyes, Gutiérrez, Pérez y Aguiluz habían vivido fuera de Honduras; y de sus viajes trajeron la inquietud poética.

En el año de 1876 pareció haber llegado para el país la hora de la organización y de la estabilidad, al inaugurarse, por intervención de los gobiernos liberales de Guatemala y de El Salvador, el gobierno de Marco Aurelio Soto. Con éste —y principalmente por la influencia de su Ministro General, don Ramón Rosa, verdadero gran maestro de la juventud hon-

dureña— llegó a Honduras una etapa de prosperidad y, con ella, el fomento de la educación y de las letras. El gobierno se preocupó, a la vez que por solucionar el problema cardinal de la tierra, por la organización administrativa, por fundar bibliotecas y archivos, hacer escribir las biografías de los próceres —obra cumbre de Rosa— y por becar a los más sobresalientes jóvenes de las provincias.

Preside el nacer poético —pues lo anterior era sólo leve esperanza— la presencia del poeta cubano José Joaquín Palma. Con él llegaron a Honduras auras románticas; y a él debemos los primeros cenáculos literarios. Se edita el primer libro de versos: *Poesías* del propio Palma (Tegucigalpa, 1882), que prologa Rosa e incluye una alocución de Soto, cultor también de la pluma. Palma mueve las conciencias, alaba, estimula, crea; canta a Tegucigalpa en recordadas décimas:

> Bella, indolente, garrida
> Tegucigalpa allá asoma. . .

La que propiamente merece el nombre de *generación romántica* surge en torno del poeta cubano. Características principales de la obra de esos poetas son, junto con su desmesurado sentimentalismo, cierto desaliño del idioma y pobreza en las imágenes, frutos de la minoría de edad, de la improvisación y de la influencia de los modelos románticos españoles. Se padecía —dirá más tarde don Esteban Guardiola— una *decimomanía.*

Manuel Molina Vijil (1853-1883) es, sin duda, la figura más destacada de esta generación. Palma lo elogió como poeta tierno y sentido. Con él se inicia el trágico desfile de los poetas hondureños suicidas: víctima de la locura, a pocos meses de casado, cuando ejercía exitosamente su profesión de médico, se suicidó, el 9 de marzo de 1883. El retrato que de él conozco lo muestra de complexión delgada, más bien demacrado y con cierto aire de alejamiento: la típica estampa romántica del poeta. Cantó la añoranza de la patria lejana y la del hogar; escribió odas cívicas; pero fueron sus versos pasionales los que lo hicieron popular:

> Si en un jardín penetro, y en dulce arrobamiento
> contemplo el casto broche de la naciente flor,

oculta entre sus hojas te finge el pensamiento,
mezclada en sus aromas la aroma de tu aliento,
que unidas se desprenden en húmedo vapor.

(Ultima vez)

Ramón Reyes nutrió su poesía en Bécquer y en Byron; y en sus versos se presiente ya el tono modernista. Cultivó el ensayo y la oratoria; y pereció en una de nuestras tantas luchas civiles. En inspiradas estrofas cantó la muerte de Molina Vijil:

Cayó en la selva del elevado pino
al rudo embate del soberbio Noto. . .
¡Todos ignoran su fatal destino,
su porvenir ignoto!
. . . .
Murió cantando en anchuroso río
el blanco cisne de rizadas plumas,
como mueren las rosas del estío
y pasan las espumas.

Es justo anotar en el haber poético de Reyes los asomos primeros de una poesía del paisaje propio. Hubiera sido el más logrado poeta de esta generación de no haberlo truncado el fusil fratricida.

Miguel A. Fortín (1863-?), también de estirpe byroniana y en cuyos versos (v. gr.: en *¿Humillarme?)* se siente la influencia del primer Díaz Mirón, cumple con el ritual romántico de cantar a la naturaleza identificada con sus propios estados anímicos, principalmente en las octavas de su poema *Al Guacerique.*

En Jeremías Cisneros el romanticismo hondureño tiene su representante del *indianismo,* tan peculiar del romanticismo americano. En su largo poema lírico-descriptivo *Lempira,* rindió culto a la poderosa incitación del paisaje de sus serranías y al tema histórico; narra allí, más que canta, un episodio de la conquista: el de la desigual lucha entre el conquistador ibero y las huestes indígenas acaudilladas por Lempira. Quiere —y así lo expresa en los versos finales— marcar el camino hacia una literatura nacional.

Ciertamente, Cisneros fue mejor prosista que poeta: escribió *tradiciones* coloniales muy amenas y estudios históricos.

Su verso es pobre; y la pobreza se ve empeorada por el abuso de un lenguaje seudocientífico y filosófico.

Joaquín Díaz (1843-1892) y Guadalupe Gallardo (1853-1894) cultivaron una poesía de tipo paisajista: el primero, en su *Leyenda tegucigalpense* y en el canto *A Trujillo. Desde la montaña;* el segundo, en su poema *A Danlí.* Carlos F. Gutiérrez (1861-1899), soldado y poeta, publicó una novela y un libro de versos, *Piedras falsas* (1898). Su poesía, de hondo sentimentalismo, corre aún en boca del pueblo. Con él aparece por primera vez en Honduras el verso humorístico en composiciones como *Mi Ñata, De fiesta, Tragué el anzuelo* y *Episodio,* en las cuales hay atisbos de *folklorismo* y uso del lenguaje popular.

De esta misma generación romántica, aunque con menor calidad poética, puede mencionarse a Carlos Alberto Ucles, eminente jurisconsulto; Rómulo E. Durón, historiador y autor de la primera antología poética de Honduras: *Honduras literaria* (1899); Juan María Cuéllar; Jesús Torres Colindres, quien en sus *Camafeos* cantó a Gutiérrez Nájera, Rubén Darío y Díaz Mirón y pedía a éste:

¡Canta, poeta! ¡La América se inclina
cuando truenan las letras de tu nombre!;

y Félix A. Tejeda, cantor de la poesía, imprevistamente fugitivo de la vida a los treinta años.

Característica propia de estas dos generaciones románticas fue la de ser sus poetas al mismo tiempo hombres públicos, ligados estrechamente a la política y a las luchas civiles de su pueblo.

José Antonio Domínguez (1869-1903) puede ser considerado como un poeta de transición entre los románticos y la *nueva manera* del modernismo. Nació en las tierras llanas del oriente hondureño, en Juticalpa, Departamento de Olancho. Fue uno de los jóvenes destacados que el presidente Soto hizo llegar a la capital a prepararse como maestro; y coronó después la carrera de abogado. Tomó parte activa en la política y ocupó puestos públicos de importancia; y —tragedia tantas veces repetida en Honduras— murió prematuramente, cuando

—como él lo dijo del poeta José María Gutiérrez, que le precedió:

...en hora de letal fastidio,
náufrago de la fe, su frente mustia
besó con beso trágico el suicidio.

Como los poetas anteriores, Domínguez es un poeta civil en su *Himno marcial*, en el canto *A la libertad* y en los *Camafeos patrios;* pero en su obra aparece ya la fundamental preocupación por la forma, la música y el refinamiento de la palabra. En el poema *Encaje* dejó escrito su credo estético de estirpe *parnasiana:*

Me agrada el plasticismo de la forma,
la corrección de líneas del trasunto,
la muelle morbidez de los contornos
y el relieve curvado de los músculos;
la frígida expresión de los perfiles
que animados parecen y están mudos;
el tesoro adormido de las gracias
y el nevado candor, casto y desnudo,
que en el bloque de mármol transformado
al golpe del cincel, diestro y fecundo,
ostenta la estatuaria en la flamante,
radiosa encarnación de un cuerpo ebúrneo:
¡como que tiene la materia tosca
un resplandor de lo divino oculto
que sorprende la mano del artista
y lo presenta deslumbrante al mundo!
¡Como que existe un fondo de hermosura,
de santidad y sensualismo puro
que como alma de todo lo terreno
emerge alado, incitador efluvio!
¡La armonía que ondula y cabrillea,
acaricia al contacto y tiembla al pulso
y con su hechizo lánguido que arroba,
tienta al deseo y predispone al culto!

Su obsesión musical llevó a Domínguez a cantar en rítmico poema a *La guitarra:* y, en esclarecedora sinestesia, a *El violín rojo.* Buriló con gran maestría el soneto, fundamental-

mente en endecasílabos, metro preferido al que cantó también en *El Metro Rey;* pero para sus poemas de mayor aliento utilizó el verso libre.

Todavía perduraba la poesía civil, el canto ciudadano del romanticismo, cuando Domínguez escribió; y, en 1896, época de turbias contiendas faccionales en Honduras, dedicó a un poeta amigo este soneto:

LA MUSA HEROICA

Si quieres que tu canto digno sea
de tu misión, del siglo y de la fama,
no derroches el estro que te inflama
en dulce pero inútil melopea.

Lanza las flechas de oro de la idea;
depón el culto de Eros y proclama
otro mejor; la lucha te reclama:
yérguete altivo en la social pelea.

No enerves tu vigor con el desmayo
del femenil deliquio; ya no es hora
de lágrimas y besos; doquier mira:

Hoy la estrella compite con el rayo,
la inspiración es lava redentora
y clava en manos de Hércules la lira.

En su obra más acabada, el *Himno a la materia,* dijo, sin mengua de la expresión poética, su concepción filosófica materialista y atea; aunque encontremos en el *Himno* un exagerado *cientificismo* que nos recuerda el de Manuel Acuña en los tercetos *Ante un cadáver.*

¡Oh, materia sublime, eterna y varia
que con el gran prodigio de tu esencia
y el arcano infinito de tus formas,
como madre perenne, siempre joven,
a quien su propia fuerza fecundara,
llenas la inmensidad del Universo
y eres causa y efecto misterioso
de cuantos seres bullen y rebullen

con aspecto de vida en los espacios,
desde los vastos mundos y los soles
que por las noches brillan como antorchas
suspensas en el éter cristalino,
hasta los invisibles infusorios
que habitan en miriadas y millones
en el fondo irisado de una gota
de rocío...!

Domínguez, que llegó a ser dueño de una cultura universal, seguía en este poema aquella directriz romántica que apuntaba Hardenberg de que "la vida se parece a los colores, sonidos, fuerza, etc., y el romántico estudia la vida así como el pintor, el músico y el mecánico estudian el color, el sonido o la fuerza. El estudio cuidadoso de la vida hace al romántico".

Recuérdese —incidentalmente— que el romanticismo vino a plantear una forma nueva de abordar el problema de la existencia: en lucha contra el sentido dogmático y metafísico de la Edad Media —que en América subsiste hasta la mitad de la centuria pasada—, los románticos ven el problema de la vida como terreno, material. De allí la relación insoslayable que existió entre la literatura romántica y las ciencias naturales, tan perfectamente estudiada por Alexander Gode von Aesch (*El romanticismo alemán y las Ciencias Naturales,* Espasa Calpe Argentina, S. A., Buenos Aires-México, 1947).

> La cuestión de la función del hombre en el organismo universal —nos dice Gode von Aesch— no es meramente un problema de evolución. Debe ser considerada como la pregunta por la función espiritual del hombre en la vida universal. Uno de sus aspectos lo ofrece la cuestión de un especial fluido vital. Su solución se encuentra en el concepto de una orgánica jerarquía de la naturaleza, en la cual el hombre representa el desenvolvimiento más elevado, el prototipo y modelo de toda existencia. Los puntos de vista así conseguidos pueden ser conseguidos como representantes de la visión del mundo romántico. El pensamiento romántico es un pensamiento biocéntrico. En él, el mundo de los fenómenos es concebido como la representación fisonómica de la vida universal. (*Op. cit.,* p. 30).

Domínguez expresa esta "cuestión" a través de la evolución de la materia:

...En tí reside,
de tí dimana y hacia tí refluye
la vida universal que no se agota
y es como inmenso, genesíaco río
que al recorrer tu seno lo fecunda,
porque lleva en sus ondas la simiente
de que brotan en mágicos regueros
las vidas de que surgen nuevas vidas...

Nada perece, todo se transforma. La vida misma es sólo un proceso: la muerte no existe. Hoy dice la biología que la vida es indefinida y la muerte sólo un accidente. Así lo dice Domínguez:

La muerte para tí sólo es acaso
como un abono que te das tú misma,
tal vez por mantener ágil e incólume
de tu vigor el germen patentísimo;
o quizá como un baño en cuyas aguas
rejuveneces tus gigantes miembros,
por cuyas venas corre siempre nueva
savia de eternidad...

Brevedad de la vida, "círculo odioso", "juego de hados inclementes", viaje sin rumbo, padecer: toda la temática sentimental del romanticismo halla cabida en el *Himno a la materia.* Y una vaga esperanza en la ilusión de un *más allá:*

la vida individual es para el hombre
una cosa tristísima: hasta es justo
dejar que el pensamiento se solace
soñando nueva vida tras la tumba!

¿Soñaría en su *Himno* cuando emprendió voluntariamente el viaje?

AMÉRICA libre, perdida en la anarquía que advino con la independencia, extraviada de sus hondas raíces, mutilada en

sus ancestrales fuerzas creadoras, se busca y se modela por voz de sus poetas. Fue primero el alborozo romántico, que dio, junto con los libertadores, a los poetas primogénitos: Bello, Olmedo, Echeverría, Mármol. Las generaciones posrománticas fueron las del reposado regreso, las del hito constructivo. Con el modernismo adviene el encuentro de la propia voz.

Derycke ha escrito que, más que una escuela, el modernismo es una época. La expresión de una América nueva, recién nacida que otea en busca de horizontes ocultos por tres siglos de enclaustramiento. Renovación del vetusto tronco del idioma —nuestro también, pese a la Academia— como vehículo de los nuevos ideales, de la nueva visión del mundo que se va forjando lenta, pero firmemente. Eso es también.

La sensibilidad no encuentra forma de manifestarse autóctona en una tierra asolada por la constante guerra civil, lactante patria a la deriva; rehusa expresarse como nostalgia de un medievo semivivo; se agita entre contrarias mareas; y se pierde, desvigorizada, en el sortilegio de la forma, de la música. La poesía pierde los cauces vitales del romanticismo que movía a guerra y era, como trasunto *hugueano,* airado grito de protesta: vocifera un momento con Espronceda, solloza con Byron, ironiza con Heine y, al fin, al soplo del *parnasismo*, se eleva sobre el medio, se hace símbolo y fuga mientras maduran los pueblos y se van superando caudillaje y colonia. Es la época de los epígonos del modernismo: Gutiérrez Nájera, Silva, Del Casal, Darío. Otro era el rumbo de Martí —en esto como en todo genial visionario; pero otros fueron sus senderos que no la poesía, aunque la hubo inmensa en su vida y en su gesta.

El poeta modernista palpita con *su* América, con la que adviene; y, a través de un cosmopolitismo que encierra su repulsa al medio hostil que vive, torna a ella idealizándola, recreándola a su deseo. Falsa la acusación de extranjerizantes que se les ha hecho: en ellos la búsqueda de lo extraño, aquel delirar por lo exótico —Grecia o Francia— no es sino la búsqueda de sí mismos, de lo propicio para su arte: la negación de lo negativo de América.

Remontan su vista al pasado remoto que la Colonia destruyó inmisericorde: Darío cifra la poesía americana en Uxmal y Chichén Itzá y "en el gran Moctezuma, el de la silla de oro"; Valencia canta a la Popayán nativa; Molina buscará en Copán

la mina mágica que ha de nutrir su fragua de poeta americano.

Es del choque entre la idealización y la realidad fatal —que un individualismo exacerbado hace insuperable— de donde el modernismo surge con sus tintes pesimistas, con su angustia —tan vital—, con su marginación de la vida política, con su deleitación por la muerte, escape final de una realidad áspera que no se ciñe a su anhelo.

El modernismo tuvo en Honduras una floración insospechada con la generación de *La Juventud Hondureña* (1895) o *generación del novecientos.* Sobresalen en ella los nombres de Froylán Turcios, Juan Ramón Molina y Jorge Federico Zepeda.

Florecía entonces aquella poesía de exquisiteces, de tonalidades vagas y de temas exóticos que habría de culminar en el preciosismo —cuando no en un barroquismo que ejemplifica perfectamente la obra de Julio Herrera y Reissig; y los poetas hondureños no fueron ajenos a tales características, aunque tengo para mí que, quizá por lo agreste de la tierra y por su alejamiento de las rutas de la civilización, estuvieron menos permeados por el *rubendarismo* de la primera época.

Froylán Turcios (1874-1943), nacido en la opulencia, vivió su infancia y adolescencia en un ambiente de dulce y tranquila rusticidad que será tema nostálgico de su obra. Ligado a la política desde su primera juventud, llegó a ser el representante de Sandino en Hispanoamérica. Desempeñó cargos diplomáticos y viajó por Europa y el Oriente, trayendo de sus viajes refinamientos que adornan toda su creación. Su poesía es poesía de élite.

> Neo romántico de un modernismo refrenado, ama las músicas sonoras, la espiritualidad litúrgica del morado, el estilo límpido, la transparencia de la forma y la elegante concisión. Cinceló versos con la dura consistencia del acero tallado, y lo que le faltó en vuelo y profundidad, hay que ponérselo en cuenta al decantamiento, a la fineza, a la imposición de frenos a la fiebre, y al relevante gusto, de amortiguados tonos, con que supo trazar en versos, a modo de acuarelas o miniaturas, los paisajes y cosas de su región: el caudal sonoro del Guayape, las mozas campesinas, los bosques olanchanos, vuelos de alca-

ravanes y correr de venados, el perfumado canto de los pinos, la hojarasca amarillenta de la zuncuya y el florido ayer de Catacamas, pueblo entre rosas, en el que con pasión secreta amó a una virgen de resplandor plateado. (*Hombres entre Lava y Pinos,* por G. González y Contreras. Costa-Amic, México, 1946).

Tiene la poesía del olanchano un toque de sonambulismo, de presencias fúnebres y de noches fantasmales. Todo en su obra —prosa, novela, verso— parece irreal, excepto en las pinceladas de luz de sus cuadros regionales, que supo pintar con gran maestría, como en este retrato de

LOS ALCARAVANES

Vuelan sobre el verdor de la sabana
con torpes alas que el cansancio oprime,
mientras el viento de la tarde gime
y el sol tramonta en la extensión lejana.

Persiguen sin cesar a la indefensa
culebra que se oculta en los gramales
o inmóviles calientan los nidales
en un rincón de la llanura inmensa.

Del espeso follaje en la verdura,
juntos dormitan en la noche oscura,
del cruel invierno en las glaciales horas;

y al fulgor de las lunas del verano
perturban, anunciando las auroras,
sus roncos gritos la quietud del llano.

"Lo sobrenatural —escribió Francis de Miomandre acerca de Turcios— acaba por trocarse para él en más verdadero que lo real cotidiano". Mucho influyó en ello seguramente la lectura, asidua desde la infancia, de Edgar Allan Poe, como ya lo hacía notar en 1930 Arévalo Martínez; influencia que dejó huellas tan claras en la obra de Turcios como el poema *Ligeia* y la novela *Annabel Lee.*

Gustaba este poeta del alarde de riqueza verbal y del empleo de raros vocablos —característica ésta tan propia del

primer modernismo. Sea de ello muestra este soneto, testimonio también del delirio de Turcios por lo exótico oriental:

BELKIIS

Nastosénen te trajo de los países floridos,
en conchas de tortugas, los tesoros del mar:
lyncurios que parecen carbunclos encendidos
y cerannias que absorben la blanca luz solar.

Tan solo el anacámpsero que turbó tus sentidos
tus tesoros espléndidos te obligó a abandonar,
ónixes de la Arabia, brillantes escogidos
que cansaron tus ojos con su eterno brillar.

Pero el arca de ensueño tu corazón no alegra,
ni la blanca bucardia con su pupila negra,
ni las hojas de balis que resucitan muertos.

Te persigue una imagen, un acento te nombra.
Tus senos son dos tiendas a cuya dulce sombra
los ojos de tu amado se dormirán abiertos.

(Soneto II. El poema consta de 4).

Juan Ramón Molina (1875-1908) es, indudablemente, el más destacado poeta hondureño, uno de los más significativos del modernismo americano. Permanece ignorado porque su espíritu en tormenta le vedó todos los caminos, condenándolo a un refugio defensivo en la aldeana capital de su patria.

En una primera etapa, Molina, aún dentro de los moldes románticos, pero ya con una voz propia nutrida en Hugo, creó *El águila,* poema de un gran aliento y de un vigor que después, purificado en las aguas modernistas, producirá cantos espléndidos como la *Salutación a los poetas brasileros, Río grande* y *Aguilas y cóndores.* Durante su estancia en Guatemala, por los años de 1893 a 1896, conoce la obra de los poetas Gutiérrez Nájera y Díaz Mirón, la de los cubanos Julián del Casal y José Martí, la de Rubén Darío, con quien habrá de ligarlo estrecha amistad, y entonces su obra se llena de musicalidad y de gracia. "La gracia de Darío —escribió Enrique González Martínez— ha tocado el corazón de Molina, y a ese

tono y a ese acento nuevos debe el poeta hondureño sus más bellas realizaciones. No hay en los poemas de Molina imitación verbal, sino resonancia espiritual del nicaragüense; pero es imposible desconocer que el canto de Darío los ha fecundado".

Cierto que Darío influyó en Molina; pero creo que la obra de éste tiene una fuerza lírica que no siempre alcanzó el poeta de *Azul;* y que Poe y Guillermo Valencia influyeron más en Molina que Darío.

La obra elegíaca de Juan Ramón Molina, desprovista de virtuosismos y plena de sinceridad, puede alternar sin desdoro en cualquier antología de la poesía en lengua española. Oigamos algunos alejandrinos de su poema *A una muerta:*

Señor: Tú la llamaste y ella voló a tu lado,
dejándome en la tierra. ¿Mi espíritu has mirado?
No es jardín florecido de azules ilusiones,
sino que inmunda cueva de arañas, escorpiones
y víboras. Un pozo de horror y de amargura,
donde está con cadenas la trágica locura.
La copa de mi vida, donde escanciaba mieles,
llena está hasta los bordes de ponzoñosas hieles,
álgidas como aquella bebida ignominiosa
que recoció tu lengua en la cruz afrentosa.

No bañaron mis lágrimas sus gélidos despojos,
porque cegó la angustia los cauces de mis ojos;
pero —como una vena por la cuchilla rota—
mi corazón sangraba sin tregua, gota a gota,
cual tu divina frente en el pavor del huerto,
sobre los restos fríos de todo un mundo muerto.

Mas aquel dolor hondo, siniestramente mudo,
estranguló mi cuello con serpentino nudo;
dejó en mi faz adusta su corrosiva huella;
amontonó una noche glacial sobre mi estrella;
azuzó mis pasiones más terribles e insanas
y pobló mi cabeza de prematuras canas.

Tú —que de todo miras el anverso y reverso—
que regulas la máquina que mueve el universo,
que sabes, omnisciente y enorme taumaturgo,
por qué el dragón se arrastra, por qué vuela el simurgo,

por qué el sonido ondula, por qué la chispa quema,
por qué el retoño nace, por qué fulge la gema,
por qué se hermanan siempre en un igual destino
la leche con el llanto y el agua con el vino,
dime: si fue en la tierra también tu preferida,
¿por qué la flor segaste de su apacible vida,
dejando que un enjambre de lívidos gusanos
hirviera en sus mejillas, sus senos y sus manos?

Un soplo místico cruza por la obra toda del gran poeta. Las manos de la esposa muerta son:

Manos liliales. Manos como hostias consagradas
que en las secretas misas del amor adoré.
Manos en una nieve radiosa cinceladas,
que fuí el primero y último que en la vida besé...

y aún en los raptos de tétrico escepticismo parece divinizar a la pena misma que lo corroe:

A tus exangües pechos, Madre Melancolía,
he de vivir pegado con secreta amargura...

Extraño parece que Molina —poeta de su tiempo— haya conjugado en sí esta poesía con ideas de librepensador que vertía —mordaz, cáustico— en sus famosas polémicas políticas; pero no lo es que por ratos haga gala de un sensualismo que lleva a Arqueles Vela a considerarlo "esplendoroso en su convivencia mitológica". Tal el autor del soneto *Pesca de sirenas:*

Péscame una sirena, pescador sin fortuna,
que yaces pensativo del mar junto a la orilla:
propicio es el momento, porque la vieja luna,
como un mágico espejo, entre las olas brilla.

Han de llegar a esta ribera, una tras una,
mostrando a flor de agua el seno sin mancilla,
y cantarán a coro, no lejos de la duna,
su canto que a los pobres marinos maravilla.

Penetra al mar entonces y coge la más bella,
con tu red envolviéndola. No escuches su querella
que es como el llanto aleve de la mujer. El sol

la mirará mañana, entre mis brazos loca,
morir —bajo el divino martirio de mi boca—
moviendo entre mis piernas su cola tornasol.

Tentó Molina todas las formas y todos los tonos de la poesía. Poeta americano, cantó también al porvenir de este Continente en *Aguilas y cóndores:*

Portaliras ilustres de nuestro Continente:
miremos el futuro con ojos de vidente,
con ojos que irradiasen —de sus cuencas sombrías—
la luz de las más grandes y fuertes profecías:
la luz de Juan —con su águila y su delirio a solas—
frente al eterno diálogo de las convulsas olas,
que oyeron, bajo un cielo de horror y cataclismo,
las cosas que le dijo la lengua del abismo;
voces de Dios: hipérboles, parábolas y elipsis
que truenan en el antro del negro Apocalipsis!
¿Hermanos no seremos en la América?
Todos
nacimos de los gérmenes vitales de sus lodos:
desde el rubio hiperbóreo que en el norte domina
hasta el centauro indómito de la pampa argentina,
que rige los ijares de su salvaje potro
como las ruedas rítmicas de su máquina el otro,
cual si quisieran ambos —henchidos de arrogancia—
suprimir el obstáculo del tiempo y la distancia.

Este optimismo de Conferencia Panamericana —la de Río de Janeiro, 1906, a la cual asistió Molina como Secretario de la Delegación hondureña— ha de deshacerse ante la realidad de los embates imperialistas, que él constatará y que lo harán exclamar que el Caribe parece condenado a ser un lago yanqui. Entonces, cantará al Darío de la *Oda a Roosevelt,* incitándolo a encabezar la lucha de los poetas contra el común enemigo:

Verbo de anunciaciones de nuestro Continente,
vate proteico, noble, magnífico y vidente
que tienes de paloma, de abeja y de león,

la gloria te reserva su más ilustre lauro:
humillar la soberbia del rubio minotauro,
como el divino Jorge la testa del dragón.

Y ya que he citado este poema *A Rubén Darío* (tres sonetos), cabe señalar aquí que Molina parecía en sus últimos tiempos orientarse hacia el barroquismo, hacia el verso culterano, recargado de mitologías y de vocablos sonantes. Así, llama al nicaragüense:

Délfico augur, hermético y sacro hierofante,
que oficias en el culto prolífico de Ceres,
que azuzas de tus metros la rima galopante
sobre la playa lírica y argentea de Citeres.

El acendrado individualismo de Juan Ramón Molina hizo que perdiera aquella visión momentánea del poeta-luchador. Su inquietud intelectual, su videncia naufragó en esa isla perdida en el tiempo que es aún Tegucigalpa. La estrechez del medio, el reinado de la mediocridad, la conciencia de una valía no aquilatada, todo fue acumulando desencanto, resentimiento, amargura en su alma de pequeño-burgués. No tenía siquiera —como Turcios— la ventaja de la alcurnia o la de la riqueza. La autodestrucción se encarriló en él por sendas de disipación que un *"enorme hacinamiento de lecturas"* decadentes iba agravando. El *"abuso denepentes"* lo tornó todo un *"despilfarro de vida sensitiva"*. Toda lucha llegó a parecerle inútil:

...ansias de gloria
que llega tarde; estar organizado
para la lucha y para la victoria
y ser, a pesar de eso, un fracasado.

El grito surge hiriente y herido; pero no es la protesta, es la queja; no es la rebeldía, es la resignación. Tal como en él, estos factores obraron en su generación hasta frustrarla. Domínguez —y antes Vijil— y después tantos, se fugaron del mundo violentamente. En Molina la fuga fue más cerebral: por la puerta falaz de una bohemia sórdida y sola buscó lo que él mismo llamó *un nirvana sin fin, letárgico y profundo:*

Entonces he querido anonadarme
sin saber lo que fuí;
morirme lentamente, lentamente,
sin gozar ni sufrir;
sin saber cómo vine a este planeta,
cómo me voy al fin;
sin saber si tuve alma o no la tuve,
si viví o no viví.

Ante la total inadaptación, sólo dos caminos había: la torre de cristal, la fuga; o la rebelión contra el medio, la lucha organizada por la superación social. Faltáronle los arrestos para ser un revolucionario: tenía el desdén pequeño-burgués contra las *vanas muchedumbres*. Por eso escogió su *magnífico palacio de la Osa, su torre de oro junto a la Cruz del Sur.*

A los 33 años, en un suburbio de San Salvador, en una tarde de alcohol y de honda desilusión, se truncó para siempre aquella columna de mármol de la poesía hondureña.

El tercer poeta representativo de esta generación es Jorge Federico Zepeda, autor de *Ritmos y colores de la tierruca* (1908), de quien Salatiel Rosales hacía notar "su innata tendencia bucólica..., a la pradera verde, al aprisco patriarcal".

Zepeda merece especial mención y atención en la lírica hondureña por dos principales motivos: porque es el mejor de los cantores del paisaje patrio y porque puso la primera piedra de la poesía *social* en Honduras.

Alejado de su patria a muy temprana edad, vivió rememorando sus nativos alcores, sus ríos, sus montañas, los paisajes donde alentó su primera inquietud. En *Aire, Pampa* y *Sol* lo dijo él así:

Yo fuí un muchacho montaraz y rudo,
el sol de Honduras agitó mi entraña
y mi instinto creció fuerte y desnudo
como el alto pendón de la montaña.

El cielo, el bosque, la gentil colina
los admiré de modo tan diverso,
que fueron la visión que mi retina
aprisionó para el cristal del verso.

Evidentemente que los *Poemas rústicos* de Manuel José Othón vinieron a ser como una preceptiva para Zepeda: su encendido lirismo, la compenetración perfecta con el paisaje y la forma sinfónica en el tratamiento de la naturaleza traslucen en la geografía poética de la *tierruca* que intentó el hondureño. *Selva sagrada* es ejemplo de ese discipulado formal: la composición de la obra viene a ser, más o menos, la de la *Noche rústica de Walpurgis* othoniana. Pero hay mayor alegría en Zepeda; hay en sus versos, por momentos, ese especial sabor de la metáfora que se impregna de vida provinciana y que es patente en López Velarde. Véase, si no, en estos versos:

Gama ondulante de floridas granjas;
nevar de los eglógicos rosales;
dulce vino de áuricas naranjas
y mieles de selváticos panales.

Trigal de sementera que la brisa
mueve con rítmico vaivén; tal una
sedosa, blanca y vaporosa cuna
que mano maternal mece sumisa.
. . . .
Atardecer de lila en la montaña
y niebla rosa que sutil empaña
los campanarios de la iglesia antigua,
en donde la campana es abadesa
que el Arcángel Gabriel mística reza,
mientras devotamente se santigua
con olor de jazmines la campaña.

Como poeta descriptivo, logra Zepeda aciertos verdaderos, como este de su *Selva sagrada:*

Hasta el fondo intrincado
del boscaje magnífico y sonoro,
de lianas exornado,
del sol penetran cual puñales de oro
las temblorosas flamas;
y en los pinos gallardos y altaneros,
ocultos en la urdimbre de sus ramas,
lirizan los jilgueros
sus églogas de miel en flébil coro.

En el cristal del agua que se arruga
y lenta corre entre peñascos grises,
la arboleda bravía
su ramazón refleja y sus matices
de vívida poesía;
y luego pasan en sonora fuga
las cándidas perdices
que reman en lo azul del ancho cielo
y el aire cortan con tremante vuelo
bajo la luz aurisolar del día.

Entre troncos y rocas
negras y afiladas,
se rompen borbollantes las cascadas
que audaces corren, cual serpientes locas,
por un potente látigo azotadas.

Alto levantan su caudal de espumas
en líricos penachos,
hasta formar picachos
que coronan las brumas;
y así, saltan bramando
sus olas irisadas
y, en su escape rodando, van rodando
a la oquedad siniestra del abismo
y fingen, al caer alborotadas,
que mil y mil bocas inflamadas
de juvenil ardor y patriotismo
cantan alborozadas
hurras y marsellesas de heroísmo.

Cantor de la naturaleza, Zepeda no olvidó el elemento primorial del paisaje, de la tierra. No fue ajeno a las injusticias sociales, a la terrible desigualdad del agro hondureño, raíz de todas nuestras luchas políticas, que como una línea roja recorre nuestro cuaderno histórico. En el *Canto a los labriegos* volcó su protesta airada, quizá en versos de menor perfección, pero con igual adhesión sincera que la que tuvo para los contornos en que el hombre se afana:

¡Canto a los héroes del trabajo! A esos
sembradores de enérgica pujanza

que aman el sol y que con rojos besos
comulgan en su templo: la labranza.
. . . .

(A) aquel que hundiendo la mirada fría
por el ámbito azul que el cóndor huella,
es el primero que saluda al día,
mirando agonizar la última estrella.

(A) aquel desheredado sin fortuna
que esclavo viene a ser desde la cuna
por el continuo trabajar forzado,
que da la rica savia de su vida
entregado a labores sin medida
y aumenta el capital del potentado.

Es tal la oposición que el poeta advierte entre el amo y el labriego, que simbolizando en sus atuendos sus causas, exclama:

¡Qué hermoso el dril de tu camisa tosca;
y qué asquerosa y fea y qué manchada
la leva del señor que te asesina!

Finalmente, el poeta hace profesión de fe y se une a los desheredados, previa una invocación al combate por la igualdad social:

Espera, sembrador, que el despotismo
del rico ha de abdicar en mansedumbre,
cuando el derecho de igualdad alumbre;
y tú, que fuiste ayer lodo de abismo,
mañana serás águila en la cumbre.

¡Prepárate a luchar. Heroico y rudo,
demuele la granítica barrera:
mi férrea lira llevarás de escudo
y mi lírico verso de bandera!

Hay que hacer notar muy especialmente que Jorge Federico Zepeda escribe este poema en 1911. Es el primer poeta hondureño que plantea —como tal— la lucha social; y resulta

una verdadera excepción entre sus contemporáneos. Sólo veinticinco años después revivirá su canción en tierras de Honduras.

Molina y Turcios opacaron totalmente a esta generación hondureña. Los que más sobresalieron lo lograron después de la muerte del autor de *Tierras, mares y cielos*. Era éste tan gran señor de las letras que hasta su compañero y compilador resulta empequeñecido. Molina está solo en esta época de la poesía hondureña: podía alternar con Darío: y eso era ya bastante. Sin embargo, sería injusto olvidar a otros escritores en verso de esta generación. Jerónimo J. Reina —más político que poeta— escribió sentidos poemas y perdurará su canto a *Los ancianos*, por su sencillez profunda; y *Símbolo* por su evidente romanticismo social. Insustancial en su poesía como profundo y cáustico en su adoctrinamiento reaccionario, Julián López Pineda fue un superviviente de gustos poéticos ya liquidados.

Luis Andrés Zúñiga (1878), que convivió con Darío en París, sólo ha llegado a publicar en volumen una parte de su obra (*El banquete*, 1920). Es, por antonomasia, el poeta laureado de Honduras: en 1916 se le premió por su drama *Los conspiradores;* antes había obtenido una flor natural por su poema *Poeta y aldeano;* y en 1926 se le volvió a laurear por su *Himno al pino.* Zúñiga es y sigue siendo un poeta romántico. Captó, o quiso captar, el tono primero del modernismo; pero jamás llegó a dominar el sortilegio de la metáfora. En nuestra historia poética se le ha de recordar un gran poema: *Aguilas conquistadoras,* en el cual expresó su dolor de americano ante las agresiones imperialistas:

¡Oh, los hijos de Lincoln, que encendida
nos mostráis una espada fratricida:
vuestra espada es puñal!
¿Pensáis que nuestra aljaba está dormida?
¡Nunca duerme bajo el sol tropical!

El tono de la poesía de Luis Andrés Zúñiga lo da este soneto que él tituló *La ribera encantada:*

Algo del mundo dime, viajero afortunado.
Dime: ¿qué reina ahora? ¿Aún reina la doblez?
Que hace ya muchos años que estoy aquí encantado
de este lago en la orilla risueña en que me ves.

Yo ví de una hada joven el seno sonrosado;
surgiendo de esas aguas la sorprendí una vez
y sus divinas formas dejáronme hechizado.
Era su faz perfecta; lo mismo eran sus pies.

Y desde entonces sigo, por la dormida arena,
sus labios enervantes, su canto de sirena,
el canto más radioso que se escuchó jamás;

y he de vagar por siempre sobre esta inmensa orilla,
pues cuando huir intento de esta hada sin mancilla
sus pérfidos imanes me atraen más y más.

Compárese con la *Pesca de sirenas,* de Juan Ramón —por la similitud del tema— y se advertirá la diferencia entre éste y sus contemporáneos.

Augusto C. Coello (1884-1940), escritor de sociología y derecho, cultivó el poema como un deliquio de atardecer. Era suya el alma crepuscular que gusta ensayar la metáfora sencilla después de la faena. No pasará a ninguna antología. En Honduras es más conocido por ser autor del *Himno Nacional.* Y, sin embargo, tuvo aciertos poéticos, como éste —de tono claramente dariano— de su soneto *Como el agua:*

Como el agua de limpio y cristalino,
como el agua de puro y transparente,
como el agua cordial que en el camino
calma la angustia de la sed ardiente;

como el agua que copia el astro de oro
en el limpio cristal de su corriente;
como hilo de agua, diáfano y sonoro
y parlero y sutil y refulgente;

así quisiera ser... ¡Qué ansias, Dios mío,
de ser un fresco y candoroso río
en ignorada soledad florida!

O ser aire o ser piedra o no ser nada,
y no carne maldita condenada
a las hambrientas garras de la vida.

En natural reacción contra el modernismo francamente en decadencia —y contra sus excesos formales, llevados ya a un grado de deshumanización de la poesía—, los nuevos líricos volvieron los ojos al romanticismo con toda su expresión sincera y —respetando los logros verdaderos del modernismo— a formas expresivas que recobraran para el poema su calidad comunicativa. Primordialmente González Martínez —*"tuércele el cuello al cisne de engañoso plumaje"*— y Porfirio Barba-Jacob encabezaron esta reacción superadora.

En Honduras, donde a la sazón radicaba el poeta de la *Canción de la vida profunda,* se inició por los años de 1914 ó 1915 un movimiento similar. Abanderado de él fue Alfonso Guillén Zelaya (1884-1947), escritor y político progresista y uno de los mejores periodistas hondureños. Guillén Zelaya, según el decir del colombiano, preconizaba una poética de tan apurada sencillez que no excluyera ni el prosaísmo verbal ni el prosaísmo de pensamiento, y donde las estrofas, iluminadas por un sol de íntima sinceridad, reflejasen cabalmente el espectáculo de la vida, ora fuese profundo o banal. Trataba de hacer con el verso lo que Azorín hacía entonces con la prosa: opacarlo, barrer de él los lugares comunes de la elegancia, incluso los adjetivos y la forma de su engaste, acabar con todo lo que oliese a *Divino Herrera.* Y trataba, quizá fundamentalmente, de acabar con la algarabía, con la grandilocuencia.

Como si su nueva poética implicara una nueva concepción de lo musical, o tal vez como un eco de sus llanuras olanchanas, donde apenas si el viento entre las frondas parece recordar que la vida no es sólo silencio, Guillén Zelaya adversó la extremada musicalidad del modernismo, aquel verleniano *de la musique avant toute chose:*

La música es silencio,
silencio el mar sonoro,
la tempestad silencio;
silencio es toda cosa:
gema, flor, mariposa.

De la apurada sencillez de nuestro poeta es ejemplo este soneto de irregular medida, que don Alfonso intituló *La casita de Pablo* y que parece prefigurar su propia vida de desterrado, firme, sin embargo, con los restos de su vida ante los embates

de la tiranía y del vivir mismo, porque tenía el optimismo que hay en el alma de todo revolucionario:

La casita de Pablo era verde y tendida
como una ala en el mar;
y en las grandes mareas semejaba una vida
que por miedo al naufragio se pusiera a rezar.

La casita de Pablo siempre estuvo vestida
de bejucos del monte y en flor: era el altar
donde el sol y los pájaros, en cada amanecida,
celebraban la misa primera del lugar.

La casita de Pablo después quedó desierta,
sin misas y sin flores, como una cosa muerta!
De Pablo ahora dicen que yerra sin parar;

y del espacio humilde donde hiciera su nido,
que perduran apenas, impidiendo el olvido,
cuatro postes rebeldes a los golpes del mar.

Como los que ahora vivimos, los tiempos de la generación de 1915 fueron de honda crisis social, de desquiciamiento de valores: época de un mundo desmoronándose y —por lógica consecuencia— de un mundo en gestación. El poeta de Olancho no fue ajeno a las inquietudes de la hora —no lo sería nunca; aunque todavía no robustecido su credo social, que después sería apostolado para la juventud de Honduras— no alcanzó gritos de rebeldía, sino de nostálgica condenación. En el poema *El oro* se duele de los efectos antihumanos de un capitalismo imperialista que ha destruido la paz, la solidaridad y que niega caminos al arte, al mismo tiempo que engendra la guerra y el hambre:

Mató el oro en los hombres la comunión nativa
y dividió la tierra y pervirtió el cariño,
la palabra de Cristo no es posible que viva,
sólo pudo vivir cuando el mundo era niño.

Hoy acúñanse discos para sembrar el hambre:
antaño no existían ni la ingenua permuta
ni las cercas de piedra ni las redes de alambre,
que por todos los campos era libre la fruta.

Arder, querer. Esa fue la divisa de Guillén Zelaya. Arder en la inquietud, en la brasa de rebeldías poéticas y políticas, en la lucha por una sociedad mejor; y querer íntimamente, a la humanidad, a todos los contornos de lo que ha ido formando ese milagro de ser hombre: desde el recuerdo mínimo del árbol en la antañona casa del poblado hasta la historia dolorosa, pero aleccionadora de su pueblo. Breve definición que compendia todo el mundo de un poeta, y en la cual se conjugan la íntima poesía —la de la entraña propia— y la que llamamos social —la de la entraña humana.

Sé arder. Sé querer. Nadie
en la vida como yo ha sabido
encenderse mejor en lo que irradie
o empaparse mejor en lo querido.

La vida vedó a don Alfonso Guillén Zelaya la quietud y el tiempo necesarios para organizar un libro. Su obra anda dispersa en periódicos y revistas y, en su mayor parte, inédita. Ello impide un juicio definitivo sobre su poesía; pero, sin duda alguna, ha sido uno de los más originales poetas de Honduras.

Ramón Ortega (1885-1932), poeta nacido en Comayagua, la Valladolid colonial, tiene en sus versos el tono conventual, triste, nostálgico, de su provincia, de su adormecida ciudad, que él supo retratar con mano maestra en esta cuarteta:

Filas de caserones de vieja arquitectura
que en el portón ostentan el signo de la cruz;
sobre la calle hosca pasa la noche oscura
como un fúnebre paño. Ni una voz ni una luz.

En Ortega aflora ese neorromanticismo que quiere oponerse al alarde puramente estilístico del primer modernismo; él mismo contrapone la sencillez humilde de su verso a la complicada rareza de sus antecesores:

Mi soneto no es como las orquídeas triunfales
que se abren a la sombra de tus tibios salones,

ni cual los crisantemos de frágiles puñales
que decoran el Sevres azul de tus jarrones.

Es más bien una planta de marchita verdura
que repliega sus hojas si una mano las mueve,
si un aurífero rayo del buen sol la tortura,
si la agitan los soplos de la brisa más leve.

En los poemas de Ortega hay como un preludio de la locura que, súbitamente, a los veintiséis años, lo desterrará de la vida; no por excentricismo alguno —que no los tuvo en su poesía de nítida pureza—, sino por el tono crepuscular, como de ausente, que tienen sus creaciones, hasta cuando afirma que

me arrulla una embriaguez, cual si apurado
hubiese azules cráteras de ajenjo. . .

Fue Ortega poeta de gran receptividad para el paisaje crepuscular, para la gama de esa hora —del día o de la vida— en que ya el día no lo es y apenas se insinúa la noche; poeta de la hora de la penumbra, propicia para su espíritu que, a veces, sentimos tan familiar al del López Velarde que se veía "paño de ánimas de iglesia siempre menesterosa" o "nave de parroquia en penumbra".

A la manera romántica, tal paisaje no se expresa en su objetividad, pese al alarde colorista, sino como una identificación o reflejo de la propia subjetividad. Allí están los aciertos verdaderos de Ortega. En sus poemas de mayor aliento, no exentos de graciosos vuelos de la metáfora, me parece hallar una objetividad demasiado fría, como desimportada; así, en *La Catedral de Comayagua, La tristeza del mar* y *El retorno.*

Transcribo el soneto *Sensación crepuscular,* en el cual creo que se evidencian los valores poéticos de Ramón Ortega: su tono suave y la perfección expresiva:

El sol nos dejó grasas de malinas.
Y desdoblando sus linones, queda,
con el donaire de las serpentinas,
el morado crepúsculo de seda.

Como perla en estuche fabuloso
—cual si inmergiérase en un sueño vago—,
flota un ánade altivo y silencioso
en el azul del diminuto lago.

Han reventado en flor los limoneros;
en la arena sutil de los senderos
bulle la danza de una brisa alada. . .

Y es tan evocadora esta poesía
que, en esta suave andanza, se diría
que a la par de nosotros va la amada.

Rafael Heliodoro Valle (1891-1959), aun cuando su primer libro *(El rosal del ermitaño* —prosa y verso) haya aparecido en 1911, pertenece igualmente a esta generación, pues su fundamental expresión poética comienza con *Anfora sedienta,* publicado en 1922.

Valle se definió desde este libro, poéticamente, como

el de la frase que toma
dulcedumbre de paloma
y odorancia de violeta.

Aunque forma parte, cronológicamente, de esa generación americana intermedia entre el último grupo de modernistas y el primero de vanguardistas del siglo XX a que alude Henríquez Ureña, Rafael Heliodoro Valle realmente se mantuvo dentro de los lineamientos del posmodernismo o, por mejor decirlo, del modernismo de la segunda época. Todavía su verso —aunque ya llevado a caminos de sencillez— tiene la fundamental preocupación por la musicalidad:

Será la aurora fina y dulce y clara,
y toda tarde clara y dulce y fina,
y toda noche clara y fina para
oir a la oropéndola que trina.

Música y color son obsesivos en las páginas poéticas de Valle. Así lo advirtió José Santos Chocano cuando en las palabras liminares de *Anfora sedienta* escribió:

El poeta del Anfora está loco de prismas. En sus ojos retiembla la embriaguez de las piedras preciosas. En sus manos se sonríe el delirio tornasolado de las sedas... Ha hecho sonoro el iris... Dijérase al leer estos poemas —que así merecen ser impresos en páginas de seda como precedidos por iniciales de misal— el que se asiste a una orquestación de los siete colores, apurados en la combinación febril de todos sus matices y revestidos por la pompa exuberante de una gran lujuria verbal.

Ejemplifica esta característica de la poesía de Rafael Heliodoro Valle, mejor que cualquiera otro de sus poemas, aquel canto: *La escuela de la niña Lola,* en el cual vació su ritmo y su añoranza de la infancia lejana en el tiempo y en el espacio:

Amanecía
azul el alma mía.
Todo en el aire estaba floreciente.
Dos cosas claras en la escuela había:
mi corazón y el agua de la fuente.
El agua sonriente
era un altar
lleno de luz solar
que aún me deslumbra:
los pájaros llegaban del oriente
a beber y a cantar
como en un nido
lleno de azul, de risa y de penumbra.
¡Y el sol era un muchacho consentido!

Y su recuerdo aún me tornasola.
La niña Lola
estaba sonrosada y sonreída
como la vida y como la ilusión.
Yo aprendí esta lección.
para mi vida:
¡la música del agua va escondida
y tiene un ritmo como el corazón!

Vano sería buscar en el poeta de *Los jazmines del Cabo, La abuela Petronila* y *El alcaraván del patio,* los temas tras-

cendentes: en él la poesía era remanso de las labores cotidianas del saber. Venía a ella, de paso, de sus maravillosos viajes por bibliotecas, hemerotecas y archivos. Señalado historiador, primera figura de la bibliografía continental, periodista de incomparable agilidad, cronista del dato preciso y erudito, Rafael Heliodoro Valle fue poeta por innata vocación. Y —lo ha señalado con acierto Ernesto Mejía Sánchez— "no sólo ha sido poeta en verso, sino en la prosa difícil del relato corto, como en el olvidado (aunque inolvidable) *Espejo historial. . .*"

Rafael Heliodoro Valle —que a sí mismo se colocó junto y después de Guillén Zelaya, en su *Indice de la poesía centroamericana*— fue fiel a su poesía. Aun cuando cantó alguna vez a los héroes, no pudo endurecer el verso; y para loar a Cabañas, el general invicto de todas las derrotas, sólo tuvo este pie:

Cabañas, el héroe de barba de luna. . .

En su homenaje —y porque la mañana aquella en que lo llevamos al Panteón Jardín, de la ciudad de México, estallaba de sus preferidos azules— quiero recordar aquí su soneto *Azul de Huejotzingo:*

¡Qué feliz el azul y qué contento
se sonríe en el agua el sol hermano!
La campana es campánula en el viento
y todo está al alcance de la mano.

Y la clásica voz y el nuevo acento
y la palabra que se dice en vano,
y el lobo que, como un remordimiento,
se apacigua en el pecho franciscano.

Todo como la limpia vestidura,
Señor, que le darás a la criatura
del ojo hermoso y la mirada inerte;

y todo ardiendo en la plegaria mía,
para pedirte que me des un día
así de azul, a la hora de la muerte.

A la generación de 1915, de la cual he querido destacar los poetas más originales, pertenecieron otros creadores fallecidos en plena juventud, de quienes era de esperarse, a juzgar por la breve obra legada, una verdadera floración poética: Adán Canales (1885-1925), autor de *Horas que pasan;* Adán Coello (1885-1919), parte de cuya obra fue publicada en 1929; Rubén Bermúdez (1891-1930), malogrado cantor de verso parnasiano, que gustaba de recrear la exuberancia de los ríos y montañas patrios y poetizar sobre las obras de cemento y hierro; Manuel Escoto (1895-1938), finísimo poeta que dejó un libro, *En el silencio de las montañas*, todavía inédito; Joaquín Soto (1897-1926) que en *El resplandor de la aurora,* obra de sus años adolescentes, despuntó como gran poeta y mereció elogiosos comentarios de Porfirio Barba-Jacob; Francisco P. Figueroa, el del canto *A la marimba;* Guillermo Bustillo Reina, cantor de Sandino, el heroico guerrillero de las Segovias; Salvador Turcios y otros de menor valía.

En la segunda década de este siglo, al impulso de una nueva época, última flor de un mundo en decadencia, surge lo que se dio en llamar movimiento vanguardista: una poesía de imágenes, liberada de la sustancia vital, hecha de palabras con pretensión de vida propia. Creacionismo, ultraísmo, estridentismo fueron nuevas corrientes que tendieron a la destrucción total de lo que hasta entonces se consideraba como poesía.

Huidobro, el gran profeta americano de esta revolución literaria, quien decía buscar "el canto total del hombre total", refiriéndose a su técnica de expresión, escribió:

> Todos los metros oficiales me dan idea de cosa falsa, literaria, retórica pura. No les encuentro espontaneidad; me dan sabor a ropa hecha, a máquina bien aceitada, a convencionalismo. Realmente no me figuro un gran poeta en heptasílabos o en actavas reales... la poesía castellana está enferma de retoricismo; agonizante de aliteramiento, de ser parque inglés y no selva majestuosa, pletórica de esfuerzos y ajena a podaduras, ajena a mano de horticultor.

Y en otra parte agregaba: "Nada de anecdótico ni descriptivo. La emoción debe nacer sólo de la virtud creadora".

Sería exagerado decir que este nuevo viento poético sopló sobre Honduras: apenas si alguna ráfaga desprendida del huracán rozó sus costas; y más en cuanto al propósito que en lo referente a la preceptiva. Me atrevería a señalar, quizá, a Constantino Suasnávar, quien en su libro *Números* (1940) parece afiliarse tardíamente a la poesía de vanguardia; o tal vez al Jacobo Cárcamo de *Brasas azules,* el que llamaba a la guitarra

Trozo de mar rugiendo
bajo los cinco alisios de una mano,

o a Martín Paz en su época inicial.

Mas creo que el único poeta a quien iban llegando las insinuaciones del *creacionismo* fue Marco Antonio Ponce. Desgraciadamente, Ponce fue un poeta a quien la vida frustró: nacido en 1908, falleció a los 24 años, el 17 de enero de 1932, trágicamente. Ismael Zelaya recogió, dos años después, bajo el título de *Signos,* lo mejor de su obra poética.

Poseído de enérgicos empeños, como dijo de él otro poeta, cantó las cosas maravillosas de su siglo XX. A las *Torres inalámbricas* —"esqueletos gigantes de la civilización"— hizo un himno anhelante de su propia porfía de elevación hacia el abismo azul y solitario:

Algún día otros mundos os dirán sus secretos
desde órbitas lejanas,
y vuestros paralíticos y vastos esqueletos
han de acariciar mañanas
tal vez con otro sol.

De su obra conocida, breve y bella, advertimos que evolucionaba hacia una poesía lúdica; pero no alcanzó en sus pocos años a sobrepasar los modos naturales de la poesía americana, aunque se reveló como lírico original, fuerte, visionario.

Soy el poeta del gesto muscular de la vida. . . , se definió a sí mismo; y, para probarlo, escribió un bello *Elogio lírico del basket-ball.*

Abrió un capullo de poesía social en su poema *El espectro,* canto de protesta y de militancia, en que quiso conjugar el impulso revolucionario con la prédica nazarena:

Oh, tú, humilde obrero, altético y robusto...
Ya trazó en el cuadrante su elíptica la estrella
fugaz del capital,
y Marx está contigo,
y Cristo va a decirte:
Pues en verdad os digo
que el amor es la senda para la humanidad.

Levántate que es justo,
atlético y robusto
campeón de las miserias de la desheredad;
no arrodilles tu gesto
ni maldigas la vida;
ten el músculo presto,
ten la fragua encendida
para tu libertad.

En sus *Nocturnos* de noviembre y diciembre —de noche mortuoria uno y el otro de noche navideña— intentó la difícil combinación musical que utilizara José Asunción Silva, como ya lo había hecho Juan Ramón Molina en su *Salón de retratos.* Sólo a guisa de ilustración he aquí este breve trozo del *Nocturno de noviembre*:

Esta noche que trepida en el cordaje de los nervios
con extraño ritmo agudo de dolor y escalofríos,
volverán al mundo todos
los espíritus amados, poetas graves y silentes
del olvido.
Con las cuencas encendidas
por la chispa verde mate de un carburo sepulcral,
y los huesos ensamblados como sierra
en el cráneo abandonado por la luz de la razón,
en la ronda se irán riendo, riendo, riendo...

Hay una obsesión de muerte que recorre las páginas de *Signos.* Como si el poeta presintiera la suya —trágica y temprana—, escribió este poema de gran hondura:

La tarde nos mira con tristeza inmensa
hilvanar un hilo hasta el anochecer;
la noche nos mira sosegada, y piensa:
este es un hilo que se va a romper.

El alba piadosa vuelve de la nada
y torna a encontrarnos en el mismo ayer,
enhebrando el hilo de la vida amada
y es el mismo hilo que se va a romper.

Madeja de oro, tesoro de la juventud,
enhebra tu hebra que va a atardecer,
goza tu minuto de azul inquietud
que es el hilo de oro que se va a romper.

La vida es la misma, no te afanes, alma,
en mover la rueca vana del placer,
no te afanes tanto y escarda con calma
el hilo de plata que se va a romper.

Ocupados tanto en morir vivimos
que vamos viviendo siempre lo que fue:
hilos que quién sabe de donde vinimos,
hilos que se rompen sin saber por qué.

Ocupados tanto en morir vivimos
que vamos viviendo como sin querer:
hilos que quién sabe de donde vinimos,
soy un débil hilo que se va romper.

Martín Paz (1901-1952), como Valle y como Cárcamo, vivió la mayor parte de su vida en México. Había publicado ya algunos versos en revistas de Honduras; pero fue en aquel país donde escribió sus *Marinas* (1931) y *Caligramas,* libro que por ahí anda en espera de la edición. La huella de los *Veinte poemas de amor* nerudianos es perceptible, a lo lejos, en la primera época, como cuando en *Sábado,* dice:

Te alejas, como siempre, a la hora en que el crepúsculo
vuelve de un lila dulce las garzas de tus manos...;

pero después encuentra sus cauces propios, capta la silueta esencial de las cosas y —no sin un dejo de ironía, que los que lo conocimos no olvidamos— prefiere las miniaturas expresivas, como la célebre de *El negro Mr. Brown:*

Taja
el balcón
por la cintura
al negro Mr. Brown.

Y se asoma sonriendo su figura
que es un bien acabado
estudio al carbón.

El sol se ha puesto
y el negro Mr. Brown
es sólo esto:
los dientes, porcelana;
la epidermis, charol.

Sueña y espera
y rumia una ilusión.
ni sospecha siquiera:
la noche va a borrarlo,
de golpe, en el balcón.

Con Ponce y Paz, forma la trilogía de grandes poetas de la generación de 1929 Medardo Mejía (1907), con su poesía hecha de nostalgias de la tierra ausente y de sentimiento por las cosas sencillas de la vida. Poeta de hondas tragedias minimizadas, Mejía ha sido, fundamentalmente, escritor político y periodista. Colaboró con Turcios en aquella empresa antológica de *Ariel* y en esa revista inició una de las primeras revisiones críticas de la literatura hondureña.

Treno por el hermano muerto, Juana la loca, Cantata nupcial, Elegía a la bella Elvira Infante, Héroe, constituyen por sí, con la *Añoranza florida* y *Canción antigua en prosa nueva* —todos poemas más o menos extensos—, un libro que enriquece a la poesía hondureña con un nuevo idioma y un nuevo aire.

En *Héroe,* poema laudatorio de la gloria morazánica, a la que no quiere cantar en el metro olvidado, mohoso, cojo, monorrítmico del Cantar de Ruy Díaz, sino en el hexámetro ínclito que limpió de herrumbres Darío, logra esta vigorosa musicalidad:

Quisiera para tí una gran fiesta pagana rica en sombras.
Quisiera para tí las honras funerales del viejo Anquises.

Que atronaran las trompas de guerra con sones antiguos.
Que los cañones rugieran como los leones en los fosos lúgubres.
Que las caballerías trotaran con banderas sombrías sueltas en los aires.
Que los ejércitos, sañudos y fieros, desfilaran pesados y graves.
Que se sintiera en el vaho ardoroso, en el sudor humano, en el relincho
de los bridones, y en el destello de las armas la presencia del acorazado Marte.
Y que retemblara desde sus cimientos arcanos la Tierra.
Y que los Himnos de los Muertos se levantaran guturales y bárbaros.
Y que los perros homéricos se desgarraran en aullidos resecos y desolados.
Y que los pájaros heroicos revolaran lanzando gritos ásperos.
Y que las mujeres se arrancaran gajos de negros cabellos en la locura del rito.
Y que soplaran vientos de dolor y muerte abatiendo la carne cobarde.
Y que las estrellas enrojecidas se mostraran conturbadas como ojos humanos
que llorasen.

Alejandro Valladares (1910) es autor de un único libro en verso, *Los cantos de la fragua,* editado en 1933, en Madrid, con prólogo de Francisco Villaespesa. Poeta irónico, mordaz, escéptico, predica un nirvana que cumple pavorosamente. Para él:

La voz que el siglo pide es encendida,
pero el rayo de luz ha de ir sereno
para que salga a flote la Esperanza;

porque, sobre el camino de la vida,
el asno que conduce al Nazareno
es el mismo que lleva a Sancho Panza.

Quevediano de cepa —hasta en el pulimento del idioma—, Valladares gusta bailar en la cuerda floja de la burla, lo que lo hace excepcional en una tierra de gente introvertida; y, fingiendo una soberbia que está muy lejos de tener, fustiga inmisericorde todas las miserias y las ridiculeces de su provinciana capital. Reñido con lo aldeano, está hoy dedicado a la aventura de un periodismo doctrinario. Hace tiempo que ha callado poéticamente, quizá porque —como él lo dice:

Es del viril recogimiento de donde nacen los tumultos
sólo y sereno entre la carne, dicta su ritmo el corazón.

Arturo Mejía Nieto (1901) ha cultivado también el verso en tono menor, pero es fundamentalmente un novelista. Arturo Martínez Galindo reveló, en lo poco que se nos conserva de su producción poética, una virtuosidad musical en el tratamiento de temas íntimos. Su temprana muerte, a manos de esbirros de la dictadura de Carías, nos privó de los mejores acordes de su canto.

En esta generación aparecen tres poetisas que traen en sus voces modalidades nuevas del verso femenil. Ha habido antes cultoras de la poesía —Josefa Carrasco, Alma Fiori—, pero no han salido del tema paisajista y del ritornelo erótico. Lilian Toledo crea un ramillete de versos de gran contenido emocional, al igual que la infortunada Juanita Zelaya, muerta prematuramente. Clementina Suárez, que se inicia con estrofas de tema erótico, puede ser considerada como una verdadera libertadora en aquel ambiente de medieval postergación de la mujer. A través de los años ha venido depurando su poesía; y ya en los últimos años, fundamentalmente en su libro *Creciendo con la hierba,* ha logrado colocarse a la par de los valores masculinos.

El año de 1935 marca una crisis definitiva en la Historia de Honduras: se inicia el proceso de entronizamiento de la dictadura —auspiciada, y mantenida después, por las empresas imperialistas y por los grandes terratenientes— que va a durar hasta 1956. Con Carías, Juan Manuel Gálvez y Julio Lozano, el pueblo hondureño será privado de sus derechos, y sus mejores hombres perseguidos y aniquilados durante veintiún años.

Bajo este clima nuevo —que coincide con situaciones idénticas en todo Centroamérica, excepción hecha de Costa Rica— una nueva generación literaria surge en Honduras. Es la *Generación de la Dictadura.* Largo sería enumerar los nombres de quienes la integramos, porque abarca un amplísimo período, si nos atenemos a un criterio de condicionamiento para determinar lo generacional. Los escritores que desde 1935 hasta

1950 iniciaron su obra poética quedan englobados en esta generación.

Pero si sería largo enumerar nombres, es indudable que resulta fácil fijar la obra de estos escritores y poetas. La mayoría, situados dentro del sistema dictatorial, continuaron a la zaga de su tiempo y de su pueblo, ajenos a la tragedia de la nación. Unos por conveniencia, otros por miedo, los más por aislamiento, cultivaron una poesía de trasnochado sentimentalismo, de imaginario erotismo, de flor y nube. Su obra carece de interés y de valor literario, porque tampoco supieron salir de los moldes arcaicos o de los tópicos trillados de la poesía subjetiva. Citar nombres es innecesario.

Pocos —los menos— llegaron con impulso social a la poesía e hicieron de ella trinchera y bandera de inconformismo, de rebeldía. Quiero significar a esta generación a través de sus dos más destacados representativos.

Vicente Alemán h. (1912) es, sin duda, el más alto temperamento de poeta que haya producido Honduras. Por la poesía sacrificó hasta el nombre: adoptó para ella el seudónimo de Claudio Barrera, en su juventud primera; y desde entonces yace insepulto Vicente Alemán h.

En Claudio la poesía no fue ocupación precoz: fue primero niño, adolescente, hombre; y, siéndolo ya, sintió madurar dentro de sí el Verbo. No hubo en su obra angustias postizas ni tragedias falsificadas ni rimas trasnochadas a los amores imposibles, con todo y ser bohemio impenitente. "Comencé esta inofensiva costumbre de publicar versos —escribe él— allá por el año de 1937, cuando tenía 25 años, vividos entre una euforia adolescente y huraña".

En Tokio, en 1939, se edita su primer libro: *La pregunta infinita,* poema elegíaco a la memoria de Marco A. Ponce. Parece como que, simbólicamente, Claudio hubiera querido iniciar su canto recogiendo la poesía de allí donde quedó truncado el rumbo nuevo: atleta olímpico que recoge el fuego sagrado para seguir la carrera. El hilar perenne de Marco —esa angustia vital que nunca ha de abandonarlo— es su primera confesión:

yo también hilo y deshilo
suertes en copas de sal...

Tres años después (1942), publica en Honduras *Brotes hondos*, donde se augura ya una nueva tónica en nuestra lírica, un mensaje que no estaba antes en nuestra poesía. Luego, en México, en 1944, publica *Cantos democráticos al general Morazán*, albor primero de poesía ciudadana consciente en aquel clima feudal en que la palabra misma democracia estaba prohibida. Morazán es el pretexto —como lo será más tarde en mi libro *La estrella vulnerada*— para anunciar —la Segunda Guerra tocaba a su término y parecía que una nueva era empezaría para el mundo— el fin de la noche hondureña:

Veremos desde ahora, por todos los horarios de la tierra,
marcar la hora propicia con rumbo a tu llegada.
Vienes en un momento terrible a nuestra suerte,
porque se juega el mundo su carta ensangrentada.

Después de los *Cantos democráticos* vinieron: *Fechas de sangre* (San Salvador, 1946), *Las liturgias del sueño* (San José de Costa Rica, 1948), *Recuento de la imagen* (Tegucigalpa, 1951), *El ballet de las guarias* y *La niña de Fuenterrosa* (Tegucigalpa, 1952) y *La estrella y la cruz* (Tegucigalpa, 1953). Finalmente, hace pocos años, decidió editar un volumen de *Poesía completa*, que bien sabemos será el primer volumen de ella, porque a sus 47 años fecundos está muy lejos de la pregunta infinita...

Claudio ha definido a la poesía y al poeta en dos poemas de largo aliento. En uno de ellos *(El poeta)*, nos dice:

El poeta está parado frente al Universo.
Su canto viene por la vértebra de los siglos
y tiene sangre y espíritu.
A los pies del poeta corre un río de sangre
y al nivel de su espíritu corre un río de sueño.

Doble ubicación que define: los pies en la tierra, donde los hombres acuchillan el dolor humano; la frente alzada, al nivel del ideal, refrescando el porvenir en un río de sueños. No hay torre de marfil, ni predestinación, ni signo aristocrático en el poeta; no es tampoco el mensajero de la voz divina, sino el eco del dolor humano:

Yo no vengo investido con el humo del alma
para engañar al hombre con el humo divino...

Si la poesía no tiene atributos misteriosos, sobra todo hermetismo; si es humana, si es del hombre debe ser clara:

Pues inmortal el verso, tiene que ser sencillo
y ser de calicanto y de acero y de arrullo,
para que en la grandeza de este verso que es mío
lo descifres y luego comprendas que es el tuyo.

Claudio ha escrito —en el Recuento Inicial de su *Poesía completa*— cómo en los tiempos de la tiranía "los poetas no tenían carta de ciudadanía, estaban desterrados, no figuraban en los puestos públicos de alguna importancia y menos en los movimientos políticos del país. Quizá por esa vagabundería espiritual —comenta—, todos sentimos una agradable simpatía por las luchas de los obreros unidos de la tierra".

Esa solidaridad —así, tan claramente entendida y que en él comenzó a expresarse en los años, preñados de presagios, de la guerra civil española— no ha de abandonarlo nunca. Probablemente su definición de poeta-hombre quedó mejor dicha que nunca en sus poemas *Lo sublime* y *La doble canción*. Dice en el primero de ellos:

Nada me queda ya, todo es de mis hermanos;
desde la fuerza ruda de mis manos
hasta el ansia febril de mis ideas.
Todo lo dí a la vida. Todo! Todo!
Y he llegado a notar, maravillado,
que después de haber dado
mi fuerza, mi dolor y mi creencia,
todo lo he recibido
sin haberlo pedido.
Sin haberlo esperado,
todo ha llegado a mí.
Es el gesto supremo de la bondad divina;
la sublime verdad,
porque al brindarle todo a mis hermanos
se llenaron de lumbre mis dos manos,
plenas de eternidad.

Y en *La Doble Canción*:

Yo, sembrador de ideas,
Tú, sembrador de trigo,

tendamos nuestras manos al pobre que es amigo.
Busquemos el abrigo
de todas nuestras penas
en un inmenso abrazo...

Juntemos nuestras penas
para aterrar verdugos.
Tú, que amasas la carne de todos mis mendrugos,
en pago quiero darte la lumbre en tu camino:

Los dos somos muy fuertes,
pero somos cobardes con un mismo destino.

Plenitud del hombre consciente de que el saber es la obligación de dar, y que haciéndolo encuentra la única eternidad verdadera; solidaridad del poeta con el hombre del músculo, que nace de la convicción de que un mismo destino los ata, de que juntos han de salvarse o perderse.

El sentimiento solidario de Claudio por el hombre —es natural— comienza por los más humildes. Canta a la *India de América:*

India que traes la pialera andina
de los novillos joscos de los llanos
y apersogas el alma de los hombres
con tus mugrientos hijos en la espalda...;

canta al negro:

quítate ese color nocturno y triste
y únete a nuestra marcha,
donde el color es algo vano
y donde tengas el derecho
de triunfar codo a codo
o morir como hermano....;

y denuncia la explotación de los campos bananeros, donde

campesinos y obreros, enfermos y afligidos,
maldicen el crepúsculo, maldicen la alborada,
y en la cruz del silencio,
con el alma cansada, callada y mal herida,
marchan bajo del alba, maldiciendo la vida.

Pero hay un dolor mayúsculo en la poesía de Claudio Barrera: el dolor de su patria. Primero la cantó en la belleza sin igual de quien ha visto al ave antes de ver la herida, en su bellísimo poema *El país párvulo:*

La tierra en mi país tiene olor de recuerdos.
Si el pájaro hace un ángulo de heridas circulares,
los árboles meciéndose
le abren el corazón al viento
y cantan
—como si fuera una arpa de cristal y de plata.
La tierra en mi país tiene sabor de sueño.

Luego, en la hora terrible del hallazgo de la tragedia, cuando se palpa, aun sin quererlo, la llaga de la patria, le nace un dolor desesperado. Entonces, en su *Canto a Tegucigalpa,* toca la entraña viva de la tierra y se hace él mismo clamor horrendo, carne de su patria y de su pueblo:

Quiero decirte claro
lo que siento en las venas,
con tu sol y tu aliento.
Lo que miro en tu historia
escrita a garabatos,
en la piedra, la tierra y el cemento.
En la dureza a plomo de tus hombres,
sin corazón ni verbo.
En la apacible esfinge sonrosada
de la mujer esclava y altanera;
mujer hecha de penas para las alboradas
y hecha también de lágrimas para la primavera.

Si tuviera, ciudad que saludarte,
a mi garganta oscura de mestizo legítimo
se enroscara el dolor
con intención tal vez de estrangularme
Si tuviera que darte la mano,
sentiría la duda —tibia como la sangre—
corriendo locamente hasta el cansancio.
Si tuviera que amarte,
tendría que llevar pasta de santo
y engañarme contigo
en la dulzura absurda de otro canto.

No, no hay dulzura absurda posible, como la que los otros poetas balbucean mientras sangra la patria. Porque no es Tegucigalpa lo que Claudio en este poema deturpa y reniega: es la Honduras total, herida, maltrecha, humillada, cuyo espejo es la ciudad burocrática de la época negra de la dictadura cariísta: es esa patria que se abandona en las horas de desesperanza o que se tiene que dejar en la hora peor de la derrota.

Que triste es para tí, de seno maternal,
ver a tus hijos nuevos,
hechos con la madera más justa y más cabal,
crecer en lejanías, irse de tu regazo
como los ríos que se van al mar,

le dice el poeta a la patria, reflejando la cruel verdad de que aquella juventud de las décadas del treinta y cuarenta tuvo que salir de su país, sañudamente perseguida. Pero, desde el fondo de su alma de poeta-hombre, con fe en el porvenir, Claudio, amoroso, concluye:

Eres una esperanza desprendida al azar,
para que hombres futuros
echen el trigo fértil de la cosecha humana
y seas un camino de grandeza y de paz.
Y así, con toda el ansia, gritarte desde el tiempo:
¡Al fín nos comprendimos,
ya somos camaradas, ciudad!

Por eso te he elevado este canto tan duro
que nunca te dijeron poetas de otras edades,
porque es una parábola tendida hacia el futuro
que lleva el agrio y dulce saber de las verdades.

JACOBO Cárcamo (1917-1959) hizo su primera aparición poética en 1935 con un poemario titulado *Flores del alma,* del cual dice Claudio Barrera que Jacobo habría dado cualquier cosa porque la edición se la hubiera tragado la tierra. Versos sensibleros, cuando no sencillamente prosaicos, canciones de ocasión, gracejadas con rima integran el libro, que Jacobo mismo me dijo alguna vez que desconocía como suyo. Es justo, pues, que lo citemos sólo como dato cronológico.

Tres años después publicó *Brasas azules.* Su aparición en Honduras no dejó de consternar a los críticos pueblerinos, escandalizados por las *audacias* de este poeta que sería para siempre —como lo ha dicho José Muñoz Cota— "caballero en metáforas magníficas". Uno de esos artículos críticos encontraba a Jacobo incurso "en el pecado de las más absurdas fantasías, en que el gusto se eclipsa por la sombra de las más infandas estridencias"; pero Hostilio Lobo, poeta contemporáneo, advertía ya que "entre el ruido incoherente de una ramplona cascabelería, triunfa en Honduras una estética de campanario por demás curiosa; por esta razón el caso de Cárcamo es sorprendente". Y agregaba: "Cárcamo, el poeta, nos trae un mensaje que es un evangelio de redención y, naturalmente, por ser redentor, no viene a meter paz, sino espada".

Nada de extraño tiene que en aquel clima, ya francamente tiránico, *Brasas azules* provocara sospechas y anatemas. Jacobo empezaba a abrir su carcaj y muchas de las flechas venían a dar en peligroso blanco. Eran —aunque azules— brasas aquellos poemas escondidos, por motivos comprensibles, entre *hai kais* y algunos cantos amorosos. *La antífona del puño,* por ejemplo, no podía ser bien oída en aquel país en que ya las cárceles y las fosas estaban abiertas para toda rebeldía:

Una mano abierta. . .
nada más triste que una mano abierta. . .
es la mano que pide,
la mano que se humilla
por el sol negro de un mendrugo
o por el ojo rojo de un centavo.

Oh, el entusiasmo vertical
de un puño en alto. . .
es como un mástil de orgullos
dispuesto a defenderse,
es como un botón de rebeldías
listo para reclamar.

Nada más bello,
nada más elegante
que alzar como una grímpola de fuego
la protesta redonda de una mano cerrada.

En este libro surge por primera vez el otro amor trascendental de Cárcamo —el primero fue Honduras: un amor desmedido al México del progreso y de la rebeldía:

Quiero cantar a México —pedazo de mi PATRIA—:
las fronteras se hunden en el mar de la unión;
arriba sólo brillan las olas de los hombres
y las espumas de la revolución.

Cuando Carías Andino no vacilaba, servil, en condenar la expropiación petrolera, Jacobo Cárcamo exclamaba en Tegucigalpa:

¡Lázaro Cárdenas,
lanza de lanzadas redentoras...!

Es realmente raro en la Honduras de 1938 este Jacobo Cárcamo, poeta alejado de la poesía subjetivista y exclamando del hombre:

Nada fuera de tí...
nada...
ni la fe en el futuro,
ni la gota de vidrio de los ojos,
ni el látigo que revienta los músculos
como granadas jóvenes;

o que grita del indio:

Mañana,
cuando la aurora de la justicia
extienda su paracaídas de luciérnagas
no serás indio:
serás hombre!

Camarada triste,
explotado,
sudoroso,
recoge tus gritos no gritados
para que salgan por tu boca hinchada
como un coro de soles.
Ten el ojo abierto...

ten el puño listo
y espera la señal.

Jacobo se escapa, a sus veintiún años provincianos, de lo puramente local, porque ha comprendido que algo ominoso avanza sobre el mundo. Y alza su verso para servir a la causa mundial de la lucha contra el fascismo. Allí están su *Canto a Miaja,* su *Canto a China,* en el cual Mao Tsé-tung es

héroe de llamaradas en las manos,
orador de huracanes en la boca,
profesor de carbunclos en la mente;

el *Retrato de Policarpo Candón:*

Este retrato nítido
del hombre que en España,
golpeado por los turbios turbiones del fascismo,
se dobló como un roble de diamantes;

el *Canto a España,* con el pueblo español

Metido hasta los dientes en un río de sangre,
rodeado de paredes derribadas,
de mejillas de niños
y de senos de madres
mordidos de sangre;

y ese himno terrible de odio que denominó *Palabras sobre estiércol,* fulminante de náusea, repugnancia y asco por Francisco Franco.

Jacobo Cárcamo se ha bañado en las aguas lustrales de Pablo Neruda, el de *España en el corazón,* y ha hecho para siempre suya la causa de la lucha por el mañana, el combate contra las cadenas. Este *Creyeron. . .* es su profesión de fe:

Creyeron que estrujando tu garganta
matarían tu grito libertario.

Yo que te ví en el polvo
con las venas saltadas,

los ojos desbordados
y en el cuello
la huella lívida
de unos dedos cargados de anillos,
me acerqué
y poniendo el cuenco de mis manos en tus labios,
recogí tu grito
que levanto siempre
entre la esfera roja de mi puño.

Y, al fin, un día salió de Honduras. Vino a México, a este México donde habría de morir el 1º de agosto de 1959 y al cual cantó con la ternura que sólo fluye cuando se ha llegado a la esencia de su verdad.

Es aquí donde Jacobo Cárcamo va a crear lo perdurable de su poesía. Dos libros —*Laurel de Anáhuac* (1954) y *Pino y sangre* (1955)— con algunas producciones dispersas la contienen. En esa breve obra está hermanado el amor de sus dos patrias y su fundamental pasión por ese *Hombre* que, a fuerza de estar tan humillado y tan aplastado por fuerzas hostiles, escribimos con mayúscula. Porque la poesía de Cárcamo, que está hecha de vigor y metáfora, no tiene más temática que la superación del hombre, la conquista de la libertad y la justicia, el abrazo fraterno de todos los hombres que Beethoven elevó a la divinidad en su Novena Sinfonía.

Cárcamo era de nacionalidad humana; por eso su poesía está limpia de angustias metafísicas. El no encomienda la tarea del hombre ni pone su verdad en un hipotético más allá. Vivir es luchar, avanzar. . . La muerte es sólo una conclusión biológica, incapaz de matar un vivir real. Sólo quien desperdició su vida, o no la hizo plena, teme al morir. Mueren —dice él— el perro solo, la hormiga equivocada; y está muerto, aunque rebose salud, el hombre que no mira al porvenir. Entendido así este quehacer fecundo del vivir, no admira ver cómo este hombre comido por la tuberculosis, siempre en la linde de la miseria, viviendo mañanas negras por su eterna disipación noctívaga, mutilado interiormente por la cuchilla del cirujano, alejado de su paisaje nativo y huérfano ya de toda liga familiar, ha sabido cantar este himno tan vital y optimista, negador de la muerte:

CANTO A LA VIDA

Nadie cante a la muerte, si no sabe qué es vida...
Nadie podrá matarnos...
Nada podrá perdernos...
En la muerte se nace con más sangre y más sueño.
Muere quien no ha sabido vivir...
Mueren el perro solo,
la hormiga equivocada
y el hombre que no mira al porvenir.
Nuestra es la fuerza,
el ímpetu inmortal,
la vida de la muerte,
la muerte de la vida,
y esos ideales pulcros
que levantan cadáveres más allá de sepulcros.
Cuando se aprende a dirigir el hambre,
cuando se llega a rebasar el muro,
la muerte es una rosa deshojada
de pétalos visibles y seguros.
Que no nos llore nadie...
Queremos epitafios de venganza y de ira...
¡Qué grande la confianza de la muerte
junto a la fe profunda de la vida!
Vida la nuestra, larga hasta la estrella...
Muerte de un hombre por un mar de hombres.
Lucha del astro por su firmamento.
Que no nos llore nadie.
La mariposa es hombre enloquecido,
se quema en su esperanza...
El hombre va a la lumbre con sentido
y destruye con ella al enemigo.
El árbol es un hombre arrepentido,
cae y lo hacen fuego...
El hombre es siempre hombre, si ha vivido.
El hombre es doble árbol y mariposa viva...
¡Nadie cante a la muerte, si no sabe qué es vida!

Después de largos años de destierro, de un furioso exilio,

Lejos del verde cuenco de la patria,
afuera de su nítida naranja,

cuando despojado de toda amargura, antes bien encendido de rebeldías, siente que el emigrado es un laurel de hierro, Jacobo Cárcamo —que cantó a México y a sus héroes como pocos poetas mexicanos lo han hecho—, canta a su patria. Pero no es un canto de nostalgia, de dulzón recuerdo, un deliquio paisajista; no, es una definitiva profesión de luchador. El sabe que de las ruinas está surgiendo algo nuevo y grande y que el futuro será del pueblo; y entonces escribe su *Pasaje para mi pueblo:*

Yo arribaré a mi pueblo a reclamar por todos.
Y pasaré por sobre los potreros ajenos. . .
y, si caigo, han de verme caer sobre las milpas
haciendo el hambre trizas, encendiendo conciencias
y levantando puños como mazorcas vivas.

¡Ira santa la de Jacobo contra los tiranos de América, contra todos los tiranos! ¡Santa ira contra la guerra!

Cantemos a la guerra para decir su oprobio. . .
cantemos a la guerra. . .
denunciemos su órbita macabra
y el lodo que la impulsa
y el desolado imán que la repara.

Al perder a Cárcamo, Honduras ha perdido a su poeta épico, al poeta del hombre y del pueblo, al poeta de la libertad. Sean estas palabras mínimo homenaje de quien lo acompañó en su camino de infinita noche y de luz deslumbrante.

Y así llegamos a nuestros días. Nuevos vientos soplan sobre la patria. Y una juventud vigorosa, abierta ya a todos los rumbos de la vida y del pensamiento, escapada de las cárceles sombrías de la dictadura, se está alzando en la lucha por inaugurar una nacionalidad que se desquiciaba por obra de la ceguera y del entreguismo. Por fin, parece que el horizonte de los caudillos finaliza. Adviene, vigoroso, un impulso justiciero. Todo lo tenemos hoy en revisión: historia, literatura, política. . .

Y —es natural— con este despertar popular parece estar llegando una nueva hora de la poesía. Hay una generación que

empieza a cantar de modo distinto, a caminar con pasos propios por los inagotables senderos del decir poético. La mayoría de sus integrantes están aún en los albores de la poesía; otros son firmes promesas; pocos van logrando cuajar una obra original.

(Hubo un desdichado joven que hace poco tiempo reanudó en Honduras el monólogo poético, la poesía de anécdota: Jorge Federico Travieso. En plena juventud, cuando su inteligencia hubiera sido útil en la obra de regeneración, víctima de aquellos factores señalados al hablar de Molina, buscó la única paz no apetecible en la violencia del pistoletazo. Con él parecen haberse suicidado —¡ojalá!— el trasnochado retoricismo y el lugar común).

Entre los que comienza a destacar —la última góndola— debe señalarse a Armando Zelaya, que cultiva el romance de contenido folklórico; David Moya Posas, con un lirismo pleno de metáforas, pero aún desvinculado de las cosas humanas; Jaime Fontana, que, en este mismo rumbo, es ya un sólido valor. Litza Quintana y Alba Rosa Suárez representan una femineidad plena, liberada ya. Felipe Elvir Rojas, Cecilio Zavala Martínez (Román Sevilla), Filadelfo Suazo, Oscar Acosta y Pompeyo del Valle destacan como poetas que han emprendido el viaje lírico hacia su mundo social, fundamentalmente este último que —en su *Antología mínima*— nos ha dado el anuncio de un gran poeta.

Nuestro horario poético parece marchar hacia una superación del verbalismo. Ahora se entiende que la palabra es sólo símbolo; y se busca inclusive torturar a las palabras para que arrojen todo su valor, todo su exacto contenido. Y el hombre está en el cogollo de la metáfora.

Í N D I C E S

DE

CUADERNOS AMERICANOS

LA REVISTA
DEL NUEVO MUNDO

1 9 6 1

Año XX Vols. CXIV al CXIX Nos. 1 al 6

ÍNDICE POR SECCIONES

NUESTRO TIEMPO

Ensayos

HOMBRES DE NUESTRA ESTIRPE

Ensayos

AVENTURA DEL PENSAMIENTO

Ensayos

Notas

PRESENCIA DEL PASADO

Ensayos

DIMENSIÓN IMAGINARIA

Ensayos

Nota

PANORAMA DE LA AMÉRICA LATINA 1961

I

ÍNDICE ALFABÉTICO DE AUTORES

(Abreviaturas: N. T.: Nuestro Tiempo.—H. de N. E.: Hombres de Nuestra Estirpe.—A. del P.: Aventura del Pensamiento.—P. del P.: Presencia del Pasado.—D. I.: Dimensión Imaginaria).

SE TERMINO DE IMPRIMIR ESTA REVISTA EL DIA 16 DE NOV. DE 1961 EN LOS TALLERES DE LA EDITORIAL CVLTVRA, T. G., S. A., AV. REP. DE GUATEMALA NUM. 96, DE LA CIUDAD DE MEXICO. SIENDO SU TIRADA DE 2.200 EJEMPLARES

PANORAMA DE LA AMERICA LATINA 1961

I

SUMARIO

Printed in Mexico